A detailed illustration of Queen Urraca of Asturias. She is depicted from the waist up, wearing a rich red gown with black and gold embroidery on the sleeves and a black fur collar. She wears a gold crown and a white veil. Her hands are clasped in front of her. The background shows a lush green field with a stone castle tower in the distance, set against a backdrop of rolling hills and trees under a soft, golden light.

URRACA

REINA DE
ASTURIAS

MARÍA TERESA ÁLVAREZ



Lectulandia

La Historia casi ha olvidado que en pleno siglo XII, Asturias tuvo a su primera y única reina: Urraca, hija natural del emperador Alfonso y de la noble Gontrodo. El amor que esta mujer sentía por su tierra era tal, que hizo que su padre le otorgara su gobierno con título de reina.

María Teresa Álvarez, otra asturiana de pro, recupera a esta gran figura olvidada y nos regala una novela apasionante en la que descubrimos a una mujer devota y generosa que hizo grandes donaciones a la catedral de Oviedo y al monasterio de San Pelayo; pero también a una mujer fuerte y ambiciosa, que en un mundo de hombres intentó conseguir la independencia de Asturias.

Lectulandia

María Teresa Álvarez

Urraca, reina de Asturias

ePub r1.0

Titivillus 06.02.18

María Teresa Álvarez, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre, a Sabino
y a mis cuatro sobrinos nietos:
Alba, Esther, Aitor y Lola.

Añoranza

Un día del mes de mayo de 1167, muy cerca del río Aller

La carreta se mueve con cierta dificultad por el sinuoso y estrecho camino en el que muchos tramos están cubiertos de maleza. Dos hombres van en el pescante, aunque es uno el que lleva las riendas de los dos caballos cuidadosamente uncidos. Cuatro palos sirven de soporte a un improvisado toldo de tela tosca. No tiene mucho sentido aquel artilugio porque a simple vista lo que se ve en la carreta son unos sacos apilados de forma descuidada.

De repente, en un recodo del camino, las diestras manos del conductor tensan las riendas que, junto con un ¡¡¡soooooo!!!!, detienen a los caballos que, muy alegres, empiezan a mordisquear las apetitosas hierbas que los rodean.

Si alguien estuviera observando se quedaría bastante sorprendido al ver que dos mujeres se bajan de la carreta ayudadas por tres hombres que aparecen como por encanto de entre los árboles. Van vestidas de oscuro y con ropa muy humilde. Aun así, por su forma de moverse se nota que ninguna de ellas es una simple aldeana. Sobre todo la más alta, cuyo porte le delata. Sin intercambiar ni una sola palabra entre ellos, las dos mujeres caminan solas hacia el cercano bosque introduciéndose en él.

A aquella hora el sol se cuele entre los árboles. Las hojas de los castaños, robles y hayas brillan tersas con la belleza de la juventud recién estrenada.

Una de las mujeres, la más alta, se detiene cada poco para mirar extasiada aquella sinfonía de verdes en la que se mueven.

—Jamás podré olvidar esta tierra a la que adoro. Acerquémonos al río —pide—, quiero sentarme un rato para contemplar el discurrir de sus aguas.

Salen del bosque y atraviesan una fértil pradera, muy verde, con muchas flores silvestres a cual más hermosa en su sencillez. Se encaminan hacia el río. Al rostro de la más baja asoma un cierto temor al verse en medio de la pradera desprovista del abrigo de los árboles.

—Señora, es peligroso —advierte—. ¿Y si alguien nos ve? Pueden identificaros.

—Tranquila, Ana, no suele venir nadie por aquí. Y con esta ropa es imposible que me reconozcan.

El río Aller discurre por Asturias a lo largo de cuarenta y dos kilómetros. Cercanos a su cauce se han ido levantando pequeños pueblos. Las dos mujeres se acercan a un punto cercano al núcleo de Soto, donde la corriente forma unos caprichosos meandros que, debido a las rocas y cantidad de agua del deshielo, provocan diminutas cascadas. A lo lejos, la preciosa torre de la casa de la familia

Díaz del Valle imprime en el paisaje una pincelada de historia.

—El agua siempre ha influido en mí proporcionándome fuerza. En las fuentes y ríos asturianos percibo algo mágico, una atmósfera encantada que me hace soñar... Es probable que suceda lo mismo en otros lugares pero, para mí, como Asturias no existe nada en el mundo.

—Sin duda la amáis mucho al arriesgaros de esta forma por volver a verla.

—Casi tanto como a mi vida. En esta tierra nací hace casi treinta y cinco años...

Gontrodo Petri

Soto de Aller, año de 1132

En la casa de Pedro Díaz del Valle, en Soto de Aller, Asturias, las criadas se mueven con presteza para que no falte nada y todo resulte perfecto. La hora del parto parece inminente. Doña Gontrodo, la hija del amo, está a punto de dar a luz. No es primeriza, aunque aquel es un alumbramiento especial. El ser que traerá al mundo no es hijo de su marido, sino del rey don Alfonso VII de León.

—Dios quiera que sea varón —comenta una de las hermanas de Gontrodo—, el rey sería entonces mucho más generoso.

—No solo por eso —añade otra de las hermanas—. Piensa que el monarca no tiene hijos y nunca se sabe el destino que le puede esperar al recién nacido.

—Hace poco que se ha casado y seguro que los tendrá. Es verdad que pueden nacer todas hembras. Y tal vez tengas razón y nuestro sobrino sea un personaje importante en la corte. No tenemos más que pensar en lo que le pasó a la madre del rey.

—¿A la reina doña Urraca? ¿Qué fue lo que le pasó?

—Pues que a punto estuvo de no reinar, a pesar de no tener hermanos legítimos varones, porque ante la desgracia de que fuera una mujer la reina, su padre Alfonso el Bravo legitimó a un hijo tenido con Zaida, una princesa musulmana que fue su concubina y vivió con él en la corte.

—Sí, podría darse una situación parecida, mas nuestra hermana no dejará Asturias ni a su familia.

—No, Gontrodo seguirá aquí. Ello no quiere decir que no esté dispuesta siempre para atender la posible llamada del rey.

—Cuéntame que pasó con el hijo de Zaida. ¿Llegó a reinar antes que Urraca?

—No, desgraciadamente para él, murió en la batalla de Uclés cuando solo contaba quince años. Por ello, Urraca, que se había quedado viuda, tuvo que volver a casarse porque una mujer no podía gobernar sola. Era necesario un marido. No importaba lo que sucediera después.

—Me tienes que explicar bien esa historia.

—Otro día te hago un relato completo.

—¿No crees que nuestra hermana ha tenido mucha suerte al enamorarse el rey de ella?

—Pues a mí no me gustaría estar en su lugar.

—Tonterías, sabes muy bien cómo hemos mejorado económica y socialmente

toda la familia.

A comienzos de aquel año, el rey, que había acudido a Asturias a sofocar una de las muchas rebeliones de nobles asturianos encabezadas, casi siempre, por el conde asturiano, Gonzalo Peláez, conoció a la joven Gontrodo, hija de Pedro Díaz y María Ordóñez.

Cuentan las crónicas que el levantisco aristócrata asturiano, que había conseguido consolidar su poder peleando al lado de la reina Urraca, madre del actual soberano, no ocultaba sus ambiciones secesionistas protagonizando de forma casi constante actos de rebeldía desde sus palacios de Tudela, Proaza Buanga y Alba de Quirós. Y es en 1132 cuando Alfonso VII, al frente del ejército, se dirige a Asturias para dominar al rebelde.

Después de tomar el castillo de Gauzón, en Avilés, y el de Tudela, cerca de Oviedo, el rey hace un alto en Soto donde reside Pedro Díaz, que se había convertido en uno de sus fieles seguidores. El padre de Gontrodo también había sido un rebelde, pero después de la derrota sufrida hacía unos años en lucha contra el rey Alfonso VII, Pedro Díaz prestó juramento público de lealtad, fidelidad y vasallaje al monarca. Después de esta rendición, el rey había sido generoso con él entregándole varias propiedades, consiguiendo con su magnanimidad la adhesión inquebrantable del asturiano.

Y es allí en la casona-palacio de Soto, donde el rey conoce a Gontrodo, una de las hijas de Pedro Díaz, por la que inmediatamente se siente atraído.

La belleza de la dama asturiana enloquece al monarca y pronto se establece una apasionada relación entre ellos. Gontrodo tenía veintidós años. Estaba casada con Gutierre Estébaniz con el que tenía tres hijos: Sebastián, Diego y Aldonza.

En los textos escritos de la época se deja ver que el concubinato fue consentido por ambas partes y también por los respectivos esposos legítimos. Poco podía hacer la reina Berenguela, esposa de Alfonso VII, ante las continuas aventuras amorosas del rey. En cuanto al esposo de Gontrodo, se dice que fue compensado con grandes prebendas y muchos favores reales.

Sancha Raimúndez

Soto de Aller, año de 1132

Hace dos días que ha llegado a Oviedo y la infanta Sancha siente tener que desplazarse hasta aquel lugar perdido en las inmediaciones del río Aller. Su hermano el rey estaba obsesionado con aquel nacimiento. No solo le había encargado que enviara una partera de León (la mejor), sino que quería que ella estuviera presente en el parto. Alfonso no tiene hijos y espera con ilusión el nacimiento del que será su primogénito, aunque ilegítimo.

Los primeros meses el recién nacido se quedará al lado de su madre. Pronto se lo llevarán a la corte de León. Alfonso desea que nazca un varón. Ella, Sancha, se inclina por una niña. Las mujeres de su familia siempre habían dado muestras de fortaleza y sus dotes de mando eran evidentes. Ella misma es quien en realidad toma las decisiones más complicadas del reino. Es casi diez años mayor que su hermano y se ha quedado soltera para convertirse en dueña del Infantado, institución que habían establecido sus antepasados para las infantas que permanecieran en ese estado y de esa forma tuvieran ingresos para vivir. En el Infantado se englobaban diversas propiedades, en especial iglesias y monasterios distribuidos por todo el reino. Ella es ahora la única dueña, porque las dos hermanastras de su madre, las infantas doña Elvira y doña Sancha, que durante un tiempo estuvieron al frente de la institución, se habían casado hacía unos años. Conoce muy bien en qué consiste su misión porque los primeros años de su vida los ha pasado al lado de su tía abuela, la infanta doña Elvira que, a su muerte, le dejó en herencia algunas propiedades. Cuando falleció su madre, la reina Urraca I, su querido hermano Alfonso se había convertido en el nuevo monarca y le había dado a ella el título de reina. Una decisión de este tipo tenía precedentes, su abuelo Alfonso el Bravo de León, había nombrado reina a su hermana, la infanta Urraca de Zamora. Y en los documentos públicos aparecía su nombre al lado del de su hermano.

Sancha es consciente de que después de su hermano es ella quien detenta mayor poder en el reino. Y además, tiene total libertad para decidir sobre el futuro de sus propiedades incluidas en los infantados de los reinos de León, Castilla y Galicia, que solo después de su muerte volverán a la corona.

Sancha ya está acostumbrada a los romances de su hermano, muy aficionado a las mujeres. La joven asturiana que está a punto de darle un hijo es muy hermosa y entiende muy bien que Alfonso se haya encaprichado con ella. No cree que Gontrodo ponga inconvenientes para que el recién nacido sea llevado a la corte. También le

propondrá, si no quiere separarse de su hijo, que lo acompañe y deje a su familia. Al rey le encantaría que tomase esta decisión, de esa forma cada vez que desease a su concubina no tendría que hacerla llamar, siempre estaría dispuesta.

A Sancha le gusta pasar temporadas en Asturias. Oviedo es un lugar en el que se encuentra muy bien. Disfruta en sus largas conversaciones con el obispo Pelayo, recientemente cesado por haberse opuesto al matrimonio del rey con Berenguela de Barcelona. Su hermano, implacable, no solo ha castigado al titular de la diócesis de Oviedo, sino que también ha depuesto a los obispos de Salamanca y León y a algunos abades.

Por su condición de dueña del Infantado, sus relaciones con la Iglesia son necesarias. Cierto es que no siempre el trato con los responsables es satisfactorio y enriquecedor. Con el actual obispo de Oviedo no tiene nada en común, pero con Pelayo era distinto. Lo conocía ya de la época de su madre, con la que el obispo había mantenido una excelente relación. En realidad, ya había sido consejero de su abuelo, el rey Alfonso el Bravo. El obispo Pelayo era un hombre culto que había engrandecido la diócesis de Oviedo, consiguiendo que el papa Pascual II declarase a la Iglesia de Oviedo exenta de la jurisdicción de cualquier otro obispo metropolitano, al depender exclusivamente de Roma.

A decir verdad, la presencia del obispo Pelayo, no solo había sido beneficiosa para la Iglesia asturiana, también la ciudad, que tan importante fuera en otro tiempo como capital del reino, notaba el empuje de los últimos años, gracias al trabajo y a la ilusión de este clérigo que había decidido seguir viviendo allí después de haber sido cesado.

—Doña Sancha —dice una muchacha entrando en el claustro—, ya está todo preparado. Cuando queráis, podemos salir para Aller.

—Gracias, Blanca. Ahora mismo voy.

Sancha sabe que le esperan unas cuantas horas de viaje. Harán distintas paradas y, aunque los días ya son más cortos, espera llegar a Soto antes de la puesta del sol.

Larga espera

La partera que ha llegado desde León y la asturiana que ha atendido todos los partos de la familia y a la misma Gontrodo en los tres anteriores discuten sobre la conveniencia o no de seguir bañando a la muchacha en agua bien caliente.

—Yo creo que no debemos someter de nuevo su piel a ese calor. Tened en cuenta que es muy blanca —opina la asturiana.

—Sí, pero el agua caliente ayuda a que las contracciones duelan un poco menos. Lleva ya unas cuantas horas pasándolo mal. La pobrecilla está extenuada y va a necesitar toda su fuerza porque no parece que la criatura tenga muchas ganas de salir —comenta la leonesa.

—Yo la asistí en los partos anteriores y fueron rápidos. Hace horas que ha roto aguas. Es posible que el niño no venga bien —objeta la asturiana, expresando sus temores.

Lo cierto era que en aquel tiempo el porcentaje de mujeres que morían en el parto era muy elevado. Casi todas sabían el riesgo que corrían y era costumbre bastante extendida que pusieran en orden su conciencia acudiendo al confesor por si la muerte se las llevaba.

Solo las dos parteras se encontraban en la habitación con Gontrodo, una estancia llena de imágenes de santos y vírgenes, con flores y velas encendidas.

—Respecto a lo que vos decís —comenta la leonesa—, por el tocamiento y exploración que le he hecho hace unos minutos creo que la criatura viene bien, aunque todavía está alta.

—Entonces no tenemos más opción que esperar. Pienso que deberíamos intentar que tomase un buen caldo que le diese fuerza.

—Me parece una buena idea. Yo misma iré a pedir que lo preparen —dice la leonesa, que desea que todos vean que es ella quien decide.



—Mi querida señora, pronto pasará todo —la anima la partera, acercándose al lecho.

—Algo no funciona esta vez, creo que no podré resistir... —replica Gontrodo, con una voz apenas audible.

—Ya veréis como sí. En cuanto os toméis el caldo, os notaréis con más fuerza.

—Dios te oiga. Tengo mucho miedo. Son muy fuertes los dolores. —La partera la mira con cariño tratando de ocultar su preocupación. Lleva más de doce horas con

contracciones, aunque el ritmo entre ellas no ha variado—. Abre un poco la ventana, que corra el aire, no soporto el calor —le pide Gontrodo con el rostro encendido y cubierto de sudor.

—Ahora mismo, señora, y os pondré unos paños de agua fría que os aliviarán.

—Sí, por favor. ¡Ay, Dios mío! —se queja la muchacha, al sentirse de nuevo sacudida por el dolor.

—Ya estoy aquí —comenta al entrar la partera leonesa, que porta una bandeja con una taza y una jarra de humeante caldo.

—No puedo tomar nada, ¡ayyy! —El dolor le impide seguir hablando.

—Creo —dice la partera asturiana— que ha llegado la hora. Las contracciones ya son más seguidas.

—Coloquémosla en la silla —apunta la leonesa.

Las dos se dirigen al lecho para levantar a doña Gontrodo y sentarla en la silla especial utilizada para los partos. En ese momento unos golpes en la puerta las sobresaltan y sin tiempo a que se acerquen para ver quién las interrumpe, la puerta se abre entrando doña Sancha con su imponente aspecto.

—¡Señora! —exclaman las dos parteras, inclinando la cabeza.

—Seguid con vuestro trabajo, no quiero interrumpiros. ¿Todo bien?

—Sí, doña Sancha —afirma la partera leonesa—. El parto es inminente.

Doña Sancha mira a Gontrodo. Va a acercarse más, pero, al ver su rostro contraído por el dolor, decide abandonar la habitación fijando sus ojos antes en la silla de parturienta y se alegra de no tener que pasar ella por ese trance. Siente aversión por aquellas sillas del dolor, que sin duda ayudan a las parturientas al obligarlas a adoptar una posición que facilita la expulsión y en la que el bebé también puede empujar. A pesar de ello, le parecen auténticos artilugios de tortura.

—¿La silla es de la familia? —pregunta doña Sancha.

—Sí, señora. Solo la utilizan las mujeres de la casa y algunas veces también dejan que la usen otras parturientas —dice la partera asturiana.

Un nuevo y profundo quejido la hace volverse para mirar a Gontrodo, que apoyada en las dos mujeres que la asisten, camina hacia la silla.

Nada en aquella mujer que sufre le recuerda a la guapa moza que entusiasmó a su hermano. Sudorosa, hinchada, desfigurada por el dolor, Gontrodo no se percata de la presencia de la infanta, que la mira compasiva. Qué efímera puede ser la belleza, piensa Sancha.

Las personas reunidas en la sala contigua se levantan en señal de respeto ante la presencia de la infanta-reina, que con un gesto les indica que se sienten.

El padre de Gontrodo se acerca a ella para acompañarla al sillón que preside la sala.

—Gracias, don Pedro, ahora vengo —le dice doña Sancha.

—Como queráis, señora.

Sancha no se siente bien. Necesita aire. Con lo bien que estaría en Oviedo. Está

acostumbrada a cubrir las necesidades de su hermano el rey. Recorre todo el reino para tratar de limar asperezas, aunque en este caso su presencia en Soto le parece innecesaria, pero Alfonso está verdaderamente obsesionado con el nacimiento de su primer hijo. Quiere asegurarse de que no suceda nada extraño.

En el patio la temperatura no es muy fría y la infanta respira deleitándose con la entrada de aire en sus pulmones. Aún no ha anochecido... No quiere reconocerlo, pero sabe que no solo ha sido el dolor de Gontrodo y el cargado ambiente de la habitación la causa de su malestar. Existe otra razón, un recuerdo punzante y doloroso que le hace perder los nervios. Cuánto daño le ha hecho su madre...

—Señora —llama su doncella Blanca, que se acerca con una bandeja—, he hecho limonada, ¿os apetece?

—Sí, muchas gracias. ¿Cómo te las arreglas para saber lo que necesito en cada momento?

—No tiene ningún mérito pensar que después del viaje os apetezca beber algo o descansar un rato. Y como no habéis querido deteneros antes.

—Sigue así, Blanca. Nunca te faltará nada a mi lado.

—¿Os apetece que os prepare algo para comer? Si queréis, podéis subir a la habitación, ya he colocado todas vuestras cosas.

—¿Ves como eres eficaz? Otra en tu lugar no habría hecho ni la mitad. Puedes retirarte a descansar, que seguro te vendrá bien. No necesito nada.

—Gracias, doña Sancha. ¡Señora, por allí viene don Pedro!

—Doña Sancha, ya ha nacido —dice el padre de Gontrodo, que acude a buscarla.

—¿Están bien? —pregunta temerosa.

—Sí, señora. Las dos se encuentran perfectamente.

—Ha sido una niña, ¿verdad?

—Muy grande y hermosa.

Doña Sancha se alegra. Sabe que ella tendrá que hacerse cargo del recién nacido y prefiere ocuparse de una niña.

—¿Es rubia como su madre?

—No. Todo lo contrario. Muy morena.

Urraca Alfonso

Soto de Aller, año de 1132

—**S**é que la cuidaréis muy bien y que en la corte no le faltará nada, pero siento tanto alejarme de ella.

En una de las salas de la torre de la casona en Soto de Aller, Gontrodo Petri y la infanta Sancha Raimúndez charlan como dos amigas. Sentadas muy cerca de las ventanas por las que penetra una tenue luz creando un ambiente íntimo, teñido de cierta melancolía, las dos mujeres se miran directamente a los ojos.

—No puedo ampliar el plazo. He utilizado toda mi influencia con el rey — asegura Sancha— para que os dejara a la niña un poco más de tiempo. Ha resultado infructuosa mi gestión, ya que han pasado unos meses y me he quedado sin argumentos.

—Os lo agradezco muchísimo, sobre todo por la niña, aunque un ama cría se puede ocupar de ella.

—¿No habéis contemplado la posibilidad de veniros vos a la corte?

—Vuestro hermano el rey, la última vez que vino a vernos, insistió para que lo hiciera. Le he dicho que no, porque aquí está mi vida y tengo otros hijos.

Alfonso VII había acudido a Soto de Aller en más de una ocasión para conocer a su hija y para seguir disfrutando del placer que le producía la belleza de su amante asturiana. Era explicable el interés que el monarca demostraba por aquella niña. Hacía cinco años que se había casado con Berenguela de Barcelona y aún no tenían descendencia.

—Sois consciente de que os quiero bien, Gontrodo. Cualquier cosa que necesitéis, hacédmelo saber —insiste doña Sancha.

—Muchas gracias, doña Sancha. Ya le he comentado al ama de Urraca alguna de sus costumbres. Es una niña muy buena —dice dulcemente Gontrodo.

—¿Os gusta el nombre que le hemos puesto a vuestra hija?

—Yo, a pesar de que tengo una hermana que se llama así —afirma Gontrodo—, nunca se lo hubiera puesto. Sin embargo, el rey la quiere tanto que ha decidido llamarla como vuestra madre. —Sancha se queda en silencio y disimula mirando por la ventana. Gontrodo continúa hablando—: Me gustaría preguntaros sobre el futuro de mi hija. ¿Qué le puede esperar a Urraca?

—Será educada en la corte como una infanta más. El rey su padre decidirá su vida. Lo más probable es que la utilice para sellar algún pacto que le interese a través del matrimonio.

—Perdonadme, ¿y por qué no os ha casado a vos?

—Doña Gontrodo, yo no nací para casada —responde Sancha, mirándola con afecto—, me moriría si tuviera que pasar por el trance de dar a luz. Es verdad que eso mi hermano no lo sabe y aunque lo supiera no le importaría. Lo cierto es que he conseguido hacer mi voluntad porque Alfonso me necesita. Soy más inteligente que él y tengo una visión mucho más acertada de la realidad. Además, está seguro de mi fidelidad y de que defenderé los intereses del reino por encima de todo. Me considera una prolongación suya y no se equivoca. He podido hacer lo que quiero porque precisa mi ayuda. Si no fuera así, tened por seguro que ya me habría condenado al matrimonio.

—Pienso que sería una condena si fuera contra vuestra voluntad; no obstante, podría darse el caso de que os enamoraseis.

—No, no soportaría estar sometida a un hombre. La vida nos ofrece otros muchos placeres que los proporcionados por varón. Soy la dueña del Infantado y aunque el rey es Alfonso, yo sé muy bien el papel que juego y en mi interior me siento satisfecha, y eso es lo más importante. Me ocuparé personalmente de vuestra hija. Haré que su educación sea la adecuada.

—Señora doña Sancha, todo está dispuesto —dice una criada desde la puerta.

—Traed a la niña —pide Gontrodo.

Familia real

León, primavera de 1135

Urraca es una niña muy despierta. Está a punto de cumplir los tres años y con sus ocurrencias infantiles divierte a todos. La infanta Sancha se ha encariñado con ella de verdad, sentimiento este compartido por su hermano, el rey Alfonso, que quiere mucho a su hija, a pesar de que ya ha nacido el siempre ansiado heredero.

Dentro de unos meses, el rey quiere ser proclamado emperador. La infanta se ha volcado con algunos mandatarios para conseguir su apoyo. Menos mal que su padrastro, el segundo marido de su madre, Alfonso el Batallador, había muerto. De no ser así, se opondría y tendrían algún que otro contratiempo. Qué personaje tan odioso. Primero había tratado de robarle la sucesión al trono a su hermano Alfonso y después había repudiado a su madre. ¡Su madre!, la reina Urraca de León. Sancha no puede pensar en ella sin que el desasosiego la embargue.

Sin duda la vida de la reina Urraca de León había sido complicada y su personalidad totalmente atípica. Hija del rey Alfonso el Bravo, no estaba destinada, por ser mujer, a dirigir los destinos del reino. La casaron a los ocho años con Raimundo de Borgoña con el que tuvo dos hijos: la infanta Sancha y el que sería el emperador Alfonso.

Al morir en la batalla de Uclés el heredero varón a la corona, Urraca fue la designada para ocupar el trono, y como se había quedado viuda hubo de contraer nuevo matrimonio. El elegido, Alfonso el Batallador de Aragón. En el contrato matrimonial, una cláusula conflictiva: el heredero al trono sería el hijo que naciera de ambos, y no Alfonso.

Esta medida sembró el descontento entre la nobleza y de forma especial en Galicia. Alfonso había nacido en Caldas de Reis, localidad en la que la reina Urraca poseía una torre defensiva donde pasaba largas temporadas.

El obispo de Santiago de Compostela, Diego Gelmírez, se puso a la cabeza de la defensa de los derechos al trono del entonces niño de cinco años, Alfonso.

Cuando, rodeado de sus fieles, Alfonso se dirigió a León con la intención de ser proclamado rey, es interceptado a la altura de Villadangos. El Batallador con un ejército superior y contando con la ayuda de la hermanastra de Urraca, Teresa, casada con Enrique de Borgoña, los venció, aunque el niño Alfonso consiguió escapar gracias al obispo Gelmírez.

Al recordar la turbulenta vida de su madre, Sancha sonríe al pensar que su «tía» Teresa, la hija ilegítima de su abuelo, tampoco les incordiará en la proclamación de

Alfonso. Hace unos cuantos años que ha muerto.

Sancha es consciente, siempre lo ha sido, de que pertenece a una estirpe de mujeres fuertes, protagonistas de grandes pasiones. Su tía Teresa se había negado a entregarle a su propio hijo la herencia paterna.

En la conocida batalla de San Mamede, el hijo de Teresa, Alfonso Enríquez, que sería el primer rey de Portugal, derrotó a las fuerzas que defendían los intereses de su progenitora.

Su madre, la reina Urraca, no había llegado a esos extremos con su hijo Alfonso, debido posiblemente a que las circunstancias fueron otras.

La convivencia entre Urraca y su segundo marido, Alfonso el Batallador, resultaba imposible. Él quería gobernar en solitario adueñándose de los territorios de la corona de Castilla y León. Como Urraca no se dejaba dominar, el Batallador la encerró en una de sus propiedades, la fortaleza de Castellar, en el año 1111.

No hacía mucho que Sancha se había desplazado a Castellar para conocer la fortaleza donde su madre había vivido más de un año. Era un lugar terrible. Enclavado, como una prolongación de un escarpado pico, trescientos veinte metros sobre el nivel del mar, en la margen izquierda del río Ebro. Aquel «castillo», creado como defensa de los ataques de los árabes, parecía totalmente inexpugnable. Sin embargo, un grupo de nobles gallegos lograron liberar a la reina y fueron portadores de una excelente noticia: el papa había anulado el matrimonio de Urraca con Alfonso el Batallador por consanguinidad.

A pesar de ser declarado nulo el matrimonio, la reina Urraca y el Batallador siguieron unidos en una feroz lucha interna, en la que se sucedían las separaciones y los reencuentros.

Esta situación se prolongó hasta 1114, año en el que el Concilio de León estableció la pena de excomuni3n para los parientes casados y Alfonso el Batallador decidió repudiar p3blicamente a la reina Urraca.

Es entonces cuando la reina intenta un acercamiento hacia su hijo Alfonso, al que inmediatamente asocia al trono.

Sancha, que defendía el derecho de su madre a reinar hasta la muerte como lo habría hecho un hombre, de haber tenido que tomar partido entre ellos, lo habría hecho por su hermano. Algunos aspectos del comportamiento de su madre siempre la habían desconcertado. Jamás pudo entender las razones por las que la reina permaneci3 al lado del Batallador. Y nunca podría superar el dolor de momentos vividos a su lado.

Cuando se encuentra en León, a Sancha le gusta pasar bastante tiempo con Urraca. Todas las tardes pide que la lleven a sus aposentos y all3, alejada de todo y sin que nadie pueda observarla, juega y se divierte con la pequeña. Solo su fiel doncella Blanca conoce esta tierna faceta de la infanta-reina, a la que todos consideran adusta e incapaz de emocionarse con un ni3o.

—Ven, Urraca, mira lo que he dibujado para ti.

La niña la mira sonriente y con la ilusión pintada en sus ojos se acerca corriendo.

—¿Sabes lo que es?

—Una margarita —responde feliz.

—Qué lista es mi niña. Qué bien conoces las flores.

La infanta Sancha adora las flores y ha jugado muchas veces con Urraca para ejercitar su memoria con distintos ejemplos del jardín.

—Doña Sancha, el rey quiere veros. Me han dicho que viene hacia aquí.

—Gracias, Blanca. Llévate a doña Urraca. Si su padre quiere verla, ya te lo hago saber.

Su intención no es interferir en la relación padre-hija, aunque en el fondo aspira a ser la primera en el corazón de la niña.



Se le ve un poco cansado. Alfonso ya ha cumplido los treinta años. No es muy guapo pero a ella se lo parece. Se han operado cambios notables en su personalidad. Ahora se encuentra mucho más seguro y a pesar de que sigue atendiendo a sus consejos, le cuesta mucho más convencerlo de determinados asuntos. Se necesita mucha fortaleza para mantenerse en el poder. La ambición resulta indispensable. Y las acciones encaminadas a incrementar sus dominios fundamentales. Alfonso anhela conseguir la supremacía del reino de León sobre el resto de los reinos cristianos de la península. El acto de proclamación como emperador, que se celebrará dentro de unas semanas en la catedral, lo reforzará y afianzará en estas pretensiones.

Sancha sabe que ella podría ocupar el lugar de su hermano, está más capacitada que él. Además, no le falta ambición ni valor, aunque sus métodos en algunas ocasiones seguirían caminos distintos a la fuerza. No obstante, es consciente de que no se cambiaría por Alfonso. Ella es una mujer libre al frente de una institución, el Infantado, que le permite disponer de grandes rentas y ejercer el poder. Sancha decide sobre el futuro de distintos monasterios, conventos y algunas localidades. Y goza de una gran libertad, no estando sujeta a marido, ni a ninguna orden religiosa.

—Querida hermana, nos acercamos al gran día. Me gustaría confrontar contigo la lista de asistentes. Te vas a convertir en la infanta-reina más importante de la historia al ser la hermana del emperador.

—Me alegro mucho por ti, Alfonso, porque conseguirás hacer realidad una vieja aspiración de nuestros antepasados. Yo creo que vendrán casi todos lo que tienen que estar. Habrá algunas ausencias esperadas. Y otras que no debería haber —dijo Sancha con cierta pena.

—Ya sé que te refieres al viejo obispo Gelmírez. No está para nada. Es un viejo

zorro.

—Estuvo a tu lado desde el principio.

—Sí, siempre persiguiendo sus propios intereses.

Diego Gelmírez, primer arzobispo de Santiago de Compostela, había jugado un papel decisivo en el reinado de su madre. Unas veces a favor y otras en contra. Había sido la suya una relación complicadísima, mas siempre se había manifestado al lado de Alfonso, protegiéndole desde que era un niño. En aquel tiempo, la Iglesia y el poder se ayudaban mutuamente. Todos querían eliminar la presencia del infiel en la península y eran frecuentes las donaciones, subsidios de guerra con los que colaboraban las sedes episcopales para mantener los incesantes enfrentamientos con los árabes.

Por otro lado, Gelmírez se había dedicado a someter a los señores gallegos que se mostraban reacios a reconocer a Alfonso como rey. Luchó al lado del soberano en Portugal.

El arzobispo, personaje especial, había conseguido ser el titular de la Cancillería de León, con lo que su poder era incluso superior al del primado de España. Él fue quien dirigió la diplomacia en los primeros años de reinado de Alfonso VII, muerta su madre la reina Urraca. Personaje fundamental en la historia del momento, Gelmírez lo fue de forma especial en la de su tierra Galicia. Bajo su mandato se concluyó la catedral de Santiago y, gracias a él, la fama de la ciudad se extendió por toda Europa a través del Camino de Santiago.

Muchos lo calificaron más de político que de religioso. Diego Gelmírez fue, sin lugar a dudas, un personaje controvertido. Se dice que fue él quien organizó el robo de los cuerpos de San Fructuoso, San Cucufate, San Silvestre y Santa Susana, reliquias que se guardaban en la catedral de Braga, para que, al dividirse las dos diócesis, desapareciese la posible competencia y así Santiago se convirtiese en el único centro de peregrinación para rendir homenaje al apóstol.

El obispo había luchado al lado del rey Alfonso VII en reiteradas ocasiones, aunque hubo un momento en que sus intereses resultaron ser contrapuestos. El rey, cada día más fuerte, había decidido recortar el poder de la diócesis de Santiago y obligarles a pagar mayores impuestos. Gelmírez se mostró en profundo desacuerdo.

—Sí, ya sé que fue él quien me acompañó cuando en 1126, a la muerte de nuestra madre, fui proclamado rey aquí en León. Gelmírez sabía a lo que se exponía al desafiar continuamente mi autoridad. Algo que no puedo admitir

—¿Lo dices porque te ha obligado a claudicar y es él quien sigue nombrando a los obispos? —pregunta Sancha.

—Por eso y por muchas cosas más. La única forma de castigarlo es aumentando los impuestos.

—Deberías haber alcanzado un entendimiento con él. Creo que fue un error que secundaras hace unos años la propuestas del grupo de sus enemigos para pedir su destitución. Tenías que suponer que en Roma el papa Inocencio II lo apoyaría.

—Sí, puede que tengas razón. Mas debes saber que, aunque sigue ostentando sus cargos, desde que lo he castigado con mayores entregas económicas a la corona y a pagar impuestos de forma regular, se ha quedado quieto.

Sancha guarda silencio. No quiere decirle que lo que sucede es que Gelmírez ya no tiene fuerzas por su edad. Y que lo que de verdad mueve a su hermano es la ambición: las riquezas de la diócesis de Santiago son enormemente atractivas.

Nomeolvides

Muy cerca del río Aller, un día del mes de mayo de 1167

—**S**eñora, perdonad que os distraiga de vuestros pensamientos. Como sé que os gustan, os he cortado estas flores —dice la más joven de las dos mujeres que se encuentran cerca del río Aller.

Urraca Alfonso levanta su mirada y sonrío a su doncella.

—¡¡¡Qué hermosas!!! —exclama—. Son myosotis, conocidas vulgarmente como nomeolvides.

—Me llama la atención, señora, que los pétalos estén unidos. Me gusta mucho su color.

—Son flores humildes, que, según dicen, simbolizan la amistad, el amor eterno. Siempre crecerán de forma espontánea porque su semilla es esparcida por el viento. Seguirán aquí cuando ya no existamos, cuando nadie nos recuerde, o tal vez me equivoque y, aunque sea como un leve soplo, nuestro paso por esta vida no sea olvidado del todo. Querida Ana, has conseguido con estas flores que la presencia de mi amada tía, la infanta doña Sancha, se adueñe en estos momentos de mi pensamiento. Tú apenas la conociste. Fue una gran mujer. Ella me regaló muy cerca de aquí un ramillete como este. Desde entonces estas flores son mis preferidas. Era la primera vez que juntas veníamos a Asturias. Recuerdo que, aprovechando que ella tenía que despachar unos asuntos en Oviedo, decidió que yo la acompañara para que conociera a mi familia materna...

—Señora, sabéis cómo os admiro y que daría mi vida por vos. Os quiero agradecer vuestra muestra de confianza por permitirme acompañaros en este viaje y por sinceraros conmigo, que soy una simple doncella.

—No, Ana, no eres una simple doncella. Eres la hija de Constanza, que fue la persona a quien más quise fuera del ámbito familiar. ¿Sabes que cuando tu madre se ocupó de mí en la corte leonesa yo no tenía ni un año?

—Mi madre me habló muchas veces de vos —dice la doncella—. Y siempre me dijo que erais muy inteligente y buena.

—Eso lo decía porque me quería —asegura, riéndose, Urraca.

Acercando el ramillete de nomeolvides a la cara, mira con melancolía a la torre del palacio de Soto. Al cabo de unos minutos se vuelve de nuevo hacia su doncella.

—Ven, Ana, siéntate a mi lado —le pide—. Como antes te comentaba, aquí nació. No volví a este lugar hasta que tenía siete años. Nunca había salido de León. Mi vida transcurría en el palacio de doña Sancha. Siempre fui una niña rodeada de personas

mayores. No tuve mucha relación ni con mis hermanos de padre ni con los de madre, a los que, en aquel tiempo, ni siquiera conocía. Era una niña adulta que desconocía lo que significaba jugar con otros niños. Muchas de las criadas se esforzaban por desempeñar el papel de compañeras de juegos infantiles, pero yo sabía que no era lo mismo. De todas ellas, una, Constanza (tu madre), era la más simpática y traviesa de todas, no la más joven. Ella me enseñó a tirar con arco, a pescar en el río y también a pelear. Pronto me enseñaron a utilizar la rueca y a bordar, que no me gustaba nada. La música me divertía más. A los seis años empecé a tocar el salterio... Y todavía hoy lo hago para ahuyentar los malos momentos. Recuerdo que la noche anterior a nuestro viaje a Asturias no podía dormir. Era tal la emoción que me embargaba que me sentía incapaz de dejar de pensar en todo lo que veríamos por el camino. Mi tía doña Sancha me había hablado muchas veces de esta tierra, de sus ciudades, de sus hermosas iglesias, de su catedral y sobre todo de la belleza de su paisaje. ¡Ay! Cuando desde lo alto del puerto de Pajares contemplé aquellas montañas, aquellos picos que ascendían al cielo, sentí una emoción hasta entonces desconocida; era como si yo formara parte de esta tierra agreste, que me pareció maravillosa, mucho más de lo que podría imaginar a pesar de lo dicho por mi tía, que disfrutaba viendo mi excitación.

Asturias

Año de 1140

—¡Ay, Urraca! Cuánto me alegra tu emoción. ¿Sabes? Solo los nacidos en esta tierra sois capaces de sentirlo de ese modo. A mí me parece un paisaje precioso, y nada más. Sin embargo, tú estás a punto de llorar.

—Es lo más hermoso que he visto en mi vida —dice Urraca mientras, nerviosa, aprieta la manos de su tía—. ¿Toda Asturias es así de bonita?

—Es una buena tierra; ya la irás descubriendo.

—Me han impresionado también los peregrinos que hemos encontrado en el camino, sobre todo teniendo en cuenta, como me decíais, que vienen de tan lejos... Nunca los había visto en León. Claro que no paseo por la ciudad.

—Ha sido casualidad, porque podrías haberlos visto alguna vez desde el jardín porque acuden a San Isidoro. Cuando seas un poco mayor te llevaré a Santiago para que reces ante la tumba del apóstol.

—Me gustaría hacerlo como ellos, andando.

—Imposible, no resistirías. ¿No te has fijado en el hospital que hemos visto en Arbás? Han tenido que instalarlo para atender a todos los que enferman por las dificultades del camino. Muchos mueren sin conseguir llegar a Compostela. Y otros en la misma catedral como le sucedió hace tres años a Guillermo, duque de Aquitania.

—¿Se murió en la catedral?

—Sí, en el altar mayor, cuando se celebraban los oficios del Viernes Santo.

—Pobrecito. ¿Todos los peregrinos tienen que pasar por aquí?

—No. Existen otros caminos. Los que eligen este es porque quieren visitar Oviedo para venerar las reliquias de la Cámara Santa que se guardan en la catedral de San Salvador.

—Pues todos deberían hacer ese camino —afirma con rotundidad Urraca, que le pregunta a su tía—: ¿Habéis hecho vos el camino alguna vez?

—No. La verdad es que nunca he pensado en ello, ya que conozco y he estado muchas veces ante la tumba del apóstol.

Desde que en el siglo IX, bajo el reinado de Alfonso el Casto, fuera descubierta por el obispo de Iria, Teodomiro, una tumba que se afirmó era la que guardaba los restos del apóstol Santiago, la noticia se extendió por toda Europa. A partir de ese momento, empezó a gestarse lo que en el transcurso de los años sería la ciudad de Compostela. Comenzaron las peregrinaciones y se marcó una primera ruta llamada

Camino Francés. Se crearon puentes, hospitales, monasterios, todo con vistas a ayudar a los muchos peregrinos.

La orden del Cluny se convirtió desde un principio en una gran propagadora del Camino de Santiago, organizando peregrinaciones desde distintos puntos. Como contrapartida, recibieron donaciones de los reyes cristianos para sus monasterios.

A lo largo del siglo XI, el Camino de Santiago se consolidó definitivamente y es a finales de ese siglo cuando se inicia la construcción de una gran catedral románica sobre la tumba del apóstol.

No será hasta bien entrado el siglo XII, en 1120, cuando el papa Calixto II a través de la bula *Omnipotentis Dispositione* establezca el año santo jubilar compostelano. Al mismo tiempo concedió la dignidad arzobispal a Santiago de Compostela, atendiendo así a los ruegos del obispo Gelmírez que, satisfecho, vio cómo la sede metropolitana de Mérida se trasladaba a Santiago.

Con toda seguridad, el papa conocía a fondo el camino, ya que había peregrinado a Santiago. Y era hermano de Raimundo de Borgoña, el padre del rey Alfonso y de doña Sancha. Y sería a partir de 1126 —año en que Alfonso VII se hizo cargo del reino de León— cuando el papa otorgó el privilegio de celebrar el año santo jacobeo, al coincidir la festividad de Santiago Apóstol —25 de julio— con domingo. En Compostela se ganaba indulgencia plenaria, lo mismo que en los años jubilaes en Roma, salvo que estos se celebraban cada veinticinco años, y en Santiago cada cinco, seis u once.

—Hacer el camino andando tiene mucho más mérito —comenta doña Sancha—. Claro que las indulgencias, vayas andando o no, se ganan igual siendo año santo.

—Y si no lo es, ¿no se ganan indulgencias?

—No.

—¿Este año lo es? —pregunta Urraca.

—No. No se celebrará año santo hasta 1143. Y prometo llevarte. Juntas iremos a ganar las indulgencias.

—Gracias, tía, habrá multitud de peregrinos...

—Muchísimos. Antes te contaba que el duque de Aquitana había muerto en Santiago, adonde había llegado en busca de indulgencia plenaria porque era año santo.

—Tía, el apóstol Santiago murió en Galicia, ¿verdad?

—No. Murió muy lejos; fue decapitado en Palestina.

—Y entonces, ¿cómo puede estar enterrado en Santiago?

—Cuentan que dos discípulos, Teodoro y Atanasio, robaron su cuerpo y se embarcaron con él para Hispania, desembarcando cerca de Iria Flavia.

—Pero ¿no es raro hacer un viaje tan largo para enterrar a una persona? —pregunta sorprendida Urraca.

—Podría parecer. Aunque San Jerónimo afirma que cuando los apóstoles salieron a predicar por toda la tierra, se dispuso que al morir «cada uno descansaría en la

provincia donde había predicado el Evangelio».

—¿Y Santiago predicó en Galicia?

—Sí, y en otros lugares de la península. Deja que te siga contando. Después de desembarcar, afirma la tradición que cargaron el cuerpo del apóstol en una carreta de bueyes. Y cuando llegaron al bosque Libredón, los bueyes se negaron a continuar. Los discípulos creyeron que era una señal divina y por ello decidieron enterrarlo allí.

—¿Y cuándo pasó eso? ¿En qué siglo?

—No sabría decirte. Los últimos siglos fueron tiempos de grandes cambios políticos, de invasiones de los árabes. Y durante un tiempo se escucharon distintas voces que hablaban de ello, al final el tema de la tumba quedó silenciado. Hasta que en el siglo IX un ermitaño llamado Pelayo que vivía en Solovio, en el bosque de Libredón, empezó a vislumbrar una noche tras otra resplandores misteriosos. Sin saber muy bien qué hacer, acudió a informar de ello al obispo de Iria Flavia, Teodomiro, que mandó investigar lo que el ermitaño le contaba. Después de varias observaciones, se concluyó que el lugar en el que se revelaba esa luz era un pequeño cementerio donde había sido enterrada el *arca marmorea*, en la que se encontraban los restos del apóstol Santiago.

—Qué interesante. ¿Y qué pasó después?

—El obispo Teodomiro acudió a ver al rey Alfonso el Casto para contarle lo que había pasado. El soberano asturiano mandó organizar un viaje al lugar en el que se había producido el fenómeno. Una vez allí, decidió la construcción de una iglesia de estilo asturiano para guardar en su interior el *arca marmorea*. Después uno de los siguientes reyes de Asturias, Alfonso el Magno, mandaría edificar otra iglesia mayor en el mismo lugar en que se alzaba la anterior. Y hace unos años se ha construido por fin una preciosa catedral. ¿Sabes? En ella está enterrado mi padre, Raimundo de Borgoña, tu abuelo.

—¿Por qué la reina Urraca no está con él? —pregunta tímidamente Urraca.

—Porque tu abuela era reina de León y allí es el lugar donde debe reposar, en el Panteón de los Reyes. Se me olvidaba explicarte algo sobre la tumba del apóstol —añadió Sancha—. Tú eres una niña y seguro que te has creído todo lo que te he contado sobre el hallazgo de la tumba. Yo también lo creo. No obstante, existen personas que ponen en duda la veracidad de lo que cuenta la tradición. Aunque existe un hecho, para mí importante, que es el que quiero relatarte, que habla a las claras de la santidad del lugar. Verás, cuando a finales del siglo X, en el año 977, el moro Almanzor destruyó Santiago de Compostela, respetó la tumba del apóstol que quedó intacta.

—¿Por qué lo hizo? Él no era cristiano, ¿verdad?

—No. Por eso su comportamiento resulta extraño. Si quería hacernos daño, nada mejor que destruir la tumba del apóstol. Aunque posiblemente fuera persona religiosa y la divinidad le mereciese respeto.

—Me gusta mucho todo lo que me habéis contado. Quiero conocer la historia —

asegura emocionada Urraca.

—Así tiene que ser. Con tanta conversación no hemos tomado nada de merienda. Y no llegaremos a Oviedo hasta la noche. Haremos una pequeña parada.



La infanta doña Sancha suele vivir, cuando está en Oviedo, en el monasterio de San Pelayo, que es una de las propiedades incluidas en el Infantado. La infanta había realizado donaciones personales y su hermano el rey Alfonso había concedido a San Pelayo, gracias a la influencia de ella, importantes privilegios (portazgo de Olloniego, diezmo del de Oviedo y la quinta parte del de Gozón). Por otro lado, muchas de las donaciones que la infanta realizó a particulares incluían una cláusula, en la que se disponía que a la muerte del receptor, los bienes donados deberían revertir en San Pelayo.

Urraca se siente feliz rodeada de todas aquellas monjas, en su mayoría pertenecientes a la nobleza, que la tratan con cariño y delicadeza. Poco a poco se va dando cuenta del poder que su tía doña Sancha ejerce sobre todas ellas.

Le gusta Oviedo y, además, hace tantas cosas durante el día, que vivir allí le parece apasionante. Visita lugares hermosos, conoce a personas todas muy distintas. Si pudiera, se quedaría para siempre en esta ciudad. León es la capital del reino, a pesar de ello, la vida resulta mucho más aburrida. No se da cuenta de que si la residencia real estuviera en Oviedo, el discurrir de las jornadas sería idéntico al de León. Lo que sucede es que el ritmo de su vida es distinto al encontrarse de visita.

—Esta mañana hemos subido al Naranco para ver Santa María y San Miguel — comenta Sancha, que se encuentra reunida con la abadesa, dos monjas más y su sobrina Urraca.

—¿Os han gustado, doña Urraca? —pregunta una de las monjas.

—Mucho, sobre todo Santa María. Me gustaría vivir en ella, es preciosa. Qué bien, que en Asturias haya estos edificios. Como asturiana me siento orgullosa de ellos —asegura de forma vehemente Urraca.

Se produce un silencio, roto por la abadesa que, mirando a Urraca, dice:

—Señora, vuestra vida ha discurrido íntegramente en la corte en León, ¿cómo es posible que os sintáis asturiana? Seguro que habéis sido vos, doña Sancha, quien se lo ha inculcado.

—Os aseguro que no —responde la infanta—. Casi nunca hablamos de Asturias.

—Desde que hemos llegado —comenta muy seria Urraca—, siento que pertenezco a esta tierra. Antes jamás lo había pensado y me daba lo mismo, ahora es distinto. Ahora la quiero y estoy deseando conocer bien su pasado.

—Pues tenemos una hermana en la comunidad que seguro puede satisfacer vuestra curiosidad. Sabe todo de la historia de Asturias —dice la abadesa.

—Tiempo tendrá de enterarse —apunta doña Sancha—. Mañana iremos a ver las reliquias de la Cámara Santa.

—¿Cómo se llama la hermana? —pregunta Urraca.

—Sor Aldara —señala la madre abadesa, que luego añade—: Doña Sancha, no sé si será correcto por mi parte pedirlos que nos contéis cómo fue el acto de proclamación de vuestro augusto hermano, nuestro señor, el rey don Alfonso, como emperador. Os ruego que perdonéis mi atrevimiento.

—No os preocupéis. Os hablo de la ceremonia encantada y si pedís que nos sirvan algunos dulces, mejor —manifiesta doña Sancha riéndose.

—Ahora mismo, disculpadme, no me he dado cuenta de que es media tarde. Estamos tan emocionadas con vuestra visita que se nos olvidan hasta las buenas costumbres.

—No tiene importancia. La coronación del rey fue una ceremonia incomparable —empieza a contar doña Sancha, que al ver la expresión de tristeza de su sobrina doña Urraca, se interrumpe para decirle—: Eras muy pequeña. Solo tenías dos años. Y si hubieses asistido, seguro que no recordarías casi nada.

—Eso es imposible —responde quedamente la niña, que guarda silencio sin manifestar lo que piensa. Está segura de que si fuese hija legítima habría estado presente en la coronación. Sabe que la quieren y cuidan de ella, aunque no es lo mismo. Es verdad que ninguno de sus hermanos de padre asistieron porque eran bebés. A ella le hubiera gustado estar al lado de su tía doña Sancha. Y quiere a su padre y se siente muy orgullosa de ser su hija. ¿Cómo iba a olvidar una ceremonia tan importante?

—Lo primero que colaboró a la brillantez del acto fue el día soleado que amaneció en León —prosigue doña Sancha.

—Si no recuerdo mal, fue en el mes de mayo. Y es bien cierto que en primavera el buen tiempo no suele ser seguro —apunta la abadesa.

—Tenéis razón, pero aquel 26 de mayo el sol quiso sumarse a la celebración. A media mañana el rey, acompañado por obispos, abades y otros hombres de Iglesia, salió del palacio camino de la catedral. Fue un cortejo regio bellísimo en el que los cantos y rezos se sucedían de forma armónica a lo largo de todo el trayecto. Dentro ya de la catedral, que se encontraba completamente llena de gente, se le preguntó al rey sobre sus deberes para con la Iglesia y el pueblo. Don Alfonso contestó de forma concisa y acertada, en medio de un silencio total. A continuación, el obispo preguntó al clero y al pueblo allí reunido si aceptaban al nuevo sucesor para la corona imperial. Un rotundo y unánime sí rompió el silencio. Un sí que a medida que se alejaba cobraba nueva fuerza, amplificado por el eco expansivo de las bóvedas catedralicias. Os confieso que a mí me impresionó aquel momento, pero el más emocionante se produjo cuando el prelado ungió la cabeza, el pecho y la espalda del rey con óleos

sagrados, en nombre de la Santísima Trinidad, a la vez que otros clérigos le entregaban la espada. Luego, introdujeron en su mano el anillo, le pusieron la banda y el manto regio. Le colocaron la corona y le dieron el cetro. El rey se encaminó entonces hacia el trono que por herencia le correspondía y sentado en él recibió las sumisiones de los obispos asistentes. El *Te Deum laudamus* puso punto final.

—Tuvo que resultar precioso. Según algunos comentarios que he escuchado, estuvieron en la ceremonia mandatarios de más allá de los Pirineos que vinieron a rendirle vasallaje —comenta la abadesa.

—Sí. Asistieron el conde de Cominges, el conde de Foix, el señor de Montpellier, y algunos embajadores de la Gascuña y del Mediodía francés. Ya sabéis que, hace unos años, el rey Alfonso dominó a los árabes en el sur de Francia, llegando hasta el río Ródano. Todos estos señores lo apoyaron en su lucha contra el infiel, mas fue él quien la llevó a efecto. Lógico, pues, que presten vasallaje al emperador.

—A mí me impresionó que asistiera el moro Zafadola —apuntó una de las monjas.

—Fue hermoso verlo allí, aunque era lógica su presencia, ya que es vasallo de mi hermano el rey —dice doña Sancha—. Zafadola es el baluarte que utilizamos en nuestra lucha contra los almorávides.

Zafadola, Sayf al Dawla, hijo del último rey taifa de Zaragoza, era señor de Rueda y prestaba su vasallaje al monarca cristiano después de la ayuda recibida para defenderse de la presencia almorávide.

Para entender la situación, conviene recordar que después de la desmembración del califato de Córdoba, surgieron en la península los conocidos como reinos de taifas (gobiernos independientes), detrás de los cuales se encontraban diferentes dinastías, clanes o familias. La falta de unidad entre ellos favoreció el avance cristiano que poco a poco fue ganando terreno y sometiendo a alguno de estos reinos. Algunas de estas taifas, para evitar caer en manos cristianas, pidieron ayuda a los almorávides del norte de África.

En el momento que nos ocupa, el reinado de Alfonso VII, los almorávides ya se habían adueñado de las taifas presentando dura batalla a los reyes cristianos. Así pues, solo Zafadola representaba el símbolo de la resistencia a los almorávides.

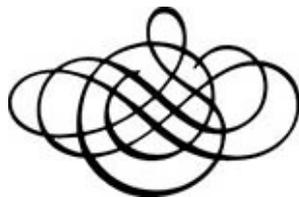
—Fue un gran día para todos —sigue contando doña Sancha—, aunque hubo ausencias que yo personalmente lamenté, como la de nuestro primo Alfonso Enríquez.

—Perdonad, madre abadesa —interrumpe la lega que les había servido la merienda—, ¿deseáis algo más?

—No, sor Luisa, ¿ha llegado la hermana Aldara?

—Creo que sí.

—Decidle que venga.



A aquella hora de la mañana, el pequeño de los jardines del monasterio de San Pelayo era un remanso de paz. Solo el discurrir del diminuto chorrito de agua de la fuente rompía el silencio con una deliciosa cadencia.

—Qué bien se está aquí, sor Aldara. Si viviera en el convento, vendría a jugar siempre a este lugar. Es muy agradable —comenta Urraca mientras se divierte con un caballito de madera—. ¿De verdad era vuestro juguete preferido?

—Claro. ¿Por qué creéis que lo tengo en el monasterio conmigo?

—¿Y no os da pena desprenderos de él?

—Un poquito sí, pero me hace ilusión regalároslo, doña Urraca. Sois una muchacha muy inteligente y os gusta la historia como a mí.

—¿Y decís que este caballito representa una de las razas más antiguas de caballos? —pregunta interesada doña Urraca.

—Sin duda. Hace muchos siglos que viven en libertad en las montañas asturianas.

—¿Y en León no existen?

—No, el asturcón es exclusivamente asturiano —afirma sor Aldara.

—Pues le diré a la infanta doña Sancha que me lleve un asturcón para la corte. Y si, como me decís, es tan pequeño, seguro que podré montarlo sin peligro de caerme.

Sor Aldara asiente. No le dice nada más, porque lo cierto es que, una vez domados, los asturcones son caballos ideales para los niños, tanto por su tamaño, como por su paso seguro y acompasado, que siempre garantiza la seguridad del jinete.

La monja, una muchacha joven, de una buena familia asturiana, se ha encariñado con la pequeña. Varias mañanas de conversación en las que ha intentado satisfacer la curiosidad insaciable de aquella niña seria y responsable despiertan en ella unos lazos afectivos que nunca se romperán. Resulta sorprendente el interés de Urraca por todo lo referido a Asturias. Sor Aldara piensa que tal vez aquella joven, hija del emperador, esté destinada a ocupar un lugar importante en la historia y es bueno que, en la medida de sus posibilidades, ella ponga todo su conocimiento a disposición de la muchacha. Le gustaría acompañarla por la ciudad, pero al ser monja le está prohibido. Al día siguiente, doña Sancha y su sobrina se marchaban y sor Aldara está segura de que echará de menos a la pequeña.

—Sor Aldara, siempre que venga a Asturias pasaré a veros. Habéis sido muy buena conmigo.

—No he hecho nada, doña Urraca. Me alegro mucho de haberos ayudado y no sabéis qué alegría me produce el pensar que algún día volveréis a visitarme.

—Por cierto, no os he dicho lo muchísimo que me han gustado las reliquias de la

Cámara Santa. El Santo Sudario me ha impresionado. ¿Sabéis lo que más me ha emocionado? La Cruz de la Victoria. ¿Será verdad que en su interior se guarda un trozo de la cruz que utilizó el rey Pelayo en la lucha contra los árabes en Covadonga?

Mandada construir por el rey Alfonso el Casto en el siglo IX, la Cámara Santa de Oviedo estaba compuesta por dos capillas o criptas superpuestas, la de Santa Leocadia y la de San Miguel. Esta última recibía el nombre por estar adosada a la torre de San Miguel, que ya existía cuando se construyó la cámara, igual que el palacio de los reyes asturianos, después de que el Casto hubiera trasladado la corte a Oviedo. Junto al arca de las reliquias se guardaban en la Cámara Santa la Caja de las Ágatas, una arqueta de madera de ciprés, donada a la catedral por Fruela, hijo de Alfonso el Magno; la Cruz de los Ángeles, realizada a principios del siglo IX por mandato del Casto y la Cruz de la Victoria, regalada por el Magno y su esposa la reina Jimena, que también donaron al obispo de Astorga la conocida como Cruz de San Genadio. Estos cuatro objetos están considerados como cumbre de la orfebrería prerrománica asturiana.

—Querida doña Urraca, yo lo creo. No tengo la seguridad de que así sea, aunque me da lo mismo. Eso es lo que dice la tradición, que la Cruz de la Victoria guarda en su interior, como un tesoro, los restos de aquella cruz legendaria.

—Yo también lo creo. Qué emoción y qué orgullo para Asturias.

—Doña Urraca, cuando volváis otra vez a Asturias tenéis que subir al Monsacro.

—¿Es un monte?

—Sí, está muy cerca de Oviedo, en Morcín. Es una elevación de unos mil metros.

—¿Por qué queréis que vaya?

—Es un lugar enigmático, y en Asturias lo conocemos como monte santo. Allí, en una cueva llamada Cueva del Ermitaño, situada al lado del pozo de Santo Toribio, dicen que estuvo guardada el arca santa de las reliquias, desde su llegada desde Toledo tras las derrota de los visigodos en Guadalete. Ha sido el obispo Pelayo el que, en su *Libro de los testamentos*, sitúa en este monte el ocultamiento de las joyas de la monarquía visigoda después de la derrota sufrida.

—¿El obispo Pelayo es el mismo que está reunido con doña Sancha?

—Sí.

—¿Es verdad que en ese libro se recogen los documentos más importantes de la historia de la Iglesia en Asturias?

Sor Aldara mira con cariño a Urraca. No deja de sorprenderla con su curiosidad. Está segura de que a aquella pequeña no se le escapa nada de las conversaciones de los mayores y toma buena nota de ello.

—Sí, en el *Liber Testamentorum* se recopilan todos los documentos, especialmente judiciales, de la diócesis de Oviedo. Y dicen que tiene —yo no lo he visto— unas ilustraciones con miniaturas preciosísimas.

—Pues en otra ocasión le tenemos que decir a doña Sancha que nos dejen verlo. Me gusta mucho, sor Aldara, lo que me habéis contado del Monsacro. ¿Se llama así

verdad?

—Sí.

—Seguro que algún día lo visitaré. ¿Y por qué eligieron ese monte para esconder las reliquias?

—No se sabe muy bien. Antes os decía que se le conoce como monte santo y no es por haberse guardado en él las santas reliquias, pues ya antes se le llamaba de esa forma. En la tradición se cuenta que fue probablemente un lugar sagrado en el que los antiguos astures rezaron a sus dioses. También se alude a la existencia de antiguos cultos romanos e incluso anteriores.

—¿Y el arca sagrada con el Santo Sudario lo trajeron desde Jerusalén a Toledo?
—pregunta la niña.

—No. Antes lo custodiaron en Sevilla. Después, nuevas invasiones hicieron que buscaran otro lugar para protegerla y así llegó a Toledo. Y de allí llegó a nuestra tierra.

—Cómo me alegro de que aquí en Asturias haya encontrado un lugar seguro. El arca estuvo en el Monsacro más de cien años, ¿verdad?

—Sí, hasta que Alfonso el Casto ordenó la construcción de la Cámara Santa. No podría decirnos el número de años exactos porque se desconoce la fecha de la construcción, incluso se dice que fue Alfonso el Magno quien mandó hacerla. De todas formas, en el Monsacro estuvo no menos de ciento treinta años.

—Tenéis que hablarme del rey Alfonso el Casto. ¿No creéis que fue el mejor monarca asturiano?

—Él fundó este monasterio. De ahí que siempre recemos o cantemos un responso por su onomástica.

—Me gusta lo que me decís.

—Don Alfonso el Casto es el que más años gobernó y ciertamente en su reinado se consiguieron logros importantes —observa la monja, que, al escuchar el sonido de la campana, mira un poco nerviosa en derredor...

—Perdonadme, sor Aldara —dice Urraca—, os estoy entreteniendo cuando tenéis otras cosas que hacer.

—No, estoy encantada, pero nos llaman al coro. Si queréis, doña Urraca, esta tarde podemos seguir charlando, porque creo que no os vais hasta mañana.

—Sí, mañana a primera hora de la tarde. Qué bien poder seguir conversando con vos —dice sonriendo la pequeña.



—Urraca, ya sé que lo has pasado muy bien en Oviedo y te has hecho muy amiga

de sor Aldara. Dentro de poco llegaremos a Soto de Aller. ¿No te hace ilusión conocer a tu madre?

—Sí, por supuesto —contesta Urraca, que no se atreve a decir que le da lo mismo, que se habría quedado encantada en Oviedo.

La pequeña no siente ninguna curiosidad por ver a la mujer que le ha dado el ser. Para ella su madre es doña Sancha. Nunca le han ocultado la verdad y se ha acostumbrado a no hacer preguntas. Gontrodo tampoco ha hecho nada por volverla a ver, aunque a veces, muy de tarde en tarde, su padre el rey le decía que le mandaba un beso.

Hay momentos en el trayecto en los que Urraca sigue con sus ojos paso a paso las elevaciones de las montañas que la entusiasman, para luego mirar las copas de los árboles e intentar escudriñar en los laberintos de la espesura...

—Doña Sancha, me alegro mucho de que me hayáis traído a Asturias. Oviedo tuvo que ser muy hermoso cuando era el centro de la corte.

—Supongo que sí, porque aún ahora lo es. No hemos ido a Avilés. En otro viaje te llevaré. Estoy segura de que te gustará ver el mar.

—¿Es como un río grande? —pregunta divertida Urraca.

—Mucho más grande, tanto que la mirada se pierde en su inmensidad.

—¿Alguna vez la corte se estableció en Avilés?

—No. En los dos siglos que existió el reino de Asturias las capitales fueron Cangas de Onís, Pravia, San Martín del Rey Aurelio y Oviedo.

—¿Y por qué dejó de residir la corte en Asturias?

—Me imagino que fueron varias las razones. Creo que la más importante y la que contribuyó al cambio fue la situación geográfica de esta tierra y su difícil accesibilidad. Para que te hagas una idea, al ir incorporando nuevos territorios a la corona ganados a los árabes, facilitaba más todo tipo de operaciones acercar el centro del poder a los nuevos terrenos conquistados que se pretendían ampliar en cada nueva confrontación.

—Según me contó sor Aldara —argumenta Urraca—, fue el rey Fruela el Leproso el que decidió irse de Asturias, y en aquel entonces ya existía reino en León.

—Sí, así fue. Al morir el rey de León, heredó su hermano Fruela y por ello decidió trasladar la corte a esa ciudad. Bien es verdad que antes ya lo había hecho el segundo de los Ordoños, que unificó Galicia con León, al tener que sustituir a su hermano García que fue el primer rey de León. Lo mismo que hizo Fruela lo había hecho hacía unos años Ordoño.

—¿Y no tenían herederos para que los sucedieran en sus respectivos reinos? —pregunta Urraca muy intrigada.

—No, García no tenía descendientes. Ordoño, sí. Aunque lo que esta situación demostraba era que la división del reino no era tal. Solo había sido un acuerdo entre hermanos. Como quedó patente al sucederse entre ellos. Te lo habrá contado sor Aldara, y yo te lo recuerdo; a la muerte del rey Alfonso el Magno, el reino de

Asturias quedó fragmentado en tres y sus tres hijos se convirtieron en reyes; García lo fue de León, Ordoño, de Galicia y Fruela, de Asturias. Nunca se conocerá si ese hubiera sido el deseo del padre porque ellos se sublevaron en vida de su progenitor arrebatándole el poder. Aunque lo cierto es que después de ellos todo quedó como estaba, a excepción de la titularidad del reino.

—¿Y los hijos de quién heredaron?

—En principio, un hijo de Fruela el Leproso. Pronto sus primos, los hijos de Ordoño, le disputaron el trono convirtiéndose ellos en reyes de León.

—¿Vosotros descendéis de ellos?

—Sí, pertenecemos a la dinastía astur-leonesa. Hubo un momento en que el reino de León se desmoronó, en el 1037, cuando el rey Bermudo el Mozo perdió la vida en la batalla de Tamarón. Al morir sin descendencia, era su hermana Sancha quien ostentaba los derechos al trono del reino de León. Fue el marido de esta, el conde de Castilla, quien sería ungido como rey de León, con el nombre de Fernando el Grande.

—Doña Sancha se queda unos segundos con la mirada perdida y tomando la mano de su sobrina añade—: Mira, Urraca, todos te dirán si hablas de este tema que la dinastía cambió al ser el conde de Castilla, alguien ajeno a la familia, el nuevo rey, porque se consideraba la línea masculina como lo que decidía el cambio de linaje. Sin embargo, fue rey por ser el marido de doña Sancha que, por cierto, fue mi bisabuela y quien nos transmitió el derecho al trono.

—Me gustaría ser parte de la dinastía astur-leonesa —dice la niña tímidamente.

—Ya lo eres.

—No, soy ilegítima —asegura con pena.

—Eres hija del rey y formas parte de nuestra familia. Estás a su servicio como lo estamos todos. Quién sabe lo que te deparará el destino.

—Mirad, señora tía, qué hermoso es este lugar.

—Sí que lo es.

Circulan en paralelo al río Aller. En algunos tramos el sinuoso discurrir de la corriente se muestra ante sus ojos con sus chispeantes y clarísimas aguas de belleza cristalina.

—¿Podemos acercarnos a una de las orillas del río? —pregunta Urraca.

—Sí, un poquito más adelante. Donde la corriente forma unos meandros que te gustaran mucho y desde allí podremos ver la torre de la casa donde naciste.

La casa donde nació

Un día del mes de mayo de 1167, muy cerca del río Aller

Urraca Alfonso sigue sentada contemplando su entorno como si quisiese fijarlo para siempre en su retina.

—Mira, Ana, la primera vez que vine a Soto de Aller, nos detuvimos precisamente en este mismo lugar. ¿Ves aquella torre?

—Sí, señora.

—Pertenece a la casa en la que nació. Era la casa de mis abuelos, los padres de mi madre. Esta fue mi primera visión. Siempre que me he acercado a Soto he querido verlo desde aquí. El paisaje es precioso. Ciertamente ha cambiado muy poco desde entonces.

—¿Tenéis pensado que nos acerquemos a la casa?

—No. Sería muy arriesgado. Además, ya no mora en ella nadie a quien quiera ver. Prefiero recordarla como cuando llegué por primera vez.

Soto de Aller

Soto de Aller, año de 1140

Cuando Urraca conoce a su madre, entiende muy bien por qué su padre, el rey, se ha encaprichado con ella. Es una de las mujeres más hermosas que ha visto: rubia, muy blanca, con una dulzura especial, no exenta de cierta tristeza, invita a no apartar los ojos de su rostro. Va elegantemente vestida, con unos colores suaves, azul, blanco y oro, a tono con su tez de marfil.

Gontrodo sale a recibirlas a la puerta de la casa y después de saludar a doña Sancha, mira a la niña, rodeándola con sus brazos.

—Dios mío, Urraca, eres casi tan alta como yo —exclama—, estás hecha una mujer.

A pesar de que Urraca no esperaba ninguna emoción, percibe que su corazón se acelera al sentir el contacto de aquellos brazos y el calor que emana del cuerpo en el que había sido gestada.

—No sabes, mi niña, los deseos que tenía de abrazarte. Ya sé que eres una buena hija. Estudiosa y muy inteligente.

—Así es, doña Gontrodo, nunca Urraca nos ha dado ningún tipo de preocupación —afirma doña Sancha.

Urraca observa a las dos mujeres, una le ha dado el ser, la otra la quiere, la cuida y protege. Le gusta la complicidad y confianza que parece existir entre ellas. En apariencia ¡son tan distintas! Nunca se había percatado hasta entonces del aspecto duro y severo de doña Sancha ahora al verla frente a frente con su madre, toda delicadeza...

—Doña Sancha, pasemos a casa, tendréis muchas cosas que contarme. Me imagino que en Oviedo habréis estado muy bien —dice Gontrodo.

La pequeña observa todo a su paso. La casa de Pedro Díaz del Valle no es como el palacio donde vive, aun así resulta confortable y la decoración dentro de su austeridad le parece acertada. Lo que más le gusta es el patio interior que, en más pequeñito, le recuerda al del monasterio de San Pelayo de Oviedo.

—Subiremos a la torre, doña Sancha. Ya sabéis que es mi lugar preferido. Allí os entregué hace años a mi preciosa hija —dice con cierta pena Gontrodo.

Las escaleras son bastante empinadas y los peldaños altos. Urraca comprueba cómo a su madre, más joven que doña Sancha, le cuesta más subirlos, a pesar —piensa— de que lo hará con asiduidad. Seguro que su vida es mucho más sedentaria que la de su tía, que siempre está en movimiento y viaja con mucha frecuencia. Sí, a

Urraca le gustaría ser como doña Sancha, fuerte, poderosa, independiente...

—No sabes, Urraca, cuántas veces he tratado de imaginarte cuando a solas en esta habitación pensaba en ti. Ni un solo día dejé de hacerlo. Le he pedido a Dios con insistencia para que este encuentro fuera realidad. Y hoy, por fin, me ha escuchado — señala Gontrodo casi en un susurro mientras toma entre las suyas las manos de su hija.

Las palabras de su madre la dejan impasible. No se las cree, porque, de haberlo deseado, como dice, se las habría arreglado para verla. ¿Será esta la habitación en la que se producían los encuentros con el rey su padre? Mira en derredor, no hay ningún lecho, sí muchos cojines y alfombras mullidas. Es una habitación espaciosa, con chimenea, varios sillones y divanes... Las cortinas son rojas, color que imprime calidez a la estancia. Ella, alguna vez, escuchó decir a las doncellas que las personas apasionadas podían disfrutar más teniendo trato carnal incluso en el suelo.

Urraca no quiere seguir pensando en ello, aunque la idea no se le va de la cabeza y se imagina a su padre, el rey, y aquella hermosa mujer, su madre, abrazados entre almohadones al calor de la lumbre...

—Espero que os quedéis varios días. Me gustaría que Urraca conociera a sus hermanos. Ya sabéis que todos están casados y viven lejos de aquí. Les he mandado aviso y espero que acudan. ¿Urraca, no te agradaría verlos? —pregunta Gontrodo.

La falta de respuesta hace que las dos mujeres miren a la niña, que permanece absorta con sus ojos fijos en las llamas de la chimenea.

—¿Duermes con los ojos abiertos? ¿Dónde te has ido? Vuelve, Urraca, tu madre te ha hecho una pregunta.

—Perdón, ¿me decíais?

—Que supongo que te gustará abrazar a tus hermanos.

—Por supuesto que sí.

Gontrodo no se encuentra segura. Tiene la sensación de que su hija la ignora y, en cierta forma, es normal porque son unas desconocidas. Ella no está pasando por su mejor momento. Hace unos años que el rey ha dejado de visitarla y no es que ello le haya producido dolor, pero ha contribuido a que su vida sea más tediosa. Todos sus familiares se han beneficiado de su amancebamiento con el rey. Su marido, Gutierre Estébaniz, había recibido el título de teniente de Aguilar, en Entrialgo, cerca del río Sella, aunque hacía unos años que tanto él como su padre se habían unido al siempre rebelde, conde Gonzalo Peláez, en sus luchas contra el rey. Al ser vencidos, el monarca los desterró a Portugal, donde el conde y su padre habían fallecido. Desconoce si su esposo ha corrido la misma suerte. Poco le importa. Dispone de patrimonio suficiente para vivir, pero la soledad le pesa. Desearía tanto tener a Urraca a su lado...

Doña Sancha decide romper el silencio que desde hace unos minutos se ha enseñoreado de la sala.

—Doña Gontrodo, tenéis que enseñarle a Urraca el santuario de la Virgen de

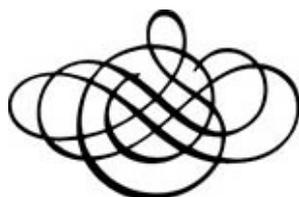
Miravalles. Es un lugar que, estoy segura, le entusiasmará.

—Mañana, si no llueve, podremos acercarnos. ¿No os apetece tomar un refrigerio? Todavía faltan unas horas para la cena.

—Sabéis que aún recuerdo el riquísimo chorizo que tomé en esta casa —dice doña Sancha.

—A mí me gusta mucho —añade Urraca.

—Ahora mismo pido que nos lo sirvan. También tenemos unos dulces de leche que seguro son de vuestro agrado.



Al final, los cinco días pasados en Soto de Aller a Urraca le resultaron muy agradables. Su madre les había organizado pequeños desplazamientos por la zona. La había llevado a Pelúgano, el pueblo en el que había nacido y donde era muy querida. Allí, rodeada de montañas, la pequeña se había sentido muy feliz. Visitaron el santuario de la Virgen de Miravalles, situado en un precioso prado y rodeado de árboles autóctonos; castaños, robles, hayas, fresnos, avellanos... Doña Sancha les explicó que el santuario ya existía en el siglo IX, y que había sido el primer rey Ordoño de Asturias quien lo había donado a Fruninio, obispo de León. A Urraca le había encantado la pequeña imagen de la Virgen. Una Virgen conocida por el nombre de Miravalles que era como se llamaba la pradera donde se encontraba el santuario.

También le habían enseñado las «cuerrías», que eran cercados de piedra de forma circular con un muro de un metro de altura que se utilizaban para la maduración de las castañas y facilitar de ese modo la separación del erizo. Este tipo de cercados eran muy frecuentes en los castañales asturianos. Y lo que le había sorprendido era que a las castañas las llamaran también «pan de árbol», que encima estaba muy bueno. A Urraca le gustaban las castañas de todas formas: cocidas, asadas, crudas...

Lo cierto era que aquellos días había comido mucho, de forma especial cuando sus hermanos vinieron a conocerla. Tenía tres hermanos de madre: Sebastián, Diego y Aldonza. Todos eran mayores que ella. La trataron con deferencia. No dejaban de ser unos extraños a los que no se sentía unida en absoluto. Tampoco con sus hermanos de padre tenía gran afinidad, aunque sí los sentía más cercanos. Sobre todo al pequeño Fernando, que todavía era un niño. Independientemente de su familia, el recuerdo más especial que se llevaba de Soto de Aller eran las historias que su madre le había contado sobre la mitología asturiana.

Algunas mañanas muy temprano se había escapado al bosque cercano para intentar ver a alguno de aquellos seres fantásticos. Eligió un escenario que invitaba a que se produjeran las escenas que ella ansiaba ver. Era una zona misteriosa. El agua

brotaba precipitándose por la ladera de uno de los montículos en risueña cascada que al llegar al suelo formaba como un pequeño estanque. A Urraca le parecía que en cualquier momento podría aparecer una hermosa *xana*. Sentía no haber conseguido verla y tampoco las dos noches que pudo escaparse logró ver alguna de aquellas lucecitas que decían eran *ayalgas*. Seguro que los *cuélebres* que las custodiaban les habrían prohibido salir.

La noche de San Juan, por lo que su madre le había contado, era mágica. Todo aquel mundo de fantasía dentro de la naturaleza significaba un descubrimiento maravilloso que tendría que estudiar, quería conocerlo a la perfección. Pediría ayuda a doña Sancha.

El carruaje en el que regresaban a la corte ya se encontraba en tierras leonesas. Uno de los sirvientes les había pasado unas mantas de pieles para que se resguardaran de las bajas temperaturas...

—Abrígate bien, Urraca, el frío de León es más intenso. ¿Te encuentras bien?, estás muy callada —le dice doña Sancha.

—Pienso en las historias mitológicas que me contó mi madre. ¿Habéis visto alguna vez la «flor del agua»?

—No, por supuesto que no. No me interesan esos temas, creo que es perder el tiempo. Además, no existe tal flor.

—Ya lo sé, se la llama flor y está formada por el efecto que producen los primeros rayos de luz del alba al reflejarse en la quietud de las aguas de las fuentes. Solo es visible unos instantes y, según la leyenda, su contemplación entraña felicidad —explica eufórica Urraca.

—Bueno, bueno, veo que te has aprendido bien la lección. Hemos hablado de verla. ¿Sabes cómo se coge la flor del agua? —le pregunta socarrona doña Sancha.

—¿Cogerla? —Urraca se queda unos momentos pensativa. Muy seria responde al fin—: No se puede, ya que no existe la flor.

—Piensa, piensa, porque la expresión no me la he inventado yo.

—Me rindo, no se me ocurre cómo.

—Pues es sencillo; se consigue poniendo tus labios en el agua de la fuente después de que el efecto óptico se haya producido. La primera persona que lo hace «coge la flor del agua» —explica sonriente doña Sancha.

—Es precioso —exclama ilusionada Urraca—. ¿Estáis segura de que nunca la habéis visto ni cogido?

—Ya te he dicho que no pierdo el tiempo en esas cosas.

—Sin embargo, me sorprende, porque conocéis muy bien el tema...

—Querida Urraca, dicen que el demonio sabe más por viejo que por diablo. Ya tengo unos cuantos años...

La niña mira a su tía con cariño. Ha percibido una luz en sus ojos que la lleva a pensar que doña Sancha sí vio alguna vez la flor del agua. ¿Por qué no querrá decírselo? ¿Se habrá enamorado alguna vez? Tuvo que haber tenido pretendientes

porque, dada su posición y sin ser una mujer muy guapa, no está mal. Es alta, delgada. Siempre viste de oscuro. Es posible que tuviera vocación de monja, algo que resultaba incompatible con sus deseos de estar al lado y al servicio de su hermano el rey. Por ello posiblemente no se ha encerrado en un convento. Urraca se alegra de que no lo haya hecho. ¿Quién se habría ocupado de ella entonces?

—Señora tía —le dice, mirándola con amor—, muchas gracias por este viaje, por cuidar de mí, por quererme. He conocido a la mujer que me trajo al mundo, pero vos sois mi madre y como tal os quiero y respeto.

—¿Y a qué se debe este ataque de ternura?

—Es que me he dado cuenta de la suerte que he tenido con que vos os ocuparais de mí. ¿No os habría gustado tener hijos?

—Nunca he pensado en ello.

—De lo que yo me he beneficiado —dice Urraca, que se apresura a añadir—: Yo no quiero tenerlos.

—Será lo que Dios quiera, pequeña, eres muy joven todavía.

Doña Sancha se alegra de que su sobrina se haya distraído mirando el paisaje y no siga preguntándole sobre un tema que la pone nerviosa. Ha pasado tanto tiempo y el dolor sigue vivo. Ella se había criado en León hasta los siete años con su tía abuela, la infanta Elvira, dueña del Infantado.

La vida a su lado había resultado tranquila y placentera. Ella se preocupó de que recibiera una buena educación. Doña Sancha había tenido como maestros a don Pedro de Agen, obispo de Segovia, y a un monje benedictino que gozaba de gran prestigio. Y como era persona inteligente y con un fuerte carácter, se convirtió en una mujer piadosa, culta, con criterio.

Al morir su tía abuela en 1102, tuvo que irse a vivir con sus padres a Galicia. Con ellos estaba cuando nació su hermano Alfonso y también cuando murió su padre, Raimundo de Borgoña.

Doña Sancha no puede evitar un gesto de repulsa al recordar el segundo matrimonio de su madre y los años vividos a su lado en permanente lucha. Su único consuelo había sido ocuparse de su hermano y tratar de alejarlo del ambiente espantoso en el que vivían.

Cuando, por fin, su madre y su padrastro decidieron separarse, ella estaba a punto de cumplir los veinte años y hacía tiempo que acariciaba la idea de no casarse nunca. El propósito se afianzó en los años siguientes ante el comportamiento bochornoso de su madre.

Al recordar el sufrimiento de aquellos años, los ojos de doña Sancha se inundan de lágrimas que a duras penas puede contener. Nunca ha podido entender que su madre, con la edad que tenía, pusiera en peligro la vida al dedicarse a parir. Unos partos que eran la consecuencia de unos minutos de placer con el amante de turno. Porque, aunque el oficial era don Pedro González de Lara con el que tuvo dos hijos, había otros nombres. La primera vez que su madre dio a luz estando separada

definitivamente de su marido, doña Sancha estaba en palacio y jamás dejaría de escuchar aquellos gritos desgarrados, que la marcaron para siempre.

En aquel tiempo, llegó a odiarla. No podía soportar su comportamiento. Por ello siempre que podía se iba con su hermano.

Cuando su madre, la reina doña Urraca, murió en el palacio de Saldaña, ella no estaba allí. Fueron muchos los que comentaron que la reina había muerto de parto.

Doña Sancha es consciente de que nunca conocerá la verdad, tampoco le importa. Su madre había vivido según su voluntad... Con pasión. Ya sabía que otros reyes y nobles hacían lo mismo, aunque eran hombres y no ponían en peligro sus vidas por muchos hijos que tuvieran. Y la reina doña Urraca era su madre.

—¿Dormís? —pregunta Urraca a su tía.

—No, solo he cerrado los ojos. Estamos a punto de llegar, ¿verdad?

—Sí. ¿Sabéis? Me he acostumbrado a estar con vos mucho tiempo todos estos días. Os echaré de menos —dice la niña con pena.

—También yo estaré deseando charlar contigo, Urraca. Ya me arreglaré para que nos veamos más.

A la pequeña no le apetece volver a la rutina de su vida en la corte. Por otro lado, antes no conocía Asturias, pero ahora, ¿cómo no añorarla después de haberla visto?

Contadora de historias y adivina

León, palacio de doña Sancha, año de 1143

Con diez años, Urraca es ya una mujer. A medida que pasa el tiempo aumenta el parecido con su padre. Es alta, de complexión más bien fuerte. Cabello negro, con facciones hermosas que denotan energía. Solo en sus ojos castaños se atisba un halo de melancolía que desaparece en cuanto sonrío. El buen observador podría notar cierta semejanza con su tía doña Sancha. Es posible que no fuese tal, sino que esa similitud se debiera a la convivencia que puede provocar un auténtico mimetismo entre las personas que se quieren y admiran. Urraca anda, se mueve y gesticula igual que su tía. No es la niña el prototipo de belleza que en aquellos años goza del aplauso unánime. Las jóvenes hermosas de entonces eran de tez muy blanca, de cabellos rubios y rizados... A ella eso no le importa mucho y siempre rechaza los ungüentos de manteca de cerdo o de leche de almendras que le quieren aplicar algunas doncellas para aclarar la piel.

El otoño de aquel año, con temperaturas más propias de la anterior estación, está resultando especialmente benigno. Los jardines de palacio visten sus galas otoñales, esa explosión de vibrante colorido acumulado a lo largo de todo el año para la gran fiesta de despedida que el otoño significa en la naturaleza.

Urraca ha salido a dar un paseo. Es una persona que necesita el contacto con el exterior. Mucho tiempo encerrada en casa le produce cierto desasosiego, y siempre que puede se escapa, aunque solo sean unos minutos, a respirar aire puro. Le gustaría deambular por las calles de León, salir a dar grandes paseos por el campo y nunca se lo consienten.

En el último año se ha ganado el afecto del mayordomo de su tía, Nicolás Peláez, que controla todo cuando doña Sancha no está. Y es él quien le permite, algunas veces, salir con las doncellas al mercado. Claro que para ello tiene que vestirse como ellas. Le divierte mucho aquel ambiente. Le encanta escuchar las conversaciones de las criadas con los vendedores y disfruta con los requiebros que algunos hombres les hacen. La primera vez que la piropearon a ella se puso roja como un tomate y sintió una especie de asco al mirar la cara del hombre mayor que la había abordado.

En aquellas esporádicas salidas había conocido a una mujer peculiar, una campesina llamada Sara. Unos decían que descendía de judíos, otros que de árabes. Puras especulaciones. Solo se sabía que había nacido en León. Era su doncella Constanza quien más la conocía y la que un día se la presentó. Desde entonces habían coincidido varias veces. Era una contadora de historias única. Constituía un auténtico

placer escucharla y frecuentemente venía a palacio y organizaban unas meriendas muy divertidas. Precisamente aquella tarde esperan la visita de Sara.

Desde el lugar en el que se encuentra, en el extremo del jardín, al lado de una cantarina fuente, puede ver el pausado discurrir de las aguas del río Bernesga. Solo una vez paseó con su tía cerca del río. En los últimos meses la ve muy poco porque anda muy ocupada con algunos monasterios. Además, ahora, cuando está en casa, cada vez dedica más tiempo a la oración y a la meditación.

Lo cierto es que tampoco las noticias políticas son muy buenas. Ella sabe muy bien que lo acordado en aquel llamado Tratado de Zamora, en el que su padre había reconocido la independencia de Portugal, que por primera vez se separaba de Castilla de la mano del que sería su primer rey, Alfonso llamado luego el Conquistador, que encima era primo de su padre, significó un duro golpe para las aspiraciones del reino de León y Castilla.

Urraca recuerda el regreso de su tía de esa reunión en Zamora. Doña Sancha se había desahogado con ella contándole todo el daño que les había hecho Teresa, la hermanastra de su madre, y madre de Alfonso, el flamante monarca portugués.

Supone que a su padre le habrá dolido tanto o más que a su tía, pero él no mantiene con ella ese tipo de conversaciones. Las pocas veces que se encuentra en la corte siempre la visita o la hace llamar. Es cariñoso, a pesar de que a la vida familiar le da muy poca importancia. En los últimos tiempos en que han cesado las rebeliones nobiliarias, su padre se dedica a saquear, de acuerdo con Zafadola, algunas poblaciones en su lucha contra los almorávides a los que el año anterior les ha arrebatado Coria.

El mayordomo de su tía le había contado muy orgulloso la estrategia que su padre, el emperador, había utilizado en la conquista de Coria: «Mandó a sus hombres que construyeran una torre de madera que se elevara por encima de las murallas de la ciudad, y les ordenó utilizar catapultas y pluteos para debilitar las murallas y destruir las torres».

Urraca siente curiosidad por lo que esta tarde les contará Sara. No sabe nada de su vida y nunca se lo ha preguntado a Constanza.

Después de escuchar unas cuantas historias de Sara, está casi segura de que la mayoría son inventadas. Lo cual no le resta importancia. Urraca piensa que se necesita mucha imaginación para urdir las y también mucha cultura. Sara fue la primera que le habló de las características de las palomas mensajeras y la razón por la que saben llegar al punto en el que se las espera. Desde entonces Urraca siente una gran afición por ese mundo.

Muchas veces se ha preguntado cómo una humilde mujer campesina que se dedica a vender en el mercado puede poseer tantos conocimientos. En ocasiones tiene la sensación de que Sara ve en el interior de las personas. Su mirada es tan directa y magnética que cuesta separar sus ojos de los de ella.

Urraca ve cómo un humilde gorrión se posa en la fuente... No quiere que perciba

su presencia y se va muy despacio.



—Doña Urraca, qué bien que hayáis venido. Ya ha llegado Sara —dice Constanza, que la recibe a la puerta del salón donde se reúnen.

—¿Lo has preparado todo?

—Sí. Hemos colocado el tablero con la comida y he mandado encender la chimenea porque seguro que bajarán las temperaturas.

—Perfecto, Constanza.

—Con la comida que habéis organizado, sí que tengo que esmerarme esta tarde —dice Sara, riéndose.

Es curiosa hasta en su forma de vestir. Lleva una falda de rayas amarilla y marrón y una camisa negra, con una manta gruesa muy llamativa de color naranja. En la cabeza un pañuelo negro por el que asoman unos indómitos cabellos rojizos. Está sentada al lado de las otras dos doncellas que, junto con Constanza y ella, forman aquel improvisado grupo.

—Buenas tardes, Sara, así que es de tu agrado la comida preparada —dice Urraca.

—Creo que excelente, señora.

—¿Qué habéis elaborado? —pregunta la niña.

—Hemos hecho patés de caza y de pera —informa una de las doncellas—. Y algo nuevo que me ha enseñado una amiga que conoce la cocina árabe, es como una tortilla hecha de pasta de berenjena con hierbabuena y pimienta mezclada con huevos y al horno.

—Pues tiene que estar buenísima —exclama Sara.

—También tenemos frutos secos. Y beberemos agua y sidra en honor de doña Urraca —añade Constanza.

—Yo os propongo, como es muy triste la historia que voy a contar, que luego hagamos algo de música —sugiere Sara.

Se encuentran sentadas en torno a la chimenea. Sara colocada en el centro, las mira una a una y con una voz cautivadora empieza a relatar:

—Sucedió hace muchos, muchos años, en tierras muy lejanas. Nuestra protagonista se llamaba Amelinda. Había nacido en el seno de una familia muy humilde, tanto que a veces se iban a dormir sin haber cenado nada. Tenía cuatro hermanos mayores que no conseguían trabajo. Un día que volvía del bosque donde había ido a buscar leña, para por lo menos no pasar frío, se encontró de bruces con el conde Romualdo que era el propietario del bosque. La muchacha se puso nerviosa

porque acababa de ser descubierta y podría ser castigada.

—¿Era joven el conde? ¿Amelinda era guapa? —pregunta impaciente una de las doncellas.

—Por favor, callaros —pide Urraca—. Dejad que Sara nos cuente tranquila la historia.

—Gracias, señora —responde Sara—. Pues los servidores del conde que lo acompañaban inmediatamente detuvieron a la muchacha quitándole la leña. Amelinda se puso a llorar. El conde, al verla tan joven y bonita, se apiadó de ella y ordenó a sus servidores que la soltaran y la dejaran ir. Cuando Amelinda llegó a casa aún estaba nerviosa y se lo contó todo a su madre que se quedó preocupada con la reacción del conde. Días después, estando Amelinda recogiendo castañas, un joven se le acercó; iba humildemente vestido con ropas de campesino y quiso ayudarla en la recolección. La muchacha accedió encantada. Se encontraron más veces. Se hicieron amigos, y aunque ninguno se había dicho nada, sus corazones latían al unísono. Un día, Amelinda y su familia ven llegar, asustados, a su humilde casa una enorme comitiva. Es el conde Romualdo que, con sus consejeros, se presenta a pedir formalmente la mano de Amelinda. Desea hacerla su esposa.

—Es una historia preciosa —dice suspirando una de las doncellas—. ¿Se casan?

—Sí, se casan. Al principio, cuando ven llegar el cortejo, todos creen que se trata de una broma. Solo cuando Amelinda descubre que el muchacho del que está enamorada es el mismo conde que se ha disfrazado para estar con ella, sabe que es verdad y que él también la quiere. A los pocos meses se casan en una preciosa ceremonia. En el condado todos envidian la suerte que ha tenido la muchacha que poco a poco se va adaptando a las costumbres de la nobleza. Sus doncellas la visten con ricos vestidos y hermosas joyas. Ella se deja hacer. Es muy feliz al lado de su marido. Se siente tan unida a él que incluso aprende el arte de la cetrería, al que era muy aficionado el conde, para poder acompañarlo. En poco tiempo, Amelinda se hizo una experta cetrera con aves de vuelo bajo. Se habló mucho de su maestría con los gavilanes. Todo era felicidad entre la joven pareja, mas el cruel destino, celoso de su felicidad, les preparó una trampa.

—Qué pena. Podríamos terminar la historia aquí —apuntó Constanza.

—Como queráis. Si así lo deseáis, no sigo —dijo Sara.

—Por favor, tenemos que conocer la historia completa por dura que sea —opinó Urraca, que la apremia—: Seguid.

—Nada enturbiaba su idílica unión. Hasta que una aciaga noche, una de las doncellas de Amelinda que tenía relaciones con un criado salió a verse con él y no se le ocurrió otra cosa que ponerse un vestido y una capa de su señora para que nadie sospechara que era ella. Quiso la fatalidad que cuando estaban en el jardín besándose con el criado, pasó el conde Romualdo que, al verlos, montó en cólera, pues creyó que aquella era su mujer. No daba crédito, aunque la evidencia era clara. Furioso, se dirigió hacia ellos alcanzando al hombre con su espada, mientras la mujer escapaba

despavorida. Rabioso y cegado por los celos, Romualdo se dirigió a su habitación. Amelinda estaba acostada y el conde, espada en mano, se abalanzó sobre ella a la vez que gritaba: «¡¡¡Traidora!!!». Al mirar a su mujer muerta vestida con las ropas de cama, la duda se apoderó de él. En ese momento salió de detrás de un biombo la criada y el conde Romualdo, dándose cuenta del error, se arrodilló llorando para besar a Amelinda. «Lo siento, mi amor», dijo a la vez que se clavaba la espada, cayendo muerto a su lado.

Es el relato más triste que les ha contado. Todas permanecen silenciosas, hasta que Constanza rompe el silencio para preguntar:

—¿Qué le hicieron a la criada?

—No lo sé —respondió Sara.

—¿Qué haríais vosotras si fuerais ella?

—Yo nada —dice una de las doncellas.

—En realidad, la criada no es la responsable de lo que ha sucedido —afirma pensativa Urraca.

—Perdón, señora —apunta Constanza—. No creéis que si no hubiera utilizado las ropas de su ama no habría sucedido nada.

—Seguro, pero ¿cómo iba a pensar que ocurriría esa desgracia? Creo que el conde tenía que haber hablado con su mujer antes de matarla —concluye Urraca.

—Ay, querida doña Urraca —dice Sara—, eso es impensable. Y reflexionad sobre esto que os voy a decir: si el conde no se hubiera suicidado, nadie le habría condenado por el asesinato de su mujer. Todo el mundo lo entendería.

—Pobre Amelinda, mejor hubiera sido para ella no haberse cruzado nunca con el conde —comenta Constanza.

—Sin embargo, fue feliz un tiempo —matiza doña Urraca.

—Es verdad. ¿Y quién sabe lo que le hubiera pasado de seguir con su familia? Si su vida tenía que truncarse a determinada edad, lo mismo da que eligiera uno u otro camino. No se puede huir de la muerte —sentencia Sara.

—Pues yo creo que el destino se puede ir forjando y puede que las mujeres lo tengamos más difícil —se lamenta Urraca—, aunque siempre podremos innovar en nuestra vida cotidiana.

—Me alegro de que penséis así. No obstante —confiesa Sara—, yo creo que hemos nacido para cumplir determinado papel en la vida y no podemos hacer nada para cambiarlo, porque terminaremos haciendo aquello para lo estamos predestinados.

—O sea, que nuestra vida está predeterminada, con lo cual los adivinos pueden saber qué nos va a pasar, ¿verdad? —pregunta Constanza, dirigiéndose a Sara, para añadir—: Por cierto, me han dicho que tú puedes conocer el futuro a través del fuego. ¿Podrías mirar el mío?

—Despacio, Constanza. No me dedico a eso y tampoco quiero que se sepa —dice muy seria Sara.

—Te aseguro que no se lo diremos a nadie, ¿verdad? —asegura Constanza, mirando a las demás.

—Sara —llama Urraca—, ¿de verdad sabes interpretar las formas de las llamas del fuego? Yo no creo en esas cosas y me gustaría que nos hablaras de ello.

—Señora, esas prácticas, como otras muchas, todas adivinatorias, están prohibidas. Y yo no quiero arriesgarme a tener problemas. Seguro que me entendéis.

—Por supuesto que sí. Y no os pido ninguna demostración, sino que nos expliqués cómo se hace.

Sara se queda unos segundos en silencio, concentrada en sí misma, con los párpados semicerrados...

—Está bien. Acercadme unas tijeras.

En el acto, Constanza le entrega unas pequeñas tijeras de hierro. Sara, quitándose el pañuelo de la cabeza, se corta un mechón de sus cabellos y lo lanza al fuego de la chimenea. Las llamas van cambiando inmediatamente de forma mientras se quema el pelo.

—Mirad, lo que un experto en esta adivinación tiene que hacer es interpretar las formas que adoptan las llamas al quemarse lo que se les ha echado. Para cada forma existe un significado. He utilizado mi pelo para haceros una demostración de cómo tiene que ser, aunque no sirve, porque para interpretar la forma de las llamas el objeto debe quemarse de forma más lenta. De todos modos, con esto creo que ya podéis entender muy bien lo que se llama calcinomancia. Y ahora vamos a divertirnos un poco.

—Por favor —pide Urraca—, tengo aquí unas hojas de salvia que he recogido del jardín hace unos minutos.

—Hay que ver, doña Urraca, ¿deseando crecer en sabiduría? Seguro que conocéis que este arbusto ayuda a ello.

—La verdad es que lo ignoraba. De la salvia me encanta su olor y sabor.

—Está bien, tiradlas al fuego.

Es un buen puñado de ellas y están un poco húmedas... Inmediatamente las llamas adquieren formas distintas. Formas que todas se esfuerzan en identificar, también observan a Sara, que se ha quedado como hipnotizada mirando al fuego.

A ella no le gusta lo que está viendo, demasiadas siluetas de espadas entrecruzadas. «Pobre muchacha —piensa—, tendrá mucho sufrimiento en su vida». Al final, con el rescoldo de las hojas otros dibujos se van formando y es a esas a las que Sara se agarra.

—Doña Urraca, el fuego nos dice que larga vida, pronto matrimonio y un viaje inmediato. El viaje es seguro. No sé si os habéis percatado en una de las últimas formas que semejava a un pájaro.

—Yo sí —apunta Constanza.

—Muchas gracias —responde sonriendo Urraca—, os arriesgáis mucho respecto al viaje pues ninguno tengo previsto. Vamos a tomar los ricos manjares que nos han

preparado.

Mientras comen y beben, hablan de muchas historias de las que Urraca nada sabe. Le preocupa lo que le ha dicho sobre un posible matrimonio, porque en esa posibilidad, aunque sea real, prefiere ignorarla y no pensar en ella.

Llevan un buen rato de conversación, cuando el mayordomo de doña Sancha entra en la sala para pedirle a doña Urraca que lo acompañe, pues la señora infanta había llegado.

Agua y fuego

Muy cerca del río Aller, un día del mes de mayo de 1167

—**D**oña Urraca, fijaos qué reflejos tan caprichosos produce la luz en el agua.

—Preciosos. Semejan pequeñas llamas sumergidas al proyectarse con las piedras. Figúrate qué contradicción. Fuego sumergido en el agua, sin duda la fantasía nos permite soñar. ¿Sabes, Ana, que conocí a una persona que sabía interpretar las formas de las llamas y predecir el futuro a través de ellas?

—¿De verdad? Contadme —pide ilusionada la doncella.

—Sara era una mujer muy lista y en cierta forma desconcertante. Vendía en el mercado en León y una vez me aseguró que haría un viaje de inmediato. Me sorprendió porque no tenía ninguno previsto. No he vuelto a verla desde entonces. Me gustaría saber qué ha sido de ella.

Toledo

Urraca no quiere creer en aquellas prácticas, pero la misma noche que Sara le vaticinó un viaje, su tía le preguntó si quería acompañarla a Toledo. Seguro que es pura casualidad —piensa—, cuando hace unas horas que han llegado a Toledo. Las suficientes para comprobar la belleza especial de aquella ciudad anhelada por todos.

La ciudad que había sido la capital del reino visigodo hasta que los musulmanes se apoderaron de ella durante tres siglos. Fue el rey de León y Castilla, Alfonso el Bravo, su bisabuelo, quien la había conquistado de forma incruenta. Desde entonces convivían árabes, judíos y cristianos. El rey aseguró a los musulmanes las garantías de respetar personas y bienes permitiéndoles seguir en la mezquita mayor. Por su parte, los toledanos se comprometían a abandonar el alcázar y las fortalezas. También a renunciar a toda actividad militar. En cuanto a los judíos, prestaron apoyo al rey y este les concedió los mismos derechos que a los cristianos. Hacía pocos años que el rey, su padre, había refundido en uno solo los distintos fueros concedidos por su abuelo al conquistar la ciudad.

Doña Sancha viaja a Toledo para ocuparse de importantes asuntos: va a entregar cuanto posee en aquella ciudad —una almunia, varios molinos, unas cuantas viñas, varias aldeas y distintas casas— a la Iglesia. El arzobispo de Toledo, Raimundo de Sauvetat, es el administrador de los recursos que se reciben de distintos lugares para hacer frente a las incursiones conquistadoras y ella va a poner su granito de arena. Doña Sancha está al tanto de todo lo que sucede en el reino. De hecho, ha acompañado en más de una ocasión a su hermano, el rey, cuando este se desplaza a Toledo con la finalidad de supervisar los preparativos de las expediciones que de allí salen para luchar contra los árabes. La ciudad de Toledo es la punta de lanza de los territorios en mano de los cristianos.

El arzobispo de Toledo, consciente también de la relevancia del nivel cultural de algunos círculos de la ciudad, de las bibliotecas en las que se atesoraban importantes testimonios de la cultura oriental y de la presencia de intelectuales cristianos y de doctos hebreos, ha pensado en propiciar un intercambio cultural entre Oriente y Occidente, mandando traducir obras de filosofía y religión del árabe al latín.

Urraca está deseando ver alguna mezquita, nunca ha estado en ninguna. Su tía, muy ocupada con reuniones, no podrá acompañarla, aunque le ha prometido buscar a alguien para que lo haga. Permanecerán en la ciudad varios días. En principio, tenían pensado vivir en el monasterio de Santo Domingo, un edificio perteneciente a la época visigoda que el abuelo de doña Sancha, el rey Alfonso el Bravo, había mandado reconstruir después de la conquista de Toledo. La comunidad que se ocupaba de él era de monjas cluniacenses; pese a lo previsto, su tía en el último momento piensa que es mejor quedarse en casa de la viuda de Fernández de Castro, Elo Álvarez, con quien mantiene una buena relación.

Al poco tiempo de quedarse viuda, Elo Álvarez había regresado a Toledo donde su marido fue alcalde y donde habían vivido los últimos años. Fernández de Castro, apodado el Calvo, siempre fue hombre de confianza del rey Alfonso. Primero fue alférez real, después jefe de la milicia toledana y uno de sus caballeros más destacados. Aparte de alcalde de Toledo, lo había sido de Oreja y murió estando destinado en Ávila.

La viuda se muestra muy honrada de que la infanta doña Sancha se haya decidido a instalarse en su casa.

—No tengo muchos criados, pero en su totalidad están a vuestro servicio, señora.

—Muchas gracias. Os encuentro muy bien —le dice doña Sancha.

—No estoy mal. Tengo que mirar por mis hijos. Ellos me dan fuerza.

—¿Cuántos están ya casados?

—Los dos mayores. La pequeña se desposará en este año. Y me quedan otros dos varones. Precisamente uno de ellos, Álvaro, se encuentra esta temporada en Toledo. Si os parece bien, él puede enseñarle la ciudad a doña Urraca.

—Qué bien. Le diré a la doncella Constanza que les acompañe —se alegra doña Sancha.



Siguiendo la costumbre de la época, las mujeres, nada más cumplir los diez años, no deben mostrarse en la calle con la cabeza descubierta. Pese a que en el último año Urraca ya lleva el cabello recogido, aún sigue manifestando su rechazo, y mientras Constanza le hace una trenza que luego enroscará en un moño, se queja de la incomodidad que esto supone:

—Nunca podré entender las razones por las que no puedo seguir llevando el cabello como antes. Nos evitaríamos este trabajo diario tan molesto para ti y para mí —dice enfadada.

—No, doña Urraca, para mí no es nada molesto peinaros. Muchas veces hemos hablado de ello; a vuestra edad no podéis salir con el cabello suelto, os confundirían con una mujer de mala fama. Solo las prostitutas van así.

—Sí, ya lo sé. ¿No creéis que los usos y costumbres sociales deberían cambiar? Perdóname, Constanza, hoy me he levantado con mal pie. Todo me molesta. Tal vez fuera mejor que nos quedáramos en casa.

La doncella la conoce muy bien. No es Urraca persona antipática, lo que sucede es que está muy unida a la infanta doña Sancha y el no poder descubrir a su lado la ciudad en la que se encuentran la pone de mal humor y detesta a todos. Esta opinión no es una simple conjetura porque la doncella ya lo ha observado en otras ocasiones.

Tía y sobrina mantienen una relación muy especial y Urraca anhela que su vida discurra siempre al lado de la de doña Sancha. Necesita hacerla partícipe de cuanto le ocurra. Constanza teme por lo que puede pensar el muchacho que las va a acompañar y está a punto de decirle que sí, que invente que no se encuentra bien. Sin embargo, le aconseja todo lo contrario.

—No, señora, yo creo que no debéis hacerle un feo a don Álvaro. Seguro que tiene mil cosas en que ocuparse y lo deja todo para acompañaros, atendiendo a los deseos de su madre.

—En eso tienes razón. ¿Quieres que te diga la verdad? Creo que en el fondo lo que me pone nerviosa es que salgamos con un extraño, que igual es antipático o muy pesado. No me apetece nada. Menudo aburrimiento.

—Seguro que no es así y nos divertimos mucho. Animaos, doña Urraca.

—¿Cómo quieres que me anime con este horrible vestido que me voy a poner?

Constanza no comenta nada y mira los dos bonitos vestidos de seda granate y rosa que ella misma le ha confeccionado. Le acerca el rosa, que es liso con mangas largas y más bien ceñidas. El sobre vestido granate es amplio y en la espalda adquiere forma de capa, con un ligero frunce que cae brevemente sobre los hombros, para, con unas amplias aberturas, permitir que los brazos aparezcan cubiertos por las mangas del vestido rosa y luzcan a juego con la parte delantera, en la que también se abre con un generoso escote que deja ver el vestido rosa con pequeñas incrustaciones de oro.

—Con lo poco que me favorece el color rosa... Cualquiera otro sería mejor — comenta Urraca mientras se viste—, y luego esa cofia...

—Pero, señora, si es vuestro tocado preferido.

—Da lo mismo, no me gusta.

Bajan las escaleras en silencio. Constanza mira a doña Urraca de soslayo y ve su gesto de enfado que no intenta disimular.

Al llegar al patio un criado les dice que don Álvaro les está esperando en el zaguán.



Constanza no puede creer el cambio operado en el estado de ánimo de doña Urraca. Al poco de saludar a don Álvaro, observa cómo la expresión de su señora se dulcifica y lo cierto es que llevan unas cuantas horas juntos y se ha comportado como la mujer estupenda que es.

Don Álvaro tendrá unos catorce años. Es un joven bien parecido y muy afable. Posee un amplio conocimiento de la ciudad, lo que hace las delicias de la muchacha que no deja de hacerle preguntas.

—Por lo que me habéis contado, don Álvaro, me atrae mucho más el colectivo de los judíos que el de los musulmanes.

—Ellos, los judíos, son distintos. Llevan siglos en Toledo —le informa el chico.

—Tenemos que volver otro día. El olor de sus calles a especias me resulta muy agradable y me encantará ver sus talleres, en especial los de los plateros.

—También los judíos son muy buenos por su conocimiento administrativo y como recaudadores de impuestos. Como dato os puedo decir, doña Urraca, que un judío, Yosef ben Ferruziel, llamado Cidello, fue médico, tesorero y asesor del abuelo de vuestro padre, el rey don Alfonso el Bravo.

Habían llegado al puente de Alcántara.

—Es increíble la ubicación de la ciudad —dice de forma apasionada Urraca—. Me encanta la sinuosidad del río para acoger en un abrazo la colina...

—Y sobre la colina, la ciudad. Por ello he querido que la viéramos desde aquí —señala don Álvaro. De frente tienen el castillo de San Servando...—. En sus orígenes, ese edificio —informa don Álvaro, señalando al castillo— fue un monasterio visigodo. Después fortaleza árabe hasta que el rey Alfonso el Bravo, después de entrar en la ciudad, lo volvió a convertir en monasterio bajo la advocación de los Santos Servando y Germano, en agradecimiento por haber salvado su vida en la batalla de Sagrajas, en la que perdió una parte importante de su ejército y él, aunque herido, logró sobrevivir.

—¿Fue en lucha contra los almorávides? —pregunta Urraca.

—Sí. Los cristianos fueron derrotados y no perdieron mucho territorio.

—San Servando ya no es monasterio, ¿verdad? —quiere confirmar Urraca.

—No. Después de los ataques de los almorávides, lo convirtieron en la fortaleza que ahora es.

—Me imagino que la puerta fortificada es para proteger el puente.

—Así es. Este puente en el que nos encontramos es de época romana. Y esta era la entrada obligada para acceder a la ciudad. Por aquí llegaban los atacantes, de ahí el lugar estratégico que ocupa el antiguo monasterio. El puente de Alcántara ha sido, y quién sabe si seguirá siendo, escenario de frecuentes ataques.

—Ponéis mucho énfasis cuando habláis de enfrentamientos y luchas —sugiere Urraca.

—Es posible, señora, soy hombre de armas y mi aspiración sería seguir el ejemplo de mi señor padre: estar siempre a disposición del emperador don Alfonso, vuestro augusto padre.

Urraca lo mira complacida. Es un poco más alto que ella. Moreno y de complexión fuerte. Su rostro resulta muy agradable, de forma especial cuando sonrío, cosa que hace frecuentemente.

El Tajo discurre sereno con un buen caudal, lo que permite que aquella hora de la mañana sirva de espejo en el que se mira una de las orillas... La temperatura es muy agradable e invita al paseo...

De regreso a la ciudad vuelven a pasar por la puerta de Alcántara, que es la que se encuentra en frente del puente, de ahí su nombre.

—Es preciosa. ¿La edificaron los árabes? —pregunta Urraca.

—Parece que sí, aunque ese arco en forma de herradura también lo utilizaron los visigodos. Sin ser experto, creo que este es árabe.

—Pienso que sí, porque me parece muy similar a los vistos en la mezquita de las Tornerías.

La mezquita de las Tornerías era una de las más antiguas de Toledo en la que se seguía celebrando culto. Con capiteles romanos y visigodos, tenía dos plantas, la superior dedicada al culto y la baja con nueve compartimentos, cubiertos con cúpulas vaídas de ladrillo, excepto la central con cúpula nervada. En esa planta baja había unos cuantos arcos de herradura que sobre unas bajas columnas imprimían un carácter especial muy propio de las mezquitas.

—Doña Urraca, esta tarde, si os apetece, podemos visitar la más antigua de las mezquitas, aquí en Toledo. Bueno más que mezquita ha sido oratorio. Un hermoso oratorio construido en la época de pleno esplendor del califato de Córdoba.

—Decís que ha sido oratorio. ¿Ya no lo es? —quiere saber Urraca.

—No. Ahora es la ermita del Cristo de la Luz. Después de la conquista por Alfonso el Bravo, este mandó hacer algunas reformas en el oratorio. La más destacada fue la creación de un ábside construido con ladrillo.

—Por cierto, ¿cómo se llamaba el oratorio cuando pertenecía al rito musulmán?

—Se desconoce su auténtico nombre, se le denominaba Bad al-Mardum, que era como se denominaba de la puerta de la muralla más próxima al oratorio.

—Pues si a vos, don Álvaro, os parece interesante que lo visitemos, esta tarde nos acercamos. No se os olvide que me interesaría muchísimo conocer algún taller en el que se dediquen a teñir sedas. Me han dicho que es precioso ver el colorido utilizado.

—Lo haremos, señora.



Urraca se encuentra sentada en la galería del primer piso que da al patio interior del que asciende un olor a rosas que le gustaría poder atrapar, para poder seguir disfrutándolo cuando le apeteciera. Casi no ha visto a su tía en estos días en Toledo, y aunque siente no haber descubierto con ella muchos de los lugares que ha visto, lo está pasando bien. Mucho tiene que ver en ello don Álvaro, que conoce a fondo la ciudad y es todo un caballero, culto y galante.

Una tarde, sabiendo que ella había manifestado su simpatía por los judíos la sorprendió con unos versos de Yehuda Halevi, que, según don Álvaro, era uno de los

mejores poetas hebreos.

*¿Cómo he de hallar reposo tras tu partida?
Al irte tú, mi corazón se fue contigo.
Si no esperaran los corazones que tú volvieras,
la muerte nos habría llegado al separarnos.*

Urraca no había podido evitar cierto rubor al escuchar estas palabras. ¿Los habría buscado con intención? ¿Querría decirle algo de forma indirecta? No quiere ser absurda, ni pensar en bobadas. Don Álvaro es un muchacho guapo, mas no debe interferir en su camino; a ella le gustaría seguir el ejemplo de su tía doña Sancha.

Unos ruidos en el zaguán le hacen mirar a la entrada... Al cabo de unos segundos ve entrar al caballero toledano con una especie de jaula en la mano. El joven la descubre en la galería y doña Urraca se asoma para saludarle

—Doña Urraca, traigo algo para vos.

—Ahora mismo bajo.

No tiene ni idea de lo que don Álvaro le puede traer. Ya se habían despedido porque ella partirá al día siguiente y él debía ocuparse aquella misma tarde de unos trabajos en una casa de campo que tenían en las afueras de Toledo.

—Se me ha ocurrido a última hora y preferí acercarme esta tarde, aunque regrese por la noche.

—Puede ser peligroso.

—Me han acompañado dos criados. Por la mañana me resultaba imposible y deseaba que os las llevarais con vos a León. Son dos palomas mensajeras. Sé que os hace ilusión tenerlas y os aseguro que conocen muy bien el camino —explica, riendo, don Álvaro.

—Qué amable sois —contesta ella—. No dudéis en que las pondré a prueba.

Desde que Urraca había tenido conocimiento de la utilización de palomas mensajeras como correos, era un tema que le interesaba mucho y estaba deseando comprobar personalmente su efectividad. Le había contado su tía que la utilización de palomas mensajeras ya era desde hacía un tiempo de uso frecuente en los reinos cristianos.

Había hablado de este tema con don Álvaro, que resultó ser muy aficionado a ellas y en los ratos libres se dedicaba a adiestrarlas. Siempre que podía acudía a la finca que poseían en el campo donde contaba con varios palomares y allí se dedicaba a entrenar con ellas. El joven le contó que un astrólogo judío, consejero de su padre el rey, había conseguido, hacía unos años, concentrar miles de palomas en Toledo soltadas en diversos puntos del reino, una prueba de que su uso estaba generalizado. Según don Álvaro, incluso algunos particulares se servían de este medio para comunicarse de ciudad a ciudad y ponía como ejemplo al poeta judío Yehudah Halevi, que recurría a las palomas para comunicarse con sus amigos.

Dura realidad

Palacio de doña Sancha, año de 1144

—Urraca, esta tarde, si te apetece, podemos salir a pasear cerca del río.

La muchacha se encuentra bordando y mira sorprendida a su tía. La infanta doña Sancha no era muy partidaria de salir por la ciudad. A decir verdad, solo una vez habían recorrido juntas la orilla del Bernesga.

—Ya sabéis que nada me puede hacer más ilusión, que además es mucho mayor al poder acompañaros y pasear juntas —dice Urraca cariñosa.

—No me halagues demasiado, puedo creérmelo. Luego te paso a buscar.

La sobrina deja la labor que está haciendo, sabe que no puede centrarse. ¿Qué querrá decirle su tía? Porque tiene la certeza de que aquella decisión de salir a pasear juntas tiene que obedecer a alguna razón. Piensa que tal vez quiera despedirse de ella porque ha decidido ingresar en algún convento de su propiedad. Su misticismo cada día es más evidente, aunque sigue prestando su apoyo y consejo al emperador. Urraca no cree que su padre estuviera muy de acuerdo con esta decisión de la infanta, claro que bien podría seguir asesorándolo desde el interior del monasterio. Puede que quiera hablar de algún tema relacionado con su madre, de la que no sabe nada desde su visita a Asturias. Quizá sea algo que tenga que ver con sus hermanos... o también puede ser que le ataña a ella... Solo al contemplar esta posibilidad, Urraca se pone nerviosa. «No, no puede ser —se dice—. Acabo de cumplir los once años».

La voz de su doncella Constanza, que acaba de entrar en la habitación, la sorprende y saca de su ensimismamiento.

—Ya veo lo poco que os gusta bordar. Animaos, que os voy a dar una noticia que os gustará. Acaban de traer dos nuevos gavilanes, así que ya tenéis distracción. Me ha pedido el mayordomo de doña Sancha que os diga que dentro de unos días podéis salir a cazar con vuestros hermanos.

Urraca no le dice a Constanza nada del tema que le preocupa. Es posible que sepa algo. Pronto rechaza la idea, porque, de ser así, se lo contaría. De todas formas, es una criada y hay cosas que deben mantenerse en la intimidad. Por ello, con su mejor sonrisa, dice:

—Vamos a verlos ahora mismo. ¿Son hermosos?

—Aún no los he visto, dicen que sí.

Mirando a la doncella, se da cuenta de lo gordísima que está. Piensa que tiene que costarle moverse. Por ello rectifica:

—No, Constanza, iré yo sola a verlos. Tú quédate tranquila. ¿Para cuándo será el

parto?

—Nunca se sabe. Pienso que puede ser la semana que viene en la que se produce el cambio de luna.

—¿Te da miedo?

—Un poco sí. Soy primeriza. Espero que, gracias a Dios, todo vaya bien.

—Seguro que sí. Ahora quédate aquí tranquila y descansa.



—Ya me ha dicho Nicolás que dentro de unos días irás de cacería con tus hermanos —le dice doña Sancha—. No sabes cómo te quiere mi mayordomo y lo mucho que le interesa verte feliz. Me consta que siempre intenta satisfacer tus caprichos.

—Tenéis razón. Es un hombre extraordinariamente amable y siempre procura mi bien.

Tía y sobrina pasean despacio. Doña Sancha ha pedido a los hombres que las acompañan que se separen bastante de ellas. No quiere que nadie sea testigo de lo que tiene que decirle a su sobrina. Sabía que llegaría el momento, aunque no imaginaba que fuera tan pronto ni que le afectara de aquella forma. Llevaba varios días preocupada sin saber muy bien cómo abordar el tema.

—¿Cómo es posible que te guste la caza? —pregunta doña Sancha.

—No entiendo por qué os sorprende. Hay muchas mujeres aficionadas — responde Urraca.

—No es una cuestión de sexo. ¿No te entristece matar a los animales por puro placer?

—No es la muerte de animales lo que me produce placer. Lo que me estimula es la compenetración que se establece entre las aves y las personas. Mis gavilanes y azores saben captar mis deseos sin titubear.

—¿Solo azores y gavilanes?

—Sí, querida tía, solo me dedico a las aves de bajo vuelo.

—¿Por alguna razón especial?

—Simplemente, porque es más sencillo y propio de principiante. Lo que de verdad me gusta es adiestrar a estas aves y comprobar cómo, en libertad, siguen obedeciendo las órdenes que se les dan.

—¿Y qué lance sueles utilizar?

—Prefiero el de «empuesta», como ya conocéis, con este método se da libertad al ave para que salga tras su presa cuando considere oportuno.

Según pasan los minutos, Urraca se va poniendo nerviosa. Tiene la sensación de

que su tía habla por no guardar silencio. Seguro que tiene que comunicarle algo que la va a disgustar. Cuando a punto está de preguntarle la razón del paseo, su tía la toma de la mano y la hace detenerse.

—Urraca, me duele lo que voy a decirte, tienes que ser fuerte. Siempre contarás conmigo.

—¿Qué sucede, tía? No me asustéis.

—He deseado comunicártelo yo, porque creo que es mi deber. Tu padre ha decidido establecer diferentes acuerdos con el rey de Pamplona y asegurar la paz entre ambos reinos. Y tú eres la prenda que entregará. Dentro de unos meses te casarás con García Ramírez.

Urraca se queda paralizada. No quiere pensar en lo que acaba de decirle su tía. Ella quiere seguir viviendo en la corte y si no puede ser así que la dejen marcharse para Asturias. Además, no quiere casarse. Prefiere ingresar en un convento.

—No te asustes. Te vas a convertir en reina. Todos estarán a tu servicio. Y tengo entendido que García Ramírez es persona amable.

—¿Qué edad tiene? —pregunta Urraca con un hilo de voz.

—Alrededor de cuarenta y cinco años. Está viudo y tiene tres hijos.

—Es un viejo... —dice con asco la muchacha.

—No tanto. Otras infantas tuvieron peor suerte.

—Necesito vuestro apoyo, tía, tenéis que ayudarme, no puede ser...

—Te ayudaré en todo lo que esté en mi mano, mas nada puedo hacer para evitarte el matrimonio. En cuanto pase un tiempo, ya verás cómo lo asumes. Haremos una gran fiesta. Asistirán grandes personalidades al enlace que celebraremos aquí, en León. No te preocupes de nada.

Urraca se queda callada, no tiene nada que decir. Camina con la cabeza inclinada y muy pegada a la infanta que la rodea con su brazo.

García Ramírez, rey de Pamplona, era conocido como el Restaurador al haber reinstaurado el reino de Pamplona tras haber permanecido unido al de Aragón durante más de cincuenta años. Nieto del Cid Campeador (hijo de su hija Cristina), García Ramírez era sobrino nieto de Sancho el de Peñalén, a quien pertenecían las tierras que integraban el reino de Pamplona. Por ello, a la muerte de Alfonso el Batallador (padrastró de Alfonso VII y doña Sancha), reclamó para sí la corona de Pamplona. Se oponía a ello el futuro Ramiro de Aragón, hermano del difunto Alfonso, que quería seguir gobernando los mismos territorios que aquel. Títulos de la nobleza y autoridades eclesiásticas tomaron uno u otro partido, hasta que empezaron a diluirse ante la reclamación del propio Alfonso VII, que exigía para sí el reino de Pamplona, reivindicando los derechos de sus antepasados.

La postura de vasallaje que García Ramírez había mantenido con Alfonso VII, su presencia en el acto de proclamación como emperador, su alianza para luchar juntos contra algunas ciudades del reino de Aragón, así como gobernar en Zaragoza en nombre del emperador, permitió entre ellos una especie de entendimiento con sus

altibajos.

La alianza definitiva empezaría a gestarse cuando el conde Ramón Berenguer (príncipe de Aragón por su futuro matrimonio con Petronila), que era cuñado de Alfonso, le propuso a este repartirse entre los dos el reino de Pamplona, a lo que accedió. Ciertamente, la alianza entre los cuñados no era muy firme y desde hacía cuatro años García Ramírez mantenía conversaciones en secreto con Alfonso VII, en las que acordaron y firmaron un acuerdo por el que el heredero del monarca leonés, su hijo Sancho, se casaría con Blanca, hija de García Ramírez. Y hacía un año que el rey de Pamplona había enviudado. Ante su nuevo estado, García Ramírez negoció de nuevo con Alfonso y el resultado de aquellas conversaciones era el acuerdo de matrimonio del monarca viudo con la joven Urraca, hija del emperador.

—¿No era suficiente el compromiso entre mi hermano Sancho y la hija de García Ramírez? —pregunta Urraca al borde de las lágrimas.

—Blanca solo tiene siete años y Sancho acaba de cumplir los diez. Es muy pronto para casarlos y pueden pasar muchas cosas. Vuestro matrimonio, Urraca, es una forma de reforzar el acuerdo.

—¡Dios mío! ¿No os dais cuenta? Me van a casar con el padre de la que será mujer de mi hermano.

Urraca intenta disimular su pena enfadándose. Las lágrimas, sin que ella pueda hacer nada, resbalan silenciosas por sus mejillas. Doña Sancha se ha dado cuenta y en un gesto poco habitual la abraza con ternura.

—Haría lo que fuera por evitarte este dolor, querida niña... Ten paciencia, verás cómo lo superas —la consuela.

Un lugar para ser libre

Muy cerca del río Aller, un día del mes de mayo de 1167

Ana se entretiene tirando hojas a la corriente del río. Le divierte ver cómo unas muy ligeras pronto desaparecen de su vista navegando seguras, mientras que otras se entretienen con cualquier cosa y a veces no se deciden a reiniciar la marcha. Al mirar a doña Urraca, tiene la sensación de que está a punto de llorar y sin poder contenerse le dice:

—¿Señora, os sucede algo? Os habéis puesto muy triste.

—No tiene importancia. No te preocupes, Ana. Pensaba en unos momentos de mi vida que fueron muy duros y difíciles.

—Siento haberos preguntado —se lamenta la doncella con pena.

—No te disculpes. Era mi destino y debía afrontarlo. Soñé tanto con estos paisajes. Me veía correr libre por ellos. Poco duraban los sueños, la realidad se imponía. Querida Ana, tú llegaste al mundo precisamente en aquellos días.

Se acerca el gran día

Los siguientes días, Urraca no consigue sobreponerse. Ni la alegría por el feliz parto de su doncella Constanza, que ha tenido una preciosa niña, consigue que deje de pensar en su futuro inmediato que ojalá nunca llegue. Una sensación de asco la invade cada vez que piensa en el hombre que será su marido. Un hombre con edad para ser su padre, un hombre que podrá hacer con ella lo que quiera. Su cuerpo, joven y hermoso, que nadie ha visto desnudo, será manoseado por unas manos despiadadas que solo buscarán placer. Le apetece gritar, salir huyendo al encuentro con la muerte que pondría fin a esta situación. Sabe que no hará nada y se resignará. La han educado para ello. No va a defraudar a quienes la quieren. ¿Cómo será su vida después de la boda? Se alejará de todos los seres a los que ama. Vivirá rodeada de extraños. Tendrá que ser fuerte y buscar mecanismos dentro de sí misma para poder soportarlo. Dios la ayudará; si pudiera hacerlo ahora impidiendo de alguna forma aquel matrimonio.

Todos en la corte la felicitan y se alegran por un enlace que la convertirá en reina. Urraca es consciente de que la han tratado como a una infanta legítima. Podrían haberle buscado otro destino que al igual que este pasaría por un matrimonio, pero sin el premio de convertirse en soberana. Y aunque en los momentos por los que atraviesa este premio poco le importa, sabe que en la realidad no es así. Su madre natural, Gontrodo, le ha hecho llegar su enhorabuena y la alegría de los asturianos que se congratulan de la noticia.

Su tía está muy pendiente de ella, la ve casi todos los días. Doña Sancha se esfuerza por ayudarla dándole consejos e infundiéndole ánimos.

—La vida no es fácil, querida Urraca. Todos pasamos por momentos en los que creemos que lo mejor sería desaparecer y dormir, en espera de la vida eterna. Piensa en nuestro Señor Jesucristo. Él nos ha marcado el camino. Por duro que sea debemos hacer frente a nuestras obligaciones.

—Lo haré, tía. No tendréis queja de mí.

Doña Sancha la mira con cariño. Desde que conoció la decisión de su hermano, su sobrina se ha convertido en la protagonista de sus diálogos con Dios, al que ha hecho infinidad de promesas para que Urraca encuentre fuerza y sea feliz dentro de las posibilidades que le puede ofrecer aquel matrimonio. Ella está dispuesta a poner todo de su parte. Conseguirá que Constanza y unas cuantas doncellas más la acompañen a Pamplona. De esa forma, Urraca se sentirá más arropada y espantará un poco la soledad de los primeros tiempos.

—Urraca, debes comer un poco más. Has adelgazado mucho y la salud puede resentirse.

—No os preocupéis, me encuentro muy bien.

—Sí, pero estás en una edad que necesitas alimentarte. Convertirse en mujer a

veces cuesta. Los trajes para los esponsales son preciosos. ¿Te gustan? —pregunta doña Sancha.

—Si soy sincera, debo deciros, querida tía, que me dejan indiferente. La verdad es que me da lo mismo.

—No debes adoptar esa actitud que te hará daño. Piensa en tu madre, doña Gontrodo, en la reina doña Berenguela, casada con tu padre, en tantas y tantas mujeres que se han llegado al matrimonio porque así lo dispusieron sus familias.

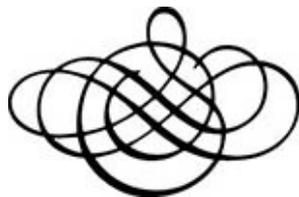
—Sí, y también pienso en vos. Yo siempre he anhelado llevar una vida como la vuestra. Podríais enseñarme y ser yo quien os sustituyera en el Infantado —dice Urraca con pena.

—Eso solo sería posible si tu padre el rey no te necesitara, pero precisa de ti y no puedes defraudarle. Me tengo que ir, Urraca, recuerda que esta noche pasas a mis dependencias y cenamos juntas.

Su sobrina le responde con una sonrisa de agradecimiento y mira cómo se aleja. Ella no espera grandes cosas de la vida. Lo que más valora es poder compartir, sentirse comprendida, hablar con personas afines. Su felicidad sería permanecer al lado de su tía. Aunque también aquella tierra, Asturias, en la que había nacido, seguro que podía proporcionarle un gozo, inalcanzable en otros lugares. El paisaje y la historia de su tierra la conmueven.

Urraca toma una manta de lana que coloca sobre los hombros y sale al jardín. Los primeros días de primavera están resultando muy fríos y más húmedos de lo habitual. Aún luce el sol, pronto declinará. Camina despacio hacia la fuente. Toda su vida, su corta vida ha discurrido aquí... lo echará de menos. Le quedan apenas dos meses para disfrutar de lo que ha sido hasta ahora su existencia. Han decidido que la boda se celebre el día de San Juan, 24 de junio. Incluso la fecha le molesta. Recuerda las hermosas tradiciones asturianas en esta noche, la más corta del año. Si tuviese valor, tendría que despedirse de su soltería de una forma especial en una noche como aquella. Sonríe al pensar en lo que podría hacer...

Unas risas juveniles llaman su atención. Urraca se dirige al extremo del jardín desde el que se divisa la orilla del Bernesga, pero no ve a nadie. Al oírlas de nuevo, se fija un poco mejor y descubre cerca de unos arbustos una joven pareja que se abraza. La imagen le resulta agradable y le lleva a pensar lo hermoso que tiene que ser poder vivir con la persona que se quiere. Qué distinta será su imagen cuando la abraze el hombre que se convertirá en su marido. En ese momento, se acuerda de don Álvaro, el joven que le enseñó la ciudad de Toledo, y piensa que si el matrimonio fuera con él su disgusto no sería tan grande. De repente, es consciente de que le gustaría poder contarle el giro que tomará su vida. Casi no le conoce, aunque los pocos días que permanecieron juntos han sido suficientes para que se establezca entre ellos una corriente de simpatía. Se da cuenta de que puede enviarle un correo en cualquier momento. Tiene adiestradas dos palomas mensajeras a las que puede utilizar. A tiempo está de hacerlo.



—¿Y dices que ha soltado ayer una paloma? —pregunta doña Sancha a su mayordomo.

—Sí, señora, a última hora de la tarde.

—¿Has podido ver algo del mensaje?

—Por supuesto que no. Sí sé quién es el destinatario.

—También yo —corroborra doña Sancha—. Nicolás, te ruego que estés atento a la llegada de cualquier paloma. Antes de que la vea doña Urraca, me haces llegar a mí el mensaje y ya veremos qué hacemos con él.

—Como mandéis, señora.

Doña Sancha es consciente de la corriente de simpatía establecida entre don Álvaro y su sobrina y, por cariño a ella, no quiere que ese incipiente sentimiento se incremente porque contribuiría a hacerle más doloroso el matrimonio con el rey de Pamplona.

Está ultimando los detalles del aposento nupcial y por más que lo intenta no es capaz de eliminar de su mente la imagen de su sobrina. No sabe muy bien cómo aconsejarla. Ella no tiene ninguna experiencia en relaciones sexuales. Tal vez no sea tan desagradable. Le consta que existen mujeres que disfrutan con el trato carnal, este pensamiento la lleva a recordar el comportamiento de su madre. Recuerdo que trata de eludir con todas sus fuerzas.

—Es necesario cambiar los cortinones —dice a las criadas que la ayudan en la decoración.

—Señora, ¿no os gusta el rojo? Estos son preciosos.

—Sí, muy bonitos, aunque prefiero un color más claro que proporcione luminosidad a la estancia. Creo que un amarillo oro irá perfecto.

—Como mandéis —contestan las criadas.

—No os olvidéis de traer las dos ánforas de mi habitación para colocarlas en el lateral derecho de la estancia. Allí —dice, señalando casi el ángulo de la derecha.

—Señora, ¿os gustan los cojines que hemos colocado sobre el lecho?

—Sí, mucho. Y esas telas a modo de mantas, con esos vivos colores, ponen una nota acogedora.

La dependencia del palacio de San Pelayo donde han decidido instalar el tálamo nupcial es espaciosa. Allí recibirán Urraca y García Ramírez la bendición por su unión, las felicitaciones de los invitados y será consumado el matrimonio.

—Creo que sobran dos o tres taburetes. Esto se llenará de gente —dice doña Sancha pensativa.

—Ahora mismo nos los llevamos —contesta una de las criadas.

—Quiero muchas velas de cera de abeja por su agradable olor y luz amarillenta. También colocaremos algunas en los pasillos. Ya sabéis que la corte leonesa tiene que brillar en todo su esplendor en estas bodas reales.

El rey ha enviado legados a todos los títulos del reino invitándolos a viajar a León para participar en los festejos nupciales. Doña Sancha sabe que de Asturias acudirá una importante representación. Doña Gontrodo y alguno de sus hijos asistirán a la ceremonia y a todos los festejos para ver, con orgullo, cómo su hija y hermanastra se convierte en reina de Pamplona.

Doña Sancha está convencida de que nadie querrá perderse la alegría de esos días y que la belleza de las distintas comitivas que acudan para asistir a la celebración realzará la magnificencia de los actos.



—Querida tía, yo sé que os estáis esmerando para que me sienta menos desgraciada y por ello os sacrificáis convidándome a cenar con vos —dice Urraca agradecida.

—No digas eso. Disfruto mucho con nuestras conversaciones nocturnas y si a ti te sucede lo mismo, perfecto.

En las últimas semanas, casi todos los días cenan juntas y charlan hasta tarde. Algunas noches, la muchacha toca el salterio. Con aquellas veladas, doña Sancha intenta animar a su sobrina y sin duda lo está consiguiendo, aunque después de estos encuentros, las dos sentirían mucho más tener que separarse.

Urraca descubre cada día facetas nuevas en la personalidad de su tía que siempre le ha parecido muy reservada. La infanta nunca ha dejado de mostrarse cariñosa con ella aunque algunas veces es un poco distante. La ve como envuelta en un halo de misticismo. Para ella, es la persona más perfecta y rigurosa que conoce. Por ello, estas noches, en la intimidad de sus aposentos, se revela jovial y relajada. Es como si se olvidara de que son tía y sobrina, más se asemejan a dos amigas que hablan de todo.

—Pensar que no te he llevado a la tumba del apóstol Santiago. Lo teníamos que haber hecho el año pasado —dice doña Sancha.

—Ya, y ahora no podremos. No tenemos tiempo —responde Urraca.

—No, cuando estés instalada en Pamplona, seguro que podemos organizarlo.

—¿Iréis a verme alguna vez? —exclama ilusionada Urraca.

—No lo dudes.

—¿Y mi marido?

—Tu marido, el rey de Pamplona, estará encantado de recibirme. Creo que

tendrás suerte y estará mucho tiempo en el campo de batalla.

Las dos ríen con complicidad mientras se sirven otra copita de vino.

—Es delicioso —comenta la muchacha.

—Desde luego, y no debes beber más, no estás acostumbrada y te puede sentar mal —le recomienda doña Sancha.

—El día de mi boda pienso beber, solo un poquito, porque anima y hace mirar la vida de otra forma.

—Sí. Sensación pasajera, solo se mantiene mientras dura el efecto del alcohol. Con esto, querida Urraca, no quiero decir que no lo hagas.

—¿Vos habéis bebido alguna vez para superar alguna situación complicada? —pregunta Urraca.

—No, querida niña. Prefiero enfrentarme a la realidad por dura que sea. Aunque es cierto que me satisface tomar vino algunas noches.

—¿Y por qué lo hacéis?

—Me gusta. Me hace dormir bien y distrae mi soledad —confiesa la infanta.

—Nunca habría pensado que os pudierais sentir sola.

—A veces, sí.

—Yo, gracias a vos, no me siento así. Sé que sola habré de enfrentarme a un matrimonio que me aterroriza —recuerda Urraca.

—Sabes, mi querida sobrina, que siempre me tendrás a mí —afirma cariñosa doña Sancha—. Soy consciente de lo importante que resulta, cuando eres joven, poder contar con alguien en quien confiar, algo de lo que yo he carecido.

—Perdonadme por preguntároslo, ¿disponéis ahora de ese apoyo?

—Tengo algunos amigos en el mundo clerical. Dios me ayuda. Y a partir de ahora, tú y yo, aparte de tía y sobrina, seremos amigas.

Urraca, emocionada, se levanta y olvidándose de toda formalidad se abalanza sobre su tía fundiéndose en un abrazo con ella.



El afecto de su tía y el llevar un tiempo asumiendo la idea de su matrimonio van suavizando la desazón en la que vive Urraca. Ya solo quedan unos días. Todos los preparativos están ultimados y han empezado a llegar invitados a la ciudad. Su madre, doña Gontrodo, ya se encuentra en León. Dentro de unos momentos se reunirá con ella.

No puede evitar el pensar en lo bueno que sería y la alegría que le produciría que a García Ramírez le sucediese algo que impidiese el matrimonio. Inmediatamente, Urraca pide mentalmente perdón a Dios por desear mal a un semejante.

Se detiene a cada momento. Camina de forma pausada. No tiene ninguna gana de ver a su madre.

Esta misma mañana ha conocido al hombre que se convertirá en su marido. De no saber quién era le hubiese pasado desapercibido. Agradece que no sea gordo, fofo, ni de gran estatura. García Ramírez es de complexión normal, barbudo y mayor. Un escalofrío la recorre al pensar que deberá entregarse a él.

¿Por qué no le habrá contestado don Álvaro? No parece muy propio de él. Aunque solo fuera para felicitarla, debería haberlo hecho. Claro que la paloma puede haberse perdido. No tiene seguridad de que haya recibido el mensaje.

Está a punto de traspasar la puerta del salón donde la espera su madre. Se para un momento, se atusa el cabello y entra con cierta desgana.

—Me habían dicho que estabas preciosa y la verdad es que se han quedado cortos —dice doña Gontrodo mientras extiende sus brazos para abrazarla.

—Muchas gracias por venir. ¿Cómo os encontráis vos? —pregunta Urraca muy seria.

—No me trates con tanto formalismo, soy tu madre.

A Urraca le parece una mujer distinta a la que vio en Soto de Aller. No en lo físico, que sigue siendo una mujer muy hermosa, sino en el comportamiento. Ahora le da la sensación de encontrarse a una persona alegre y dicharachera, todo lo contrario de la opinión que se había hecho de ella.

—Gracias —responde Urraca—, sentaos por favor. ¿Habéis venido sola?

—No. Me acompañan dos de vuestros hermanos. Esto en cuanto a la familia, porque son muchos los títulos y autoridades que de Asturias han querido participar en las fiestas. Yo creo que será una de las comitivas más numerosa y brillante.

—Lo hacen por vos —afirma Urraca.

—Te equivocas. Es por ti, hija mía. Todas las personas que te han conocido en Oviedo hablan muy bien de ti. Te consideran como parte de Asturias, y ahora que te vas a convertir en reina te quieren mucho más.

La joven no dice nada, pero una sensación de alegría se adueña de ella. «Algún día volveré a Asturias», piensa convencida.

—¿Estás contenta, hija? Creo que has tenido suerte al convertirte en la mujer del rey de Pamplona. Es un orgullo para todos los que te queremos.

Urraca duda si decirle a su madre lo que de verdad piensa o no. Al final opta por ocultar sus sentimientos.

—Sí, supongo que será un buen matrimonio.

—No te preocupe en absoluto que sea mayor —le aconseja su madre, sonriendo—. A veces es mucho mejor.

—¿A qué os referís? —pregunta Urraca.

—Es muy sencillo. La fogosidad, el deseo sexual, suele disminuir con la edad. Con lo cual tu vida será más tranquila. —Doña Gontrodo mira a su hija que no dice nada. «Seguro —piensa— que nadie le ha hablado de lo que le espera en el lecho

nupcial»—. ¿Sabes en qué consiste la relación carnal entre hombre y mujer? —le pregunta.

—Claro que lo sé —responde Urraca.

—Entonces eres consciente de que puede resultar dolorosa la penetración, aunque pronto se pasa. Es posible que después de un tiempo sientas placer en yacer con tu marido. Mi consejo es que él no lo note, nadie debe saberlo. De nosotras solo se espera que tengamos hijos, y en esto también tienes suerte porque García Ramírez ya tiene tres.

A Urraca le preocupa lo del dolor, le gustaría saber cómo se puede aminorar. Tendrá que preguntarle a Constanza. Con su madre no tiene confianza y doña Sancha que tanto le ha explicado en qué consistirá su misión como reina, de este tema no le ha comentado nada.

En cuanto al placer, ha escuchado conversaciones de las criadas que entre risas hablaban de sus experiencias, algunas de ellas extramatrimoniales. Ella nunca ha pensado en el sexo, se siente completamente al margen y le parece imposible que pueda sentir algo distinto al asco cuando mantenga relaciones íntimas con su marido.

Ya le sucedió cuando conoció a su madre, que al verla tan hermosa no pudo por menos que pensar en cómo serían las relaciones que había mantenido con su padre o en cómo eran, porque tal vez perduraba entre ellos la pasión.

Urraca lo piensa unos segundos, no quiere quedarse con la duda. Además, sin ser muy consciente de ello, desea herir a aquella mujer. Hacerle pagar su abandono.

—Doña Gontrodo, ¿quién os hacía sentir mayor placer, vuestro marido o el rey?

—¿Por qué no me llamas madre?

—Nunca he llamado madre a nadie y vos sois una desconocida con la que no tengo confianza.

—Y siendo una extraña, ¿me haces una pregunta tan atrevida?

Urraca se da cuenta de que su comportamiento no es el correcto. Comprende que su estado de ánimo no es bueno. Sabe que existe algo en su madre que la impulsa a reaccionar de forma desacostumbrada en ella.

—Perdón, de verdad que siento haberos planteado ese tema. Olvidémoslo, por favor —ruega Urraca.

—No. Te voy a contestar. Tú fuiste concebida por amor. Fue tu padre, el rey, quien despertó en mí la pasión. Siempre he estado dispuesta para él y ha sido muy bueno y generoso conmigo.

—¿Entonces después de nacer yo por qué no habéis venido a la corte?

—Porque tenía otros tres hijos que me necesitaban más que tú.

—¿Cómo podíais saber lo que yo os necesitaba?

—Estabas en la corte como una infanta, disponías de todo.

—Sí, eso es cierto, solo me faltaba una madre.

Urraca jamás hubiese querido mantener esta conversación, pero está siendo sincera y deja que sea su corazón quien se manifieste en libertad.

—¿Y doña Sancha?

—Es la persona a la que más quiero. Siempre se ha ocupado de mí. Si vos hubierais muerto, ella sería mi madre. Se comportó como si lo fuera, nunca me ocultó la realidad.

—Si no entiendo mal, lamentas que yo siga viva porque ello te ha impedido tener una madre —dice con pena doña Gontrodo.

—No es exactamente eso lo que quise decir, aunque si vos lo interpretáis así... Y ya que nos hemos sincerado —sigue diciendo Urraca—, debo manifestar para liberarme de todos mis fantasmas, que os he odiado durante un tiempo para luego ignoraros, porque creo que no os habéis portado bien conmigo.

Doña Gontrodo sabía, desde el momento en que había visto a Urraca en Soto de Aller, que su hija tenía algún tipo de resentimiento hacia ella. Se alegra de que se haya sincerado. No sabe cómo explicarle que a quien más le dolió la separación fue a ella y que no tenía otra opción, porque si hubiese querido dejarla con ella, el rey no se lo habría consentido.

—Lo siento, Urraca, me duele haberte hecho daño. Quiero que sepas que te quiero, ni un momento he dejado de hacerlo, y que siempre encontrarás en mí a una madre.

—Siendo así, no entiendo por qué nunca manifestasteis deseos de verme.

—Sería muy largo de explicar y no quiero justificarme. Te pido perdón. Solo tengo una curiosidad, ¿este abandono por mi parte te duele porque no pudiste manifestar tu cariño a la persona que te dio el ser o porque consideras que fue una afrenta a tu persona? Si tu sentimiento responde a la primera opción, aún puedes manifestarme tu amor. Si por el contrario, te duele por ser una afrenta, te reitero mis disculpas y ruego me perdones.

Urraca se queda pensativa... Su madre es algo más que una mujer muy guapa y siente de verdad no haber compartido con ella parte de su vida.

—Gracias, madre, tenéis razón, aún estamos a tiempo.

—Me alegro tanto, Urraca.



—¿Te has quedado tranquila? —le pregunta doña Sancha.

—Sí. Estabais en lo cierto, es persona muy comprensiva. Me he desahogado a fondo con ella.

Después de la conversación con su madre, Urraca ha visto claro en su interior. Ha pedido perdón a Dios por su egoísmo, y siente la necesidad de hablar con un sacerdote y confesarse. Su tía, que mantiene una excelente relación con muchos

clérigos, la ha acompañado a la iglesia de San Marcelo para que fuera atendida por su confesor, que es un sacerdote mayor que la conoce desde hace años.

No era habitual que la gente acudiera a cumplir con aquel sacramento. Doña Sancha sí lo hacía dos o tres veces al año, y le había agradado que su sobrina sintiera la necesidad de obtener el perdón de sus pecados y faltas. Y ella había contribuido a que su conciencia no estuviera dormida.

—Seguro que de esta forma te enfrentas mejor al día de mañana. La gracia de la confesión se nota —dice doña Sancha convencida.

—Estad tranquila. Tengo totalmente asumida mi boda. Y pasado mañana seré mucho más fuerte que hoy. Y no precisamente por haberme convertido en reina.

—¿No? —pregunta sorprendida doña Sancha.

—No disimuléis, querida tía, conocéis la respuesta mejor que yo: el sufrimiento nos hace más fuertes. No os olvidéis de la promesa que me hicisteis, tenéis que ir a verme a Pamplona.

—Lo haré, y seguro que más de una vez.

—¿Es obligado que mañana asista a la corrida de toros? Por lo que me han dicho, preferiría no ir —dice Urraca tímidamente.

—Tu futuro esposo ostentará la presidencia y allí debes estar. Acudirá toda la familia real y los nobles que han llegado de Asturias y todos los de León. Si se produce algo que no te gusta, no miras. Tú nunca has asistido a ninguna, sin embargo es tradicional que se celebren. Las hubo en las bodas de tu padre en Saldaña y también en su coronación como emperador. Y no podía faltar en los festejos con motivo de tu matrimonio.

Urraca se queda en silencio. Doña Sancha la ve triste y para animarla duda si contárselo ahora o dejarlo para darle una sorpresa el día de la marcha, como tenía pensado. Al final decide que una buena noticia siempre contribuye a levantar el ánimo.

—Mi querida Urraca —le dice—, creo que será de tu agrado: Constanza y cinco más de tus doncellas se irán contigo.

—¿Para quedarse a vivir permanentemente en Pamplona? —quiere saber Urraca.

—Sí. Seguirán a tu servicio. Tu padre, el rey, está de acuerdo y tu futuro marido no ha objetado nada.

—Qué alegría me acabáis de dar. Ya no me sentiré tan sola. ¿Sabéis? Esta tarde, cuando mi padre me ha dicho que recibiré como dote varios territorios en el reino de Pamplona del que seré reina, me sentí extraña, como si yo fuera otra persona.

—Pues tendrás que acostumbrarte, porque tú quedarás al frente del reino mientras el rey esté en la guerra. Tendrás personas de confianza de tu marido que te cuidarán y asesorarán. Mi consejo desde un principio es que dejes muy claro que eres la reina. Aunque seguro que tu vida será tranquila y no tendrás que enfrentarte a situaciones complicadas.

La boda

El sol quiso madrugar aquel 24 de junio de 1144 en León. A las diez de la mañana la temperatura ya era muy agradable y seguro que a mediodía el calor se dejaría sentir con fuerza. Por cada esquina de la ciudad bullía la fiesta. Habían llegado delegaciones de todos los reinos cristianos peninsulares. Títulos de la nobleza, en especial la asturiana, se concentraban en las inmediaciones del palacio donde se celebraría el enlace.

La llegada del emperador y de la emperatriz Berenguela fue seguida de grandes muestras de afecto por parte de los asistentes. Acompañados de los invitados de mayor relieve, desfilan con parsimonia para dar oportunidad a todos los allí reunidos de que les vean en tan importante ocasión. Caminan hacia el palacio real donde a su entrada se han instalado unos elevados tronos. Uno para el rey Alfonso y el otro para el novio, el monarca de Pamplona, García Ramírez, que llega escoltado por un séquito solo militar. Obispos, abades y condes ocupan los asientos situados en torno a los monarcas.

La novia, Urraca Alfonso, acompañada de su tía la infanta doña Sancha, entra a la ciudad por la puerta Cauriense. Con ellas un cortejo de nobles, militares, clérigos, doncellas... La gente los mira entusiasmada por la vistosidad de los trajes, el empaque de los caballeros y la belleza de las damas. El centro de atención es la novia. Hacia Urraca, vestida de azul y blanco, se dirigen todas las miradas. La mayoría nunca la ha visto y los comentarios son laudatorios hacia su persona: «hermosa», «casi una niña», «serena»...

Urraca sí se encuentra serena. Su tía ha mandado que le prepararan una infusión y lo cierto es que el efecto ha sido inmediato. De vez en cuando, levanta su rostro para que los rayos del sol le den de pleno, disfrutando de la maravillosa sensación que le produce. Camina casi sin darse cuenta, como si estuviera participando en un espectáculo. Por momentos tiene la sensación de que no le está sucediendo a ella, el contacto de la mano de su tía que con frecuencia aprieta la suya la devuelve a la realidad.

No sabe cuánto tiempo llevan de desfile. Tampoco le importa. El ambiente le parece precioso, nunca ha visto la ciudad tan engalanada. Cuánto habría disfrutado de una situación como esta si ella no fuera la protagonista. De repente oye que gritan su nombre y la vitorean. Mira al lugar de donde provienen las voces y ve a su madre y a la nobleza asturiana que la aclaman con admiración y respeto. Ella intenta agradecerlo con la mejor de sus sonrisas...

—Urraca, estamos llegando —le susurra su tía.

—Ayudadme, por favor. Quiero cumplir bien mi papel.

—Lo harás, estoy segura de ello.

Al llegar a palacio el ambiente de alegría es desbordante. Ve a su padre el

emperador que se levanta para darle la bienvenida. A su lado, su futuro marido. Urraca lo mira, quiere sonreír y solo consigue esbozar una ligera mueca...

Antes de entrar en palacio observan durante unos minutos la demostración del arte de muchos caballeros con la lanza. Para ello se habían colocado en la calle una especie de tableros. La exhibición consiste en que los jinetes en plena carrera de sus caballos golpeen con sus lanzas los tableros preparados al efecto. Es una forma de exhibir su maestría y valor, junto con el de sus cabalgaduras.

El trabajo realizado por doña Sancha goza de la aprobación de todos. No solo la decoración del aposento real es espléndida, sino que el ambiente creado resulta inigualable. Si la infanta pretende, aparte de celebrar con toda magnificencia el matrimonio de la hija del emperador, distraer a esta de lo que en realidad significa aquel acto, lo ha conseguido.

A Urraca le gusta la música y aquella atmósfera, obra de su tía, le entusiasma. Todos los pasillos y galerías están abarrotados de histriones y doncellas que cantan acompañados de varios instrumentos. Los hay de viento y cuerda... La alegría es el denominador común y ella se deja llevar...

Mientras en el interior de palacio los invitados se divierten, en las calles, convertidas en auténticos feriales, continúan los juegos y celebraciones. Muchos caballeros matan con venablos a toros enfurecidos. La algarabía es tal que en un momento dado dejan, en medio del ferial, a un cerdo para que los hombres con los ojos vendados se apoderen de él dándole muerte. En su lucha por ser el primero para alcanzar el animal, se golpean y hieren entre ellos, en medio de la alegría del público que sigue con morbosos interés el juego.

El esplendor y los festejos de la boda del rey de Pamplona, García Ramírez, con Urraca Alfonso, hija natural del emperador Alfonso VII, quedaron reflejados para la posteridad en la *Chronica Adefonsi Imperatoris*.



Permanece quieta, como si estuviera muerta. Imposible dormir con aquellos ronquidos. Cuando ya creía que todo había pasado y que el deseo de su marido había sido satisfecho, vuelta a empezar. Aún siente sus manos que parecían multiplicarse manoseando su cuerpo. Su boca succionando sus pechos y aquel miembro que la taladraba... Urraca se siente horadada, hueca... Su mayor placer sería introducirse en un barreño de agua bien caliente y lavarse, restregarse bien... Pero a aquella hora todos duermen...

Cuando Constanza la ayudó a desvestirse le había asegurado que después del coito, el rey se iría a dormir a otra habitación. No sucedió así. Se encontraba tan

agotado que inmediatamente se había quedado dormido.

El olor a vino que todavía se mantiene en la habitación le produce náuseas. Intenta taparse la nariz sin conseguir escaparse de aquella pestilencia porque toda ella, su cuerpo entero, se encuentra impregnado de ese hedor.

No sabe qué hacer. Si sigue inmóvil acostada, puede enloquecer. Si se levanta, ¿adónde ir? Ella no está acostumbrada a valerse por sí misma...

Pasan los minutos. Desconoce qué hora podrá ser. De repente, el pensar que tal vez su marido, al despertar y verla a su lado, pueda sentir revivir el deseo, la hace abandonar el lecho de inmediato.

Se arrebujá en una manta y sale de la habitación sin mirar atrás. Agradece la luz amarillenta de unas velas, qué raro que no se hayan consumido —piensa—. Muy pronto descubre el porqué.

—Sol, ¿qué haces aquí?

Una de las muchachas que la acompañará a Pamplona está acurrucada en unos cojines en el suelo.

—Constanza, después de dejaros, me pidió que me quedara aquí toda la noche por si necesitabais algo.

—Dios mío, Sol. Nunca me olvidaré de ti. Si supieras lo que significa para mí contar contigo en estos momentos.

—Venid, señora —le pide la doncella, tomando una de las velas en la mano.

—Espera, por favor, permíteme que me apoye.

Pamplona

Urraca está terminando de arreglarse. Desde hace unos días, Constanza la peina de forma distinta y la verdad es que la favorece. Le hace dos trenzas que luego enrosca una a cada lado de la cabeza. De esta forma, la especie de cofia que utiliza como tocado le sienta y encaja mucho mejor. Hoy se ha puesto un traje verde con un discreto escote cuadrado y amplias mangas con remates de piel. En el cuello un hermoso colgante regalo de su marido.

Ya han pasado casi dos meses de la boda y el cuerpo de Urraca ha experimentado un cambio substancial. Sus formas han adquirido mayor consistencia. Aún no se ha adaptado del todo a su nueva vida. A pesar de ello, cada día se va encontrando un poco mejor. Sigue echando de menos a su tía y no deja ni un momento de sentirse agradecida a doña Sancha, porque ella fue quien decidió que sus doncellas, que la conocen muy bien, estén a su lado ayudándola a enfrentarse a su nueva vida.

Tiene que reconocer que las relaciones íntimas con su marido, pese a lo sucedido la primera noche, y que le podía hacer pensar en una actividad sexual frecuente, afortunadamente no son así. Duermen en habitaciones separadas y muchas noches no aparece.

Le gustan los hijos de su marido. Bueno, Margarita es muy pequeña y apenas la ve, un ama de cría se ocupa de ella. Blanca, que está prometida a su hermanastro Sancho, tiene siete años y es una niña muy dulce y cariñosa que muy pronto despierta su cariño.

—¿Es guapo Sancho?

—Sí que lo es.

—¿Creéis que le gustaré? —pregunta ingenuamente la pequeña.

—Seguro que sí. Ahora eres una niña preciosa y dentro de unos años te convertirás en una hermosa mujer.

A Urraca le hace gracia la postura de Blanca. Si a ella, a los siete años, le hubiesen dicho que la prometían a un joven heredero tal vez mantendría el mismo comportamiento, mas su situación ha sido muy distinta.

El primogénito de su marido y heredero al trono de Pamplona, Sancho, tiene su misma edad. Al principio, al verla convertida en la esposa de su padre, había mostrado cierto recelo hacia ella, que pronto se disipó y el muchacho comenzó a manifestarse con naturalidad, permitiendo que Urraca descubriera en él a un joven muy inteligente. Dentro de un tiempo empezaría a acompañar a su padre en las expediciones guerreras, aunque de momento se queda en el reino manteniéndose al tanto de todo lo que ocurre. Pasan muchos ratos juntos y a Urraca le encanta charlar con él. Además, Sancho es aficionado a la cetrería, con lo cual cualquier día saldrá de caza con él.

La vida discurre muy tranquila, a veces un poco aburrida. Tristemente, ella ya

está acostumbrada. El rey, su marido, no es muy dado a las fiestas sociales. Desde su llegada a Pamplona, solo una vez se había organizado una cena a la que asistieron los miembros de la nobleza para que la conocieran a ella. Había sido una noche importante en la que Urraca descubrió que tenía su encanto el convertirse en centro de atención de todos. Había procurado ser muy amable y causar buena impresión. Su marido le había dado las gracias cuando todos se habían ido y quiso demostrarle su agradecimiento en el lecho.

—Señora, cuando queráis nos podemos ir —dice Constanza, entrando en la habitación donde Urraca se está arreglando.

—Solo un minuto, Constanza. Sol ha ido a buscarme un chal —contesta Urraca.

—¿Iremos solas?

—Sí, ¿por qué?

—Pensé que tal vez don Sancho vendría con nosotras —observa Constanza.

—No. Esta tarde sé que tenía cosas que hacer.

A diferencia de su vida en León, que casi nunca salía de palacio, en Pamplona sí lo hace. A Urraca le entusiasma la naturaleza y siempre se ha sentido atraída por el discurrir de las aguas de los ríos. Uno de los motivos que le hace agradable la ciudad de Pamplona es porque su geografía está surcada por tres ríos: el Arga, su afluente el Elorz y el Sadar, afluente de este.

Algunas tardes pide el carruaje para acercarse al puente de la Magdalena, situado sobre el río Arga, en las afueras de la ciudad, que es paso obligado para los peregrinos que llegan a Pamplona por el Camino de Santiago. Que Pamplona figure en el itinerario que lleva hacia la tumba del apóstol es otro de los atractivos que la ciudad posee a los ojos de Urraca, que le gusta observar a estas personas que cruzan el puente verdaderamente agotadas. En más de una ocasión —siempre acompañada de Sancho— ha hablado con ellas.

Un aliciente

Muy cerca del río Aller, un día del mes de mayo de 1167

Urraca permanece ensimismada en sus pensamientos. Ello no le impide observar cierto nerviosismo en su doncella que a buen seguro está cansada de estar tanto tiempo quieta y sin hacer nada.

—No nos quedaremos mucho tiempo más —dice Urraca.

—Señora, ¿puedo acercarme dando un paseo hasta el puente?

—¿Te gustan los puentes?

—Nunca me lo he preguntado. Pero ese me parece muy pobre —responde Ana.

—Sí que lo es. Te lo preguntaba porque a tu madre le encantaban. En nuestros primeros tiempos en Pamplona los frecuentábamos casi todos los días.

Puentes del Camino de Santiago en el reino de Pamplona

—**T**engo que reconocer, doña Urraca, que a mí me gusta más este puente de San Pedro y su entorno que el de la Magdalena —dice Constanza.

—Este es más antiguo —contesta Urraca—. ¿Sabes, Constanza, que se han construido muchos puentes a lo largo de la ruta jacobea para facilitar el camino de los peregrinos?

—No tenía ni idea.

—Sí. Algunos de ellos han sido auspiciados por gentes sencillas, como el edificado sobre el río Oja por iniciativa de un humilde ermitaño, Domingo García, que no solo ha propiciado la creación del puente sino de un pueblo, Santo Domingo de la Calzada, con un hospital y un albergue para peregrinos. Aquí muy cerca, existe otro ejemplo, el Puente de la Reina, que ha dado nombre a la localidad.

—He oído que es precioso.

—Es muy parecido al de la Magdalena.

—¿Sabéis a qué reina se refiere?

—Me contó don Sancho que no existía unanimidad sobre la identidad de la soberana, que él creía que quien lo había mandado levantar hace casi cien años había sido la reina consorte de Pamplona, doña Mayor. Me aseguró estar convencido de ello porque lo cierto es que esta reina había auspiciado la fundación del monasterio y de la iglesia de San Martín de Frómista, situados en pleno Camino de Santiago.

—Mucho sabe el hijo de vuestro esposo —exclama Constanza.

—Es un placer hablar con él —afirma sonriente la joven reina.

—¿No os sorprende que no hayan concertado su matrimonio? —pregunta Constanza que inmediatamente se retracta—: Perdón, señora, no debo haceros estas preguntas. Soy una criada, disculpadme.

—No te preocupes. Desconozco las razones por las que aún no se ha llegado a un compromiso. Es probable que su padre no tenga ningún pacto pendiente que le interese cerrar. Con Castilla han culminado las negociaciones con su matrimonio conmigo y el acuerdo de casar a su hija Blanca con mi hermano Sancho.

—Doña Urraca, gracias. Muchas gracias por vuestra confianza, por tratarme con afecto...

—Dime, Constanza —la interrumpe Urraca—, ¿qué quieres preguntarme? Porque cuando te muestras tan agradecida es que estás deseando plantearme algo.

—No sé si debo, señora, estaba pensando que vuestro matrimonio tendría que haber sido con el hijo de vuestro esposo, con don Sancho, y no con él. Y os entendéis tan bien.

—Pues sí, querida Constanza, para plantearme semejante tontería mejor estabas

callada.

Lo dijo sin darle importancia, como en broma. A Urraca le ha molestado la reflexión de su doncella. Huye de este tipo de planteamientos. Si la hubieran casado con don Sancho, no sería reina, tal vez lo fuera dentro de unos años, pero ahora lo es. Quiere pensar que han elegido lo que consideraban mejor para ella. ¿Habrían hecho lo mismo si fuera hija legítima?

Prefiere no conocer la respuesta. Es mejor olvidarse de ello.

—¿No es don Sancho el jinete que se acerca? —pregunta Constanza.

—Parece él —responde Urraca, girándose a mirar hacia el camino.

El galope es tal que, casi de inmediato, don Sancho se encuentra ya a su lado. Apeándose del caballo, las saluda muy cortésmente.

—He ido a buscaros al puente de la Magdalena.

—Don Sancho, creía que hoy teníais asuntos que os impedían salir —comenta Urraca.

—Así es, pero ha llegado el fraile del que os hablé tantas veces.

—¿El que ha recorrido el camino entero desde Francia a Santiago?

—Sí. Solo se queda esta tarde y pensé que os gustaría conocerle. Se lo he comentado a él y está encantado de que nos reunamos. Si os parece, podemos invitarlo a que vaya a palacio dentro de un rato. Por ello he salido a buscaros.

—Me parece una idea buenísima. Gracias. Ahora mismo regreso. ¿Os encargáis vos de mandar a recogerlo?

—Yo mismo iré —asegura don Sancho, que parte de inmediato.

—Sería una pena que se metiera fraile con lo guapo y buen mozo que es —dice socarronamente Constanza.

—¿Por qué dices eso?

—Es probable que vos no lo sepáis, doña Urraca, se rumorea que el heredero frecuente demasiado los conventos. Esto, unido a que no se le conoce compromiso matrimonial, hace que las especulaciones se sucedan.

—Qué barbaridad. Frecuenta los conventos porque en ellos tiene acceso a la cultura. Hay frailes cultos con gran sabiduría y quien esté deseando aprender y sienta curiosidad nada mejor que estos reductos de la Iglesia para conseguirlo. Querida Constanza, ¿por qué crees que estoy deseando reunirme con el fraile que acaba de llegar? Es muy sencillo. Quiero saber lo que significa el camino, qué huellas van dejando los peregrinos y qué se llevan ellos de los lugares por los que pasan. Algún día espero poder comprobarlo.

Ansiada maternidad

Año de 1147

El recién estrenado año prometía mucha actividad. Incluso Urraca veía con placer cómo su rutina diaria se iba a alterar. Había comenzado con una visita que la llenó de alegría. Su tía doña Sancha se había presentado por sorpresa. Era la segunda vez que acudía a Pamplona. No se había quedado muchos días, pero no se separaron ni un minuto. Urraca pudo sincerarse con ella y hablarle de su preocupación por no quedarse embarazada.

—No debes disgustarte. ¿Te apremia el rey?

—No, todo lo contrario, me dice que no me preocupe.

—¿Es bueno contigo?

—No es malo. Me ignora. Y no me gusta. Pienso que ya que tengo que soportarlo en la cama, no está bien que luego me vuelva invisible, y esa es la sensación que tengo. Aunque la verdad es que está poco tiempo en palacio. De no ser por su hijo, don Sancho, me aburriría muchísimo. He aprendido muchas cosas con él.

—¿Por qué te preocupa tanto no tener hijos? —le pregunta su tía.

—Me siento fracasada como mujer. Es lo único que se espera de mí. Es mi única misión.

—Pues mi consejo es que no te obsesiones. Eres muy joven. En cualquier momento te puedes quedar embarazada. Y si no sucede así, no debes inquietarte. ¿Por qué no me acompañas a la inauguración del monasterio de la Santa Espina?

—¿Adónde tenemos que desplazarnos? —pregunta la reina.

—A la provincia de Valladolid.

La infanta-reina doña Sancha había donado para la fundación de un nuevo monasterio sus heredades en San Pedro de la Espina y en Santa María de Aborridos. Se había empeñado en que se hicieran cargo de él monjes cistercienses. Bernardo de Claraval había escuchado su petición. Y en unas semanas llegarían a Valladolid un grupo de religiosos de esta orden.

—Según la fecha en la que sea la inauguración. Ya sabéis que don Sancho acudirá este año por primera vez al campo de batalla y cuando se vaya, no debo ausentarme del reino.

—Será a finales de este mes.

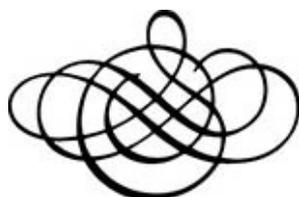
—Creo que podré ir, y estoy pensando aprovechar el viaje para acercarme a Asturias —dice ilusionada Urraca—. Me vendría bien ir al santuario de Miravalles. ¿Os acordáis?

—Claro.

—Quiero ir a rezarle a la Virgen. Nunca he olvidado su imagen dando de mamar al Niño. No os riáis de mí, pienso que puede ayudarme a que me quede embarazada.

—Seguro que te hace bien el viaje. Asturias te llenará de energía. ¿Nos acompañará esta noche en la cena don Sancho?

—Espero que lo haga.



Doña Sancha disfruta observando a su sobrina que se ha convertido en una muy buena anfitriona. Está segura de que ha sido ella quien ha dispuesto el menú de la cena y le parece acertado.

—Querida Urraca, la liebre exquisita, nunca la había tomado con almendras y vino blanco.

—No sabéis, doña Sancha, lo bien que se come desde que ella ha llegado —asegura Sancho—. Mi padre siempre lo dice.

—Bueno, el mérito es de la cocinera, que es bastante buena.

—No, doña Urraca, no seáis modesta. La cocinera ya la teníamos antes y ahora no parece la misma gracias a vos, que os preocupáis por combinar de forma adecuada los alimentos.

—Es verdad —ratifica doña Sancha—. La cena ha sido perfecta. Unas deliciosas lonchas de queso fresco fritas para empezar, y después el plato de carne y otro de acelgas y espinacas salteadas con tocino, hierbabuena y mejorana. Una delicia.

—Muchas gracias, me alegro de que os haya gustado —responde Urraca muy halagada.

—Doña Urraca, ya os lo he comentado en más de una ocasión, lo mucho que echaré de menos estas comidas cuando me vaya —dice Sancho, que mirando a doña Sancha, añade—: No puedo remediarlo, soy de los que piensa que la comida es un auténtico placer.

—Para muchos lo es. Por cierto, me ha dicho Urraca que os incorporáis a la guerra. ¿Participareis en la toma de Almería? —pregunta doña Sancha.

—Me uniré al ejército de mi padre que junto con el de Ramón Berenguer, conde de Barcelona, se suman a las fuerzas de vuestro hermano, el emperador Alfonso —responde él.

—Los dos son sus vasallos —señala la infanta.

—¿Por qué en esta conquista luchan juntos contra los árabes cuando normalmente lo hacen por separado? —pregunta Urraca.

—Almería es el puerto comercial más importante de todo Al-Ándalus. Es un

lugar estratégico, perfecto para convertirse en refugio de piratas. Es necesario apoderarse de él —afirma su tía.

—Además, doña Urraca —apunta Sancho—, figuraos si es importante arrebatar Almería de manos árabes que también se unen a nosotros los genoveses que atacarán desde el mar.

—Dios quiera que tengáis suerte —dice Urraca—. ¿Qué edad tiene el conde de Barcelona, Ramón Berenguer? —quiere saber.

—Unos treinta y tres años —responde Sancho—. ¿Lo preguntáis para confrontarlo con la edad de su prometida?

—Sí. Desconocía toda la historia hasta que llegué aquí —contesta Urraca—. Me parece irresponsable la postura de Ramiro el Monje. No entiendo la razón por la que abandona a su hija cuando solo tiene un año y se la entrega a un extraño.

Doña Sancha conoce bien la historia. A pesar de ello, permanece en silencio. Ramiro el Monje era hermano de su padrastro Alfonso el Batallador, personaje al que siempre ha odiado. La historia se había producido así:

Al morir el Batallador sin descendencia legítima en testamento todo su reino a las órdenes militares de los templarios y de los hospitalarios. La nobleza aragonesa monta en cólera y se niega a que se haga efectivo y deciden reconocer como rey a Ramiro, hermano del difunto monarca, que era obispo de Roda-Barbastro. Ramiro accedió y fue coronado en Zaragoza al poco tiempo. Consciente de la necesidad de perpetuar la dinastía, Ramiro decide casarse. Elige a una mujer cuya fertilidad estuviera probada. La elegida es una viuda, Inés de Poitiers, que ya había tenido varios hijos. Al poco tiempo se casa. Cuando al año nace una niña, a la que llaman Petronila, el rey comienza la búsqueda del personaje idóneo para casarlo con aquella niña recién nacida. Se fija en Ramón Berenguer, a quien se lo propone y así desposa por palabras de futuro a su hija con el conde de Barcelona, Ramón Berenguer, a quien le traspasa el poder de facto y él se retira a la vida monástica, que era su verdadera vocación.

—Pues a mí, doña Urraca, la postura de Ramiro no me parece muy irresponsable, más bien todo lo contrario. Se aseguró de que la dinastía continuara y creo que su elección, en cuanto al candidato para su hija, fue acertada —dice Sancho.

—Estoy de acuerdo con vos —manifiesta doña Sancha—. Mi hermano el emperador y yo le propusimos como marido de Petronila al heredero del reino de León, Sancho, que ahora está prometido a vuestra hermana, y él lo rechazó. Me desagradó, pero entendí muy bien su postura, probablemente yo habría hecho lo mismo. Uniéndose al reino de Castilla y León formaría parte de él, y por tanto limitaría sus posibilidades de convertir a Aragón en un gran reino, algo que puede suceder con la unión del condado de Barcelona —aventura doña Sancha que, mirando a su sobrina, añade—: No seas sentimental, Urraca, ¿de qué serviría que el rey Ramiro siguiese al lado de su hija?

—No tanto me refería a la niña, como a la situación en que ha quedado el reino

—contesta su sobrina.

—Es que probablemente desconoces —replica la infanta— que Ramiro sigue siendo el rey de Aragón. En el documento en el que acordaba el matrimonio de Petronila con Berenguer se dice que: «La futura esposa aporta el reino de Aragón, pero Ramiro se reserva el derecho de ser rey, señor y padre en el citado reino y en todos los condados del conde de Barcelona mientras quiera».

A la criada que estaba avivando el fuego de la chimenea, Urraca le pide más vino y unos dulces. Los tres parecen disfrutar de la conversación que puede alargarse.

—Es cierto que ignoraba lo que acabáis de contar —dice Urraca—, y me sigue pareciendo una postura cómoda por parte del rey.

—Yo creo que no —afirma Sancho—. Lo que sucede es que su vida, su vocación, estaba en otro lugar. Si repasamos un poco el comportamiento de Ramiro en los tres años que estuvo al frente del reino, se puede deducir cualquier cosa menos comodidad o miedo. Desde el principio tuvo claro cómo tratar a los nobles aragoneses. Cuando comprobó que la diplomacia y prudencia no conseguían el efecto deseado, decidió imponer su criterio, de acuerdo con la ley, y aplicar los más duros castigos.

—¿Os estáis refiriendo al ataque a la caravana? —pregunta doña Sancha.

—Sí.

—¿Qué pasó? —inquire Urraca.

—Algunos nobles aragoneses, descontentos con el rey —cuenta Sancho—, decidieron imponer su voluntad violando las leyes del reino y atacaron una caravana musulmana que viajaba de Fraga a Huesca. A Ramiro no le tembló la mano y mandó decapitar a los siete nobles que habían puesto en entredicho la palabra real.

—Está claro que nadie debe dudar de las capacidades de mando de Ramiro el Monje. Y también de sus dotes como negociador —afirma doña Sancha—, en las que probablemente fue factor decisivo su pertenencia a la Iglesia para lograr un acuerdo con las órdenes militares para que renunciasen al reino de Aragón que les había sido adjudicado en el testamento del Batallador. Seguro que las indemnizaciones habrán sido grandes. No obstante, de lo que estoy segura es de que ha sido una suerte para el reino de Aragón la muerte de Alfonso el Batallador porque permitió que Ramiro se hiciera cargo del reino. —Las palabras de doña Sancha son seguidas de silencio. Silencio que ella interpreta y por ello dice—: Es probable que haya sido dura en mi juicio en el que ha influido el conocimiento que poseo del personaje. Ya sabéis que el Batallador fue el segundo marido de mi madre, la reina doña Urraca. Os aseguro que he sido benigna en mis opiniones sobre él.

—Querida tía, lamento de corazón que mi curiosidad os haya hecho revivir recuerdos poco agradables. Lo siento. Hablemos de otras cosas.

—No te preocupes. La que siento no haberme dominado soy yo.

—Doña Sancha —dice Sancho—, hay un tema que me interesa mucho que es el de las órdenes militares. Y creo que vos las apoyáis.

—Bueno, apoyarlas...

—Quiero decir que las habéis favorecido con diversas donaciones.

Las órdenes militares, creadas con un único objetivo, proteger a los peregrinos cristianos que visitaban los santos lugares, sus miembros mitad monje, mitad soldado, consagraban su vida a la lucha contra el infiel. Ellas representaban la esencia misma del espíritu de las cruzadas.

Templarios y hospitalarios extendieron muy pronto su influencia por toda el continente europeo. Hispania no fue una excepción y hasta ella llegaron dispuestos a establecerse.

Era cierto que doña Sancha mantenía una gran relación con los hospitalarios o caballeros de San Juan de Jerusalén, a los que hacía unos años les había hecho una generosísima donación: el monasterio de Santa María de Wamba, con todos sus territorios.

—Veo que sois un joven bien informado. Mi relación es bastante fluida con la orden de los hospitalarios. Creo que pueden sernos de gran ayuda.

—¿Os referís al apoyo que pueden prestar en la lucha contra los árabes? —pregunta Sancho.

—Por supuesto y también es muy importante la repoblación que llevan a cabo en los terrenos que se les ceden —asegura doña Sancha.

—¿No se corre el riesgo con todas las donaciones de convertir a estas órdenes en demasiado poderosas? —observa Sancho.

—Es posible. Creo que es un riesgo que merece la pena.

—Ya sé que no son como las órdenes religiosas, y me pregunto cuál es la relación que mantienen con la Iglesia —quiere saber Urraca.

—Mi sensación es que cuentan con el beneplácito papal por el gran apoyo que ofrecen a la reconquista, a la lucha contra el infiel —contesta doña Sancha—. También es verdad que no todas las órdenes mantienen la misma relación con Roma.

—Muchas gracias, doña Urraca, por esta cena —dice Sancho, haciendo ademán de levantarse—. Ha sido un placer conoceros, doña Sancha. Si me dispensáis, debo marcharme porque dentro de unas horas tengo que salir para Estella.

—Espero que nos volvamos a ver pronto. Tiene razón doña Urraca, sois una persona encantadora.

Urraca, un tanto turbada, mira a su tía sonriendo.

—Gracias a vos, don Sancho —dice la joven—. Nosotras también nos vamos a dormir. Tened cuidado en el camino.

Doña Sancha no separa sus ojos del joven mientras se va. Es rubio, muy bien parecido, de complexión fuerte. Una pena —piensa— que él no sea el marido de su sobrina. ¿Se habrá despertado algún sentimiento entre ellos? Tiene que intentar conocer lo que piensa Urraca porque podría ser peligroso. Hay otro tema del que desea hablarle, aunque solo sea por descargar su conciencia y evitar situaciones desagradables, ya que su sobrina puede encontrarse en cualquier momento con él. El

joven Álvaro Rodríguez de Castro se ha incorporado a la corte de León, al servicio de Fernando, el segundo de sus sobrinos.

—Urraca, hace tiempo que debo decirte algo y nunca termino de decidirme. Es algo que hice por tu bien, aunque tal vez no fue lo correcto. —Urraca la mira sorprendida—. Poco antes de celebrarse tu matrimonio le enviaste un mensaje a don Álvaro Rodríguez de Castro. Él te contestó y yo intercepté su respuesta.

—¿Por qué?

—Temía que se establecieran entre vosotros unos sentimientos que podrían hacerte aún más doloroso el matrimonio.

—Tía, si apenas nos conocemos. ¿Qué decía en el mensaje?

—Te felicitaba y se ofrecía para pasar a tu servicio, si vuestro marido el rey lo consideraba oportuno.

—¿Le habéis contestado en mi nombre? —pregunta Urraca muy seria.

—No. Y me estoy dando cuenta, querida sobrina, de que eres mucho más lista que yo. Tendría que haberseme ocurrido, y responderle como si fueras tú.

—De esa forma, os evitaría tener que contarme ahora vuestro engaño, y no me habrías dejado mal a los ojos de don Álvaro —asegura la joven.

Urraca piensa en qué habría hecho de haber conocido la propuesta de don Álvaro. Pero era mejor así. Con toda probabilidad, la presencia de aquel muchacho en la corte de Pamplona, a la que ella habría accedido si conociera sus deseos, contribuiría a que su vida fuera más feliz y también la habría complicado.

Al observar que Urraca se sume en sus pensamientos, doña Sancha trata de animarla.

—Si algún día te encuentras con él, inventas una excusa. ¿Sabes? Don Álvaro está en la corte en León, ha entrado al servicio de tu hermano Fernando.

—Ahora entiendo, querida tía, la razón por la que hoy me contáis lo que pasó. Teméis que pueda coincidir con él. ¿O existe otro motivo que os haya movido a sinceraros conmigo?

La infanta se queda un rato en silencio y acercándose cariñosamente a su sobrina le dice:

—Sabes que te quiero como si fueras mi hija. Deseo lo mejor para ti. Soy muy protectora, lo he sido con mi hermano, y lo soy contigo. Trato de evitar las complicaciones antes de que se presenten. Y voy a ser sincera, esta noche observando a don Sancho viendo lo guapo y simpático que es, y mirándote a ti hermosa y joven, no pude evitar el pensar en la posibilidad de que se estableciera entre vosotros una atracción que podría llevaros a situaciones complicadas. Ello me llevó a recordar a don Álvaro.

—O sea —la interrumpe Urraca—, que lo que en realidad pretendéis es alertarme sobre don Sancho. ¿Cómo es posible que penséis que todas las relaciones de amistad pueden terminar siendo amorosas?

—No existe ninguna seguridad, por eso lo mejor es prevenir —dice convencida

doña Sancha.

—Podéis estar tranquila. Mis sentimientos hacia don Sancho son totalmente fraternales. Le quiero como a un hermano.

—Sí, mas es difícil saber si él, dada tu confianza, puede albergar otro tipo de esperanzas.

Urraca se siente un poco desconcertada ante la insistencia de su tía de ver amenazas amorosas por todas partes. Es probable, piensa, que ella sea muy dada a encariñarse con la gente o que haya vivido experiencias de este tipo que la hayan hecho sufrir, pero no se puede vivir aislada por temor al sufrimiento. De repente recuerda lo que algunas veces le comenta Constanza, y aun con el riesgo de escandalizar a su tía se lo cuenta:

—Constanza, mi doncella, dice que no es malo encontrar un poco de felicidad fuera del matrimonio. Y asegura que si esos pequeños escauceos se llevan con discreción, pueden resultar beneficiosos para la buena marcha de aquel.

—No pensarás tú lo mismo, ¿verdad? Creo que Constanza puede ser una mala influencia para ti. Me la llevaré a León.

—No, por favor. Ella es mi gran apoyo en esta corte en la que todos son desconocidos. Estad segura de que yo no tomo en cuenta esos comentarios. No temáis por mí, querida tía, no os defraudaré. Sé muy bien cuáles son mis obligaciones.

—Las mujeres no solo tenemos que ser buenas, sino parecerlo. En nosotras reside la honra de la familia —asegura doña Sancha.

—Soy consciente de ello, tía. No quiero ni imaginar el escándalo que se organizaría si yo, ahora, mantuviera amores con algún caballero. Sin embargo, mi marido, el rey, ha tenido hace unos días un hijo y nadie lo critica.

—¿Y quién es la mujer con la que mantiene relaciones tu marido?

—No lo sé, ni me importa —dice Urraca convencida.

—¿Me equivoco si pienso que esta circunstancia influye en tus deseos de quedarte embarazada?

—Puede ser porque este nacimiento pone en evidencia que soy yo la que falla.

—No te obsesiones. Si no tienes hijos, no pasa nada en absoluto —vuelve a tranquilizarla doña Sancha.

—Antes no os lo comenté, tía: creo que cabe la posibilidad de que me repudie.

—No lo hará jamás, estoy segura de ello. Primero, porque ya tiene herederos y, segundo, por lo que ello significaría en las relaciones con tu padre, el emperador.

—De todas formas, cuando vaya a Valladolid para acompañaros en la inauguración de la iglesia, me desplazaré a Asturias para rezar a la Virgen de Miravalles.

—Si puedo, te acompaño, aunque me quede en Oviedo. Tengo varios asuntos pendientes en el monasterio de San Pelayo. Por cierto, la última vez que estuve con sor Aldara me preguntó por ti. Se nota que te profesa un gran afecto —dice doña Sancha.

—También yo guardo de ella un recuerdo inmejorable.

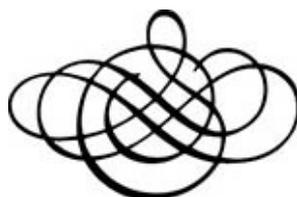
—Es curioso, querida Urraca, podría pasarme horas enteras charlando contigo y no me canso. A estas horas siempre estoy dormida —dice doña Sancha.

—Lo mismo me sucede a mí, no siendo con Constanza o con don Sancho, no tengo con quien hablar —se queja Urraca.

—¿Y con quién crees tú que hablo yo?

—Durante el día seguro que con muchísima gente.

—En eso tienes razón. En casa estoy sola. Ya lo sabes.



Después de acompañar a su tía, Urraca entra en su habitación. Le pide a la doncella que la espera que se retire, no quiere que la ayuden a desvestirse. Prefiere hacerlo sola. Son momentos de intimidad en los que le gusta pensar sin que nadie la observe ni la distraiga. Ha sido un día intenso, sobre todo por los temas desarrollados en la cena. Le ha sorprendido la actitud de su tía, tan temerosa de sus relaciones de amistad. Es como si mujeres y hombres no pudiesen ser amigos. Piensa que tal vez tenga razón y que en alguno de los dos pueda existir algo más. A ella con don Sancho está segura de que no le sucederá, aunque desconoce lo que pueda experimentar él. Es probable que su tía haya vivido o conocido situaciones que avalen sus temores. Lo cierto es que ella, que está tan segura de que nunca sentirá más que amistad por don Sancho, no podría afirmar lo mismo si la convivencia fuera con don Álvaro. Le gustaría encontrarse con él. Le parece todo un detalle que le ofreciera sus servicios y seguro que le disgustó no recibir respuesta. Urraca presiente que un día lo podrá aclarar todo. ¿De verdad lo presiente o es eso lo que quiere?

A pesar de ser su tía la responsable de haber interceptado el mensaje de su amigo, no le guarda ningún tipo de rencor. La quiere y está segura de que lo hizo por su bien. Sabe Dios las vivencias que habrá tenido la infanta. Tal vez estuvo enamorada de algún caballero o de algún clérigo con los que alternaba de continuo. También podría ser al contrario, que fuera ella, doña Sancha, quien despertara la pasión de alguno de sus amigos. En la hipotética situación de que se confundiera amistad con pasión, Urraca cree que siempre son los hombres los más dados a ello. Lo piensa por su condición de mujer y también por el lugar que ellas ocupan en la sociedad.

Se pone la camisa de dormir y con armoniosa parsimonia destrenza su cabello, para después introducir en él un bonito peine de púas de marfil (con toda probabilidad parte del botín de incursiones en territorios bajo dominio de los árabes) que le ha regalado su marido.

No es muy dada a mirarse al espejo. Se ha traído de León uno de estaño, con los

bordes repujados. Le tiene especial cariño porque es el primero que ha visto y además, al ser muy antiguo, ha ido pasando de una generación a otra dentro de las mujeres de la familia real. Cuando ella lo descubrió pertenecía a doña Sancha que, al comprobar lo mucho que le gustaba, se lo regaló.

No es lo mismo mirarse en un espejo con la proyección de la luz solar que con la de la tímida y titubeante llama de la vela. Urraca observa su rostro, que aparece un poco desvaído. Quiere profundizar en sus ojos, entrar dentro de sí misma, en un intento de conocer mejor su interior. Las dudas de su tía han influido en ella. Recuerda que Sara, aquella curiosa mujer que la visitaba en la corte leonesa, le había hablado de los espejos, de la magia por medio de ellos, y de un personaje de la antigüedad, del que no recuerda el nombre, que recomendaba usar el espejo para que si la persona reflejada en él era hermosa, se hiciera moralmente digna de su belleza, y, si era fea, lo disimulara mediante el cultivo del espíritu. Aunque sea un buen pensamiento, Urraca no está totalmente de acuerdo con él. Se mira con tanta profundidad... que las formas se distorsionan y todo se vuelve borroso. Pestañea con ímpetu para recuperar su imagen real. De repente se le ocurre que si piensa en los hombres que conoce y examina la expresión de sus ojos puede que así descubra lo que en verdad significan o pueden llegar a significar para ella.

El primero que acude a su mente es su marido, el rey García Ramírez... el tedio, la resignación, la ausencia de vida en sus ojos, que se muestran apagados, reflejan a las claras cuáles son sus sentimientos hacia él. Al recordar a don Sancho, su expresión cambia de forma radical. Su mirada es ahora tierna, sonriente, aguda. Será al evocar a don Álvaro cuando los ojos de Urraca se iluminen con una luz especial y se vuelvan más hermosos y soñadores, lo que la hace exclamar: «¡Dios mío! Con él a mi lado sí que tendría que andar con mucho cuidado». La muchacha sonríe y, dejando el espejo sobre el bargueño, piensa que no es normal comportarse de esa forma, menudas tonterías. Ella sabe muy bien lo que siente. Sin embargo, si es sincera, el espejo ha reforzado la sospecha sobre sus posibles sentimientos. Si no fuera por el espejo, nunca podría ver cómo la expresión de sus ojos cambia según el recuerdo que ocupe su mente. Y sobre todo aquel brillo que adquieren sus ojos al pensar en su viejo amigo.

A punto de meterse en el lecho se vuelve sobre sus pasos y toma el espejo para mirarse de nuevo, mientras piensa en que tal vez Sara tenía razón cuando afirmaba que los espejos nos ayudaban a conocernos mejor.

Aquella noche, Urraca Alfonso, reina consorte de Pamplona, soñará con Álvaro Rodríguez de Castro.

Agradecimiento

Muy cerca del río Aller, un día del mes de mayo de 1167

—**A**na, acércate, por favor, necesito apoyo para poder levantarme. Visitaremos un momento, antes de irnos, el santuario de Nuestra Señora de Miravalles. Hay una imagen preciosa de la Virgen y muy maternal. A ella acudí en más de una ocasión para pedirle ayuda y me gustaría volver a verla.

—Doña Urraca, ¿no resultará peligroso?

—Nos acerca la carreta al santuario y, si alguien la ve, no sospechará nada. ¿Quién podría imaginarse que yo viaje en estas condiciones? —Mientras desandan el camino andado para volver a la carreta, Urraca le dice a su doncella—: ¿Sabes? Fue tu madre quien me acompañó en aquella ocasión. Recuerdo que después de pararnos unos minutos a mirar el discurrir del río, en este mismo sitio, nos fuimos directamente al santuario, mientras que parte de la comitiva que venía con nosotros se acercaba a la casa de Soto para comunicarles mi llegada. Tu madre intentó convencerme de que nosotras también deberíamos seguir nuestro camino con ellos.

La Virgen de Miravalles

Verano de 1147

—**C**omo vos mandéis, señora, ¿estará abierto el santuario? —pregunta Constanza, que camina a su lado.

—Espero que sí. De todas formas, merece la pena que nos acerquemos. Quiero encontrarme con la Virgen a solas. Ella apaciguará la angustia que siento y me dará lo que más me conviene.

—Cuánto me gustaría tener vuestra fe, doña Urraca.

—Mi fe es muy poco firme, pero es a lo único que puedo agarrarme. ¿Sabes, Constanza? Dejarlo todo en manos de Dios y que Él decida me da una gran paz.

—Perdonadme, doña Urraca, eso me suena a pura comodidad.

—Querida Constanza, es normal que pienses así y creo que estás equivocada. Mira, yo hago todo lo que está en mi mano, mas quien tiene la última palabra es Dios, y no sabes lo bueno que es y cómo ayuda aceptar lo que Él nos envía.

—Seguro que es así, mas yo no puedo comportarme de esa forma —comenta resignada Constanza—. ¡Ay, señora! Qué hermoso es este lugar.

—Sí que lo es.

—Tan verde y con tantos árboles. Hemos tenido suerte —exclama la doncella—, la puerta está abierta.

Urraca entra con recogimiento en la capilla. Aunque se cuele algo de luz por las pequeñas ventanas laterales, tiene que pestañear para que sus ojos se adapten a la penumbra interior. La oscuridad poco a poco se va diluyendo y puede comprobar que el recinto se encuentra vacío. Se arrodilla delante de la imagen de la Virgen, situada en un lateral del altar y comienza su diálogo silencioso con la madre de Dios.

No ha pasado ni media hora cuando entra Constanza corriendo y muy nerviosa le dice:

—Señora, se han acercado personas de todos los alrededores. Al ver a los criados que nos acompañan sospecharon que alguien importante había llegado y han acudido aquí para ver quién era. Les he dicho que sois vos, doña Urraca, reina de Pamplona, y se han puesto contentísimos. Afuera esperan para saludaros.

—Te vas a ahogar, respira. Tranquila. Ahora los veré. Ven, reza conmigo un Avemaría —le pide Urraca.

—Ya sabe que a mí eso no me va.

—Solo un Avemaría para pedir por tu preciosa hija —insiste Urraca.

—Señora, es que no sé —dice avergonzada Constanza.

—No te preocupes, yo te enseñaré.



—¿Te sirvo un poco más de limonada? —pregunta Gontrodo a su hija Urraca.

—No, gracias.

—¿Y dices que te has emocionado?

—La verdad es que sí. No eran más de veinte personas las que me vitoreaban tan enfervorecidas que me quedé con ellas un buen rato. Las conocéis a todas porque me hablaron de vos —dice Urraca.

—Os habrán pedido muchas cosas.

—Nada en absoluto. Solo querían agradecerme que me hubiera desplazado aquí, siendo reina. Me dijeron que se sentían muy orgullosos de mí. Y que era una pena que en Asturias no hubiera reyes. Les comenté que el emperador, mi padre, era también rey de Asturias. Ellos replicaron que era como si no existiera. Y no supe qué contestarles.

—Qué saben ellos. La mayoría son unos ignorantes.

A Urraca le sorprende el comentario de su madre, y no quiere replicarle nada, se limita a decir:

—La limonada está buenísima.

—Me alegro de que te guste. A doña Sancha le encanta. ¿Cómo se encuentra? Siento que no haya venido —dice Gontrodo.

—Tenía varios asuntos que despachar en Oviedo. Regresaremos juntas dentro de dos días.

—Yo que pensaba que te quedarías más tiempo —dice con pena su madre.

—Me encantaría, mas debo volver a Pamplona. Dentro de unas semanas se irá don Sancho a la guerra.

—¿Estás contenta, hija? ¿Te gusta tu nueva vida?

—No estoy mal.

Gontrodo no quiere preguntarle a qué se debe su visita. No cree en absoluto que se haya desplazado solo para verla. El hecho de que antes pasara por el santuario habla a las claras de que algo deseaba pedirle a la Virgen, pero si su hija prefiere no contarle nada, lo respetará. Piensa que si ella le habla de sus proyectos, tal vez Urraca se abra un poco.

—Lamento no ver a doña Sancha —repite Gontrodo—, porque necesitaba asimismo consultarle algo, aunque tal vez tú puedas ayudarme.

—Lo haré encantada —responde su hija que, con su amabilidad, sorprende a su madre.

—Verás, es que estoy pensando retirarme a un convento.

—¿Vais a profesar como monja? —pregunta sorprendida Urraca.

—No es necesario. Puedo vivir en comunidad sin convertirme en monja.

—Perdonadme, no tengo derecho a que me contestéis, pero ¿por qué queréis encerraros en un monasterio?

—Es muy sencillo, el mundo ya no me ofrece nada. Estoy sola y sin ninguna perspectiva de cambiar. Toda mi vida he estado rodeada de gente y aunque tengo criados me angustia no tener con quién hablar.

—¿Y deseáis conocer mi opinión?

—La decisión ya la he tomado. Se lo he consultado al emperador.

—¿Entonces?

—Lo que me gustaría es conocer la opinión de doña Sancha y la tuya también sobre qué sería más conveniente, si ingresar en un convento que ya exista o crear uno nuevo.

—No entiendo muy bien por qué dudáis entre una posibilidad y otra. ¿El fin no es el mismo?

—Sí, pero mi situación en el convento puede ser muy distinta.

—Ya entiendo, habiéndolo creado vos, sin ser abadesa, podéis ejercer como tal. ¿Qué os ha recomendado el emperador?

—Que funde. Él me ayudará con algunas donaciones.

Urraca no dice nada. Piensa que si su madre se siente sola en su casa y en el ambiente de siempre rodeada de criados, su soledad será la misma en el monasterio. En su interior, Urraca siente pena de aquella hermosa mujer en la que a pesar de que el tiempo ha deslucido sus facciones lo ha hecho con cierto mimo, porque sigue siendo guapa. Lo que más le impresiona es la expresión de tristeza de su madre. No parece la misma mujer que había visto en otras ocasiones. Su corazón siente pena, pero no amor. De todas formas desea ayudarla y, de manera espontánea, dice:

—¿Queréis pasar temporadas en Pamplona conmigo?

—¿De verdad estarías dispuesta a recibirme en la corte?

—Sois mi madre.

Gontrodo tiene que disimular su emoción. Por fin, Urraca la reconoce como madre. De buena gana se habría levantado para darle un abrazo.

—Gracias, Urraca, me hace muy feliz tu ofrecimiento —se limita a decir—, este es mi sitio, y en el convento creo que encontraré mi lugar para los años que Dios quiera que viva. Me alegro tanto de tu visita. Has venido en el momento que más lo necesitaba. Quiero darte algo que para mí tiene mucho significado.

Urraca, por primera vez en su vida, se siente tranquila al lado de su madre. La mira mientras esta saca de una especie de cofre una bolsita que abre dejando caer en su mano el contenido, que le acerca.

—Me gustaría que lo aceptaras. Lo tengo desde que era una niña. Es un trocito de azabache. Te protegerá del «mal de ojo» y de todo mal que te aceche. Dicen que

posee poderes mágicos —asegura Gontrodo.

—Es muy bonito. Aunque sé que no es piedra, lo parece —dice la reina, mientras lo examina—. Su brillo es intenso. Es increíble que sea un fósil de árbol.

—¿Sabes que Asturias es rica en azabache?

—No, no lo sabía. No os desprendáis de él —le pide Urraca—, que siga protegiéndoos.

—No, hija, quiero que lo tengas tú. Yo ya no lo necesito. En el convento estaré a salvo. Me lo regaló una hermana de mi madre que decían adivinaba el futuro.

—Yo también conozco a una mujer que posee poderes —dice Urraca, pensando en Sara.

—Hay que tener cuidado, porque algunas veces muchas de estas personas son impostoras y lo único que originan son problemas —afirma Gontrodo, que añade—: ¿No te apetece que demos un paseo antes de la cena?

—Por supuesto. Mañana, antes de marchar, me gustaría acercarme a Pelúgano. Quiero volver a disfrutar de su paisaje.

El regreso de la guerra

Pamplona, otoño de 1147

Urraca es incapaz de concentrarse en la labor que está haciendo. Esperan la llegada del rey y del ejército en cualquier momento. La guerra, un éxito. El objetivo, cumplido. Almería había sido conquistada. Muertos y heridos por doquier. Al ataque por mar de la flota genovesa se unió la fuerza de tierra que por medio de dos castillos o torres de madera dominaron las murallas de la ciudad.

Decían que las calles de Almería eran el vivo retrato de la desolación. Teñidas de rojo, con cadáveres a un lado y otro, escuchaban los gritos de desesperación y horror de sus habitantes. Urraca sabe que tanto su marido como don Sancho no han perdido la vida, aunque desconoce su estado. Hasta ella ha llegado el rumor de que muchos de los contendientes regresan a Pamplona heridos y teme por el estado de sus familiares.

El 17 de octubre de 1147, el ejército cristiano, liderado por el emperador Alfonso VII y formado por García Ramírez, rey de Pamplona, y el conde Ramón Berenguer de Barcelona (príncipe de Aragón), conjuntamente con los genoveses, acometieron el combate definitivo para tomar la deseada ciudad.

La iniciativa había partido de Génova que veía amenazado su comercio al ser atacados sus barcos por bajeles que encontraban abrigo en el puerto almeriense. Pronto se unieron a la operación los ejércitos de los reinos del emperador Alfonso VII y los de los reinos de Pamplona y Aragón. Aquella contienda estaba encuadrada dentro de la segunda cruzada. Como tal fue bendecida por el papa Eugenio III, ya que se trataba de liberar a Almería del poder del infiel.

Urraca, a pesar de saber y compartir la opinión generalizada en su tiempo de que la guerra es algo consustancial al ser humano y por lo tanto actividad cotidiana que debe ser recibida con alegría y festejada con cantos, y que morir en el campo de batalla es una honra, mientras que morir por enfermedad, una tristeza, piensa que a veces pueden existir otras fórmulas y recuerda lo que le contaba su tía doña Sancha. Se pregunta si ella sería capaz de seguir un comportamiento similar al de la emperatriz Berenguela.

El suceso se había producido hacía unos ocho años, en 1139. Encontrándose el emperador al frente de su ejército en pleno asedio del castillo de Oreja, fuerzas almorávides de distintas plazas acudieron en ayuda de los sitiados, tratando de poner trampas al ejército cristiano para acorralarlo. Al fracasar en su intento, decidieron cercar Toledo, pretendiendo que el emperador levantara el cerco, y nada más rodear la ciudad, se encontraron con que la esposa de Alfonso VII, Berenguela, les iba a

hacer frente de forma inesperada. La emperatriz, consciente del estado de indefensión en el que se encontraban, decidió ella misma asumir la responsabilidad y envió un mensajero con una carta en la que escribía: «¿No conocéis que es mengua de caballeros y capitanes esforzados acometer a una mujer indefensa cuando tan cerca os espera el emperador? Si queréis pelear, dirigíos a Oreja y allí podréis acreditar que sois valientes, como aquí dejar demostrado que sois hombres de honor si os retiráis».

Los musulmanes, leído el mensaje, levantaron el cerco y se fueron.

Si no conociera a la protagonista de aquella historia, a Urraca le costaría creer en la veracidad de la misma. Le resultaba sorprendente que los almorávides se fueran pacíficamente. A la emperatriz, con quien había hablado de este tema, también le había extrañado el repliegue enemigo, y le contó que, mientras el mensajero entregaba el mensaje a los sitiadores, ella había salido a la muralla rodeada de mujeres que tocaban instrumentos musicales, para darles a entender el ambiente y la realidad de la ciudad en aquellos momentos. Y había sido efectivo.

—Señora doña Urraca, antes de la hora de comer habrán llegado —dice Constanza desde la puerta.

—Gracias a Dios —exclama ella, que al mirar la cara de la doncella se alarma—. ¿Pasa algo, Constanza, a qué viene ese gesto?

—Yo, no sé si debo, bueno...

—¿Qué ha pasado? Dime lo que sea.

Constanza se frota las manos. Mira con detenimiento el delantal que lleva puesto y por fin levanta los ojos hacia su señora y dice con voz apenas audible:

—Creo que don Sancho está herido de gravedad, por ello vienen tan despacio.

—Prepara todo por si es necesario hacerle curas. Ya sabes, agua hirviendo, ropa limpia y todas esas plantas que se utilizan para las heridas.

—Ahora lo dispongo todo. ¿Mandáis algo más?

—No, Constanza, muchas gracias.

Urraca no sabe muy bien qué hacer. Puede seguir intentando bordar, aunque sabe que no conseguirá dar una puntada acertada. Pide a Dios que no sea en verdad muy grave el estado de don Sancho. Pobre chico, la primera vez que acude a la guerra... Su padre tiene que estar muy afectado —piensa—. De buena gana pediría un caballo y saldría a su encuentro, sabe que de nada serviría, solo para calmar su preocupación.



—Bebed conmigo. Ya podemos estar tranquilos. Don Sancho se encuentra fuera de peligro —dice García Ramírez.

—Alabado sea Dios —contesta Urraca.

—He temido lo peor. El viaje ha sido durísimo.

—Lo hirieron en el último momento, ¿verdad?

—Sí. Su comportamiento en la lucha fue admirable, mas la mala suerte hizo que cuando ya nos íbamos una flecha que no se sabe de dónde salió se clavó en su muslo. Fue extraída sin grandes complicaciones, pero el problema surgió al comprobar que la punta de la flecha estaba envenenada.

—La gran suerte fue que el médico le pudiera atender de inmediato, según me habéis contado —dice Urraca.

—Por supuesto. Y también su juventud y ganas de vivir. Y sobre todo la información que nos facilitó un joven castellano, muy aficionado a las palomas mensajeras.

Urraca pensó inmediatamente en don Álvaro, consciente de que habría muchos jóvenes aficionados a la colombofilia y se limitó a preguntar:

—¿El contraveneno a aplicar?

—Sí. Le habíamos dado a tomar triaca cuya aplicación es universal, y no surtía efecto. La fiebre cada día era más alta y sus molestias continuas. Hasta que el joven, amigo de don Sancho, consiguió el nombre de la planta que deberían mezclar.

—¿Qué planta es?

—No recuerdo su nombre.

—Decís que el joven castellano es amigo de don Sancho. ¿Ya se conocían?

—No, se hicieron amigos en el asedio. Mi memoria es malísima y no puedo deciros su nombre, pero creo que está al servicio directo del hijo del emperador, don Fernando.

Urraca tiene la certeza de que ha sido don Álvaro quien ha salvado la vida a don Sancho, y prefiere no mencionarlo.

—¿Y cómo pudo el joven conseguir la información? —pregunta simplemente.

—Parece ser que conocía a un viejo almorávide al que le unía la afición a las palomas. Y fue él quien le facilitó el remedio eficaz, que le aplicamos con toda prontitud.

—Pues sí que ha sido una suerte —afirma Urraca, pensativa.

Ella y el rey se encuentran solos en la sala que utilizan de comedor. El rey se ha preparado como si fuera a ir a una gran fiesta. Mientras que Urraca lleva un sencillo vestido en dos tonos de verde, un color que la favorece de forma especial. Su hermoso rostro enmarcado en sus negros cabellos, que también van cubiertos de una especie de redecilla verde, la hace aparecer como una preciosa figura de alabastro.

—¡Qué hermosa estáis, Urraca!, he pensado mucho en vos en estos meses.

—Gracias, ¿seguís prefiriendo que cenemos solos? Podríamos pedirle a Blanca que nos acompañe —apunta Urraca.

—No, mejor solos. Esta noche se me antoja cortísima ante los deseos que tengo de vos. Tomemos algo y vayámonos pronto a la habitación.

—Antes pasaremos a ver a don Sancho, ¿verdad? —pregunta Urraca

tímidamente.

—No. A don Sancho no le falta nada. Tiene personal suficiente que lo cuide. No os habréis encariñado demasiado con él en todo este tiempo, ¿verdad? —pregunta el rey medio en broma.

—Lo quiero como a un hermano —dice ella muy seria.

—No era mi intención ofenderos. Bebed un poco más, que os quiero alegre en la cama.

Urraca se sonroja y no dice nada; se limita a esbozar una media sonrisa. Ella pensaba que la primera noche al regresar de la guerra el cansancio de su marido sería tan grande que no tendría que acostarse con él, pero se da cuenta de su equivocación.

—Se me había olvidado lo maravilloso que es comer caliente. Esta sopa resucita a un muerto —comenta García, apurando el líquido del cuenco—. Ya me comentó don Sancho que cada día se come mejor desde que vos estáis aquí.

—Gracias, todo lo hace la cocinera.

—Por cierto, os he traído un regalo —dice, entregándole un pequeño envoltorio.

Ella lo desenvuelve y aparece una preciosa caja con incrustaciones de plata y algunas perlas.

—Es preciosa.

—Abridla —le pide su marido.

—Qué maravilla —exclama Urraca.

Dentro de la caja, un collar de esmeraldas esperaba ser rescatado para exhibir toda su belleza.

—¿Os gusta? Nada más verlo he pensado en vos. Permitidme que os lo ponga.

García Ramírez da un pequeño traspié al levantarse. El alcohol sin duda está haciendo su efecto. Se acerca a Urraca y, con la mayor delicadeza de la que es capaz, abrocha el collar en torno al cuello de su mujer y, sin poder contenerse, comienza a besar su espalda de forma apasionada.

Urraca, sobresaltada por aquellos besos húmedos y calientes que recorren su piel, intenta separarse pero las manos de su marido como despiadadas garras se apoderan de sus pechos acariciándolos con pasión.

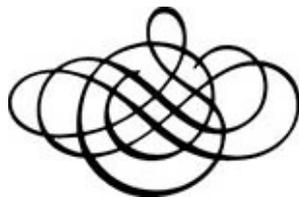
—Por favor —suplica ella.

—Ya os dije que esta noche será corta para todo lo que tengo que daros. Gozaré de vos todo el tiempo que pueda. —Y tomando la cara de Urraca la besa en la boca de forma prolongada.

Urraca cree morir ahogada por aquella lengua enorme que busca la suya, aquellos labios que aprisionan su boca, que la impiden respirar.

—Vámonos, señora —dice García jadeante—. No puedo esperar más. Soy capaz de penetraros aquí mismo.

A ella le habría gustado que el pasillo tuviera un recorrido de kilómetros hasta llegar a la habitación. Desgraciadamente, está muy cerca.



Urraca, dolorida y agotada, mira a su marido que yace a su lado. No es posible, piensa, que un hombre a su edad pueda tener aquel vigor. Ella no posee experiencia, aunque alcanzar tres veces el éxtasis en una noche... Era como si hubiera tomado algún bebedizo para estimular el apetito sexual. Claro que también la abstinencia, si es que la había tenido durante estos meses, podía influir.

«¿Podrá una mujer sentir lo mismo que los hombres al yacer juntos?», se pregunta Urraca, que inmediatamente recuerda lo que le dijo su madre: «Es posible que después de un tiempo sientas placer en yacer con tu marido». Ella no lo siente. Es menos desagradable que las primeras veces. Tiene que ser hermoso hacerlo con alguien a quien quieres... Mira a su lado al hombre que acaba de poseerla y no siente asco como la primera vez. No lo siente no porque se haya acostumbrado a que aquel hombre viejo la manosee, sino porque desea quedarse embarazada y no quiere que el ser que se engendre dentro de ella haya sido concebido con asco.

Vuelve a mirar a su marido que, de lo exhausto que se ha quedado, ni ronca. No puede evitar el imaginar a otra persona en su lugar. Un hombre joven como ella, un hombre de quien estuviera enamorada... No puede ni quiere ahogar un profundo suspiro que la hace soñar...



—Me ha dado muchos saludos para vos. Me dijo que os había conocido en Toledo —dice don Sancho, que se apresura a añadir—: Gracias a él estoy vivo.

—Me lo ha contado vuestro padre.

—Nos hicimos amigos desde el primer momento. Recuerdo que cuando lo vi llegar al campamento con aquellas jaulas llenas de palomas, me acerqué curioso. «Son mensajeras —me dijo—. Las he traído para tener informada a la corte de nuestra situación». Me pareció muy simpático y desde ese momento siempre que podíamos pasábamos ratos juntos.

—¿En el momento del asedio y ataque a la ciudad también ocupabais posiciones cercanas?

—No. Yo estaba situado muy cerca de los asturianos, que formaban parte del ejército del emperador.

—¿Era el conde Pedro Alfonso quien estaba al frente de los asturianos?

—Sí. Soy incapaz de ver su cara, pero así se llama. No podría olvidarlo por su

arrojo y valentía al frente de sus hombres —asegura don Sancho.

—Además, es hombre fiel y leal colaborador de mi padre, el emperador —apunta la reina.

—A mí me llamó la atención, porque a la hora de hacernos con el botín era uno de los que mostraba menos ansiedad.

—Almería es una ciudad rica, habría infinidad de cosas —dice ella.

—Efectivamente. Las joyas incautadas eran de gran valor. El botín fue muy importante. Los genoveses se han llevado hasta las puertas de las murallas. Aunque creo que una se la apropió el conde Berenguer transportándola a Barcelona.

Urraca y don Sancho se encuentran sentados muy cerca del brasero. Aún no han comenzado las nevadas y el frío es intenso.

—Doña Urraca, no os imagináis los deseos que tengo de salir a dar un paseo.

—Pronto podréis hacerlo.

—Esta mañana he salido al jardín y la verdad es que estoy muy débil. Me canso.

—¿Os duele la pierna?

—No, es la falta seguridad lo que me afecta. Me aburro un poco de tanta inactividad. ¿Sabéis qué me vendría bien? La compañía de un trovador.

—Ya sabéis, pedídselo a vuestro padre —dice ella medio en broma y con una sonrisa.

—Puede que fuese más eficaz si sois vos quien se lo sugiere. Por otro lado, estáis familiarizada con este tipo de artistas. Ahora, en Almería, he conocido al trovador Marcabré —cuenta don Sancho.

—Sí, es el cantor preferido de mi padre, el emperador. Solo lo he visto dos veces. Siempre en actos oficiales de la corte —asegura Urraca.

—Me han gustado sus composiciones, no exentas de cierta crítica hacia los franceses a los que califica de indolentes y poco amantes de la guerra, frente a la valentía del emperador y sus ejércitos en la toma de Almería.

—Yo prefiero a los juglares porque se limitan a cantar lo que otros han creado y se pueden elegir canciones aunque no sean de ellos.

—¿Y a cuáles preferís, a los de péñola o a los de boca?

—Me engañasteis al decirme que desconocíais todo de este mundo —exclama Urraca.

—Que en nuestra corte de Pamplona no tengamos trovadores ni juglares no quiere decir que ignore su existencia y realidad. La verdad —dice el joven en tono confidencial— es que uno de mis amigos, de los asiduos al Camino de Santiago, me ha hablado en profundidad de las llamadas «cortes de amor».

—Pues ya me tenéis que contar. Pero respondiendo a vuestra pregunta, me quedaré siempre con los instrumentos de cuerda. Por tanto, los juglares de péñola son mis preferidos.

—Vos tocáis el salterio, ¿verdad? —pregunta don Sancho.

—¿Y cómo lo sabéis? Nunca me habéis visto con él.

—Me lo ha dicho don Álvaro Rodríguez de Castro.

Ella se queda un tanto sorprendida e intenta recordar si en los días pasados en Toledo le había contado a don Álvaro algo sobre sus intereses musicales.

—Soy una simple aficionada. Solo me atrevo a tocar cuando nadie pueda escucharme.

—Una tarde tenéis que permitirme ese privilegio. Por cierto, no os he comentado que don Álvaro me ha prometido una visita. Espero que nos acompañéis.

—Si puedo, lo haré encantada.

—¿Cuándo regresa el rey? —pregunta don Sancho.

—La semana que viene. ¿Creéis que puede cambiar la política de pactos después de esta reunión con el conde Berenguer? ¿Seguirán luchando unidos frente a los árabes? —quiere saber Urraca.

—Eso es difícil de predecir. De momento, tanto mi padre como el conde Berenguer son vasallos de vuestro padre. Sois concedora de que los pactos se cambian de un momento para otro y las amistades y fidelidades de hoy se convierten mañana en odios y sublevaciones —aventura don Sancho.

—Vos sois inteligente —le dice ella—. Seréis un buen rey.

Intensivos cuidados

Tres meses después, marzo de 1148

—**P**odéis estar contenta, el embarazo es seguro —dice Constanza muy sonriente.

—Parece que sí. Mi cintura se ha ensanchado y tengo la sensación de que mi vientre comienza a crecer, aunque casi no se note. Y tú, Constanza, dime ¿por qué lo afirmas tan convencida?

—Vuestros ojos se ha oscurecido de forma asombrosa, y ello es síntoma de embarazo —asegura la doncella.

—También la prueba del ajo era segura.

En aquel tiempo uno de los sistemas utilizados para saber si una mujer se había quedado encinta era que a la hora de dormir colocara un ajo debajo de la almohada y si al despertar su aliento olía a ajo es que no estaba embarazada.

—Os aseguro que ha fallado con vos porque era muy pronto cuando la hicisteis.

—Da lo mismo. Lo importante es que vaya a tener un hijo —dice ilusionada Urraca.

—Tenéis que cuidaros mucho.

—Lo haré, con vuestra ayuda.

—Os daré masajes suavécitos en el vientre con unos ungüentos maravillosos que me enseñó Sara, ¿os acordáis de ella?

—La recuerdo muy bien y me gustaría volver a verla. ¿De qué están compuestos esos bálsamos?

—De incienso, espinacardo y almáciga.

—Estoy en tus manos, Constanza.

—Podéis estar segura de que os atenderé mejor que nadie. Se acabaron los paseos a caballo y las grandes caminatas. Daremos paseos cortos. Haréis reposo y ya sabéis que cuanto menos relaciones sexuales mejor. También me enteraré de las parteras que hay aquí en Pamplona, y si no nos convencen siempre podremos pedir que nos envíen a alguna de León —dice Constanza.

—Dentro de unos días, cuando esté totalmente segura de mi embarazo, se lo diré al rey y mandaré aviso a doña Sancha.

—Señora, será lo que Dios quiera, pero ¿os gustaría niña o niño?

—Creo que es menos dura la vida para los hombres y que siempre es mejor acogido el nacimiento de un varón, aunque, si soy sincera, me haría más ilusión una niña.

—¿Queréis que intentemos averiguar el sexo del bebé?

—No, mejor que no —contesta riendo Urraca.

Un Avemaría

Muy cerca del río Aller, un día del mes de mayo de 1167

La carreta se detiene a pocos metros de la capilla. Uno de los hombres que van al pescante se acerca a doña Urraca.

—Señora, perdonad —le dice—, si os vais a detener mucho, mejor será que me camufle en aquella parte del camino bajo los árboles. Si estáis poco tiempo, os espero, aun a riesgo de ser descubierto.

—No. Mejor os escondéis. Y os hacemos una seña. No creo que nadie nos vea y si lo hacen pasamos muy desapercibidos. No es como la otra vez. Ven, Ana, acompáñame.

Caminan a buen paso y en unos minutos están en la capilla. Doña Urraca se santigua con devoción. Ana también lo hace.

—¿Rezas conmigo un Avemaría a la Virgen? —propone doña Urraca.

—Como queráis.

La reina recuerda con amor a Constanza y le agrada mucho que haya enseñado a su hija las oraciones.

—¿Te gusta la imagen de la Virgen?

—Mucho, está dando de mamar al Niño, ¿verdad?

—Sí. Siempre me ha parecido hermoso amamantar a los hijos. ¿Sabes? Ni tú pudiste ser amamantada por tu madre, ni yo pude amamantar a mi bebé.

Embarazo

La noticia del embarazo de la reina Urraca de Pamplona es acogida con gran alegría en la corte. El rey, su marido, se muestra muy satisfecho y el poco tiempo que permanece en Pamplona procura no molestarla. Urraca se lo agradece. Está segura, aunque no le importe, de que García Ramírez ya tiene una nueva amante.

Su vida transcurre muy tranquila. Constanza no la deja ni un minuto sola. También unas cuantas damas destacadas de la corte acuden algunas tardes para hacerle compañía. Urraca agradece la deferencia que tienen con ella, a pesar de que en el fondo prefiera que no la visiten. No siente ninguna afinidad con ellas, le aburre su conversación y encima tiene la sensación de que lo único que les interesa es curiosear.

Menos mal que aquella tarde sus amables visitantes se han ido pronto. Estaba deseando quedarse sola. Quiere desahogarse con su doncella de la pena que le produce que su tía doña Sancha no pueda acudir a Pamplona ni ahora, ni cuando sea el parto. Su padre le ha enviado un precioso regalo para festejar la alegría por su embarazo, y de su madre, doña Gontrodo, no sabe nada.

—Ya sé que las noticias llegadas de León os entristecen, mas debéis pensar que la señora infanta se encuentra muy ocupada con los cambios que está realizando en León. Conocéis muy bien lo mucho que os quiere y seguro que ella también está sufriendo.

—Quiero pensar en la posibilidad de que cambie de idea y pueda venir, aún faltan meses para el parto.

—¿Os apetece que salgamos un ratito al jardín? La temperatura es agradable.

—Sí, siempre se agradece el aire puro. Constanza, hace mucho que no me hablas de tu niña.

—Está muy bien. ¡Ay, doña Urraca, qué buena sois permitiéndome que la traiga a vivir conmigo!

—Soy yo la agradecida, Constanza. Por venirme a Pamplona para seguir sirviéndome, te separaste de ella.

—Era mi deber, señora, yo no podía alimentarla, así que tenía que quedarse con mi amiga que la amamantaba. Claro que me dio pena la separación, pero me debía a vos. Y ahora que ya tiene más de cuatro años, se reunirá conmigo. Gracias, señora. Otra no se ocuparía de mí.

—Tampoco todas las doncellas son como tú, querida Constanza.

—No sabéis cómo me alegra veros sonreír, señora. Y sabéis qué os digo, que no os preocupéis. Si doña Sancha no puede venir antes del parto, lo hará después y juntas disfrutaréis y os reiréis con el bebé.

—Cómo no quererte, Constanza, siempre me estás animando.

—Pues ya veréis esta noche con el baño de malvas que os tengo preparado —dice

la doncella riendo.



Desde que doña Sancha conoció la noticia del embarazo de su sobrina, ni un solo día deja de rezar por ella. Ruega a la Santísima Virgen para que la ayude en tal difícil trance, para que el parto no presente problemas. Quiere mucho a Urraca y no desea verla pasar por aquel trance. Se alegra por ella, porque es lo que quería, mas no se desplazará a Pamplona. Sabe que la suya es una postura cómoda. No quiere sufrir y piensa que no puede ayudar en nada. En el fondo de su corazón es consciente de que su presencia sí sería importante para su sobrina. No debe darle más vueltas al tema — se dice— ya ha enviado un correo donde se disculpa por las muchas ocupaciones que exigen su presencia en León.

Aquella tarde doña Sancha no puede quitarse a su sobrina del pensamiento. Intenta ocuparse de los asuntos pendientes y como algo recurrente ve su rostro al que adora. ¿Tendrá el valor de no acudir a abrazarla ahora que aquella niña a la que cuidó se va a convertir en madre? Dios no lo quiera, pero ¿y si Urraca muere en el parto? Solo al contemplar esa posibilidad, siente que la emoción amenaza con ahogarla. «Me estoy haciendo vieja —piensa—. Que la vida siga su curso. Siempre he sido persona fuerte y lo sigo siendo. Debo dejar a un lado los sentimientos y seguir desempeñando mis ocupaciones».

Se encuentra sentada en un sillón con unos pergaminos en su regazo. Muy cerca, su mayordomo organiza documentos.

—Nicolás —llama la infanta—. ¿Han llegado noticias de las monjas?

—No, señora, aunque espero que esta tarde abandonen San Isidoro.

—Lo harán. No creo que se atrevan a desobedecer una decisión tomada en Cortes —dice enfadada doña Sancha.

—Conozco vuestra fuerza e inteligencia, y fue magistral la forma en que convencisteis en el transcurso de las Cortes de Palencia a vuestro hermano, el emperador, a los obispos y otros cargos del reino de la conveniencia del intercambio entre la comunidad religiosa benedictina de monjas que habita San Isidoro, con la de los canónicos agustinos del monasterio de Carbajal de la Legua. Permitidme que, con todo el respeto, os recomiende un poco de paciencia. Pensad, señora, que las monjas benedictinas llevan muchos años viviendo en San Isidoro —dice el mayordomo.

—Si lo sabré yo. Pero deben irse.

Las monjas benedictinas se habían establecido en el monasterio de San Pelayo de León en la segunda mitad del siglo X. Monasterio dedicado a este santo porque en él estuvieron sepultados durante un tiempo los restos de San Pelayo hasta que fueron

trasladados a Oviedo.

Ubicado al lado del Panteón de los Reyes, el monasterio de San Juan Bautista fue la sede las infantas dueñas del Infantado y hubo un momento en el que se unió a San Isidoro.

—Doña Sancha, sé que la comunidad benedictina estuvo al frente desde un principio de San Pelayo, ¿cuándo se hicieron cargo de San Isidoro, del Panteón de los Reyes?

—Fue al poco de llegar el cuerpo de San Isidoro de Sevilla a León. Se dice que el caballo que transportaba sus restos, de forma milagrosa, se dirigió hacia la iglesia de San Juan Bautista. Y es en ese lugar donde, una vez derribada la antigua iglesia, se levantó la basílica de San Isidoro y el Panteón de los Reyes. Al estar ambos edificios contiguos, la misma congregación se hizo cargo de los dos.

—Muchas veces me he preguntado la razón por la que San Isidoro, que fue arzobispo de Sevilla, esté enterrado en León.

—Os lo contaré encantada, porque me he documentado muy recientemente —asegura doña Sancha—. Fueron mis bisabuelos los reyes Sancha y Fernando quienes supieron y consiguieron elevar el reino de León hasta convertirlo en el más importante de la península, dirigiendo la política del resto de reinos cristianos y también de los musulmanes que acudían a tributarles parias. En un momento dado, los reyes de León, concedores de la situación de inestabilidad política que se vivía en el sur —casi todo los reinos de taifas les pagaban tributos—, exigieron al rey moro de Sevilla, Al-Mutadid, que les entregara como parte del tributo los restos de los cuerpos de las mártires Justa y Rufina, a lo que el moro de no muy buena gana aceptó. Al llegar la comisión a Sevilla se encontró con que nadie en la ciudad conocía el lugar donde se encontraban enterradas. Después de varios días de búsqueda infructuosa, y ya en la que iba a ser la última noche en Sevilla, uno de los dos obispos que dirigían la comitiva, el de León, Alvito, tuvo un sueño en el que San Isidoro le revelaba el lugar donde lo habían enterrado a él.

—¿Y qué hicieron?

—Excavar en el lugar visto en sueños y allí encontraron el cuerpo de San Isidoro. Toda la delegación manifestó su alegría, menos el obispo Alvito. El otro obispo en el grupo que era el de Astorga, Ordoño, se acercó y de forma discreta le preguntó el porqué de su tristeza. Alvito le contó entonces que San Isidoro también le había dicho que él moriría en pocos días como consecuencia de una corta enfermedad.

—Qué historia tan increíble —exclamó el mayordomo—. ¿Se murió el obispo?

—Sí. Al poco de iniciar el viaje de regreso se indispuso, y muy pronto falleció.

—Seguro que fue una casualidad —comenta el mayordomo.

—Es posible. No obstante, sucedieron muchas más cosas extrañas en el viaje con los restos de San Isidoro a León.

—Contadme, por favor.

—La más conocida es una que se refiere a que al comenzar una jornada el grupo

de leoneses se vieron sorprendidos por un ejército de moros con intención de atacarlos. Cuentan que de pronto los moros sufrieron de desmemoria y que a la vista del caballo que portaba los restos del santo no sabían qué iban a hacer y se dieron la vuelta.

—Perdonadme, señora, ciertamente cuesta creerlo —dice muy serio el sirviente.

—Aún no he terminado la historia. Al alejarse los moros, de pronto recordaron a qué habían ido, y al intentar atacar la comitiva, se vieron privados de la visión. Además —añade doña Sancha—, al paso del cortejo con los restos de San Isidoro, en muchos lugares ya cercanos a León comenzaba a llover con gran intensidad. Las gentes devotas atribuyeron al arzobispo el milagro de la lluvia que ponía fin a la pertinaz sequía.

—Verdaderamente asombroso —exclama el mayordomo.

—En efecto, y lo cierto es que, conociendo toda la historia, es más fácil comprender que mis bisabuelos, los reyes doña Sancha y don Fernando, mandaran levantar la nueva basílica y decidieran crear a partir del lugar, debajo de la basílica, donde ya existían unos enterramientos de reyes leoneses, el panteón real en el que ellos serían enterrados. Y en el que los restos del arzobispo de Sevilla ocupan un lugar preferente. Desde entonces hemos venido enriqueciendo el recinto con importantes donaciones. Lo hizo mi tía abuela, Urraca, señora de Zamora. Su hermana Elvira, señora de Toro, y mi madre, la reina doña Urraca. Las tres están ahí enterradas.

—Y ahora sois vos la que, desde hace años, se está ocupando de engrandecer y embellecer el lugar.

—Esa es mi obligación como dueña del Infantado. Es lo que han hecho mis predecesoras que siempre se han sentido vinculadas al monasterio. Esa es la explicación de que nuestro palacio se encuentre prácticamente anexo a las dependencias conventuales de San Isidoro.

—Muchas gracias, señora, por haberme contado esta historia que tanto me ha interesado.

El mayordomo no mentía, leyenda o realidad, aquella historia le parecía en algunos aspectos increíble y se había alegrado de conocerla por varias razones, sobre todo por una que le interesaba de forma especial. Él apreciaba mucho a la infanta y cuando le oyó decir y reivindicar que el cambio de congregación de monjas a frailes debía hacerse porque el arzobispo San Isidoro se le había presentado una noche para pedírselo, creyó desde un principio que doña Sancha confundía el sueño con la realidad. Ahora, después de escuchar todas las leyendas en torno a los portentos que el arzobispo había hecho, estaba seguro de que estas habían influido en el ánimo de la infanta, que, de forma consciente, seguía utilizando la fama en la que aparecía envuelta la figura de Isidoro de Sevilla.

—Nicolás, quiero que estés muy atento a la salida de las monjas. Tenemos que hacer arreglos antes de que lleguen los frailes.

—Estad tranquila, yo me ocupo de todo —dice el mayordomo, solícito.

—Por cierto, ya le he dicho a mi sobrina, la reina doña Urraca, que no podría visitarla, pero, por si cambiase de idea, ¿cuánto tardaríamos en un viaje rápido?

—No puedo contestaros ahora. Inmediatamente me informo y os lo digo.

—No es urgente. El viaje sería para dentro de unos meses.

Ansiada visita

Verano de 1148

—**S**í que me gustaría volver a verlo, aunque en este estado en el que me encuentro no estoy presentable.

—Exageráis, señora. Es normal vuestro aspecto, teniendo en cuenta lo adelantado del embarazo. Antes de un mes daréis a luz —le dice Constanza.

—Y no sabes cómo lo estoy deseando. Me encuentro pesadísima y con el calor que hace...

—Os he traído limonada.

—Gracias —dice Urraca—. Cuéntame cómo lo has visto y qué te ha contado.

—Es un hombre guapo. Ya lo era cuando lo vimos en Toledo, ahora me gusta más —asegura Constanza, que añade—: Me conoció nada más verme y me preguntó por vos.

—¿Estuviste sola con él?

—No, estaba delante don Sancho, el rey aún no había llegado. Don Sancho le comentó cuánto sentíais no poder asistir a la comida. Don Álvaro respondió que habría sido un placer saludaros y que lo lamentaba de verdad.

Don Álvaro Rodríguez de Castro, aprovechando un viaje a Burgos, se había acercado a Pamplona para saludar a su amigo don Sancho. En su honor organizaron una comida a la que la reina doña Urraca no asistió argumentando que, debido a su estado, no se encontraba bien.

—También yo siento no saludarle, cuando, además, necesitaba hablar con él de algunos temas, mas no podía permitir que me viera con este aspecto.

—Estáis hermosa, señora, un poquita gruesa y nada más.

—¿Sabes si se queda a pasar la noche aquí?

—Se irá justo después de comer.

Urraca, con gran pesar, había decidido no acudir a la comida, no solo porque don Álvaro no la viera, sino porque tendría que hablar con él siempre en presencia de su marido o de don Sancho.

—Doña Urraca, don Álvaro le ha traído a don Sancho unas palomas mensajeras.

—Esa es una hermosa afición que permite mantener los lazos de amistad a pesar de la distancia —observa la reina, un tanto melancólica.

—Señora —continúa la doncella—, estoy pensando que si queréis verlo, podéis mandarle aviso para que pase a saludaros antes de irse.

—No, está bien así. Si el destino quiere que volvamos a vernos, será en otro

momento.

—Como queráis. Si no disponéis nada más...

—No, gracias, Constanza, puedes retirarte.

Urraca, al quedarse sola, se levanta con dificultad del sillón y comienza a dar cortos paseos para desentumecer las piernas. En realidad, no la une nada a don Álvaro, solo es un recuerdo embellecido por la pátina del tiempo. Mejor dejarlo así. Ella dentro de poco se convertirá en madre. Es consciente de que su vida y la del recién nacido corren peligro. Su fe en la Virgen de Miravalles la protegerá. Cuando piensa en ella y le reza se siente segura. Y presiente que podrá cumplir la promesa que le hizo a la Virgen: algún día llevará a su hijo o hija a conocer la preciosa tierra asturiana y visitarán el santuario de Miravalles.

La evocación del santuario la lleva a pensar en su madre. La tardanza de la contestación después de haberle comunicado el embarazo había quedado plenamente justificada. Una enfermedad había mantenido postrada a doña Gontrodo durante varias semanas. Así se lo comunicaba por medio de un mensaje, en el que manifestaba su alegría y sentía no poder acompañarla en el momento del parto, dado el estado de debilidad en el que la había dejado su mal.

Urraca se da cuenta de que estará sola en el parto. Algo que no entraña ninguna novedad, porque sola ha estado siempre. «En realidad —se dice—, yo soy la que tengo que parir. Nadie lo puede hacer por mí. Las parteras se ocuparán de que el parto salga bien y Constanza supervisará todo. No necesito a nadie más».

La joven reina intenta convencerse a sí misma, aunque sabe lo importante que sería que su querida tía doña Sancha estuviera a su lado brindándole su apoyo y cariño.



—Querida Constanza, creo que hoy nacerá el ser que llevo dentro de mí y al que estoy deseando ver el rostro.

Nada más decir esto, Urraca piensa en la posibilidad de que el hijo que va a tener se parezca a su marido y percibe una especie de escalofrío. «Por favor, Dios mío —dice mentalmente—, no me importa que no se parezca a mí, no me importa que sea feo, pero a mi marido no, por favor. Sé que soy injusta porque es su padre. Quiero que mi hijo sea solo mío, que nunca me recuerde al hombre con el que lo engendré».

—¿Tenéis contracciones? —pregunta Constanza.

—Aún no. Sin embargo, algo en mi ánimo me dice que será hoy. Mira qué mañana tan hermosa. Qué bien que ya no hace tanto calor. Constanza, ¿crees que tendré fuerza para resistir el dolor? —pregunta temerosa la joven.

—Seguro. Sois primeriza y siempre cuesta más. A veces los pronósticos no se cumplen. Yo, por ejemplo, y no lo digo por animaros, no lo pasé muy mal —asegura la fiel doncella.

Se encuentran en el jardín y hasta ellas llega un fuerte piafar de caballos y murmullos de voces.

—¿Quién podrá ser? El rey no regresa hasta finales de semana y don Sancho se encuentra en palacio —comenta Urraca.

—Voy a enterarme y ahora os cuento —dice Constanza.

—Antes de irte ayúdame a levantarme, que quiero andar un poco.

No habían pasado ni cinco minutos cuando Constanza regresa corriendo con cara de felicidad.

—¡Ay, señora! —exclama—. Qué contenta os vais a poner cuando sepáis quién ha llegado

Urraca no se imagina quién puede ser. De pronto se da cuenta de que solo la presencia de una persona puede hacerla feliz. Qué pena, ¿cómo es posible que controle de esa forma su afecto? En aquellos momentos, la presencia de su madre, de sus hermanos de padre (a los otros apenas los conoce), no le agradaría mucho. Constanza la conoce muy bien, así que solo puede tratarse de su tía, la infanta doña Sancha.

—Querida Urraca, qué bien, he llegado a tiempo —dice doña Sancha, acercándose a ella.

—Gracias, Dios mío —exclama Urraca—. Qué alegría teneros aquí. Ahora sí que seré fuerte —dice, abrazándose a su tía.

—¿Cómo te encuentras, querida niña?

—A punto de parir, estoy bien. Y ahora, después de veros, mucho mejor.

Doña Sancha sabe que su sobrina es sincera y viendo lo necesitada que está de afecto, se alegra de haber decidido visitarla. Hubo un tiempo en el que a ella le sucedía lo mismo, aunque ya se ha acostumbrado.

—¿Quieres seguir paseando o prefieres que nos sentemos? —pregunta doña Sancha.

—Me da lo mismo —responde su sobrina.

—Pues paseemos. Solo podré quedarme dos días —dice la infanta.

—Aunque os fuerais dentro de media hora, vuestra presencia es muy importante para mí y me hace muy feliz —asegura Urraca—. Y teniendo en cuenta lo muy ocupada que estáis, os lo agradezco especialmente.

—Lo más complicado ha sido el traslado de las monjas a Carbajal, donde por fin ya se encuentran perfectamente instaladas. Pero cuéntame, ¿qué te dice la partera?

—Cree que tardaré tres o cuatro días. A mí me parece que puede ser hoy. Esa es la sensación que tengo desde que me levanté esta mañana. Llevo varios días bañándome con malvas, manzanilla y malvavisco. Después, Constanza me unta con aceite de almendras dulces y grasa de gallina.

—Eso se suele hacer cuando el momento del parto es inminente —apunta doña Sancha.

—Sí, Constanza dice que ella se lo aplicó desde los quince días anteriores y está segura de que influyó en el parto.

—A decir verdad, poco importa porque daño no te hace. ¿Te asistirá una sola partera?

—No, me parece que serán tres. La que me ve con frecuencia y una amiga con la que siempre trabaja y otra que llega esta mañana de Aragón. El rey se ha empeñado en que viniera porque dicen que es muy buena.

Era frecuente en los partos, y sobre todo si quien paría era una reina, que fueran atendidas por varias parteras para tratar de evitar las complicaciones que pudieran presentarse. A estas mujeres se les suponían conocimientos de medicina, magia y religión. Las parteras disponían de una bula del obispo en la que se les autorizaba a bautizar al recién nacido si es que estaba en peligro de morir.

—¿Está contento el rey de volver a tener un hijo?

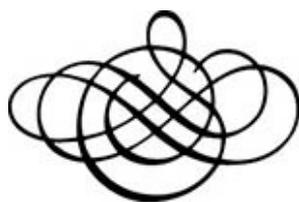
—Pienso que sí. Me trata con mucha delicadeza y quiere que me cuide para que todo salga bien y su hijo nazca sano y hermoso. ¿Os acordáis de la amatista que me regalasteis?

—Sí.

—La llevo siempre conmigo y quiero tenerla cerca en el momento del parto. También el azabache que me regaló mi madre. Por cierto, ¿tenéis noticias de ella?

—Ya está mucho mejor y sigue con la idea de fundar. No sabía, querida Urraca, que fueras supersticiosa, así que piedras para defenderte del dolor...

—Como vos decís, daño no me van a hacer, y si me ayudan, perfecto —se ríe Urraca.



—Veo que tu apetito es excelente —comenta doña Sancha.

—Demasiado, diría yo. Estos últimos meses he tenido que controlarme. Constanza me cuida muy bien. Siempre está pendiente de mí —asegura la reina.

—Lo sé.

—¿Cómo se encuentra el emperador? —pregunta Urraca.

—Tu padre goza de buena salud y su estado de ánimo, después de lo de Almería, es excelente.

—Cuánto me alegro.

—Tú le darás el primer nieto. ¿Ya has pensado en el nombre que le pondrás si es varón?

—No, será el rey quien lo decida. Si es niña, el nombre lo elijo yo.

—¿Y cómo la llamarás?

—Sancha, como vos, querida tía —dice, cariñosa.

—Muchas gracias, Urraca, sigue así, nunca escondas tu afecto.

Se sorprende del consejo que le da su tía y por ello reacciona preguntándole:

—¿Lo habéis escondido vos?

—Sí, querida, y en más de una ocasión. Hoy en día todavía sufro por algunas omisiones de afecto. He negado, a veces de forma inconsciente, el consuelo de mi amistad a personas que lo necesitaban sin darme cuenta de que ya no tendría oportunidad de reparar mi error y ese es mi dolor.

Están cenando solas, y, a pesar de que no hace frío, han mandado encender la chimenea. Urraca sabe que a su tía le gusta perder su mirada en las esbeltas y caprichosas llamas. Tiene la sensación de que el fuego ejerce sobre ella un poder sedante que le hace bien. Se han quedado en silencio. La joven no se atreve a seguir preguntando. La pena que asoma a los ojos de su tía la detiene y espera que sea ella quien tome la iniciativa en la conversación. Pero permanece callada, con la mirada perdida. Cuando Urraca está decidida a romper el mutismo en el que se encuentran, la infanta comienza a hablar.

—¡Ay, querida sobrina, he renunciado a tantos afectos, y siempre lo he hecho por conseguir otras cosas! De ahí que mi postura haya sido totalmente egoísta. Verás, querida, he rechazado la posibilidad de un matrimonio y de unos hijos, por el ejemplo de mi madre. Me aterraba encontrarme en una situación similar, y yo no estaba destinada a reinar, con lo cual mi descendencia importaba más bien poco. Pero también he renunciado a una vida «normal» porque deseaba ser mujer poderosa por mí misma y dada mi situación podía conseguirlo convirtiéndome en *domina* del Infantado, como así ha sido.

—¿Os habéis arrepentido?

—No. Aunque es verdad que echo en falta algunos afectos, mas el matrimonio no es garantía para conseguirlos...

—¿Conocéis el amor?

—He estado enamorada más de una vez.

La respuesta de doña Sancha sorprende a Urraca que exclama:

—Entonces, ¿por qué no os habéis casado?

—Tal vez porque las personas de las que me enamoré estaban casadas o simplemente no se fijaron en mí. Y también porque nunca he deseado tener vida íntima con un hombre.

—Pues estando enamorada tiene que ser maravilloso —dice Urraca—. Para mí, desgraciadamente, no es ningún placer. Constanza me ha dicho que conseguir gozar con la persona a la que amas es la experiencia más feliz de la vida.

—Es posible que tenga razón, e igualmente es verdad que el cuerpo reacciona ante otro tipo de estímulos y proporciona satisfacciones placenteras sin tener que

recurrir a los hombres. —Urraca no entiende muy bien a qué se refiere y no desea preguntar. Su tía sigue hablando—: ¿Sabes, Urraca? Una de mis mayores frustraciones es la de no haber podido ir a Tierra Santa, he deseado tanto conocer el lugar donde nació el Hijo de Dios.

—Aún podréis cumplir vuestros deseos —dice su sobrina.

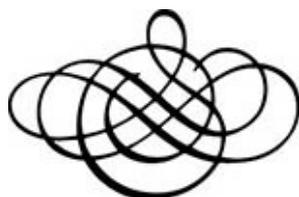
—No, querida, mi edad ya me lo impide. La verdad es que me ha faltado valor para acometer semejante aventura. Sin embargo, hace siglos hubo una monja, Egeria, creo que se llamaba, que sí se atrevió a visitar los santos lugares.

—Me han dicho que en la última cruzada acompañaba al rey de Francia su esposa, Leonor de Aquitania.

—También yo hubiese aprovechado si participara alguno de los reyes de Hispania, pero la lucha con los infieles nosotros la tenemos aquí. Por cierto, no te he preguntado por don Sancho, me imagino que se habrá recuperado totalmente.

—Sí, gracias a Dios, no le han quedado secuelas, aunque estuvo varios meses con problemas en la pierna.

—Creo que debemos retirarnos. No te hagas la fuerte dándome conversación, cuando ya deberías estar acostada. El cansancio asoma a tu rostro. Me gusta mucho hablar contigo, querida sobrina, mañana seguiremos. Buenas noches.



No es consciente de si está soñando o si aquel revuelo de voces es real. Permanece unos segundos con cierta confusión hasta que unos fuertes golpes en la puerta despiertan a doña Sancha.

—Perdón, señora, me piden que os avise. La reina doña Urraca se ha puesto de parto.

Hubiese preferido no estar allí. No soporta el sufrimiento en las personas que quiere. Y los partos despiertan en ella recuerdos muy dolorosos. Debe sobreponerse y acudir a ver a su sobrina. No quiere que la ayuden a vestirse y sale con la mayor celeridad posible.

En el salón contiguo, antesala de donde se producirá el parto, ya se encuentra el rey, García Ramírez, que la saluda muy efusivo.

—Me alegra mucho que hayáis podido venir. Yo he llegado hace una hora. He adelantado el viaje. Es como si Urraca me enviase un mensaje para comunicarme que se ponía de parto —dice muy ufano—, porque no pensaba venir hasta dentro de dos días.

Doña Sancha corresponde al saludo que también extiende a don Sancho y a otros dos personajes a los que no conoce, mientras se dirige a ver a doña Urraca. Solo ella

como mujer puede pasar al lugar en el que se producirá el nacimiento. A los hombres se les prohíbe la entrada. Únicamente se permite el acceso a un hombre en el caso de alumbramiento real para que dé fe por si nace un varón, posible heredero. Como en este caso el heredero ya existe, nadie más que las féminas presenciarán el parto de la joven reina.

La infanta entra con cierta prevención, temerosa del aspecto que su sobrina pueda presentar en aquellos momentos y el efecto que en ella pueda causar. Urraca aparece tranquila, con expresión de dolor en su cara, pero con una dignidad que a doña Sancha sorprende. Todas las parturientas que ha visto hacen grandes aspavientos y gesticulan sin ningún recato tratando de aliviar el dolor. Pero la reina permanece en silencio. Se ve cómo se contrae por el sufrimiento, aunque de su garganta no sale ni un solo quejido.

Cuando ve a su tía, intenta sonreír y alarga la mano para que doña Sancha la tome entre las suyas.

—Mi pequeña, nunca pensé que fueras tan valiente —dice la infanta, mirándola con amor.

—No lo soy. Tengo miedo y no hago más que rezar. Emplearé todas mis fuerzas. No imaginaba que los dolores fueran tan fuertes.

No ha terminado de hablar cuando una nueva contracción sacude su cuerpo. Constanza, atenta, acude a darle ánimo.

—Doña Urraca, antes de que amanezca habrá tenido al bebé. Solo unos cuantos dolores más, y todo habrá terminado —dice la fiel sirvienta, que ante la mirada inquisitiva de doña Sancha, explica—: Lo ha dicho la comadrona que ha venido de Aragón, y las otras dos están de acuerdo. El bebé se encuentra muy bajo y, según ellas, doña Urraca no parece primeriza.

—Será gracias a todos esos cuidados que le vienes practicando desde hace meses —dice doña Sancha con una sonrisa.

—Podéis estar segura, señora.

Doña Sancha se acerca a su sobrina para darle un beso en su sudorosa frente.

—No te importa que me vaya, ¿verdad? Esperaré fuera. Estás muy bien atendida y yo no soy más que un estorbo. Nunca he visto parir y no sé cómo reaccionaría.

A Urraca le habría gustado que se quedara a su lado agarrándole la mano, aunque la entiende muy bien.

—Estad tranquila y pedidle a Dios por el bebé y por mí para que todo salga bien.



El llanto del recién nacido suena en sus oídos como música celestial. Se siente

extenuada. Oye la voz de Constanza lejana, muy lejana...

—Descansad, señora, todo ha salido bien.

Quiere preguntar si es niño o niña y no puede, es incapaz. Tiene la sensación de estar en una nube, que la va engullendo poco a poco...

Las parteras se mueven con precisión por la sala. Una se ocupa del bebé, de bañarlo y vendarlo adecuadamente. Las otras atienden a la madre que, exhausta, permanece semiinconsciente.

—Es cierto que ha perdido mucha sangre, pero no debemos preocuparnos, su estado es bueno y pronto se recuperará —afirma una de las comadronas.

—¿Ha llegado el ama de cría? —pregunta otra.

—Desde esta tarde ya vive en palacio. Habrá que avisarla. De todas formas, tenemos un cuerno de mamar preparado —asegura Constanza.

El llamado «cuerno de mamar» se había inventado en el siglo IX y desde entonces se utilizaba en casos de emergencia. Se trataba de un cuerno de vaca bien pulido, con un agujero al final y rematado con cuero que hacía de tetilla para que el recién nacido pudiera chupar.

—Es preferible que llegue el ama de cría —comenta una comadrona.

—Ya está aquí —dice aliviada Constanza.

La mujer que acaba de entrar es una muchacha de unos veinte años. De complexión fuerte y aspecto saludable. Hace dos meses que ha tenido un hijo y ella será la encargada de ocuparse del bebé hasta los tres o cinco años.



Le cuesta abrir los ojos, los párpados se han vuelto pesados, muy pesados... y se siente tan bien, con tanta paz encerrada en su interior, que no quiere responder... la voz de Constanza insiste:

—Señora doña Urraca, mire qué belleza. Abra los ojos, despierte, por favor. Su hija es preciosa.

Al escuchar «su hija», toma conciencia del momento que está viviendo y con gran esfuerzo intenta reaccionar. Su doncella, sonriente, coloca a su lado en el lecho a la niña.

—Es vuestra hija, doña Urraca.

—Gracias, Dios mío —exclama emocionada mientras la abraza.

—Ya ha tomado su primera comida y parece, según el ama de cría, que no dará problemas, porque su apetito resulta evidente.

—¿Habréis tenido buen cuidado al fajarla? —pregunta nerviosa Urraca.

—Por supuesto. Después del baño con pétalos de rosa y miel, la hemos envuelto

en el lienzo, bien apretado para evitar la deformación y también hemos vendado sus brazos.

Urraca teme, porque es consciente de que algunas veces los malos fajamientos pueden ser la causa de determinados problemas, no solo de pequeñas deformaciones, sino también de enfermedades.

—¿No podré alimentarla yo? —pregunta Urraca, sospechando la respuesta.

—Creo que no, señora. Sois muy joven y vuestros pechos no son suficientes. Lo mismo me pasó a mí —cuenta Constanza—. No por edad, que ya pasaba de los veinticinco, sino por debilidad.

—Es una pena —se lamenta la reina.

—No tanto, señora, la niña permanecerá en palacio y podréis estar con ella todo lo que queráis. Ha venido el rey a veros, pero como estabais dormida, nos ha pedido que le avisemos. ¿Mando hacerlo ahora o espero un poquito?

—Mejor esperamos. ¿Se ha disgustado al ver que era una niña?

—Mucha alegría no ha demostrado, pero no ha dicho nada.

Urraca se queda callada y acerca a la niña a su pecho abrazándola con amor muy cerca de su corazón, a la vez que le dice interiormente: «Yo te cuidaré, mi amor, eres mía y solo mía. Ya no estaré sola y tendré de quien ocuparme». Mira la carita de la pequeña y no le encuentra parecido con nadie. Aún no ha visto el color de sus ojos porque está dormida, aunque sabe que este suele cambiar según va pasando el tiempo.

De repente, Urraca, en aquellos momentos tan felices, siente que una gran melancolía la invade al pensar que, dentro de un tiempo no muy lejano, aquella niña tendrá una vida independiente de la suya y se alejará de ella. Así son las normas de conducta, se dice.

No quiere enturbiar su alegría con aquellas reflexiones, nacidas de su exceso de proteccionismo hacia aquel ser indefenso que sostiene en sus brazos, y piensa que si bien es verdad que debemos de afrontar nuestras vidas solos, el afecto y el cariño de los seres amados hace más llevaderas las distintas situaciones y problemas a los que hayamos de enfrentarnos. Su hija, haga lo que haga, siempre contará con su apoyo y amor.

Un ejemplo a seguir

Muy cerca del río Aller, un día del mes de mayo de 1167

En su diálogo íntimo con la Virgen, Urraca repasa algunos pasajes de su vida. No se ha portado mal con la Iglesia, con los monasterios. Los ha tenido siempre presentes a la hora de hacer donaciones. Ha seguido siempre el ejemplo de su tía doña Sancha. Le hubiese gustado tanto parecerse a ella.

No conoce en detalle lo que han hecho otras dueñas del Infantado anteriores a su tía, aunque está convencida de que ninguna la superó en generosidad y eficacia.

Un año de intrigas y donaciones

1149

El 5 de marzo de 1149 fue un día muy especial para la infanta-reina doña Sancha Raimúndez, al llevarse a efecto la solemne consagración de la iglesia de San Isidoro de León. De esa forma, finalizaba el gran proyecto eclesiástico en el que ella venía trabajando desde hacía años. A la ceremonia de consagración habían asistido el emperador y sus dos hijos don Sancho y don Fernando. Alfonso VII había enviudado de la emperatriz Berenguela hacía solo un mes.

Doña Urraca no había podido asistir al entierro de la emperatriz y tampoco a la consagración de San Isidoro que, según le habían contado, fue solemnísimas. Desde que doña Sancha había decidido cambiar la comunidad religiosa de monjas por la de canónigos regulares de San Agustín, las reformas realizadas habían sido notables.

Todas las *dominas* del Infantado se habían volcado con la iglesia de San Isidoro y de forma muy especial doña Sancha que pensaba donar incluso las dependencias del palacio en el que vivía para que los canónigos ampliasen los aposentos conventuales.

El recinto era hermosísimo. Urraca no lo había visto después de los cambios pero sí conocía las pinturas que decoraban la cripta del Panteón de los Reyes, para ella las más hermosas. Bien es verdad que no había visto muchas, aunque destacados viajeros sí las habían alabado.

Los frescos de la cripta estaban realizados al temple sobre estuco blanco y representaban escenas de la Navidad, Pasión y Resurrección. Ella no entendía casi nada de estilos pero le entusiasmaba mirar a las bóvedas pintadas con aquella uniformidad tan variada. Tenía la sensación de que era como si la bóveda del cielo se llenara de imágenes celestes. La que más le gustaba era la que representaba la Anunciación. La postura de humildad de la Virgen ante el anuncio del arcángel Gabriel la conmovía, despertando en ella una inmensa ternura. Y siempre le habían sorprendido, por su perfección, los trajes de todos los personajes.

A Urraca le resultaba extraño que la emperatriz Berenguela no hubiese sido enterrada allí, en el Panteón de los Reyes. No sabía la razón por la que habían elegido la catedral de Santiago. Puede que fuera una concesión hecha por su padre a nobles gallegos o simplemente que la emperatriz así lo hubiese dispuesto en su testamento. De hecho, el rey Alfonso el Bravo, abuelo de su padre, y todas sus esposas estaban enterrados en el monasterio de San Benito de Sahagún, cumpliendo las últimas voluntades del monarca. Urraca no podía evitar pensar en qué lugar le gustaría a ella ser enterrada. En el Panteón de los Reyes de León descansaban los restos de muchas

infantas. Su tía doña Sancha, seguro que sería enterrada allí y estaría bien esperar la vida eterna cerca de quien la había tratado como a una hija. A pesar de este sentimiento, Urraca era consciente de que Asturias era el lugar en el que deseaba morir y ser enterrada. Esa es la tierra en la que había nacido y a la que pertenecía.

—Doña Urraca, perdonad que os interrumpa, ha llegado el conde Berenguer y el rey me ha pedido que os avise, por si deseáis saludarlo —le dice Constanza.

—¿Están solos o los acompaña don Sancho?

—Ellos solos.

—Dile que ahora voy.

Urraca no tiene especial interés en saludarle. Había estado dos veces con él, pero ahora considera prudente ver al conde catalán, ya que es hermano de la emperatriz Berenguela —la esposa de su padre—, recientemente fallecida.

Mientras se dirige al encuentro con su marido, Urraca especula con el motivo de la reunión de aquellos dos mandatarios. Los dos son vasallos de su padre y tan pronto son amigos entre sí como encarnizados enemigos. Seguro que delante de ella no comentarán nada de lo que les ha llevado a reunirse.

—Mi señora doña Urraca, siempre es un placer saludaros. Ya sé que no habéis podido asistir a las exequias de la emperatriz, a mí también me resultó imposible acudir a darle el último adiós. Y lo he sentido de verdad.

—Comparto vuestro sentimiento —responde ella—. La emperatriz siempre fue muy buena conmigo.

—Vos sois encantadora. Qué suerte habéis tenido —dice, dirigiéndose al rey.

—Sí que es verdad —contesta este—. Callada, sensata y me ha dado una hija preciosa.

La conversación de pura cortesía se alarga durante unos minutos, hasta que Urraca, muy prudente, se despide.

—No sabéis, querido conde, cuánto siento que no podáis quedaros a comer.

—Yo también, señora, mas debo salir inmediatamente. Ha sido un placer, doña Urraca.

—Buenos días —dice ella a modo de despedida y se va del salón.

No se ha alejado de la puerta, que todavía permanece sin cerrar, cuando oye la potente voz de su marido:

—La garantía para que firméis este pacto, que establece la paz perpetua entre nosotros, os la doy al ofreceros a mi hija Blanca como esposa... —afirma el rey.

Al oír esto, Urraca se queda petrificada. Mira a todas partes por si alguien la puede ver. El salón tiene dos puertas y por la que ella ha salido es la que menos se utiliza por dar a la zona del palacio más privada. Aun corriendo el riesgo de ser descubierta, decide quedarse a escuchar... No puede entender lo que está diciendo su marido sobre Blanca. ¿Y el acuerdo con su padre, el emperador?

—Vuestra hija Blanca está prometida al primogénito del emperador, a don Sancho. Y yo —dice el conde Ramón Berenguer— debo mi situación en el reino de

Aragón por mi compromiso con la heredera Petronila.

—No pasa nada por deshacer los compromisos, lo importante es que nosotros estemos unidos. Este pacto de «paz perpetua» en nuestros señoríos nos beneficia a los dos. Todas las tierras conquistadas a los musulmanes nos las repartimos entre nosotros. Da lo mismo que las conquistéis vos o yo, siempre las repartiremos.

—¿Y el emperador? —pregunta Berenguer.

—Él se quedará al margen de nuestro acuerdo. ¿Estáis dispuesto a firmar? —pregunta García Ramírez.

—Ahora mismo —responde el conde Berenguer.

Urraca no quiere escuchar más y presurosa se dirige a su habitación.



Han pasado varias horas desde que conoce las intenciones de su marido y no sabe qué hacer. Es la reina de Pamplona y sus intereses deberían ser los de su esposo, aunque también es hija del emperador. No es que el acuerdo vaya en contra de su padre, solo lo dejan al margen y es posible que, si fructifica y los dos se hacen fuertes, puedan pensar en un momento dado en desafiar la autoridad del emperador sobre ellos. En el abanico de posibilidades también puede darse el caso de que lo firmado no se cumpla.

Lo mejor para tranquilizar su conciencia, piensa, es contárselo todo a su tía. Doña Sancha sabrá perfectamente qué hacer.

Lo cierto es que no sabe cómo decírselo. No puede viajar a León, ni tampoco mandar a un criado. Escribir es poco recomendable, ya que la carta puede caer en las manos más peligrosas. Por más vueltas que le da no se le ocurre cómo hacerle llegar a su tía la noticia. De repente, como si de una luz se tratase, una idea ilumina su mente: las palomas mensajeras.

Don Álvaro le ha regalado unas palomas a don Sancho. Urraca ha de hacerse con una de ellas sin que la vean. Nadie se percatará de que falta una. Don Sancho nunca las ha utilizado. Tiene que pensar cómo acceder a ellas.

—Aquí estamos, doña Urraca —dice Constanza, que llega con la pequeña Sancha que está preciosa—. Si os interrumpo ahora, me voy con la niña al jardín.

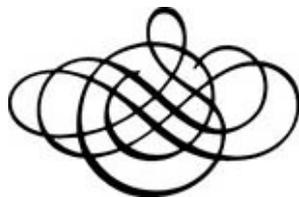
—No, acércate. Necesito estar con ella. Los días que no la veo es como si me faltara algo. Tú lo sabes bien, ahora que tienes a tu hija contigo.

—Sí, señora.

—Puedes retirarte, me quedaré con ella. Luego, cuando vengas a buscarla, te comentaré un tema en el que precisaré de tu ayuda.

—Lo que mandéis, señora.

Urraca toma a su hija en brazos. La pequeña Sancha se cría muy bien. Es una niña muy risueña. Aún no ha cumplido el año y ya balbucea algunas palabras. Le fascina cantarle, tiene la sensación de que su hija permanece atenta a la letra de las canciones. La llena de orgullo el comprobar cómo la niña se duerme con mayor facilidad estando en su regazo.



—Lo haremos esta tarde —dice Constanza.

—Tenemos que asegurarnos bien porque, aunque el rey y don Sancho estén fuera todo el mes, alguien puede vernos y siempre es enojoso tener que dar explicaciones.

—No hay problema. Yo me encargo de entretener a los mozos que trabajan en la zona y mientras vos os hacéis con la paloma y la soltáis.

—¿Y si la ven volar? Se darán cuenta de que alguien la soltó con alguna finalidad. —Nada más hacerse esta reflexión Urraca exclama—: Ya está, Constanza, dejaré la puerta abierta para que puedan volar todas las que quieran. De esa forma, nadie pensará en la posibilidad de que se han utilizado para enviar un mensaje.

—Exacto, señora. Pueden pensar que fue un descuido o que alguien quiso dejarlas en libertad.

—Pues de acuerdo, esta tarde lo hacemos —asegura la reina.

No le ha contado nada a Constanza del tema que le preocupa, solo le ha dicho que quiere ponerse en contacto con doña Sancha de la forma más rápida posible y que no desea que nadie se entere.

Urraca ya ha escrito el mensaje que atará a la patita de la paloma. Es escueto: «Decidle a doña Sancha que necesito hablar con ella en secreto. Vuestra amiga de Toledo». De ese modo, si la paloma es capturada o llega a otro destino nadie identificará a la remitente.

Urraca no está segura de que las palomas decidan aprovechar su libertad al ver la puerta abierta del palomar y por ello decide colocarles a todas el mismo mensaje y soltarlas en busca del palomar en el que se han criado. Así, todas seguirán el mismo camino hacia don Álvaro.

La decisión ya está tomada y Urraca se siente tranquila



—Ven, Constanza, siéntate aquí a mi lado. Siempre te estaré agradecida por lo

que hoy has hecho por ayudarme —dice Urraca—. ¿Cómo te las has arreglado para mantener al muchacho tanto tiempo entretenido?

—Ha sido muy fácil. Temía que estuvieran dos, pero al ver que solo estaba uno de los mozos supe que no tendría problemas. Es un buen chico y además no podía sospechar nada. Le conté medio llorosa que me había entretenido y tenía que recoger las manzanas en menos de diez minutos y que si él me ayudaba me daría tiempo. No lo dudó ni un momento y me acompañó. Como es lógico, yo me ocupé de darle conversación. Y os aseguro que en el tiempo que estuvimos juntos ni un momento miró al cielo. Ya me encargué yo de atraer su mirada.

—Habrás coqueteado con él, seguro.

—Solo un poquito. Lo necesario.

—¿Qué pensarán cuando vean que no hay palomas? —pregunta Urraca.

—No se darán cuenta hasta mañana por la mañana a la hora de darles de comer. Y no tendrán ni idea desde cuando faltan. No están pendientes de ellas nunca. ¿Sabéis qué harán cuando comprueben que las palomas se han esfumado? —pregunta Constanza.

—Seguro que contárselo a don Sancho en cuanto llegue.

—Ni hablar. Os hago una apuesta, señora, a que antes de quince días el palomar tendrá el mismo número de palomas que antes.

—¿Cómo?

—Pondrán palomas normales. ¿De verdad creéis que don Sancho se va a dar cuenta del cambio? —dice riendo la doncella.

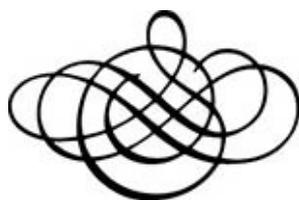
Urraca se queda en silencio evaluando las conjeturas de Constanza que sin duda pueden ser acertadas, aunque a ella jamás se le hubiesen ocurrido. Su tía doña Sancha le había hablado de la picaresca popular de la que ahora ha tenido una demostración.

—Un experto sí se daría cuenta —afirma Urraca—. Don Sancho es posible que no.

—Señora, si me lo permitís, le voy a decir a la cocinera que prepare una cena especial. Tenéis que celebrar que todo ha salido bien.

—Claro que sí —dice riendo la reina.

Ahora solo queda esperar. Ya nada depende de ella. Puede que las palomas no le lleguen a don Álvaro o que se encuentre fuera. También puede pasar que su tía no pueda desplazarse. Lo mejor —se dice— es dejar de darle vueltas y que suceda lo que tenga que ser.



La naturaleza es, desde siempre, para Urraca una válvula de escape que la llena

de energía. Las galas otoñales han llegado de forma imprevista y en Navarra son especialmente hermosas. Se pasaría horas enteras paseando entre aquella sinfonía de ocres, rojos, verdes, dorados... Hace meses que ha reanudado sus salidas a caballo con un reducido grupo de sirvientes. Estos paseos constituyen el mayor aliciente en su tranquila, apacible y a veces tediosa vida. Echa mucho en falta a don Sancho, con él puede mantener cualquier tipo de conversación, pero desde hace un año acompaña a su padre y casi nunca le ve.

Desde que nació su niña la vida tiene un mayor sentido y a pesar de ello a veces se aburre. Le gustaría invitar a algunos de los frailes para que le cuenten historias y le hablen de religión. Su charla siempre es agradable, mas no se atreve. No sería visto con buenos ojos. Antes, cuando don Sancho vivía en palacio, lo hacían frecuentemente. Tiene que comentárselo a su marido. Con conocimiento de él, y si está de acuerdo, podrá organizar encuentros sin ningún tipo de reparo.

En cuanto regrese se lo planteará. Primero se lo dirá a don Sancho, que seguro la apoya ante su padre.

No ha recibido ninguna respuesta de León y no cree que esta se produzca, pues ya han pasado más de quince días.

—Señora, tened cuidado —le pide uno de los caballeros que la acompaña—. Mirad allí, donde las ramas se entrelazan, aunque vamos despacio, paseando, no os distraigáis porque pueden daros en la cabeza.

Urraca, sin volverse, sabe quién es el sirviente que la aconseja. No porque identifique su voz, que sí lo hace, sino porque aquel muchacho siempre está pendiente de ella. Hace tiempo que se ha dado cuenta de ello.

—Gracias, Juan —le contesta—. Estaré muy atenta. Yo creo que podríamos dejar los caballos aquí y pasear un rato a pie. Disfrutaremos mucho más al recorrer esas bóvedas por las que se cuele el sol.

—Como mandéis, señora.

En total son cinco los hombres que le dan escolta. Se apean de los caballos a instancias de la reina.

—Daré un breve paseo. Acompañadme vosotros —pide mirando a Juan y al criado que está a su lado—. Los demás cuidad de los caballos.

—Sí, señora —responden al unísono.

El suelo es como un mullido colchón de hojas secas que se amoldan a sus pisadas. Los dos hombres caminan detrás de ella. Urraca mira a uno y otro lado, admirada de aquellas tonalidades únicas. Se siente eufórica en medio de tanta belleza y también halagada por la atención que sabe que Juan le presta. La idea de que el muchacho la mire con aquella especie de arrobamiento, cuando cree que nadie le ve, la llena de una íntima alegría. Una alegría que a buen seguro no percibiría si su vida fuera plena, pero en su situación actual, la actitud de aquel sirviente ha venido a poner unas notas de interés en su apagada existencia. Quiere darles conversación para conocer algo más de sus vidas.

—Acercaos —les dice a los dos hombres—. ¿Os gusta el paisaje?

Al principio se muestran tímidos, aunque poco a poco van ganando confianza y Urraca consigue lo que quiere.

El regreso a casa es enormemente placentero. Cualquiera que pudiera observar el rostro de la reina Urraca se percataría de que una nueva luz ilumina sus ojos. No es más que la ilusión de saberse admirada por un humilde sirviente, muy guapo y joven. Una ilusión que le abre nuevos horizontes con los que soñar y evadirse así de su apagada vida.

Cuando Constanza los ve llegar desde una ventana, se sorprende de la expresión de su señora. Juraría, si no lo supiera —piensa la doncella—, que doña Urraca conoce la sorpresa que le espera en palacio.

—Señora, qué bien que habéis regresado, os esperábamos. Vuestro paseo ha sido mucho más largo de lo habitual —comenta Constanza.

—¿Desde cuándo tengo que dar cuenta de lo que duran mis paseos? ¿Le ha pasado algo a la niña? ¿Qué es lo que sucede? —pregunta la reina, molesta.

—Perdonad si os he incomodado, doña Urraca, tenéis visita. Y como sé que la persona que viene a veros es de vuestro agrado, estaba ansiosa de que llegarais.

—Está bien, no tiene importancia. Dime, ¿quién ha venido?

—Don Álvaro Rodríguez de Castro.

—¿Don Álvaro aquí?

—Sí, señora. Espera en el salón.



Don Álvaro es seguramente portador de la respuesta que está esperando a su mensaje. Tal vez su tía, para congraciarse con ella y para compensarla por haber interceptado aquel antiguo mensaje que don Álvaro le mandó a ella, lo envía ahora para que tengan la oportunidad de aclararlo todo. También porque lo considera persona de confianza.

El corazón le late de forma desacompasada. Está nerviosa. No existe ninguna razón para ello —se dice—, solo lo ha visto unos días y de ello hace cinco años. Urraca no puede evitar un suspiro al pensar en todo lo que ha pasado en este tiempo y lo mucho que ha cambiado su vida. Antes de entrar en el salón donde la espera don Álvaro, se arregla un poquito el tocado y con ímpetu desconocido —fruto de la influencia que el reconfortante paseo ha ejercido en su espíritu—, hace su entrada comportándose como una persona segura de sí misma y con experiencia en relaciones sociales.

—Don Álvaro, qué sorpresa tan agradable. Cuánto lamento que no se encuentre el

rey ni tampoco don Sancho.

—Me alegro muchísimo de volver a veros, doña Urraca. No os preocupéis por la ausencia de vuestro marido y de su hijo, es con vos con quien deseo hablar. De hecho, me he asegurado bien de que no estuvieran. Si llegaran ahora, la excusa es fácil: una simple visita de cortesía, porque, como os imagináis, es doña Sancha quien me envía. Nada más llegar las palomas, me puse en contacto con ella, que me rogó que yo mismo me desplazase, al encontrarse ella regular de salud.

—¿Se encuentra enferma doña Sancha? ¿Qué le pasa?

—No os preocupéis. Mucha tos y algo de fiebre, pero cuando me fui ya se estaba recuperando.

Conversan como dos viejos amigos. Don Álvaro le habla de sus andanzas al lado de don Fernando, el segundo hijo del emperador, a quien sirve desde hace un tiempo. Urraca le cuenta alguna de las interesantes historias que ha escuchado a los peregrinos. La comunicación entre ellos es perfecta. Da la sensación de que son tantos los temas de los que desean hablar que temen que se les agote el tiempo.

A pesar de estar inmersa en la conversación, la reina piensa en la forma en que debe transmitir el mensaje. Decide que la mejor fórmula es escribir en un pergamino todo lo que quiere contarle a doña Sancha. Podría decírselo de palabra a don Álvaro, mas no es lo correcto, él no debe conocer su postura respecto a aquellos pactos, ni tampoco la existencia de los mismos, ya que son secretos.

—Don Álvaro, si me disculpáis unos momentos. Voy a recoger el documento que deseo entreguéis a doña Sancha.

—Tomaos el tiempo necesario. Espero encantado. Me gustaría conocer a vuestra hija.

—Le diré a Constanza que la traiga.



Sin que la vean se pasa unos cuantos minutos observándolos. Don Álvaro juega con la pequeña Sancha, a la que tiene sentada en sus rodillas. La niña, como si lo conociera de siempre, sonrío feliz.

—Veo que se os dan bien los niños ¿No habéis pensado en tener hijos? —pregunta Urraca, que entra en el salón con un pergamino en sus manos.

—Sí, muchas veces. Aunque primero debo casarme —comenta, sonriendo, el caballero.

—Eso es cierto. ¿Ya habéis decidido con quién? Constanza —llama Urraca—, llevaos a la niña.

—Sí, señora.

—La verdad es que no acabo de decidirme —dice muy serio don Álvaro—. Siempre sucede algo que hace que me detenga.

—Seguro que sois muy exigente. Y encima, os lo podéis permitir. Si fueseis mujer, lo tendríais muchísimo más difícil.

—¿Lo decís por vos?

—Sí. ¿No resulta evidente?

—Es verdad, tenéis toda la razón.

—Da lo mismo, don Álvaro, nada podemos hacer.

—Doña Urraca, permitidme que os diga que la maternidad os sienta muy bien.

—Muchas gracias —dice ruborizada.

—Supongo que sabréis que el rosa os favorece. Es curioso, hoy vais vestida del mismo color que llevabais cuando os vi por primera vez.

Urraca, muy halagada, lo mira sorprendida:

—¿Cómo podéis acordaros? —exclama.

—Guardo el mejor de los recuerdos de nuestros paseos por Toledo.

—Yo también, por eso os envíe un mensaje para contaros que me casaban.

—Y yo os respondí dándoos la enhorabuena. Y poniéndome a vuestro servicio. Durante mucho tiempo, ante vuestro silencio, lamenté haberlo hecho creyendo que me había sobrepasado. Doña Sancha me lo ha contado todo —dice él.

—Yo también me arrepentí de habérselo comunicado al ver que no me respondíais. Afortunadamente, lo hemos aclarado y sabéis que gozáis de mi amistad —manifiesta Urraca.

—Y vos de la mía. Siempre contaréis, doña Urraca, con mi lealtad incondicional.

—¿No podéis quedaros a comer?

—Imposible. Necesito salir cuanto antes. Quedad tranquila, que vuestro mensaje está en manos seguras y llegará sin problemas a las de doña Sancha.

—Muchas gracias, don Álvaro, en mi casa siempre seréis bien recibido.



Los primeros pasos de la pequeña Sancha llenaron de emoción a Urraca. Le parecía imposible que aquel ser adorable fuera su hija. Era preciosa. Ella que había pedido a Dios que su pequeña no se pareciera a su padre porque no quería que le recordara al hombre que la había engendrado, ahora cuando ve el cariño con el que García Ramírez trata a Sancha, siente una especie de remordimiento que muy pronto trata de desechar, diciéndose que nunca pondrá trabas ni tratará de romper o distanciar la relación entre Sancha y su padre.

—Querida esposa —le dice García Ramírez, mientras lleva a la niña de la mano

—, gracias por darme una hija tan saludable y hermosa. Lo malo de tener años es pensar que ya no la verás de mayor.

—¡Qué decís!

—Sí, Urraca, rondo los cincuenta y mi futuro se acorta.

—Nunca se sabe, será lo que Dios quiera.

—Sé que Sancho, mi hijo, será un buen rey. Estoy seguro de que él conseguirá objetivos que yo me he marcado y que no alcanzaré.

—Muchas gracias, padre —dice don Sancho, que acaba de entrar—. Os he oído sin querer y me llena de satisfacción. Tenéis mucho tiempo por delante. Pero podéis estar seguro, padre, de que cuando me llegue la hora defenderé el reino como lo haríais vos.

—De ello estoy seguro, hijo.

—Doña Urraca —dice don Sancho—, los frailes me han dado estos dulces recién hechos.

—Qué bien. Podemos tomarlos ahora —replica Urraca.

—Yo me voy —dice el rey—. Hijo, está noche cenad con nosotros.

García Ramírez le da un beso a la niña, que quiere irse con él.

—No os preocupéis, Urraca, yo se la acercó a Constanza —dice García, llevándosela de la mano.

—Nunca pensé que vuestro padre se comportara de esta forma con la niña —comenta Urraca.

—Siempre ha sido muy cariñoso con nosotros —responde don Sancho—. Y se le ve contento y eso es por vos, doña Urraca, sois buena con él.

La reina, sorprendida, no sabe cómo reaccionar. Una llamada en la puerta la ayuda a disipar la tensión.

—Perdón, señora, ha llegado un correo de León.

—Hacedlo pasar —dice Urraca.

Don Sancho, de forma discreta hace ademán de irse. Urraca le pide que se quede. Está segura de que es un mensaje de su tía la infanta. Y también de que doña Sancha, con lo cauta y discreta que es, habrá escrito un texto que podrá ser leído en público sin que nadie perciba nada sospechoso. Solo ella podrá descifrar la respuesta disfrazada con la que su tía le contesta.

Un muchacho entra el salón.

—Señora doña Urraca —dice con rapidez, sacando de su morral un rollo de pergamino sellado—, os hago entrega del mensaje que la infanta-reina doña Sancha me ha dado para vos. Si no disponéis nada más, me retiro. La señora infanta me ha dicho que no debo esperar respuesta.

—Está bien. Gracias. Dadle mis saludos a la infanta.

—Os dejo, doña Urraca —dice don Sancho.

—No, por favor, es solo un minuto mientras lo leo. Tenemos muchas cosas de que hablar.

El pergamino está escrito por la propia doña Sancha, Urraca conoce bien su caligrafía. Dice:

Mi muy querida Urraca:

Le he hecho llegar a tu madre la preocupación que sientes por su estado de salud. No temas por ella, pues las complicaciones que pensabas pudiesen surgir, parecen ser falsas alarmas. Su organismo ha reaccionado bien ante las pócimas que le ha dado uno de los médicos. Sabe que debe cuidarse y estar vigilante. Me ruega que te tranquilices y te manda un abrazo a la vez que te da las gracias por estar atenta a todo lo que le sucede. Queridísima sobrina, espero que pronto nos podamos ver.

—Son noticias sobre mi madre, que, gracias a Dios, ya se encuentra mejor de salud —dice doña Urraca, dejando el pergamino de forma descuidada sobre una mesa—. Le había pedido a mi tía que se enterara, pues temía lo peor.

—Me alegro mucho de las buenas noticias sobre vuestra madre —dice don Sancho.

Qué lista era su tía y qué buena noticia, porque, según se deducía del texto, algo había pasado y el pacto ya no parecía tan seguro. «Cuánto tengo que aprender —piensa Urraca— en este mundo lleno de intrigas y traiciones».

—Gracias, contadme, ¿qué os han dicho los frailes sobre mi propuesta?

—Ellos vendrían encantados. No obstante, me han sugerido la posibilidad de que alguna tarde paséis vos por el convento.

—Bueno, ahora que vos estáis aquí, nos acercamos algún día.

—No sé por cuánto tiempo me quedaré. Todo depende si el rey quiere que le acompañe a su encuentro con el emperador.

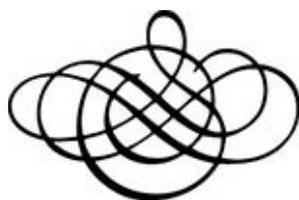
—¿Se va a reunir con mi padre? —pregunta Urraca sorprendida.

—Esa es su intención.

—¿Ha sucedido algo?

—No, nada.

Urraca no quiere insistir, porque está segura de que algo ha pasado en el pacto entre su marido y el conde Berenguer. No solo por lo que su tía le cuenta, sino por lo que ahora le acaba de decir don Sancho.



La nieve había llegado a Pamplona a comienzos de 1150 dejándolos

prácticamente comunicados. El día anterior a caer la copiosa nevada, Blanca regresaba, por fin, a casa después de un largo y penoso viaje desde Francia donde había pasado una larga temporada con los parientes de su madre. Urraca recuerda lo muy reacio que había sido el rey a permitir que su hija se ausentara de la corte de Pamplona. Don Sancho en todo momento trató de influir en su padre para que autorizara el viaje de su hermana. Ella se había mantenido al margen.

Urraca no desea indagar en cómo ha sido la vida de su nueva familia antes de su llegada, aunque siempre observó algo extraño. Nadie jamás alude a la reina Margarita, algo que ella respeta, y nunca trató de averiguar las causas. Es como si su marido temiese la influencia que la familia de su difunta esposa pudiera ejercer sobre sus hijos.

Blanca ha vuelto muy contenta de su estancia en tierras normandas.

—Querida doña Urraca, os quiero agradecer el apoyo que me brindasteis para hacer este viaje. Era el momento, porque tal vez dentro de poco se celebre mi matrimonio y ya no podré viajar. Me gustó mucho conocer el lugar donde nació mi madre y poder abrazar a la familia —dice Blanca, que está sentada a su lado frente a la chimenea.

—La verdad es que no hice nada.

—Si os parece poco no apoyar a mi padre... Vuestro silencio me pareció muy elocuente.

—Me alegra mucho que hayáis disfrutado. Tengo la sensación, Blanca, de que estáis deseando casaros.

—No me disgusta en absoluto. Dentro de unos meses cumpliré trece años y creo que don Sancho, a quien vos conocéis muy bien, es guapo e inteligente.

—Sí que lo es —asegura Urraca—, y creo que congeniaréis en muchas cosas.

Urraca no quiere pensar en el disgusto que se llevaría la pobre Blanca si de repente le dijeran que su marido no sería don Sancho sino el conde Ramón Berenguer, que tenía casi cuarenta años. Ese era el acuerdo que habían firmado su marido y el conde y del que ella se había apresurado a poner en conocimiento de su tía. Afortunadamente, con las últimas informaciones, todo hacía presagiar que no se cumpliría. Cierto era que también podrían aunarse nuevos intereses y buscar otras uniones.

—¿Habéis visto el mar alguna vez? —le pregunta Blanca.

—No. He estado muy cerca, mas nunca lo he visto. Espero, la próxima vez que vaya a Asturias, acudir a contemplar el Cantábrico —dice Urraca ilusionada.

—Es precioso, si no vuelvo a verlo en mi vida, siempre recordaré su imagen —asegura Blanca.

—¿Cómo has encontrado a tu hermana?

—Margarita siempre ha sido un poco especial —dice la muchacha—. Me ha contado que quiere irse cuanto antes de Pamplona.

—¿Pero adónde? —pregunta la reina sorprendida.

—Desea que la casen cuanto antes. Así se lo ha dicho a nuestro padre y parece ser que este baraja la posibilidad de casarla con un príncipe siciliano, Guillermo, hijo de Roger. ¿Os ha comentado algo el rey?

—Ni una sola palabra. Vuestro padre sabe que no existe relación entre nosotras. He intentado en varias ocasiones acercarme a ella y me rehúye.

La relación de Urraca con la hija pequeña de su marido apenas existe. Margarita la ignora.

—Con nuestro hermano tampoco tiene relación. Solo conmigo es algo más comunicativa —asegura Blanca.



Hace tiempo que no toca el salterio, sin embargo últimamente se ha convertido en una necesidad. Cuando la tarde va decayendo, a Urraca le gusta sentarse en una de las galerías y allí, en soledad, con las últimas luces del día, dedicarse a arrancar sonidos a su viejo instrumento. Le resulta gratificante comprobar cómo la música le sigue llenando el alma. El sonido que emiten aquellas cuerdas viene a colmar espacios en su espíritu a los que ella no ha podido poner palabras.

Muchos días, cuando Constanza lleva a la pequeña Sancha para que le dé las buenas noches, se quedan un rato escuchando. A Urraca le emociona que su niña permanezca silenciosa para no interrumpirla.

Unos movimientos a su espalda le hacen pensar que ya han llegado y sigue tocando, aunque le sorprende no verlas. El sonoro aplauso que premia su interpretación le revela que no son su hija y Constanza quienes la han estado escuchando. Antes de que se vuelva para ver quién es, don Sancho aparece ante sus ojos.

—Doña Urraca, no he querido interrumpiros. Es un placer escucharos. Tenéis que deleitarnos más veces con vuestra música.

—Gracias, don Sancho.

—He venido porque tengo que hablar con vos de un tema. De verdad espero vuestra comprensión para que entendáis la decisión que he tomado hace unos momentos.

—Me estáis inquietando.

—No tiene importancia, he querido contároslo yo porque es mucho lo que os aprecio y valoro vuestro afecto.

—Por favor, don Sancho —exclama nerviosa Urraca.

—He decidido que algunos de los hombres que desde hace un tiempo integran vuestra escolta abandonen este trabajo para venir con nosotros a la guerra. Entre

ellos, como es lógico, me llevo a Juan, porque él es la causa de que haya tomado esta medida.

Urraca se está enfadando, intenta contenerse y, con la mayor calma, pregunta:

—¿Y por qué me lo contáis?

—Doña Urraca, no disimuléis, por favor. Conocéis mejor que yo la atracción que ejercéis sobre el muchacho.

—Me estáis ofendiendo, don Sancho.

—Nada más lejos de mi intención. Permitidme que me explique. Tengo mucha confianza en vos, pero no deja de ser un peligro innecesario. Vos pasáis mucho tiempo sola y el tedio puede ser mal consejero, sobre todo cuando existe alguien muy cerca que desea haceros feliz. Alguien dispuesto a aprovechar el menor resquicio.

—¿Cómo os atrevéis? ¿Quién os habéis creído que soy? —pregunta indignada.

—Tenéis que comprender mi postura, quiero mucho a mi padre, el rey. Y no quiero que le vuelva a pasar. La historia no debe repetirse.

—¿De qué habláis?

Una mueca de dolor contrae el rostro de don Sancho, que se queda en silencio durante unos segundos.

—Jamás he hablado de ello con nadie —dice al fin—. Esta será la primera y espero que la última vez que lo haga: mi madre, doña Urraca, la reina Margarita fue infiel a su marido, a mi padre. Primero un solo amante, después el número aumentó. Ella era hermosa y joven como vos y se aburría sola en palacio porque el rey nunca estaba con nosotros. Yo era pequeño y no tenía la edad suficiente para darme cuenta de todo. Soy consciente de que las personas no somos iguales, aunque mejor es prevenir. Perdonadme, por favor, si os sentís ofendida. —El joven se detiene un momento mientras las lágrimas recorren su rostro, para luego continuar—: La verdad es que cuando un día observé cómo os miraba Juan, volví a vivir aquellos momentos en los que muy triste presenciaba las miradas que algún hombre dirigía a mi madre.

La primera intención de Urraca es abrazar y consolar a don Sancho. Nunca ha visto llorar a un hombre y lo cierto es que la conmueve. Pobre muchacho, qué experiencia tan triste. Ahora entiende el porqué del olvido de la reina Margarita. ¿Por qué nadie le ha contado nada? Su tía tenía que saberlo.

—Estad tranquilo. Me duele que hayáis dudado de mí. Ya lo he olvidado y siento de corazón vuestras dolorosas vivencias.

—Tenéis que entender mi sufrimiento y mi debate interior. Yo quería a mi madre más que a nada en el mundo. Repruebo su comportamiento, aunque sé que no toda la culpa fue de ella. Entiendo la vergüenza y la deshonra que sufrió mi padre, y a veces también censuro su conducta.

Urraca se da cuenta de que el joven desea descargar su conciencia y desahogarse con ella y le anima a hacerlo.

—Querido don Sancho, nadie es perfecto. Tenemos aproximadamente la misma edad, somos jóvenes, los dos hemos vivido lo suficiente para darnos cuenta de que la

vida no es fácil y que las personas nos somos perfectas, más bien todo lo contrario. Depende de la situación y circunstancias que nos rodeen para que afloren en nosotros determinados comportamientos. Podéis confiar en mí como una amiga, que jamás os traicionaré.

—Gracias, doña Urraca. No os lo he contado todo. Existe algo que me duele en el fondo del corazón y que casi no me atrevo a formular.

—No debéis sentir os en la obligación de sinceraros totalmente conmigo, aunque confío en que os hará bien. Hacedlo y podéis tener la seguridad total de que jamás se lo revelaré a nadie.

—Veréis, yo sé que un varón, y mucho más si es rey puede tener amantes y no está mal visto, es algo normal. Entiendo que la hembra, aunque sea reina, no puede seguir la misma conducta porque llevaría la deshonra al marido, a la familia y al reino. Soy consciente igualmente de que un soberano puede legitimar a hijos tenidos fuera del matrimonio. Vos misma sois un ejemplo. Y que, lógicamente, la reina que tenga un hijo que no sea de su marido debe ser repudiada y ese hijo jamás será reconocido. Mi madre tuvo un hijo...

—¿Un hijo fuera del matrimonio? —pregunta sorprendida Urraca.

—Sí.

—¿Y qué ha sido de él?

—El rey nunca quiso reconocerlo. Y me parece lo correcto. Y es aquí donde mi corazón se resiente. No me parece justo como hermano tener que aceptar a una persona que se dice fue engendrada por mi padre y renunciar a otra que me consta nació de mi propia madre. ¿Debo admitir y respetar a uno y olvidarme del otro?

—Podéis quererlo igual y ayudarlo en la medida de vuestras posibilidades, a pesar de no sea reconocido —dice Urraca conmovida—. Como bien decíais, yo soy hija natural pero me han reconocido. Mis progenitores me quieren. Tiene que ser terrible que nadie se ocupe de ti. Por ello debéis mostrarle todo vuestro afecto.

—Es verdad, mas no lo hago. Procuero olvidarme de su existencia porque sé que eso es lo que le agrada al rey, mi padre. A Blanca es un tema que no le preocupa. Solo Margarita ha tomado postura a favor de nuestro hermano de madre. Ella lo quiere y apoya sin ningún reparo. Lo prefiere a nosotros porque rechaza nuestra postura con respecto a él. A veces tengo la sensación, doña Urraca, de que el espíritu de nuestra madre se ha encarnado en ella. Nos rechaza a todos.

¿Cómo Margarita la iba a aceptar a ella? No quiere preguntar si el hijo natural de su madre vive en la corte, prefiere mantenerse al margen.

Urraca se da cuenta de que ante la confesión que le ha hecho don Sancho, el tema del joven Juan ha quedado olvidado, aunque ella sabe que notará su ausencia y le echará en falta. Es posible que don Sancho haya tomado una medida acertada.

—Rezaré a Dios para que os ayude a olvidar y a perdonar. También os encomendaré a la Virgen de Miravalles, de la que soy muy devota. Tenéis toda la vida por delante. Procurad no caer en todo aquello que censuráis de vuestros mayores. En

cuanto a ese muchacho que os preocupa, ayudadlo siempre que podáis.

—Gracias, doña Urraca. Estoy muy contento de haber hablado con vos. Me siento muchísimo mejor.

Don Sancho se va muy serio. Urraca lo ve alejarse. Jamás hubiese imaginado el drama que ha vivido la familia. Desgraciadamente, historias como aquella no eran una excepción, en esta se habían dado unas connotaciones especiales.

Momentos de tranquilidad

Santuario de Miravalles, un día del mes de mayo de 1167

En el tiempo que llevan en la pequeña capilla de Miravalles, nadie se ha acercado por allí. Ni a nadie se ve por los alrededores. Urraca está tranquila, no tanto su doncella, que mira insistentemente hacia la puerta.

—Sabes, Ana, siempre que he tenido problemas o grandes preocupaciones me he encomendado a esta imagen de la Santísima Virgen. La he visitado mucho menos de lo que me hubiera gustado, aunque en la distancia le rezaba y pedía ayuda para mí o para alguien cercano que lo necesitara.

—¿Mi madre también se hizo devota de ella? —pregunta la doncella.

—Al principio, no. Más tarde, posiblemente por mi influencia, Constanza terminó rezándole a Nuestra Señora de Miravalles casi todos los días. Recuerdo una tarde, en la que yo deseaba recomendarle a la Virgen una persona a quien quería y quiero, que lo estaba pasando mal. Me había arrodillado en la habitación y muy concentrada le hablaba a la Virgen...

Bodas y compromisos. Guerra y muerte

—**D**ios mío —exclama Constanza—, ¿os pasa algo? ¿Por qué estáis arrodillada?

—Me habéis asustado. Le estoy rezando a la Virgen de Miravalles.

—Pero, señora, en vuestra habitación tenéis un reclinatorio.

—Ya lo sé, necesitaba suplicarle ahora mismo —responde Urraca, dándose la vuelta.

—Está bien, no os molesto. He venido solo para deciros que el rey viene hacia aquí. No me lo ha dicho, le he visto cruzar el patio. Y si no da la vuelta, llegará en unos momentos.

—Está bien, Constanza. Muchas gracias. Si viene, bien recibido será. Ya sabes que esta noche cenamos los dos solos.

—Sí, señora.

Urraca es consciente de que cuando cena a solas con su marido después la acompaña a su habitación. Le sigue costando mantener trato íntimo con él, mentiría si no reconociera que muchas veces le gusta ver la pasión que despierta en su marido. Aunque también está convencida de que cualquier mujer posiblemente consiguiera el mismo resultado. Vuelve a tomar el salterio y se sienta, iniciando una suave melodía.

A pesar de que está inmersa en la interpretación, percibe unos pasos e inmediatamente se gira porque sospecha que son los del rey.

—Querida Urraca, perdonadme, no quería interrumpiros. Es hermosa vuestra imagen tocando el salterio. Me gustaría que os immortalizaran así —dice García Ramírez, acercándose para besar su mano.

—Vos nunca molestáis. Sentaos, por favor —pide Urraca.

—Os sorprenderá que venga a veros a estas horas y más cenando esta noche juntos. La verdad es que les he pedido a mis hijos que nos acompañen porque tengo que aclararles un tema que deseo analizar antes con vos.

—Os escucho.

—No os lo he comentado, hace un tiempo que mi hija Margarita está prometida al príncipe Guillermo de Sicilia y desde el primer momento me han pedido que la princesa viaje a la que será su nueva tierra, antes del matrimonio, para ir adaptándose a ella. Me he negado y puede que haya sido un error. Margarita lo está deseando. Todos mis intentos por integrarla en la familia han fracasado —expone con pena el rey—, y creo que es el momento de autorizar su viaje. Seguro que se pone contentísima cuando se lo diga. ¿Qué pensáis vos?

A Urraca le agrada que su marido le confíe sus preocupaciones. «Si él supiera —piensa— que estoy al tanto de todo».

—Yo creo que sería partidaria —contesta Urraca— de esperar, aunque es verdad que si quiere irse no veo la razón por la que retrasar el viaje. A no ser que temáis algo que no me habéis dicho —manifiesta Urraca.

—Mi temor es el carácter de mi hija y lo que no me gustaría es que al cabo de un tiempo me la devolvieran.

—En ese sentido creo que podéis estar tranquilo. Conozco poco a Margarita, sí lo suficiente para afirmar que es lista y dominante. Y si lo que quiere es irse a Sicilia, allí se quedará, no os quepa duda —asegura Urraca.

—Agradezco vuestra opinión. Organizaré su viaje y ruego me ayudéis. Elegiremos un buen equipo de servidores para que la arropen y no se sienta sola.

—Lo haré encantada. Por cierto y ya que hablamos de compromisos matrimoniales, ¿qué se sabe del de Sancho y Blanca? —se interesa Urraca, a sabiendas de lo que ella misma había escuchado a su marido y al conde Berenguer.

—Nada ha cambiado. Precisamente hace unas fechas me he reunido con el emperador, vuestro padre, y todos nuestros compromisos siguen vigentes. En junio me uniré a él en una nueva conquista por el sur —afirma muy seguro García Ramírez.

Urraca se queda un tanto perpleja, o su marido la estaba engañando o los acuerdos con el conde Ramón Berenguer ya no existen.

Lo que en realidad había sucedido era que a la hora de dar forma a aquel pacto de «paz perpetua» entre Aragón y Pamplona, Ramón Berenguer no terminaba de decidirse a enfrentarse con el emperador, que encima era su cuñado. García Ramírez, sospechando cuál iba a ser la postura final de Berenguer, optó por unirse al emperador y luchar a su lado.



Aquella noche, Constanza y las otras doncellas se han esmerado en la decoración del salón que se utiliza como comedor. La cena ha resultado del agrado de todos.

—Gracias, querida esposa, sabéis como nadie conseguir que todos nos sintamos bien. Nunca hemos hablado de mis hijos, de la opinión que os merecen. Ya hace seis años que estamos casados y seguro que después de este tiempo podéis hacerme un retrato de cada uno. Semblanza que me encantaría conocer —dice García Ramírez.

Los dos se han quedado solos después de la cena. Están sentados cerca de la chimenea. El encuentro ha resultado muy agradable. La única que podría poner la nota discordante, Margarita, no lo ha hecho, porque al conocer que muy pronto se alejaría de Pamplona y de su familia para siempre, se comportó de forma educada.

—Creo que no los conozco lo suficiente —manifiesta Urraca—. Don Sancho es

con quien más relación he tenido y tengo. Considero que es persona inteligente, valiente, que intenta ser justo y que, estoy segura de ello, será un buen rey. Me imagino que lo sabréis, vuestro hijo os adora.

—Qué bien me siento al escucharos.

—Blanca es buena chica. No quiere complicarse la vida con preocupaciones innecesarias. Desea formar una familia cuanto antes y sabrá adaptarse a las distintas circunstancias que la vida le presente. Es alegre. Le gusta vivir.

—Estoy muy de acuerdo con vos. ¿Y Margarita? —pregunta el rey.

—A ella casi no la conozco. Siempre me ha rehuído. Creo que se aísla para vivir en su mudo. Un mundo en el que solo entra quien ella quiere. Si fuese una persona mayor diría que lo que en ella predomina es el resentimiento. Tened en cuenta que es casi una niña.

—No haría yo una mejor definición —asegura el rey—. A mí también me rechaza. Algún día os hablaré de algunas cosas que os harán entender a la perfección otras muchas. —Urraca toma un sorbito de vino, quiere mostrarse despreocupada en un intento de disimular cualquier gesto que permita a su marido atisbar que es conocedora de la reciente historia de la familia. El rey sigue hablando y en un arranque de sinceridad le dice—: Yo soy el responsable del comportamiento de Margarita.

—¿Cómo vais a ser vos? —pregunta incrédula Urraca.

—Sí, ciertamente me he ocupado poco de ella, aunque desde un principio me di cuenta de que la persona que se había elegido como ama de cría era la menos conveniente. Y resulta evidente que, después de la muerte de su madre, mi esposa la reina Margarita, tenía que haberla cambiado y, sin embargo, por comodidad permití que la siguiera deformando. Ahora ya no tengo nada que hacer.

No le pasa desapercibida a Urraca la expresión de la cara del rey al nombrar a su difunta esposa. Piensa que tal vez ella debería interesarse por el tipo de influencia que ejercía el ama de cría en Margarita, no cuesta mucho imaginarlo y prefiere no incidir en el tema.

—Querida esposa, ¿os gustaría escuchar el perfil que yo haría de vos? —pregunta el rey y sin esperar a que responda sigue diciendo—: Sois inteligente y hermosa, prudente y honesta. Sé que no estáis enamorada de mí, que soy demasiado mayor para vos, y estoy seguro de que os habéis impuesto cumplir el papel que vuestro padre os ha encomendado. Me habéis dado una hija hermosa y esta noche intentaremos engendrar un varón. Si supierais cómo os deseo. A vuestro lado cobro un vigor inesperado y se me olvidan los años que tengo.

Urraca siente las manos de su esposo que acarician suavemente sus pechos esperando una reacción. Antes de que esta se haga evidente, las ansiosas manos los liberan haciéndoles asomar por el amplio escote de su vestido. Cuando está a punto de posar su boca en ellos, Urraca le dice:

—Aquí no, señor. Yo también lo estoy deseando.

Urraca se asusta de lo que acaba de decir. El rey emocionado la abraza apasionadamente.

—Vamos, mi reina. Quiero que esta sea nuestra noche más feliz y plena. Seréis mía hasta la extenuación.



—Dicen que la ceremonia de la boda del conde Ramón Berenguer con la reina Petronila ha sido preciosa —comenta Blanca.

—Seguro —apostilla Urraca, que ha comprobado como aquel pacto secreto que tanto le preocupó, se había quedado en nada. Su esposo estaba con su padre el emperador desde el mes de junio conquistando nuevas tierras en el sur y ahora el conde Ramón Berenguer desposaba a su prometida de siempre.

—Todos se casan menos yo —exclama Blanca un poco en broma.

—Tiempo tienes. Eres muy joven.

—Más joven es mi hermana y vive feliz en la corte de Sicilia y se casará antes de dos meses —asegura Blanca.

—¿Está contenta?

—Dice que feliz.

—Cuánto me alegro.

—Doña Urraca, os agradezco tanto que me llevéis con vos al convento. Me han gustado mucho las historias que ayer nos han contado.

—Sí que eran bonitas. A veces tengo la sensación de que muchas son inventadas. El Camino de Santiago es un intercambio cultural muy importante. Pasan tantas personas y se llena de tantas historias que es fuente inagotable de comentarios. Algún día, sino todo, recorreré una parte —asegura Urraca.

—Me gustaría acompañaros.

—Es posible, tal vez podamos hacerlo juntas. Escuchad, Blanca, os voy a contar otra historia del camino.

—Sí, por favor —exclama ilusionada la joven.

—Además, sucedió aquí en Pamplona, a donde un día llegó un peregrino francés que venía con toda su familia. Estaban agotados, como casi todos los peregrinos, y como tenía dos hijos pequeños, decidieron buscar alojamiento en el que poder pasar la noche y descansar. Mas la desgracia les acechaba y aquella misma noche la mujer del peregrino enfermó, con lo cual todos tuvieron que quedarse en la casa en la que les habían alquilado una habitación, a pesar del gasto que esto suponía. Al final, la pobre mujer se murió. Cuando llegó la hora de pagar, el dueño de la casa les reclamó una importante cantidad de dinero de la que el peregrino carecía y ante la

inflexibilidad del posadero, al pobre hombre no le quedó más remedio que entregarle el asno en el que llevaban las cuatro cosas que poseían y al que se subían sus dos hijos de corta edad.

—Eso es no tener corazón —dice Blanca—. Después de haber muerto su mujer, no debía cobrarle nada. ¿Y siguió el camino?

—Parece que estuvo dudando, aunque al final se decidió después de rezarle a Santiago. Cuentan que el peregrino, a la salida de Pamplona, se encontró con un anciano que al verlo con los dos niños le prestó su asno para que le ayudara en el viaje. Al final y con gran esfuerzo, consiguió cumplir su promesa y llegar a Santiago con sus hijos. Dicen que allí, al peregrino francés se le apareció el apóstol Santiago, a quien inmediatamente reconoció como el misericordioso anciano que le había socorrido.

—Un milagro más del santo —exclama Blanca.

—Sí. Al volver de regreso para Francia se detuvo de nuevo en Pamplona donde le contaron que el dueño de la casa en la que él vivió unos días, había perdido la vida en un accidente. Todos decían que era un castigo divino por lo mal que trataba a todos los peregrinos —concluye Urraca.

—¿Esta historia también os la han contado los frailes?

—Sí, y como antes te comentaba, no sé qué habrá de realidad o de ficción, aunque las considero positivas porque siempre encierran una enseñanza. Creo que yo —asegura Urraca—, mentalizada por muchas de ellas, siempre dejo alimentos y ropas en el hospital y en el convento para que presten ayuda a las muchísimas personas que por aquí pasan camino de la tumba del apóstol.

—Yo también lo haré —corroboraba ilusionada Blanca.



—En un mes nos ponemos en Navidad. Hay que ver cómo pasa el tiempo. Ya hace más de seis años que vivimos en Pamplona. Constanza, ¿echas en falta la corte de León? —pregunta Urraca.

—No, señora. Tengo todo lo que quiero conmigo. Y sigo cumpliendo con mi trabajo, que no es otro que servirlos. ¿Lo añoráis vos?

—No, la verdad es que no. Solo me gustaría ver a mi tía la infanta doña Sancha con mayor asiduidad.

—¿Se sabe algo de la llegada del rey y del ejército? —se interesa Constanza.

—Es posible que lleguen hoy. Me imagino que estás ansiosa por ver a tu marido.

—Han pasado varios meses y sí, noto su ausencia.

Constanza estaba casada con un hombre que en la corte de León hacía trabajos de

carpintería. Al llegar a Pamplona, había decidido integrarse en el ejército para disgusto de la doncella, que vivía continuamente temiendo por su vida.

—Su llegada va a depender del tiempo que se detengan en Estella —afirma Urraca que, animosa, añade—: Afortunadamente, no se han producido muchas bajas en el ejército y tu esposo regresa ileso.

—Ay, señora, no me gustaría ser hombre. Ya sé que existen mujeres a las que no les importaría ir a la guerra.

—No es cuestión de gusto. A la guerra se va porque es necesario. Y asimismo nosotros nos vemos obligados a limpiar nuestras tierras de las huellas de los infieles. Tenemos al enemigo viviendo al lado.

—¿Señora, esperáis visita? —pregunta Constanza.

—No.

—Pues alguien se acerca y viene con prisa, casi a la carrera diría.

—Será una de las doncellas —responde Urraca.

—No, juraría que es un hombre por el ruido que hace.

Antes de que les diese tiempo a decir nada más, la puerta se abre dando paso a don Sancho:

—Doña Urraca, perdonad que entre de esta forma. Mas debo anunciaros tristemente que el rey ha muerto —exclama—. Vuestro esposo, mi padre, ha fallecido en un desgraciado accidente en Lorca.

Urraca no es capaz de asimilar lo que le está diciendo, ¿qué puede haber pasado?

—¿Fue una emboscada? ¿Han detenido a los asesinos? —pregunta.

—No, señora, no hubo ninguna emboscada. El rey cabalgaba tranquilo cuando su caballo se lanzó al galope. Mi padre salió despedido muriendo en la caída.

—Dios mío, qué fatalidad. Me parece imposible. Qué pena. Lo siento mucho, don Sancho.

—Me he adelantado porque quería comunicároslo yo. Y disponer todo para recibir su cuerpo. Llegarán dentro de unas horas.

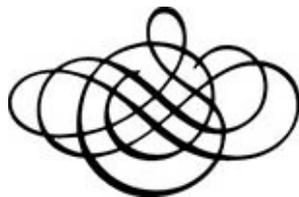
—Gracias, don Sancho.

Ha recibido la triste noticia con una frialdad que ella sabe que no responde a su estado de ánimo. En verdad no estaba enamorada del rey, aunque era su marido y siempre la ha tratado bien. Lamenta mucho su muerte, la pequeña Sancha lo echará de menos. Le haría bien derramar unas lágrimas, de esa forma la angustia que la oprime cedería.

—Señora, lo siento —dice la doncella, una vez que don Sancho ha abandonado la habitación.

—Gracias, Constanza. Entérate dónde se encuentra doña Blanca y dímelo para que vaya a verla. No creo que su hermano se lo haya comunicado.

—Como mandéis, doña Urraca.



Todo lo que está sucediendo le parece como un mal sueño del que quisiera despertar cuanto antes, mas Urraca sabe que es verdad. Que García Ramírez, rey de Pamplona, ha muerto al caerse del caballo. Que ella se ha convertido en viuda y que no será reina regente porque el trono lo heredará don Sancho. Que desconoce cuál será su futuro y no quiere pensar en ello. Está deseando quedarse sola. El velatorio le ha resultado especialmente duro al tener que saludar a tantas personas desconocidas. Los funerales han sido magníficos. La catedral de Santa María ha acogido a todos los mandatarios que acudieron a Pamplona en el adiós al rey, cuyos restos han sido sepultados allí. Es un hermoso lugar para descansar. El espacioso templo de Santa María, dicen que el de mayores dimensiones después de la catedral de Santiago de Compostela, fue inaugurado hacía unos veinticinco años.

Don Sancho, con auténticas dotes de mando y organización, se ha encargado de todo. Ella se ha limitado a obedecer, a desempeñar con dignidad el papel que en el protocolo le era asignado. Ni su padre el emperador, ni su tía, doña Sancha, han acudido a las exequias. Sí lo ha hecho el hijo mayor del emperador, su hermano, el infante don Sancho. A pesar de que el momento no invita a ello, Urraca puede observar la mirada de aprobación con la que Blanca examina al que es su prometido. Claro que ahora —piensa Urraca— será necesario confirmar el compromiso porque el nuevo rey puede tener otros proyectos.

En cuanto se vayan todos los invitados, Urraca se reunirá con don Sancho que quiere mantenerla informada de la situación y hablarle de sus proyectos.

¿Qué hará ella ahora? ¿Se tendrá que ir de Pamplona? Si se va, ¿podrá llevar con ella a su hija?

Nunca ha visto la muerte tan de cerca. Y Urraca, por primera vez, es consciente de la levedad de la vida. Solo un segundo y dejas de existir. ¿Y después? Le gustaría tener la misma fe de su tía. Rezará a Dios y le pedirá que se la conceda. Tal vez ahora que está viuda pueda ser una solución hacer lo mismo que su madre: fundar un convento y encerrarse en él para siempre. Urraca rechaza inmediatamente esta idea. A ella le gusta el contacto con la naturaleza, ver el discurrir de los ríos, perderse en el bosque, extasiarse ante las montañas...

—Doña Urraca —dice don Sancho, que acaba de entrar en el salón—, si estáis cansada, lo dejamos para mañana.

—No, sentaos. Tenemos que comentar muchas cosas. Y además, después de hablar con tanta gente, encontrarme aquí a solas con vos es en verdad tranquilizador. Decidme, ¿no habrá problemas en vuestra proclamación?

—Espero que no. Los nobles navarros me aceptan como rey, aunque mi edad no

facilita las cosas.

—Sí, ya sé que todavía no tenéis los dieciocho, hemos nacido en el mismo año, pero habéis dado muestras de vuestra valía en el campo de batalla.

—Eso lo saben. El problema viene dado porque el reino de Pamplona no es fuerte y los nobles temen que mi presencia lo debilite aún más y haga concebir esperanzas tanto a Castilla como a Aragón, que siempre han deseado apropiarse de nuestros territorios. Tenéis que ayudarme, doña Urraca —pide don Sancho.

—¿Qué puedo hacer?

—Permanecer a mi lado. Intentaré buscar el apoyo de vuestro padre. Le pediré que se celebre la boda entre mi hermana Blanca y su hijo don Sancho.

—Querido don Sancho, mucho ánimo. Sois inteligente, hábil, profundamente cristiano, y yo os auguro éxito. Pamplona caminará segura de vuestra mano.

—No sabéis cómo os agradezco vuestras palabras en estos momentos de zozobra. Por favor, quedaos en Pamplona.

—Pronto tendréis que elegir esposa.

—Algún día lo haré y vos me aconsejaréis.



—Qué buena sois conmigo —dice Blanca emocionada—. Lo habéis organizado perfecto.

—Querida Blanca, las gracias te las doy yo porque tu alegría y felicidad son contagiosas y me permites participar de ellas.

—Ya os conté muchas veces la impresión que recibí cuando vi a vuestro hermano, mi prometido don Sancho. No podía apartar mis ojos de los suyos y en aquel momento supe que me enamoraría de él.

—También él se quedó prendado de vuestra belleza.

No habían pasado tres meses del fallecimiento del rey de Pamplona, García Ramírez, cuando su hija Blanca Garcés y don Sancho, hijo del emperador Alfonso VII, contraían matrimonio. Era una forma de consolidar un poco el reino de Pamplona consiguiendo el apoyo castellano, aunque algunas veces de nada servían estos acuerdos. De hecho, unos días antes de la ceremonia nupcial, el emperador Alfonso VII y el conde Ramón Berenguer, príncipe de Aragón, firmaron en Tudején un documento en el que acordaban repartirse las tierras del reino de Pamplona. Era una conspiración más de las muchas que se daban en la época y que nunca se llevaría a efecto.

Los festejos se habían prolongado durante tres días y los recién casados mostraban la felicidad que les embargaba. El suyo era un matrimonio amañado, de

conveniencia, como todos los concertados en las casas reales, aunque, por fortuna, los dos contrayentes se habían enamorado.

—Doy gracias a Dios, doña Urraca. Estoy casada con el hombre al que quiero. Tendremos muchos hijos. Seremos muy felices. Solo viviré para él.

—Pocas veces se cumplen los sueños. Por suerte, en vuestro caso sí que se han convertido en realidad.

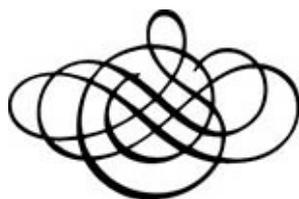
—Por ello no ceso de dar gracias al Todopoderoso.

Se alegra tanto de la felicidad de Blanca. Es una buena chica y merece ser feliz. En estos meses de preparativos para la boda, Urraca no ha tenido tiempo para decidir sobre su futuro. Don Sancho quiere que siga en la corte de Pamplona, mas ella considera que ese ya no es su lugar y que el rey debe casarse cuanto antes. Una forma de presionarle para que tome esa decisión es ausentándose de Pamplona. No debe seguir ocupándose de palacio mientras el rey se va a la guerra.

En las últimas conversaciones que ha tenido con don Sancho le ha hablado de su hermana Sancha, la hija más pequeña del emperador. Es un poco más joven que él, pero con toda seguridad su casamiento reforzaría aún más los lazos con Castilla.

Urraca sabe que si se va de Pamplona deberá dejar a su hija, porque ella pertenece al reino, es hija del rey. Don Sancho, con el que ha hablado de este tema, le ha dicho que esa es una de las razones por las que es mejor que ella se quede. Sin embargo, si decide marcharse, le ha prometido que la niña podrá pasar temporadas a su lado o visitarla de vez en cuando.

No ha podido hablar con su tía doña Sancha porque no ha acudido a la boda. Su padre le ha dicho que cada día se aísla más del mundo y que dedica mucho tiempo a la oración.



—Nunca te había visto tan guapa. Te has convertido en una mujer muy hermosa. En tus ojos se nota que has vivido. Tienes fuerza —asegura doña Sancha, que la observa con admiración.

Hace unas horas que Urraca ha llegado a la corte de León. Después de darle muchas vueltas, ha creído conveniente que lo mejor para ella y para don Sancho es que regrese a la casa de su padre. Aunque antes de hacer firme su decisión desea comentárselo a doña Sancha, que la recibe con una gran alegría. Se encuentran en una de las dependencias privadas de la infanta, donde tantas veces han conversado hasta bien entrada la noche. Urraca observa que en la sala hay muchos objetos sagrados, vírgenes, santos y velas encendidas. «Seguro —piensa Urraca— que su piedad ha ido en aumento». El aspecto de su tía tiene algo de místico. Ha adelgazado muchísimo y

envejecido de forma considerable. Viste de negro riguroso...

—Tenéis razón en que he vivido —asegura Urraca—. Dicen que el dolor hace fuerte. Y yo he sufrido.

—Si no me equivoco, has cumplido dieciocho años o estás a punto de hacerlo. Eres una joven viuda a la que muchos aspirarán. Dime la verdad, ¿no has pensado en la posibilidad de casarte con don Sancho? —pregunta doña Sancha.

—¿Con el hijo de mi marido, el hermano de mi hija?

—Sí. Estoy segura de que él lo ha pensado y tú, aunque no te atrevas a reconocerlo, también —dice maliciosa su tía.

—Eso es imposible.

—Imposible, no. Difícil, sí.

—Sería el primer caso en la historia —comenta asombrada Urraca.

—No lo sé. Matrimonios entre cuñados muchos. Si tú lo quieres, estoy dispuesta a ayudarte.

—No, doña Sancha. Deseaba que vos me aconsejarais. Mi pensamiento es ponerme a disposición de mi padre, el emperador. Estoy dispuesta a obedecer. Dicho esto, agradecería que no volviera a casarme.

—Sois una buena hija y una digna sucesora de las muchas mujeres de la familia real que te precedieron. Perdona si fui un poco brusca en mis planteamientos. Ya sabes que suelo ser mal pensada en temas de hombres y mujeres, aunque también es verdad que no estoy pasando por buenos momentos —confiesa doña Sancha.

—No tiene importancia, os conozco muy bien. Decidme, ¿qué os sucede? —pregunta preocupada Urraca.

—A mí nada. A vuestro padre, a mi hermano el emperador, que ya pasa de los cuarenta y cinco años, le ha entrado el apremio por volver a casarse.

—¿Ya ha elegido?

—Sí. Vuestro padre se casará con Riquilda de Polonia, una niña de once años.

—La misma edad que tenía yo —dice Urraca, que añade con pena—: Pobre niña.

—Necesito desahogarme, Urraca. Es probable que sea mi edad la que me hace ver determinados comportamientos de forma distinta; sabes que no puedo estar de acuerdo con el matrimonio de tu padre.

—¿Habéis hablado con él?

—Sí, mas no acepta consejos. Podría entenderlo si con el enlace obtuviese una alianza importante. En fin, nada podemos hacer. Mañana le diremos que te incorporas a la corte. Juntas pensaremos en qué podrás ocuparte, aunque tampoco es necesario.

—Gracias, doña Sancha. Pasaré aquí una temporada y regresaré a Pamplona para contarle al rey cuál es mi decisión.

—Mañana tienes que acompañarme a San Isidoro, ha quedado precioso. ¿Sabes, Urraca? Cada día le dedico más tiempo a Dios. Intento prepararme para la vida eterna.

—Siempre la habéis tenido presente.

—Sí, pero cada día está más cerca. ¿Te has traído a Constanza contigo?

—No, como tengo que volver a Pamplona y aparte me da seguridad que se ocupe de la niña.

—La pequeña Sancha se quedará en Pamplona, ¿verdad?

—Sí, don Sancho me ha dicho que puede pasar temporadas conmigo.

—No te he comentado nada, pero he conocido a Blanca. Como no pude ir a la boda han tenido la deferencia de pasar a saludarme. Me parece, no solo guapísima, sino muy simpática, y ¡oh milagro!, están enamorados.

—Es una buena chica. Seguro que serán muy felices. Por cierto, le he sugerido a don Sancho la posibilidad de que piense en mi hermana, doña Sancha, para convertirla en su esposa.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, aunque estoy segura de que lo tendrá en cuenta.

—Yo también —aventura la infanta—. Todavía puedo ejercer alguna influencia sobre mi hermano el emperador. Lo haré por ti, querida Urraca, porque sé que deseas lo mejor para don Sancho. Uno de estos días me acercaré a Nájera, donde últimamente ha establecido la corte el rey.

Reina de Asturias

Se siente tan feliz y excitada que tiene que salir a pasear en la soledad del páramo para intentar asimilar la noticia que hace unos momentos le ha comunicado su tía doña Sancha; el emperador, su padre, ha decidido nombrarla ¡reina de Asturias! Jamás se hubiese atrevido a pensar en ocupar ese cargo. ¡Reina de Asturias! Es como un sueño del que teme despertarse.

Urraca, desde muy pequeña, se ha acostumbrado a compartir sus sentimientos con el entorno que la rodea. Hábito, sin duda, de los solitarios.

«Qué bonito —piensa— que sean las amapolas a quienes voy a hacer partícipes de esta gran alegría». Ante sus ojos se extiende una gran llanura teñida de rojo hacia la que se dirige. El viento las arrulla con delicadeza formando unas suaves ondulaciones que semejan una sutil gasa. Como si el campo estuviera cubierto de un grácil y ligero manto púrpura.

Hace unas semanas que decidió dejar la corte para pasar una temporada en Carbajal de la Legua con las monjas benedictinas, las que estaban en el monasterio de San Juan y San Isidoro, las mismas que doña Sancha había enviado a esta pequeña localidad muy cercana a León. En los pocos años que allí llevan se han convertido en el centro de atención de los vecinos del pueblo que desde un principio empezaron a llamarlas «las carbajalas».

En aquel ambiente, Urraca encuentra una gran paz. Es la primera vez que convive con monjas y ahora que conoce un poco la vida conventual y sus interioridades entiende muy bien las razones —independientemente del amor a Dios— que podían mover a aquellas mujeres a elegir este tipo de vida. Aunque a ella le resultaría difícilísimo vivir entre cuatro paredes, valora la libertad de la que allí pueden disponer.

Las monjas se dedican, aparte de los trabajos normales propios de las mujeres, a estudiar. Aprender a leer y a escribir. Y algo impensable fuera del convento: las monjas se pasan diariamente dos horas leyendo. También se les permite desarrollar otras habilidades artísticas. Pero les está prohibido salir de los muros conventuales y a pesar de que en el interior disponen de jardín con hermosas flores, no es lo mismo.

Urraca tiene la sensación de que las amapolas sonrían a su paso. La tarde es esplendorosa. Al fondo, en la lejanía, la cordillera Cantábrica se recorta sobre el cielo.

Carbajal de la Legua se encuentra en pleno valle del Bernesga y por el pueblo pasa un ramal del Camino de Santiago que une León con la Cámara Santa de Oviedo.

Qué hermosa casualidad —piensa Urraca— que haya conocido la noticia precisamente en este lugar, al que su tía se ha desplazado para contárselo en persona.

—Urraca —llama doña Sancha, que se acerca caminando muy despacio—, ¿crees que podremos pasear hasta el río? —le pregunta.

—Como queráis.

—¿Aguantaré? Los años me afectan tanto.

—Podéis apoyaros en mí —dice la sobrina, ofreciéndole su brazo.

—Muchas gracias, querida. ¿Te acuerdas cuando te dibujaba flores para que descubrieras su nombre?

—Claro que me acuerdo. ¿Os siguen gustando?

—Mucho. Córtales, por favor, unas amapolas —le pide su tía.

—Si no os importa, os las cortaré a la vuelta. Ahora se marchitarían antes de que llegáramos al río.

—No, no me importa. Qué sensible eres, querida sobrina.

—¡Ay, doña Sancha! —exclama Urraca—. No será mi felicidad en Asturias tan efímera como el esplendor de las amapolas, ¿verdad?

—Eso son tonterías que no debes pensar. Creo que lo harás muy bien. Yo te facilitaré algunos nombres que pueden ayudarte.

—Es como un sueño; yo convertida en reina de Asturias. No sé cómo corresponder a vuestro cariño.

—Es decisión de tu padre el emperador.

—Y yo se lo agradeceré. Estoy segura de que habéis sido vos quien se lo ha sugerido —dice Urraca emocionada.

—La verdad es que no había pensado en ello y una tarde hablando con él sobre temas de gobierno, me comentó sus planes de futuro y me surgió la idea.

El emperador Alfonso VII había decidido que a su muerte el reino se dividiera entre sus dos hijos. Don Sancho, el primogénito, sería rey de Castilla, Toledo y Extremadura. Don Fernando, rey de León y Galicia.

—Pensé que si dividía el reino entre sus hijos varones —le cuenta doña Sancha—, a ti bien podría nombrarte reina de Asturias.

—¿Cómo reaccionó el emperador al escucharos? —quiere saber Urraca.

—Le pareció bien y aceptó sin dudar. Me aseguró que lo haría sin desgajar Asturias de León. Tu título, por tanto, es honorífico, de representación. Sin poder ejecutivo. Se te permite tomar decisiones, sometiéndolas antes a la aprobación del rey. Podrás crear una corte en Oviedo de la que rodearte como una auténtica soberana.

—Me parece imposible tanta felicidad. El emperador no solo no vuelve a casarme, sino que me envía a mi tierra, libre y con poder —dice la joven suspirando.

—Un momento, querida sobrina. No debes olvidar jamás que te debes al rey y a sus intereses. Ante esta realidad, tendrás que olvidar tu libertad en muchas ocasiones.

—Lo haré, tía. Llevaré a Constanza conmigo y le pediré a don Sancho que deje a mi hija pasar largas temporadas en Asturias.

—No me has contado cómo fue tu despedida de Pamplona —le comenta su tía.

—En realidad, solo me despedí de la servidumbre. A don Sancho le di las gracias por su comportamiento siempre cariñoso conmigo, y él también se mostró muy

afectuoso. Seguro que tendremos varias oportunidades de vernos.

—Se ha formalizado el compromiso matrimonial y vuestra hermana Sancha se casará con él, convirtiéndose en reina consorte de Pamplona como lo fuiste tú. ¿Crees que serán un matrimonio tan enamorado como Blanca y Sancho?

—Es posible. Casi conozco mejor a don Sancho que a mi hermana —apunta Urraca, que recuerda que la última vez que habló con él, este le comentó que sería feliz si su futura esposa se parecía a ella; pero a su tía solo le dice—: Estoy segura de que don Sancho hará fácil la relación.

Caminan muy lento para que doña Sancha no se canse. Guardan silencio... Cada una se pierde en su interior. Las dos disfrutan del paseo. Las dos son acariciadas por la misma brisa que en una y otra despierta distintas emociones. Mientras que Urraca, con ilusión recién estrenada, mira con optimismo hacia aquellas montañas que pronto le darán la bienvenida, la infanta-reina doña Sancha no puede evitar el pensar si esta será la última vez que pueda pasear por el campo en compañía de su sobrina preferida. En los últimos tiempos piensa mucho en la muerte. Lógicamente lo tiene asumido pero le gusta vivir. Cree en Dios y en la inmortalidad del alma, aunque a veces las dudas la torturan. No quiere ponerse triste. La alegría de su sobrina tiene que ser suficiente para que ella también lo esté. Sabe que su vida, como la de todos, está en manos de Dios, por ello debe tranquilizarse y disfrutar de momentos felices como este.

—Urraca, no hemos hablado de don Álvaro Rodríguez de Castro, ¿lo has visto?

—Nos encontramos un día. Acababa de llegar de un viaje con mi hermano don Fernando.

—Es su mano derecha. Siempre están juntos —dice doña Sancha.

—Me alegro por los dos. Doña Sancha, ¿ya ha decidido mi padre el lugar en el que viviré en Oviedo?

—Sí, residirás en el que fue palacio de mi abuelo, el rey Alfonso el Bravo, que donó al obispado de Oviedo. Es una especie de fortaleza cerca de la catedral. En ese palacio en el que vas a residir vivieron el rey Alfonso el Magno y su esposa la reina Jimena. Dentro de unos días saldrán para Asturias un grupo de sirvientes para adecuarlo todo antes de tu llegada.

—¿Qué sabéis de mi madre?

—Sé que, si no se han iniciado las obras del edificio que albergará el nuevo monasterio, estarán a punto de comenzar. Se levantará en unos terrenos, propiedad del emperador, que los llaman de la Vega. Están en las afueras de Oviedo. Creo que tu madre, doña Gontrodo, profesará como monja.

—¿Se sabe qué orden religiosa se hará cargo del monasterio? —pregunta Urraca.

—Estará bajo la tutela de una congregación francesa, fundada por Robert de Arbrissel. La que se ocupa de la abadía de Fontevraud, en Francia. La misma comunidad del monasterio de Santa María de la Vega del Cea, aquí en León, que tu padre y yo fundamos hace años.

—Me sorprende que mi madre haya elegido una congregación francesa y no la benedictina, por ejemplo, que es más conocida. Porque me imagino que ella no tendrá mucha idea de cómo es esta orden.

—Supongo que habrá sido el emperador quien la ha aconsejado. A mí no me ha preguntado —dice la infanta—, aunque creo que ha acertado.

—¿Por qué?

—El perfil de los componentes de esta orden es aristocrático. Doña Gontrodo es la madre de una reina y en ese sentido creo que está muy bien la elección.

—¿Es esta la congregación mixta de hombres y mujeres en la que todo el poder lo ostenta la abadesa? Creo recordar que hace un tiempo uno de los muchos peregrinos que pasaron por Pamplona me habló de ella.

—Sí. Son dos comunidades masculina y femenina que viven totalmente separadas, y las dos están bajo la autoridad de una mujer, la abadesa. De todas formas, Urraca, este tipo de monasterios dúplices no es nuevo, ya existían. En Asturias hubo unos cuantos. Su origen estaba en las casas familiares que en un momento dado se convertían en cenobios y se acogían a una de las reglas religiosas y ya no volvían a salir.

—No tenía ni idea de todo lo que me estáis contando. ¿En el convento fundado por mi madre existirá también comunidad masculina?

—No. Urraca, voy a contarte algo que te alegrará, tu padre va a crear para ti en Asturias un pequeño infantado.

—¿De verdad? —pregunta emocionada.

—Siempre te ha querido mucho.

Querida Constanza

Un día del mes de mayo de 1167, muy cerca del río Aller

—**Y**a nos vamos, Ana.

Urraca mira con amor a la pequeña imagen de la Virgen de Miravalles y abandona muy despacio la capilla.

—¡Dios mío, cuánto daría por volver a Oviedo!

—Tal vez podáis hacerlo algún día —dice, como un susurro, la joven doncella que añade—: Este lugar es muy hermoso, doña Urraca.

—Lo mismo comentó tu madre cuando me acompañó hace años.

—Si supierais lo mucho que la echo de menos —dice la joven.

—Yo también —asegura Urraca—. Me resultó muy difícil aceptar su muerte. Cuando alguien está enfermo, es mayor o se va a la guerra... pero tu madre estaba en el jardín.

—Fue horrible, yo me encontraba con ella —dice entre sollozos la doncella—. Quiso podar unas ramas del rosal que estaba al lado del pozo y no sé qué le pasó, dio un traspie y cayó hacia atrás, con tan mala suerte que se golpeó la cabeza. Ay, doña Urraca, qué dolor. Mi padre no pudo resistirlo, y se fue. Yo tenía que haberme ido con él para cuidarle.

—No, querida. Tú nada podías hacer. Además, tu madre me lo había pedido en más de una ocasión. Siempre me decía que si a ella le sucediese algo, me ocupara yo de ti.

—Y yo os lo agradezco, señora. Sois muy buena conmigo.

—Tu madre se merecía todo. ¿Sabes? Sentí tanto que ella no pudiera participar de la alegría de uno de los días más felices de mi vida. Habría disfrutado muchísimo.

—Sé que os quería —asegura Ana.

—También yo la quería. Tu madre nunca se separó de mi lado. Con ella compartí la emoción de nuestra llegada a Oviedo.

Oviedo

Año de 1153

—**S**eñora, aquí no tenemos el brillante sol de León. A pesar de ello, me gusta Oviedo. Es verdad que puede resultar rural en muchos aspectos, existe algo en sus edificios que no sé explicar.

—Clase y señorío, querida Constanza. Se nota que fue la capital del reino. Ha perdido esplendor, mas sigue conservado huellas de su pasado glorioso —dice Urraca—. Tengo que intentar que vuelva parte de la gloria perdida.

La doncella la está ayudando a vestirse.

—Qué bien os sienta este vestido, el señor obispo se asombrará al ver lo guapa y joven que sois.

—Qué zalamera eres. No sé por qué he permitido que vuelvas a vestirme cuando en los últimos tiempos en Pamplona me arreglaba casi siempre sola.

—Porque sois la reina —dice muy ufana Constanza.

—También lo era en Pamplona.

—Es distinto, señora. Aquí mandáis vos, no tenéis marido. Estáis más contenta, volvéis a ser la misma de antes de casaros.

—Está bien, y para darte la razón quiero que me peines con el mismo recogido que me hacías antes. ¿Te acuerdas lo antipática que estuve el día que conocimos a don Álvaro?

—Vaya si me acuerdo. Hoy os peinaré exactamente igual.

Hacía solo unos días que la reina Urraca había llegado a Asturias. Dos de los nobles de los que le había hablado su tía —Gonzalo Vermúdez y su sobrino Pedro Adefonsi— habían acudido a ponerse a su servicio. También el obispo Martín II la había visitado y ella acudía ahora a mantener un encuentro con él. Urraca sentía muchísimo no poder saludar al antiguo obispo de Oviedo, Pelayo, recientemente fallecido. Le encantaría poder cambiar impresiones con él. Su interés se debía a lo mucho que su tía le había hablado de este personaje y a su probado asturianismo. El obispo Pelayo era el creador del incipiente protagonismo que había adquirido Oviedo en los últimos años.

Urraca no ha leído ninguno de los escritos del obispo Pelayo, a pesar de que su tía alude a ellos con mucha frecuencia. Recuerda que la infanta, cuando quiere alabar a Asturias, cita siempre al obispo Pelayo, que aseguraba: «Nuestro Salvador Jesucristo, que pacificó todas las cosas, predestinó a Asturias rodeándola de montañas para que fuera el origen de la historia para la salvación de sus fieles». Esa frase, que en su día

copió textualmente porque le gustaba mucho, acude ahora a su memoria.

Al evocar estas palabras, Urraca se siente muy orgullosa de ser asturiana. Qué interesante sería contar con el obispo Pelayo en esta etapa de su vida al frente de los destinos de Asturias. Qué pena no poder aprender de su consejo —piensa Urraca—, qué pena que esa posibilidad ya no exista. De todas formas, intentará saber más del personaje entrevistándose con quienes le han conocido.

Aunque cuenta con la cancillería y personas a su servicio, elegidas por doña Sancha para que la asesoren y ayuden en su nuevo cometido, y con otros nobles asturianos que no han dudado en ponerse a su servicio, Urraca tiene que hacer frente a muchas actividades para ella desconocidas. La entrevista con el obispo Martín es una de ellas. Ha preparado unos cuantos temas para hablar con él. Le han informado de que en los diez años que lleva al frente de la diócesis de Oviedo la ha mejorado de forma considerable, enriqueciéndola con nuevas adquisiciones, entre las que destacan la iglesia de San Miguel de Anleo, en el concejo de Navia, y la de Cutre en Caravia. En su ingenuidad, Urraca tiene pensado preguntarle —por haberlo conocido siendo niña y por lo mucho que lo admiraba— cuándo serán trasladados los restos del obispo Pelayo, recientemente fallecido en Santillana del Mar, para ser sepultados en la catedral como ha previsto en su testamento. Mas sus asesores le aconsejan que no lo haga.

—La verdad es que te has esmerado. Me has dejado muy bien. Gracias Constanza.

—Doña Urraca, si no disponéis otra cosa, le pediré a Sol que me acompañe esta mañana para que juntas demos un paseo. Estoy deseando ver cómo es el mercado y qué tipo de tiendas hay.

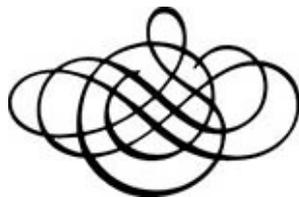
—Me parece muy bien. Pero decidle a alguno de los criados que os acompañe.

—Así lo haré.

El ambiente comercial de Oviedo en aquellos años se había activado de forma notoria gracias al numeroso grupo de francos, expertos artesanos y comerciantes, afincados en la ciudad a la que habían llegado como peregrinos para visitar a San Salvador y decidieron quedarse. Lo mismo sucedía en otras localidades por las que pasaba el camino, en las que era frecuente la presencia de colonias de francos u otras nacionalidades que decidían establecerse y no regresar a sus lugares de origen.

El ir y venir de peregrinos por el Camino de Santiago y del Salvador, traía consigo intercambio de culturas y repoblación, y constituyó un elemento dinamizador que influyó en muchas ciudades por las que pasaba el camino y, de forma muy notable, en la vida de los ovetenses. La prueba de que el número de personas que acudían a San Salvador era importante se evidenciaba, aparte de la dedicación de un hospital para los peregrinos, en los hospedajes con los que contaba Oviedo.

En aquellos años, mediado el siglo XII, la población activa-comercial era una realidad en Oviedo, aunque posiblemente la eclesiástica era superior.



—No os podéis imaginar, doña Urraca, la alegría que recibimos cuando conocimos que seríais la reina. Desde entonces todos los días rezamos por vos en la comunidad —dice la madre abadesa del convento de San Pelayo.

—Muchas gracias, madre.

—Seguro que no os acordáis de mí, soy Aldonza Fernández. Yo asistí a vuestra boda junto con mi marido don Álvaro Gutiérrez. Soy abadesa desde hace algo más de un año. Mi marido y yo fundamos un monasterio en las afueras de Gijón, en Fano. San Juan de Fano, un monasterio benedictino que depende de este de San Pelayo. Al quedarme viuda, decidí integrarme en la comunidad de Oviedo. Nuestra relación con el emperador y con vuestra tía doña Sancha siempre ha sido muy buena. Nos han ayudado mucho en temas de herencias.

Urraca hace esfuerzos por recordarla y no lo consigue. No duda de nada de cuanto le dice. Ella sabe que la relación de su tía con la nobleza asturiana había sido frecuente.

—Vuestro padre, en concreto —sigue diciendo la abadesa—, nos concedió a mi marido y a mí el monasterio de San Miguel de Trevías, cerca de Luarca, con la condición de que, después de muertos, la propiedad pasara al monasterio de San Pelayo.

Era lo que se llamaban concesiones *post obitum*, tan frecuentes en la época.

—No sabéis, madre abadesa, cuánto me alegro de que seáis vos quien esté al frente de este monasterio tan querido. Seguiremos viéndonos con frecuencia. Yo, en cuanto pueda, también tengo pensado haceros concesiones.

—Muchas gracias, doña Urraca. Por cierto, ¿vuestra madre doña Gontrodo ya ha ingresado en el convento?

—No. Creo que la fundación será para el otoño.

—Ha sido una pena que no se haya decidido por San Pelayo —comenta la abadesa.

—También yo lo he pensado —dice la reina muy reflexiva.

Es verdad que lo ha pensado, aunque en el transcurso de su conversación con la abadesa, Urraca se da cuenta de que su madre ha tomado la decisión adecuada. En la comunidad de San Pelayo seguro que no se sentiría cómoda.

—Por cierto, madre abadesa, ¿qué es de sor Aldara? La última vez que pasé por el monasterio, hace unos seis o siete años, estuve con ella. Le tengo un gran afecto.

—Ya me lo han dicho. No se encuentra aquí con nosotras para daros la bienvenida porque está enferma.

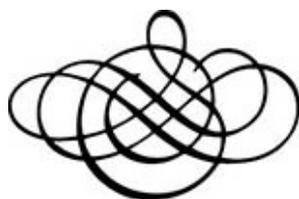
—¿Es grave? —pregunta preocupada.

—No. Esperamos que dentro de poco, si Dios quiere, esté totalmente restablecida. Doña Urraca, perdonadme, no sé si debo, ¿cómo se encuentra vuestra hija? Sancha la llamáis, ¿verdad?

—Sí. Es una niña preciosa. Creo que dentro de unos días llegará a Oviedo.

—¿Para quedarse?

—De momento, se quedará todo este año. Luego ya veremos.



Van pasando los meses y Urraca cada vez se encuentra más cómoda en Asturias. Todas las mañanas mantiene audiencias y ya conoce a la mayor parte de la nobleza y del clero.

Le gustaría saber lo que piensan de ella el resto de los asturianos. Desea ayudar a todos y quiere hacer lo posible para mejorar la vida de Asturias en general.

El contacto que tiene con esa realidad que dentro del palacio se le escapa se la brindan sus doncellas Constanza y Sol, que se han hecho amigas de muchos de los comerciantes de la ciudad. Ellas se apresuraron a contarle que los asturianos necesitaban importar productos para poder vivir.

—Nos han dicho, doña Urraca, que aunque las cosechas sean buenas siempre necesitarán trigo, vino y sobre todo sal.

Es algo que Urraca ya conocía. Muchas veces su tía doña Sancha le había comentado que algunos de los monasterios más importantes de Asturias poseían en León plantaciones de trigo para poder abastecerse todo el año.

—Es verdad que Asturias carece de determinados alimentos, siendo la pesca una de sus fuentes alimentarias, aunque en lo único que es rica es en frutales. ¿No son las manzanas asturianas las más ricas que habéis tomado? —pregunta doña Urraca, riendo.

—Por supuesto que sí. También hemos probado la sidra. Y hemos comprado escanda para hacer pan. Nos lo han dado a probar y estamos seguras de que os gustará.

La escanda era un cereal, una especie de trigo rústico, que se adaptaba muy bien a la humedad y al frío, de ahí que se diera tan bien en las tierras asturianas. El pan que de la escanda se obtenía aseguraban poseía sabor excelente y se conservaba durante más tiempo.

Urraca se encuentra en Avilés que es, junto con Oviedo, la única ciudad en Asturias a la que ya su bisabuelo, el rey Alfonso el Bravo, le había concedido fuero, renovado por su padre hacía unos años. Avilés tenía, por ello, categoría de villa de realengo y siempre había apoyado los intereses de la corona. Destacaba por su

comercio marítimo y contaba con un gran alfolí donde se guardaba la preciada y necesaria sal que llegaba al puerto procedente de salinas francesas, portuguesas, gallegas. La ciudad llegaría a tener un auténtico monopolio de la sal que era distribuida a toda Asturias y a León.

—¿Han tenido problemas para mantener estos privilegios en el comercio de la sal? —pregunta Urraca a las autoridades que la acompañan.

—Disponemos de unas sólidas murallas. Y vuestro augusto padre, el emperador, nos ha otorgado libertad comercial.

—Sí, ya sé que se han suprimido los impuestos de tránsito desde la mar a León para favorecer el comercio ambulante. Yo, en concreto, me refería a las dificultades del camino ya que, según me han contado, es frecuente la presencia de bandoleros.

—Es verdad, ello nos obliga a llevar gente armada custodiando las mercancías.

—Tenedme al tanto, porque si en algún momento precisáis refuerzo, tal vez os pueda ayudar.

—Gracias, señora. Mirad, se ve desde aquí, estamos llegando.

Urraca tenía interés en ver el castillo de Gauzón, construido para defender el puerto de la posible llegada de piratas. Su interés no era tanto por visitar la fortaleza defensiva, sino porque había sido escenario de la lucha de su padre con el levantisco conde Gonzalo Peláez. Y también porque le habían dicho que en la fortificación, en un taller de artesanos que allí trabajaban, habían creado la Cruz de la Victoria.

La visión de la mar la hace detenerse. Es hermosa —se dice—, y recuerda lo que le había comentado Blanca: «Aunque no la vuelva a ver. Nunca olvidaré su imagen». A ella le sucede lo mismo.

El lugar en el que se levanta el castillo, una gran peña, era el sitio perfecto para la misión para la que había sido creado. La perspectiva que desde allí se obtiene es perfecta.

Le cuentan los nobles que la acompañan que, después de que la corte se fuera a León, el castillo se convirtió en residencia de los distintos representantes reales al frente del alfoz de Gozón y que allí durante mucho tiempo se siguieron fabricando armas y también joyas, aludiendo a la hermosa cruz símbolo de Asturias.

Urraca se interroga como cuando era niña si será verdad que parte de la cruz de Pelayo se encuentra dentro de la Cruz de la Victoria, una pregunta que ya formuló en su tiempo a sor Aldara y que ahora repite.

—Es hermoso creerlo; sin embargo, a mí me cuesta, señora —confiesa uno de los nobles.

—Si me permitís, doña Urraca, os contaré una leyenda que existe desde siempre sobre la Cruz de la Victoria.

—Contad —pide Urraca ilusionada.

—Según la leyenda, el amado símbolo de nuestra tierra no fue hecho por manos humanas.

—¿Entonces? —exclama Urraca.

—El milagro se produjo una tarde de tormenta y la cruz fue obra de un rayo que al golpear un roble dejó dibujada la cruz en su tronco. Luego ya se la adornó con piedras preciosas. Y eso fue lo que probablemente se hizo en el castillo de Gauzón.

—Es hermosa la leyenda y me gusta que el rayo haya elegido un roble —dice Urraca—, porque entraña fuerza y es el símbolo de la realeza asturiana, ¿verdad?

—Efectivamente, señora. No sé si conoceréis la iglesia de Santa Eulalia de Abamia, donde está enterrado el rey don Pelayo y su esposa la reina Gaudiosa.

—No —contestó Urraca.

—Pues en ella aparecen grabadas en la piedra hojas de roble.

—¿Dónde se encuentra esa iglesia? —pregunta ella.

—Cerca de Cangas de Onís.

—Don Rodrigo, tomad nota cuando vayamos a Covadonga, quiero visitar la iglesia de Santa Eulalia de Abamia.

—Sí, señora.

Rodrigo es un joven que hacía las veces de asistente personal, ayudante del mayordomo, que es el noble asturiano Gonzalo Vermúdez y está destinado a ser su hombre de confianza, aunque Urraca aún no le conoce lo suficiente. Es hijo de Nicolás Peláez, el mayordomo de doña Sancha.

La reina confía plenamente en su tía y no duda de que ha buscado a las personas más convenientes para que la ayuden. No obstante, le habría gustado elegirlas ella. De hecho, piensa incorporar como asesores personales a uno de los frailes del monasterio de San Vicente que hace las veces de capellán y a un joven sastre o alfayate que sabe todo cuanto acontece en la ciudad y al que conoció a través de sor Aldara del monasterio de San Pelayo. La monja benedictina se ha convertido en la mejor amiga de Urraca. La reina de Asturias cada día disfruta y aprende con su interesante conversación. Sor Aldara ha leído mucho y se nota. La amistad de aquella monja es un consuelo para su alma.

—No debéis estar triste. Dentro de poco vuestra hija estará de nuevo con vos.

—Me duele su marcha, sor Aldara, porque no la tendré a mi lado y la echaré mucho de menos. También es verdad que incrementa mi dolor el comprobar que ella no quiera quedarse todo el tiempo conmigo. Podía haberme impuesto y pedirle a don Sancho que mi hija no se fuera.

—Habéis hecho bien —asegura sor Aldara—, es muy niña y según me habéis dicho, en la corte de Pamplona hay más niñas de su edad y es lógico que le divierta más estar allí. Ya veréis cómo, en cuanto pasen unos años, su actitud cambiará.

—Yo sé que también influye que el ama de cría que se ocupó de ella siga a su lado y Sancha, mi hija, seguro que la quiere más que a mí. Es el riesgo que se corre al no poder amamantar a los hijos.

—Os equivocáis.

Urraca sabe que sor Aldara tiene razón y que una reina debe ocuparse de otras cosas y no mostrar ninguna dependencia de los hijos, mas ella está sola y aquella niña

es su hija, ella le ha dado la vida.

—Además —sigue diciendo sor Aldara—, ahora vuestra hermana es reina de Pamplona y se ocupará con cariño de la niña.

Sancho VI, rey de Pamplona, se había casado aquel verano de 1153 en Soria con Sancha de Castilla, hija del emperador Alfonso VII y hermana de Urraca. Desposaba así a la hermana de su cuñado y a la hermana de la esposa de su padre. Con aquella unión se reforzaban los lazos de familia que unían a las dos coronas.

—Sí, seguro que lo hace —dice la reina resignada.

—¿Cómo está vuestra madre? ¿Todo bien en el monasterio? —le pregunta sor Aldara.

Desde el 13 de octubre de 1153, doña Gontrodo se había convertido en la abadesa del nuevo cenobio de Santa María de la Vega. Su hija, la reina doña Urraca, figuraba como testigo en el documento fundacional. Aparte de los terrenos, cedidos por el emperador, fueron numerosas las donaciones que este hizo a su antigua concubina. Todas ellas revirtieron en el monasterio, incluso un grupo de moras y moros, siervos unidos a alguno de los lotes donados.

—Muy bien. No voy mucho por allí. Mi madre parece relajada y feliz.



A Urraca le gusta pasear sola por los pasillos y galerías del palacio que ahora es su residencia. A veces consigue perderse en sus pensamientos imaginando cómo sería la vida en aquel lugar cuando estuvo habitado por quien lo había mandado construir: el rey Alfonso III el Magno, figura decisiva en la reconquista y que hubo de afrontar la traición de sus propios hijos. Él y la reina Jimena habían sido quienes encargaron la hermosa Cruz de la Victoria, símbolo de Asturias.

Se siente privilegiada al vivir allí y ser reina de Asturias. Qué orgullo caminar por las calles de Oviedo, al lado de su padre el emperador.

Al año de llegar Urraca a Asturias, Alfonso VII, acompañado de la emperatriz Riquilda, de sus hijos —don Sancho y don Fernando— y de su hermana, la infanta-reina doña Sancha, había visitado la ciudad.

Aquella visita le proporciona a Urraca una gran fuerza y un importante respaldo oficial. Desde aquel momento, sus deseos de cumplir bien su misión serán una constante en su vida. Lo cierto es que le gustaría poder emular a algunos de sus antepasados, pero sabe y tiene muy claro que no puede tomar ninguna decisión sin contar con la aprobación de su padre que le ha dado el cargo y que tan generoso ha sido con ella al dotarla de un pequeño infantado. De todas las propiedades recibidas, la que mayor ilusión le hace es el señorío de Aller, donde ha nacido.

Oviedo es ciudad tranquila, sobre todo en el núcleo central. A Urraca no le permiten salir sin vigilancia, aunque sea a la vecina iglesia de Santa María de la Corte, a la que le gusta ir a rezar algunos días.

Hoy la acompañan la doncella Sol y tres sirvientes. La esperan fuera mientras ella reza en el interior. Tras las oraciones, emprenden el camino de vuelta. Urraca se recrea observando el conjunto de edificios religiosos que le resultan especialmente queridos. A punto está de pararse en el monasterio de San Vicente, mas decide seguir. En él decían estuvo el origen la ciudad. El cenobio, después de unos años de cierta decadencia, había conseguido subsistir gracias a la realeza y nobleza asturianas que mostraron su interés volcándose en su recuperación.

Cuando ya divisa su residencia ve que alguien sale de palacio y se dirige como si fuese a su encuentro. Es un hombre, pero a la distancia que está no lo identifica. Según se va acercando, siente que su corazón se acelera, no puede ser quien piensa...

—Doña Urraca, he llegado hace unos minutos y en vez de esperaros he preferido salir a vuestro encuentro.

—Don Álvaro, qué sorpresa.

—Os veo muy bien. Deduzco que estáis contenta con vuestra misión aquí.

—Mucho, amigo mío. No puedo hacer todo lo que me gustaría, aunque creo que en Oviedo desde mi llegada se empieza a notar una mayor actividad. Pero decidme, ¿cómo se encuentra doña Sancha y toda la familia real?

—Muy bien. Ya sabéis que vuestro hermano don Sancho y doña Blanca de Navarra han tenido un niño al que le ha puesto por nombre Alfonso.

—Me alegro tanto por ellos. Y don Fernando, ¿no piensa casarse? —pregunta Urraca sonriendo.

—Vuestro hermano tiene otras prioridades.

—No sois un buen ejemplo para él.

—Señora, mi caso es distinto.

Urraca rehúsa mirar a don Álvaro, algo en su tono de voz le hace ponerse en guardia y decide cambiar de tema inmediatamente.

—¿Habéis venido solo?

—Me acompañan diez hombres. Os preguntaréis cuál es el motivo de mi viaje, además de saludaros y veros, que siempre es un placer —dice el caballero.

—¿Os envía mi padre?

—No. Como don Fernando conocía mis deseos de visitaros, me ha encomendado una misión. Quiere conocer de primera mano cuál es la situación del monasterio de Santa María de Villanueva de Oscos, fundado por vuestro padre hace más de quince años.

—No tengo noticias de que suceda algo fuera de lo normal en Santa María —comenta Urraca.

—Sabéis que una de las razones que movieron al emperador para fundar este cenobio en los Oscos fue la de facilitar la repoblación de la zona y lo puso en manos

de la orden de San Benito.

—Sí, lo sé.

—Pues se baraja la posibilidad de cambiar a la comunidad a otras manos. Concretamente se piensa en el Císter, haciéndolo dependiente del de San Salvador de Carracedo en León.

—Me gustaría conocer cuáles son las razones que mueven y deciden el protagonismo de ciertas órdenes religiosas en determinados momentos.

—Pueden ser varias. A veces, incluso, ajenas al funcionamiento de las mismas. Me iré mañana mismo, y a la vuelta, doña Urraca, quería haceros una propuesta, me gustaría que juntos visitáramos Covadonga, si podéis disponer de unos días.

—Tengo previsto desde hace tiempo un viaje a Covadonga y nunca lo hago. Ahora, sabiendo que vos queréis ir, me obligo a ello. Espero que esta noche me hagáis el honor de cenar conmigo.

—Será un honor y un placer, doña Urraca.

Covadonga

—Doña Urraca, si alguien me lo dice no me lo creo. Llevamos varios días de viaje, estamos a punto de llegar a Covadonga y no habéis utilizado en todo el recorrido el carruaje.

—Siempre me ha gustado cabalgar.

—Y lo hacéis muy bien.

—El palafrén que monto me da seguridad.

Después del accidente de su marido, que había muerto de una caída del caballo, Urraca solo se subía a palafrenes.

—Debo deciros, doña Urraca, que en vuestra compañía el viaje está siendo una delicia.

—Sí que lo pasamos bien. Los finales del día en los caseríos donde hemos pernoctado o los lugares en los que se han levantado las tiendas han sido preciosos. No os imagináis, don Álvaro, lo emocionada que me siento al pensar que dentro de unos momentos estaremos en el lugar santo donde comenzó todo. Estoy deseando postrarme a los pies de la Santísima Virgen.

—Lo entiendo tan bien. Yo no soy asturiano; sin embargo, soy consciente de lo que aquí sucedió hace siglos y creo nos marcó el camino diciéndonos que la reconquista era posible.

La visión de la Santa Cueva les hace detenerse.

—Dios mío, es único —exclama Urraca.

La naturaleza hermosa de por sí, lo es en Covadonga mucho más. El monte Auseva y sus estribaciones parecen darse la mano para formar un círculo protector. De pronto, el inconfundible sonido del agua que ha conseguido horadar la montaña, después de haber recorrido quién sabe cuántos obstáculos, muestra su alborozo ante la libertad, precipitándose en esplendorosa cascada.

Justo encima se encuentra la Santa Cueva. Es una gruta natural que, como gran hornacina, cobija la imagen de la Virgen de Covadonga.

—Don Álvaro, es como si todo el entorno quisiera proteger la Santa Cueva. No os riáis, estoy segura de que si la naturaleza pudiera rezar, en Covadonga lo haría.

Álvaro mira a Urraca. Nunca la ha visto más guapa que en aquellos momentos.

—Tengo la sensación, doña Urraca, de que este lugar siempre ha sido sagrado y seguro que los antiguos pobladores adoraron aquí a sus dioses y diosas. La fuerza que se percibe en Covadonga sin duda trasciende.

Ella escucha en silencio. No separa sus ojos de la Santa Cueva. Ninguno de los dos se percató de que un viejo clérigo se acerca andando.

—Mi señora doña Urraca, cuánto honor contar con vuestra presencia. Podemos acercarnos a nuestro humilde cenobio —dice, señalando a un pequeño edificio a la derecha del pozón, especie de estanque donde se recoge el agua de la cascada—.

Descansad un momento y luego os acompaño a la Santa Cueva.

—Muchas gracias, padre, si no os importa prefiero ir a visitar a la Virgen antes de nada —dice Urraca.

—Está bien, como queráis. De todas formas, podéis dejar los caballos en la entrada de la casa. Ya se hacen cargo de ellos y subimos andando.

—Muchas gracias —contesta la reina.

—Siempre a vos. Ya tenemos preparado para que podáis alojarnos. Es todo muy humilde, aun así intentaremos que os sintáis bien.

—Podéis estar seguro de que nos encontraremos muy cómodos.



—¿Y decís que fue el rey Alfonso el Católico quien mandó recubrir de madera la cueva para establecer en ella el culto? —pregunta Urraca al fraile que les atiende.

—No se sabe con exactitud. Creo que no existen documentos que lo acrediten. La tradición o la leyenda aseguran que fueron él y su esposa quienes lo decidieron.

Alfonso el Casto fue el tercer rey de Asturias. Sucedió en el trono a su cuñado Favila. Su mujer Ermesinda era hija de Pelayo. Gobernó entre los años 739-757.

Urraca y Álvaro escucha muy atentos las explicaciones que el fraile les da.

—Es difícil saber con exactitud lo sucedido en Covadonga cuando los árabes fueron derrotados. La tradición cuenta que un día don Pelayo, persiguiendo a un ladrón llegó a esta cueva en la que se había escondido el hombre. Al entrar en ella, don Pelayo vio una hermosa imagen de la Virgen. A su lado se encontraba un ermitaño que le pidió clemencia para el malhechor, pues se había acogido a la protección de la Virgen y le dijo que llegaría un día en que también él buscaría refugio en la cueva. Entre los árabes se decía que don Pelayo y sus hombres se apostaron en este lugar y aquí permanecieron, siendo alimentados por la miel que dejaban las abejas. Por su parte, los cristianos creen que la Virgen María sí ayudó a don Pelayo que se hizo fuerte en la gruta desde la que empezaron a lanzar piedras a los árabes. De pronto aquellas piedras, según cuenta la tradición, se multiplicaron convirtiéndose en una auténtica lluvia de pedruscos que hizo que los musulmanes salieran huyendo.

—Poco importa cómo haya sido —dice Urraca—. Lo evidente es que en Covadonga está el origen del reino de Asturias.

—Sí, doña Urraca, tenéis razón, aquí empezó la reconquista en la que aún seguimos y seguiremos —afirma don Álvaro.

—¿Padre, nos aconsejáis que mañana intentemos subir a ver los lagos? —pregunta Urraca, que añade—: Digo intentemos porque ya me han comentado que

normalmente la densa niebla impide el acceso.

—Es cierto, por ello debéis salir antes del amanecer. Os animo a que vayáis. Merece la pena porque es un lugar precioso y si conocéis la leyenda que envuelve a los dos lagos, al Ercina y al Enol, seguro que os atraen más —dice picaronamente el fraile.

—Os escuchamos, padre —lo anima Urraca muy interesada.

—Se dice que sobre lo que hoy son los lagos antes existía un pequeño poblado de pastores. Un día, una joven peregrina llegó al lugar y pidió comida y un sitio para descansar. En ninguna de las casas la atendieron, solo un pastor la llevó a su humilde refugio y compartió con ella todo lo que tenía. Al día siguiente, una especie de diluvio arrasó todas las viviendas anegando el lugar para siempre. Solo la choza del pastor se mantuvo en pie. Asustado y consternado, el hombre miraba a la muchacha que se disponía a reanudar su camino y que al ver lo sucedido comenzó a llorar. El pastor no salía de su asombro al comprobar cómo las lágrimas que resbalaban por las mejillas de la peregrina al llegar al suelo se convertían en preciosas flores. Cuando quiso hablar con ella, la muchacha había desaparecido. Entonces el pastor creyó que aquella mujer era la Virgen y que la desaparición del poblado había sido un castigo divino ante la falta de hospitalidad de sus gentes.

—Cuántas enseñanzas encierran las leyendas —exclama Urraca.

—Es verdad —añade don Álvaro—, y algunas es una pena que no sean realidad.

—Ciertamente, nunca lo sabremos —asegura el fraile—. Pueden funcionar como si lo fueran. Doña Urraca, me voy a permitir haceros una recomendación. Salid esta noche, aunque sean unos minutos para ver cómo la luna llena ilumina la Santa Cueva. Creo que el cielo nocturno estará despejado y podréis disfrutar con su visión.

—Gracias padre, os haré caso.

—Doña Urraca, me gustaría poder acompañaros —pide don Álvaro.

—Por supuesto, hemos hecho el viaje juntos y juntos disfrutaremos de todo lo que nos ofrezca.



—Doña Urraca, muy hermoso el gesto que habéis tenido con los frailes.

—Gracias, don Álvaro, pero creo que lo necesitan mucho más que nosotros. No tienen ganado, solo cuatro gallinas. Con la carne que les dejamos tienen para una buena temporada. Nada más que son cinco frailes. Tengo la sensación de que se alimentan mal.

—Seguro que es así, señora, y no creo que sea por falta de alimentos. Desean hacerlo como sacrificio. Estoy convencido de que esa es su voluntad. El salmón que

hoy nos han servido a nosotros es un plato excelente. Y ellos solo lo toman en grandes solemnidades y lo tienen al alcance de la mano.

—Puede que tengáis razón. La verdad es que me costó mucho convencerles para que aceptaran los alimentos que les hemos dado.

—Sí, lo he visto. Y al final accedieron con la condición de os llevarais el dulce de manzana que ellos hacen, y que por cierto está buenísimo. ¿Conocíais el ciclo vital de los salmones?

—Sí, es una historia de amor preciosa.

Siguiendo el consejo del fraile, doña Urraca y don Álvaro habían salido después de la cena a dar un paseo. Tal y como les había pronosticado, la noche estaba clara.

—Es mágico este lugar, doña Urraca, qué suerte poder ver cómo la luna ilumina la Santa Cueva.

—Hemos tenido suerte, es una experiencia preciosa —afirma Urraca—. ¿No os parece que Covadonga debería ser más conocida? Si los reyes siguiesen con la corte en Oviedo, seguro que la situación sería distinta.

—Vos ahora podéis hacer algo. A decir verdad, en el tiempo que lleváis en Asturias, me han dicho que Oviedo ha ganado en protagonismo.

—Debería comentárselo a mi padre —continúa reflexionando Urraca, como si no le oyera—. Creo que él nunca estuvo en Covadonga, y aunque no fuera nada más que como agradecimiento a sus antepasados, tendría que venir. Nosotros, don Álvaro, antes de regresar a Oviedo, visitaremos la tumba del rey don Pelayo. Me parece algo obligado.

—Me gusta mucho escucharos, os sentís tan asturiana. Nunca olvidaré estos momentos vividos en Covadonga —replica él, tomando una de las manos de doña Urraca entre las suyas.

Urraca siente como una especie de descarga eléctrica que recorre todo su cuerpo y se pregunta si a don Álvaro le sucederá lo mismo. No sabe cómo reaccionar, ni qué decir... Sigue con sus ojos perdidos en la oscuridad de las montañas, no se atreve a mirar al hombre que está a su lado... A lo lejos se escucha el susurro del agua... De pronto la toma de los hombros y la hace girarse hacia él. La claridad que proyecta la luna los envuelve en su fulgor misterioso, sus ojos se encuentran, se funden en un apasionado diálogo sin palabras... sus labios se buscan...

Urraca descubre el placer de los besos, la felicidad de sentirse abrazada. El deseo de ser amada por aquel hombre que la hace vibrar de aquella forma...

—Perdonadme, doña Urraca, pero no he podido resistir. Hace tiempo que sueño con vos —dice don Álvaro quedamente.

Ella está desconcertada. De buena gana le volvería a abrazar. Qué distintos a los besos de su marido. ¿Qué hacer? ¿Cómo reaccionar?

—No tiene importancia, don Álvaro, la luna nos ha hechizado. Mejor será que nos retiremos.

—Como queráis, señora, pero os confieso que en mi caso no ha sido la luna. Y

vos lo sabéis. Lo que leísteis en mis ojos es la verdad. No sé qué será de nuestras vidas. De lo que estoy seguro es de que nadie me arrebatará jamás el placer, el honor y la ilusión de ser la primera persona que os besa en Covadonga.



Urraca no consigue dormirse. ¿Cuál será el comportamiento de don Álvaro a partir de ahora? ¿Y qué hará ella? Lo mejor será proceder como si nada hubiera pasado entre ellos. Él se irá pronto y eso la ayudará, porque teme que si lo sigue frecuentando surja el amor que sin duda complicará sus vidas.

Ha sido muy hermoso lo que don Álvaro le ha dicho. ¿Será verdad que sueña con ella? ¿Si no fuese reina de Asturias su interés sería el mismo? Nunca ha sido desconfiada, ¿por qué de repente se ha vuelto tan temerosa? A Urraca no le desagrade pensar que Covadonga siempre irá unida al recuerdo de los momentos vividos con el caballero. ¿Y si aquello fuese premonitorio?

Tiene que conseguir dormirse. Seguro que al día siguiente todo resulta mucho más claro.

Una de las cosas que tiene que hacer nada más llegar a Oviedo es contemplar la posibilidad de hacer alguna donación a los frailes que tan bien les están atendiendo.

Sensibilidad

Un día del mes de mayo de 1167, muy cerca del río Aller

—**M**irad, doña Urraca, qué pena.

A pocos metros de la salida de la capilla, un pajarito yace muerto sobre el verde prado.

—¿Qué le habrá pasado? —pregunta Ana.

—Cualquier cosa. Seguro que ayer volaba lleno de vida y hoy ya no existe. Igual nos sucede a los seres humanos —dice muy triste Urraca.

—¿Me permitís que lo entierre?

—Por supuesto, y quiero decirte que me gusta tu sensibilidad.

—Gracias, doña Urraca. Yo, desgraciadamente, ya sé lo que es la muerte.

—Más tarde o más temprano todos la conocemos.

La primera de las cuatro muertes en la familia real

Año de 1156

—**N**o puedo creer que sea verdad. Qué pena tan grande. ¡Dios mío, con las ganas que tenía de vivir y lo feliz que era al lado de su marido. Me parece imposible que Blanca haya muerto. Estaba a punto de cumplir los diecinueve años. Querida doña Sancha, os agradezco que hayáis decidido viajar hasta Oviedo para comunicármelo.

—Lo he hecho de forma egoísta, Urraca, necesito sentir el calor de tu cariño. Tu hermano, don Sancho, está destrozado, no encuentra consuelo ni en su precioso hijo. Resulta duro decirlo, pero lo considera responsable de la muerte de su madre.

—Se le pasará —dice Urraca confiada—, cuando transcurra un tiempo asumirá la realidad y ese niño, Alfonso, que es su hijo, fruto de su amor por Blanca, se convertirá en el centro de su vida. Así lo habría querido ella y Sancho lo sabe.

—Dios te oiga, por el bien de todos —exclama doña Sancha—. Tu hermano no quiere moverse de Nájera y todos los días acude a Santa María la Real para pasarse horas ante la tumba de doña Blanca.

—Y el emperador, ¿cómo está?

—Preocupado, como todos, y al mismo tiempo feliz porque ya sabes que ha sido padre otra vez. Tienes una nueva hermana. Le han puesto el nombre de Sancha.

—Ya cuentan con una pieza más en el tablero de la que poder disponer en un momento dado —dice Urraca con desencanto.

—Así es, querida.

Urraca observa en su tía, además de la tristeza por la muerte de doña Blanca, un cierto desaliento. Se la ve cansada...

—¿Os quedaréis una temporada conmigo? —pregunta Urraca.

—Sí, lo voy a intentar. En la corte ya no soy imprescindible como antes. Mis fuerzas han disminuido considerablemente. Y puede que esta sea la última vez que venga a Asturias y quiero ver a unas cuantas personas.

—Tía, por favor, no seáis pesimista.

—No, querida, no es más que la realidad, mi tiempo se acaba.

—¿Estáis enferma? ¿Os encontráis mal?

—No. Solo tengo años y lo que ello conlleva. No quiero quejarme. He tenido y tengo una vida plena de actividad. Ostento poder... Tengo un hermano que me ha respetado dándome el título de reina...

—Y tenéis una sobrina que os quiere mucho —dice Urraca, tomando sus manos.

—Ya lo sé. Y me encanta tu calidez, querida Urraca. No cambies. Es tan bueno utilizar nuestras manos para tranquilizar y sosegar a un ser querido. Nuestras manos deben ser pródigas en caricias, auténticos heraldos de nuestro afecto. Yo que siempre me he caracterizado por mi frialdad en el trato con los demás soy consciente de lo decisivo que es sentir afecto —dice convencida doña Sancha—. Te contaré un secreto: a veces en momentos de angustia y preocupación, en la soledad de mis aposentos me he abrazado a mí misma y mi cuerpo me lo ha agradecido. Cuántas veces en reuniones en las que ya no podía soportar el clima de tensión conseguía tranquilizarme deslizando suavemente, como una caricia, una de mis manos sobre la otra.

—¿Vos misma os abrazáis? —pregunta la reina sorprendida.

—Sí, y mi cuerpo reacciona agradecido —asegura su tía.

—Y yo que consideraba un defecto mi costumbre de utilizar las manos para apoyar mis palabras.

—No, sigue así. En ocasiones es mucho más eficaz un apretón de manos que mil palabras. Sabes la eficacia de una mano acariciando la mejilla de una persona enferma. Pero cambiemos de tema, ¿qué tal es el nuevo obispo?

—Vos lo conocéis, don Pedro fue hasta ahora el abad del monasterio de San Vicente.

—Sí, mi relación con él ha sido muy escasa. Y ya sabes que muchas personas cambian según el cargo que desempeñen —señala doña Sancha.

—Eso dice muy poco a favor de la persona en cuestión. No creo que a don Pedro le suceda. Es verdad que desconocemos cuál será su comportamiento como obispo, por el poco tiempo que lleva en el cargo, no creo que me equivoque.

—Le haremos una visita de cortesía.

—Cuando queráis tía.

—¿Te gustaría que nos acercáramos un día a San Salvador de Valdediós?

—A cualquier lugar donde os apetezca ir, os acompaño feliz. Y a Valdediós lo hago ilusionada.

—¿Lo conoces?

—No. Dos veces he estado a punto de ir y al final no ha podido ser, así que me encantará verlo.

—Pues lo vas a visitar conmigo. Antes decías que tenías buena relación con el nuevo obispo, ¿por qué no le pides que autorice una misa allí por el rito hispánico?

—¿Creéis que será prudente? Yo desconozco esa liturgia que pertenece al pasado —comenta Urraca.

—Bien dices, pertenece al pasado. Cuando yo nací ya estaba en vigor el rito romano.

—Entonces ¿por qué el interés?

—Algunas veces asistí a celebraciones en Toledo y me parece muy hermoso.

Ya en el Concilio de Coyanza, en 1055, la liturgia romana empezó a sustituir al

rito hispánico o visigótico, con la oposición de Navarra y Asturias que reivindicaban su derecho a seguir manteniendo las señas de identidad visigóticas en sus iglesias. Años más tarde, en 1075, ya se emplea el rito romano en la ceremonia de apertura del Arca Santa, celebrada en la catedral de Oviedo, en presencia del rey Alfonso el Bravo, abuelo del emperador Alfonso VII.

Este mismo rey, el Bravo, convocó a sus reinos para que asistieran a un concilio en Burgos con el fin de que se pronunciaran sobre el tema de la liturgia. El monarca era partidario del ritual romano y estaba dispuesto a que esa fuera la decisión del concilio, como sucedió. Pero todas las mujeres de la familia real deseaban continuar con la tradición. Ellas conseguirán que en San Isidoro de León se mantenga el rito hispánico durante un tiempo.

—En realidad —sigue diciendo doña Sancha—, si el rito hispánico ha llegado a nuestros días ha sido gracias a los mozárabes, de ahí que también se le denomine con ese nombre.

—¿Por qué? —pregunta Urraca.

—Mientras los mozárabes sigan siendo una realidad, es decir, mientras la reconquista no sea total y existan territorios en poder de los árabes en los que vivan cristianos, estos seguirán con el ritual hispánico.

El proceso de romanización de la liturgia en Hispania no fue sencillo y hubo que vencer grandes dificultades. Por ejemplo, cuando Toledo es conquistada, en los reinos cristianos ya se había impuesto la liturgia romana, mas la población cristiana que vivía en la ciudad seguía con su rito tradicional y fue muy difícil convencerles del cambio. El rey Alfonso el Bravo, defensor del rito romano, también presionado por el papa Gregorio VII y la orden de Cluny, principal defensora de la reforma gregoriana, y cada vez más protagonista en Castilla, se encargó de su implantación.

Las crónicas cuentan que ante la oposición del clero y el pueblo de Toledo que eran contrarios al abandono del rito hispano, Alfonso decidió que se celebrase un combate ordálico. Lucharon dos representantes, uno en defensa del rito hispano, el otro del romano. Dicen que el escenario de la lucha fue al lado del río Pisuega y que a pesar de ganar el contrincante que defendía la liturgia tradicional, el rey hizo oídos sordos. En la prueba del fuego se lanzaron dos breviarios. El romano se quemó inmediatamente y el mozárabe, por extrañas circunstancias, salió del fuego. Los textos aseguran que el rey Alfonso le propinó una patada al breviario y lo envió de nuevo al fuego.

En las dos pruebas, el rito hispano resultaba vencedor, aunque la decisión estaba tomada y se impuso el rito romano. Solo se autorizó a seis parroquias toledanas para que siguieran con la liturgia tradicional.

—Deduzco, doña Sancha que si pudierais habría más ceremonias litúrgicas con el rito hispánico.

—Siento muchísimo que llegue un momento en el que desaparezca. Me duele a mí que no fue mi forma de expresarme cuanto más a quienes manifestaron su fe por

medio de las oraciones incluidas en la liturgia hispánica. Han aceptado el rito romano, como no podía ser de otra forma. Pienso que alguna vez debería permitirse la oración a través del rito tradicional utilizado por nuestros antepasados.

—Como en Valdediós, donde se dice que la ceremonia de consagración, a la que asistieron siete obispos, fue solemnísimas —apunta Urraca.

—Me gusta que estés informada. Siempre te ha interesado conocer el pasado. Es verdad y es esa la razón por lo que te lo comentaba. Tal vez sea más prudente, como tú apuntabas, no decirle nada al obispo.

—Bueno, ya veremos —dice Urraca.



—Cómo me gustaría que os quedarais conmigo —comenta Urraca, tomando con cariño el brazo de su tía.

—Llevo en Asturias más de un mes, y he recuperado fuerza e ilusión. Me ha sentado muy bien. Creo que se avecinan tiempos agitados.

—¿En qué sentido?

—El avance en la reconquista de tierras al islam se complica. Los nuevos infieles que han llegado, los almohades, son mucho más voraces en sus ansias de poder y de dominio. Mucho más rigurosos en sus creencias y por lo tanto beligerantes, no solo con los cristianos, sino también con los almorávides a quienes intentan arrebatar el poder por considerarlos adulterados en sus costumbres y comportamiento.

—Resulta necesario entonces reunificar las fuerzas cristianas —dice Urraca.

—Eso sería lo ideal, pero es tan difícil aunar intereses —explica preocupada doña Sancha.

Urraca no le ha comentado nada a su tía de la experiencia vivida con don Álvaro. Ya ha pasado un año y no ha vuelto a saber nada de él. Ahora, al aludir al tema de la guerra, ha sentido miedo por él. Sería terrible que le sucediera alguna desgracia.

—¿Doña Sancha, veis con frecuencia cuando estáis en León a don Álvaro?

—No mucho. Ya sé que os ha visitado. Menos mal que te has decidido. Llegué a dudar de tu confianza —comenta doña Sancha riendo.

Urraca abre totalmente el corazón a su tía, contándole sus dudas e indecisiones.

—Para don Álvaro, aun sabiendo que tú estarías dispuesta a casarte con él, resulta muy complicado planteárselo al emperador. Tendrías que ser tú quien se lo adelantara —opina doña Sancha.

—Lo que sucede es que yo no estoy segura de mi amor por él —responde Urraca.

—Te prometo pensar en el tema. Es posible que se me ocurra algo. Lo haré porque deseo tu felicidad y como agradecimiento por la visita a San Salvador de

Valdediós que fue preciosa.

—Es un lugar hermoso y con cierta magia. Los manzanos de ese valle son especiales. Y al caer la tarde, da la sensación de que el sol juega al escondite con alguno de esos pequeños seres de la mitología a los que no vemos porque permanecen ocultos esperando que el valle se quede solo, y es entonces cuando corretean en libertad.

—Me gusta tu imaginación. Jamás podría idear nada igual —dice doña Sancha, riendo—. Escucha Urraca, no sería mala idea fomentar la creación de un monasterio en Valdediós. Creo que ahora que estás en Asturias podrás ocuparte de ello.

—Lo haré, aunque me sorprende que sus fundadores no hayan pensado en esa posibilidad.

—No lo sabemos. De todas formas en los tiempos en que reinaron Alfonso el Magno y su esposa la reina Jimena, las costumbres eran otras.

—¿Será verdad que fue en esa pequeña iglesia donde el Magno lloró la traición de su mujer y de sus hijos que llegaron a atentar contra su vida?

—Si no fue aquí, sería en otro lugar. Tiene que ser terrible para un padre ver en lo que se han convertido sus hijos —señala doña Sancha—. No debemos ponernos tristes. He visto a tu madre, doña Gontrodo, que se encuentra muy feliz en el convento.

—A pesar de que no la visito con mucha frecuencia, sé que está muy dichosa de haber profesado como monja.

—Estoy enterada de que con quien es cada día más estrecha tu relación es con el monasterio de San Pelayo, en concreto con sor Aldara.

—Así es. Sor Aldara se ha convertido en mi amiga del alma. Su orientación y sus conocimientos históricos me resultan valiosísimos. Es una gran suerte poder contar con ella.

—No sabes cuánto me alegro. Fue la abadesa quien me habló de tus visitas casi diarias.

—Es cierto que cuando estoy en Oviedo acudo casi todas las tardes. Estoy pensando en hacer unas donaciones al monasterio.

—Perfecto, que pidan por tu alma. Aunque aún te queda mucha vida por delante. La mía es casi historia —dice con melancolía doña Sancha—. Mi mañana cada día se acorta más. ¡Urraca, no pongas esa cara que yo no estoy triste!

—Me apena que digáis esas cosas.

—Es la realidad. No sirve de nada intentar olvidarla. Además, te aseguro que después de comprobar lo bien que cumples con tu papel en Asturias y lo feliz que eres aquí, me voy repleta de alegría.

—Siento tanto que os vayáis, querida tía —dice Urraca.

—Lo sé. Ahora la que tiene que buscar unos días para pasarlos en León conmigo eres tú. Y no creas que me olvido de lo que hemos hablado de don Álvaro.

Urraca le da un beso en la mejilla y sigue paseando agarrada de su brazo.

El monasterio de San Pelayo

Año de 1157

Urraca se siente un poco partícipe de aquella noticia que realmente le agrada: la constitución de un cenobio de monjas cistercienses, el real monasterio de Santa María de la Caridad de Tulebras. Aquella era la primera fundación femenina del Císter en España y había sido una iniciativa de su marido García Ramírez, rey de Pamplona, que propuso a las monjas cistercienses de la abadía de Lumen-Dei (procedentes de Francia) establecerse en sus posesiones en Tudela. Urraca había estado con las primeras monjas hacía unos diez años y ahora el actual rey de Pamplona, su querido Sancho, a quien llaman el Sabio, les ha entregado una tierra de realengo a orillas del río Quelles.

—Lo cierto es, doña Urraca, que si el difunto rey se ocupaba de favorecer a las órdenes religiosas, don Sancho lo supera. Vos sabéis lo unido que siempre se sintió a los monasterios.

Uno de los trabajadores del convento de Santa María la Real de Irache, recién llegado a Oviedo con un grupo de peregrinos para venerar las reliquias de San Salvador en su camino hacia Santiago, ha solicitado audiencia para poder saludar a la reina.

—He oído tantos comentarios sobre la experiencia de hacer el camino que me he decidido. La verdad, señora, es que espero me sirva para descubrir si mi vida debe estar consagrada a Dios en el interior de un monasterio o por el contrario es el mundo quien me espera.

—¿Y por qué no seguir como hasta ahora? —pregunta Urraca.

En casi todas las comunidades religiosas existían los hermanos encargados de desempeñar los trabajos en el huerto, cocina... En el caso de los benedictinos de Irache, aparte de legos, tal vez siguiendo el ejemplo de los benedictinos ingleses, contaban con algunas personas empleadas y una de ellas es a quien recibe aquella mañana la reina Urraca.

—Porque mi vida resulta un tanto extraña. Me paso el día en el convento, pero no soy uno de ellos. En el mundo me siento desplazado, como fuera de mi ambiente.

—Pues yo creo que es claro, ya que lleváis unos cuantos años en el cenobio, debéis profesar como benedictino.

—Eso sería lo lógico. No lo hago porque me da miedo perder la libertad. La idea de encerrarme no me importa ahora, porque sé que puedo irme cuando quiera.

—En eso tenéis razón; es importante saber que se puede disponer de algo aunque

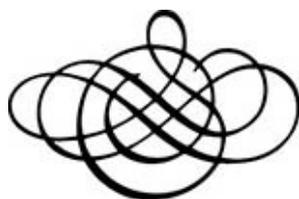
nunca se vaya a utilizar —dice Urraca pensativa.

—Espero que el apóstol Santiago ilumine mi alma.

—Seguro que lo hace. No sabéis cómo agradezco vuestra visita y los saludos que traéis del abad. Decidle que yo también le recuerdo con mucho afecto.

Urraca no quiere preguntarle a su visitante por el rey don Sancho. Está preocupada porque le han hablado del acuerdo firmado hace unos días por su padre, el emperador Alfonso VII, y Ramón Berenguer, conde de Barcelona y príncipe de Aragón, en Lérida. La intención de los dos mandatarios era repartirse el reino de Pamplona y una forma de sellarlo había sido el compromiso matrimonial del primogénito de Ramón Berenguer, un bebé de unos meses, con la última hija de Alfonso VII, Sancha, que aún no había cumplido los dos años.

A Urraca le parece totalmente inoportuno el acuerdo, sobre todo en aquellos tiempos en que todas las fuerzas deberían unirse contra los almohades, cada día más fuertes.



—Llevo cuatro años en Oviedo y creo llegado el momento de mostrar mi agradecimiento. Don Rodrigo, ¿ha traído don Gonzalo Vermúdez las escrituras para las donaciones?

—Creo que las ha dejado hace un momento para que vos las reviséis.

—¿Me las traéis?

—Sí. Ahora mismo, señora.

Urraca, siguiendo el ejemplo de su padre y de su tía, se va a mostrar generosa con el monasterio de San Pelayo, al que está a punto de donar la iglesia de Santa María de la Corte (que se encuentra justo enfrente del monasterio) y la mitad de la villa de Vigil (en Siero). También hará donaciones al obispado.

—Aquí están, doña Urraca —le dice su ayudante.

—Veamos —comenta ella, tomando uno de los pergaminos en sus manos y empezando a leer:

Cristo, alfa y omega. En el nombre de la Santa e Indivisible Trinidad, es a saber, del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo que es un Dios Trino con distinción de personas y uno en la Majestad de la esencia por infinitos siglos de siglos, amén. Yo la reina Urraca, sierva de Dios e hija del piadosísimo emperador don Alfonso, cumpliendo el ejemplo y la voluntad de mi citado padre, a Dios, y al monasterio de San Pelayo fundado en la ciudad de Oviedo cerca de la iglesia de San Salvador y a vos abadesa doña Aldonza y también

a vuestras sucesoras y a las monjas que allí sirven constantemente a Dios y al ínclito mártir Pelayo, tanto presentes como futuras, hago documento de donación y escritura de estabilidad de la iglesia de Santa María Madre de Dios de la Corte, fundada cerca de la iglesia de San Salvador y del citado monasterio de San Pelayo, con todos sus derechos y prestaciones que le pertenecen, libre como la tengo y entre otras cosas me la dio en el infantado mi piadosísimo padre Alfonso. Doy también el...

Urraca no quiere seguir leyendo de forma pormenorizada toda la escritura y busca uno de los párrafos que le interesa:

Todo esto arriba escrito lo ofrezco a Dios al monasterio de San Pelayo y por escritura de testamento lo confirmo para salvación de mi alma y la de mi padre el emperador don Alfonso y de nuestros antepasados, para que en lo sucesivo las monjas de este sagrado lugar reciban el beneficio temporal y subsidio y yo y mis antepasados que concedemos esta nuestra hacienda, percibamos con los elegidos de Dios en el día del juicio venidero la posesión de la gloria eterna.

También comprueba la enumeración de castigos que se infligirán a quienes trataren de no dar cumplimiento a aquella escritura. Y examina los nombres de los personajes que se toman como ejemplo de maldad y traición. Conoce muy bien quiénes fueron y lo que hicieron, ya que suelen utilizarse en casi todas las escrituras, aunque en esta se menciona a uno del que no tiene una idea clara.

—Don Rodrigo, ¿quién fue Simón el Mago?

—Alguien que incumplió la ley de Dios —responde muy serio.

—Eso ya lo sé. Pero quería conocer en qué desobedeció al Señor. Por ejemplo, Datán y Abirón sabemos que fueron sacerdotes, y que se negaron a obedecer a Moisés rebelándose contra él. Murieron engullidos por la tierra.

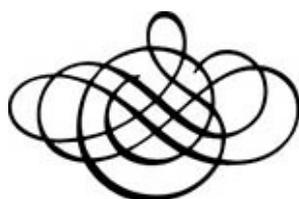
—Pues lo siento, doña Urraca. Trataré de informarme sobre Simón el Mago y os lo cuento.

—Está bien, no os preocupéis. Preparad todo, ya sabéis que esta tarde me voy al convento de San Pelayo y quiero entregarles las escrituras de las donaciones.

—Sí, señora.

Le vendrá muy bien —se dice— aquel rato de esparcimiento con las religiosas. Las tardes de verano en el pequeño jardín del convento resultan deliciosas y con su conversación se evadirá un poco de los problemas que le preocupan. Unos problemas que en aquellos días se han hecho mucho más evidentes. Los almohades han ocupado Almería y sitiado a la guarnición cristiana en la alcazaba que está resistiendo heroicamente. Hacia allí había salido su padre, que, después de un mes y a pesar de

contar con la ayuda del rey Lobo de Murcia, no consigue poner fin a la complicada situación.



—Me gusta, doña Urraca, que sigáis conservando los mismos gustos que cuando erais niña —comenta sor Aldara.

—Es verdad. Este pequeño jardín, que era mi preferido como escenario de mis juegos infantiles, sigue siendo mi predilecto, en el que mejor me encuentro. Se respira tanta paz. Si viviera en el monasterio, lo elegiría como lugar de meditación.

—Siempre fuisteis una enamorada de los espacios en la naturaleza, incluso en los adornos de los capiteles vuestros preferidos eran los motivos florales.

—¡Es verdad! —dice ilusionada Urraca, que pide—: No me digáis donde está, encontraré mi capitel preferido.

Sor Aldara la observa mientras Urraca empieza a recorrer una a una las columnas.

—Así no vale, porque daréis con él de todas formas —le dice la monja riendo.

—Tenéis razón —asegura Urraca, que se ha quedado quieta pensando. De repente exclama—: Ya sé, desde él se veía la fuente casi en diagonal, con lo cual, allí tiene que estar.

Curiosamente, en el pequeño jardín del monasterio de San Pelayo, la fuente no estaba situada en el centro, como ocurre en la mayoría de los espacios de este tipo, sino en uno de los ángulos.

—Aquí está —grita Urraca—. Es la reproducción más bonita que he visto de un helecho.

—Sí que lo es.

En todo el tiempo que Urraca llevaba en Oviedo como reina no había tenido la oportunidad de visitar el pequeño claustro del monasterio. Esta tarde, aprovechando la reunión que tendría con toda la comunidad, había llegado un poco antes para charlar con sor Aldara y le había pedido que juntas fueran a aquel lugar del que guardaba entrañables recuerdos de sus visitas.

—A veces tengo la sensación de que desde la primera vez que estuve con vos en este claustro ha pasado toda una vida —dice Urraca—, y no han transcurrido ni quince años.

—Que pueden ser muchos o muy pocos, depende desde la óptica que se evalúe. A mí, todo lo contrario que vos, me parece que fue ayer.

—Sí, es verdad —ratifica la reina, pensativa.

—Han sucedido muchas cosas en vuestra vida, mientras que en la mía no cambia nada. Cada día, hago lo mismo del día anterior —comenta sor Aldara.

—¿Os arrepentís de haber optado por este tipo de vida? —pregunta Urraca.

—No. Cada minuto que pasa, estoy más convencida de que he elegido el lugar y la forma en que deseaba vivir. Pero quiero aclararos algo, aunque cada día repita uno tras otro los actos del anterior, son distintos y doy gracias a Dios por concederme un día más. Es lo primero que hago al despertarme.

—Dios estará muy contento con vos —dice Urraca.

—Es lo que de verdad pretendo.

La reina vuelve a darse cuenta de que sor Aldara es una monja de verdad, de las que ingresó en religión por amor a nuestro Señor Jesucristo y piensa en la suerte que tiene de ser su amiga.

—¿Seguís al cargo de la biblioteca?

—Afortunadamente. Ya conocéis lo mucho que me gusta la historia y lo feliz que me hace leer —dice sor Aldara.

—Por cierto, antes, leyendo la escritura que os entregaré de donación, he visto un nombre entre los personajes que han ofendido a Dios, Simón el Mago, y no sé quién es.

—Es un personaje natural de Samaria. Se convirtió al cristianismo de la mano de Felipe el diácono cuando este intentaba ayudar a los más necesitados en la ciudad donde vivía el Mago. Sé que al poco tiempo, cuando los apóstoles San Pedro y San Juan llegaron a Samaria, Simón el Mago, al ver los milagros que hacían, les ofreció dinero para que le permitiesen a él imponer las manos como ellos y transmitir al Espíritu Santo.

—¿Y cómo reaccionaron?

—Pedro le dijo: «Sea ese tu dinero para perdición tuya, pues has creído que con dinero podía comprarse el don de Dios. Arrepíentete, pues, de esta tu maldad y ruega al Señor que te perdone este mal pensamiento de tu corazón».

—¿Y qué hizo Simón?

—No lo sé. Existen muchas versiones. Desde que murió de forma violenta, hasta que vivió retirado hasta el final de sus días. ¿Sabéis que desde entonces el pecado que consiste en pagar por obtener prebendas o beneficios eclesiásticos se llama simonía, precisamente por Simón el Mago?

—No tenía ni idea. Qué maravilloso es saber —dice Urraca emocionada.

—Os voy a dar una alegría —dice sor Aldara—, estoy aprendiendo a tocar la cítara.

—Y no sabéis lo buena que es —dice la abadesa doña Aldonza, que llega en ese momento al jardín—. Me sentaré unos minutos mientras terminan de preparar todo para la merienda. Por cierto, doña Urraca, vuestra doncella Constanza es una experta en repostería. Nos ha dado una receta para hacer unas galletas que resultan deliciosas.

—Es muy lista y, aunque lo suyo no es la cocina, aprendió mucho con la cocinera que teníamos en Pamplona, que es excelente —manifiesta Urraca.

Las tres están sentadas en uno de los ángulos del jardín, protegidas del sol por la

liviana e inquieta sombra de un olivo que se agradece. El sol a aquella hora de la tarde se soporta bien. De repente unas voces irrumpen con fuerza en la paz del recinto.

—Perdón, señoras. Doña Urraca, ha llegado un mensajero de la corte —dice Constanza—. Desea veros. Trae malas noticias.

—Dios mío —exclama Urraca—. Mi tía doña Sancha...

—No, señora. A la infanta no le ha pasado nada. Ha sido a vuestro padre.

—¿Ha muerto el emperador?



—Hubiese elegido el Panteón de los Reyes de León para su sepultura, mas todo aconsejaba que fuese enterrado en la catedral de Toledo —dice con pena doña Sancha—. Era imposible conservar el cuerpo por más tiempo. Mi querido hermano Alfonso será el primer rey allí sepultado.

—Ha sido mi hermano Sancho quien ha decidido todo, ¿verdad? —pregunta Urraca.

—Sí. Sancho estaba con su padre cuando este murió en las inmediaciones de Cuenca. Me imagino que volvería destrozado después del fracaso de su expedición al sur. Almería, Baeza y Úbeda en manos almohades... qué pena que se haya ido con esa tristeza.

Los intentos de Alfonso VII de obligar a los almohades a levantar el cerco de Almería habían resultado estériles. Tanto él como el rey Lobo de Murcia, que lo acompañaba en la lucha, ante las noticias de que el califa acudiría en apoyo de sus huestes, tomaron la decisión de retirarse.

—Jamás creí que asistiría a los funerales de mi hermano —dice doña Sancha—. Era yo quien tenía que irme primero.

—Si Dios así lo ha querido, por algo será —dice Urraca y luego agrega—: Estoy segura, querida tía, de que vuestra presencia es importante en estos momentos de cambio, para asesorar a mis hermanos.

—Poco puedo aportar, aunque sí pondré todo lo que esté en mi mano —asegura doña Sancha.

—Os confieso que cuando hace años me comunicasteis la intención de mi padre de dividir el reino no le di mayor importancia. Sin embargo, ahora creo que pueden surgir problemas y no entiendo muy bien las razones que le han llevado a ello. Por ejemplo, ¿mis dos hermanos convertidos ahora en reyes de Castilla y León lucharán juntos en la reconquista? —pregunta Urraca.

—Me imagino que será Sancho quien tomará el relevo en la lucha contra el islam.

Para ser exactos, es quien con mayor frecuencia acompañaba a su padre. Además, sus fronteras son más susceptibles de ataques que las del reino de Fernando, mucho más limitado.

Urraca se ha desplazado a León para estar con su tía. A ella, como no podía ser de otra forma, le duele la muerte de su padre, y de forma especial siente mucho la pena de doña Sancha que estaba muy unida a su hermano. No sabe si es el momento de plantearle el tema a su tía, pero está preocupada sobre su futuro en Asturias. Curiosamente, su hermano Fernando ha sido reconocido como rey de León y Galicia, ¿y Asturias por qué no aparece en esta titulación?

—¿Hasta cuándo te quedas en León? —pregunta doña Sancha.

—La verdad es que no lo sé. Tendré que hablar con el rey —dice Urraca.

—¡Ay, perdóname! No sé cómo se me ha olvidado comentarte que tu hermano te mantiene en el mismo cargo y envía de gobernador de Asturias, para que te apoye, a don Álvaro Rodríguez de Castro.

Urraca no reacciona. ¿Van a vivir los dos en Oviedo? Una alegría nerviosa se apodera de ella. Felicidad, miedo, ilusión, vértigo...

—Seguro que mi hermano quiere controlarme y sin duda esta es la mejor fórmula —contesta Urraca de forma sarcástica.

—Pensaba que sería una alegría para ti —dice doña Sancha—. Yo le animé a que lo nombrara.

—Y lo es.

—¿Entonces?

—Dudo que sea lo que más me conviene.

El reino dividido

Año de 1158

—**M**e da pena que se vaya porque soy muy feliz a su lado. Estoy tan contenta al comprobar lo buena que es. Tenía razón sor Aldara cuando me decía que llegaría un momento en que mi hija desearía quedarse siempre a mi lado —dice emocionada Urraca.

—Se parece mucho a vos —apunta Constanza.

—No, querida, mi pequeña Sancha es única. Intentaré que pase temporadas más largas aquí en Oviedo, ahora que ella lo desea también.

—Ha estado ocho meses.

—Que se han pasado como un suspiro.

—¡Me hace tan feliz veros así de dichosa! —dice la doncella.

—Los niños son maravillosos, capaces de evadirnos de nuestras preocupaciones —afirma Urraca.

Constanza sabe que su señora lo dice convencida, aunque ella la conoce muy bien y está segura de que en aquella alegría también tiene muchísimo que ver la presencia de don Álvaro Rodríguez de Castro. Desde que este caballero ha llegado a Asturias para desempeñar el cargo de gobernador, doña Urraca parece otra persona. Está mucho más pendiente de su físico y organiza algunas cenas o comidas en palacio, algo que antes nunca hacía.

—Constanza, me has dicho en más de una ocasión que te gustaría que tu hija trabajara como doncella, ¿ya has comenzado a enseñarle?

—La tengo cerca de mí muchos días para que vea cómo trabajo.

—Mándamela algún día para que la vaya conociendo.

—Gracias, señora. ¿Tenéis pensado salir?

—Iba a acercarme a ver a mi madre al convento de la Vega; no obstante, lo dejaré para dentro de unos días. No quiero que se habitúe a mis visitas.

A su regreso de León, la reina Urraca había acudido a ver a su madre para ponerla al tanto de todo lo sucedido aquellos tristes días en los que el emperador había muerto. Doña Gontrodo se había mostrado muy apenada. Por ello Urraca acudía a hacerle compañía con bastante asiduidad, mas no deseaba que su madre se acostumbrara.

—Pero sí saldré dentro de un rato, me acercaré a San Salvador. Díselo a Sol para que me acompañe.

En los últimos tiempos, Urraca frecuenta más las iglesias. Acude a rezar por su

tía, a pedirle a Dios que la mantenga con vida porque su presencia es muy necesaria ante la situación por la que atraviesan. Resulta imprescindible su experiencia para encauzar a los nuevos reyes de Castilla y León.



Igual que había hecho con su hermano, doña Sancha intentará ayudar a sus sobrinos. Desea que la armonía sea una realidad entre ellos.

Lo que la infanta-reina tratará de evitar es que se repita lo sucedido en situaciones más o menos similares en la reciente historia. Está convencida de la necesidad de conseguir por parte de los dos reyes el compromiso firme de que la integridad de los límites de cada uno de los reinos sea respetada.

En los últimos tiempos la situación se había complicado porque, a pesar del compromiso verbal de seguir los consejos de su tía que gozaba de autoridad ante ellos, el mayor de sus sobrinos, don Sancho, rey de Castilla, había decidido penetrar con su ejército en territorio leonés. Su hermano don Fernando, rey de León, no respondió a la provocación mostrándose partidario de llegar a un acuerdo. Momento que aprovechó doña Sancha para animarles a negociar entre ellos.

La infanta-reina, en la sombra, conseguirá que los dos hermanos firmen el Tratado de Sahagún en el que se da forma a las bases que garantizarán en un futuro la coordinación política en ambos reinos.



Cuando Urraca conoce el contenido de aquel tratado, sabe que su tía ha tenido mucho que ver y que sin ella tal vez no hubiese sido posible.

En el Tratado de Sahagún se llegaba a un acuerdo en el tema de la sucesión: si uno de los hermanos fallecía sin descendencia directa, el otro hermano heredaría en el acto la corona del desaparecido. Los dos reyes se prometían ayuda mutua en caso de necesidad y también decidían repartirse las zonas que intentarían arrebatar al islam. Era aquel un acuerdo que de llevarse a efecto haría crecer la paz y concordia entre los dos reinos.

Recuerdo emocionado

Un día del mes de mayo de 1167, muy cerca del río Aller

Caminan por el bucólico entorno de la capilla de Miravalles sorteando preciosos árboles autóctonos. Muy cerca del lugar por donde ellas van a pasar, en medio de un grupo de avellanos, una pareja se besa.

—Dios mío —exclama Ana—, seguro que nos verán.

—No, Ana —la tranquiliza Urraca—. Son tan felices que no existe el mundo a su alrededor.

—El amor tiene que ser maravilloso. No sé si me enamoraré algún día —suspira Ana.

—Seguro que sí, Ana. Yo me enamoré en esta tierra, la misma en la que nací. Al principio me asustaba, pero don Álvaro supo convencerme. Recuerdo, como si fuese ayer, los «encuentros casuales» que los dos deseábamos.

El amor

—Doña Urraca —dice don Álvaro—, qué bien que os encuentro. Me dirigía a palacio, de pronto sospeché que podríais estar en San Salvador. Si os apetece podemos dar un paseo.

Sabe que no es ninguna casualidad y que don Álvaro se hace el contradizo para poder pasear juntos. Ella lo está deseando. Ya lleva unos meses en Oviedo y no han vuelto a hablar de lo sucedido en Covadonga. Urraca nota que él la observa cuando cree que ella no se entera y ella hace lo mismo con él. «Lo que pasa —piensa Urraca— es que las mujeres poseemos un sexto sentido para captar estas cosas, del que los hombres carecen».

—Sí, paseemos. Hace una tarde que invita a ello. ¿Me buscabais? ¿Ha sucedido algo?

—No es nada urgente, vuestro hermano el rey don Fernando llegará a Oviedo dentro de unos días. Creo que quiere hacer unas donaciones.

—¿Solo para eso se desplaza a Asturias?

—Me imagino —dice don Álvaro— que querrá saludar al obispo y a los nobles fieles y sobre todo que le vean a él.

—Tendremos que organizarle recepciones y alguna cena.

—El rey don Fernando os quiere y se fía de vos, igual que siempre hizo el emperador —asegura don Álvaro.

—También yo le quiero. En cuanto a fiarse, no estoy muy segura. Os ha enviado a vos para vigilarme —dice Urraca sonriendo.

—¿De verdad lo creéis?

—Sois persona de su total confianza.

—Así es. Aunque no debéis olvidar que necesitaba designar a alguien como gobernador y pensó en mí. Además, doña Urraca, vuestro hermano conoce cuáles son mis sentimientos hacia vos.

Urraca se pone muy nerviosa. No se atreve a enfrentarse con la realidad, sabe que algún día tendrá que hacerlo y cuanto antes mejor. Mira de forma disimulada a su alrededor. Sol, la doncella, se ha quedado rezagada y los hombres que la custodian están lo suficientemente lejos para no oír nada.

—Don Álvaro, vos sabéis que no me sois indiferente, pero necesito tiempo — replica, con una voz sacudida por la emoción.

—Doña Urraca, ¿a qué tenéis miedo?

Se queda unos segundos silenciosa mientras pasean... Claro que tiene miedo. Teme enamorarse y no ser correspondida como ella quiere. Urraca no está dispuesta a soportar las veleidades de un hombre, ahora que nadie la obliga a casarse.

—¿Tendría que tenerlo? —pregunta ella.

—Por supuesto que no. Jamás haría nada que os causara pesar. Podéis confiar en

mí.

—¿Qué le comentasteis a mi hermano el rey?

—A don Fernando le dije que desde nuestro encuentro en Toledo nunca dejé de pensar en vos. Que estaba convencido de quereros y que deseaba convertirnos en mi esposa.

—¿Cuál fue su reacción?

—Me dijo que si yo fuera rey o noble importante, que pudiera ofrecerle algo sustancioso a cambio del compromiso matrimonial con su hermana, tal vez se lo pensaría. Aunque su intención respecto a vos era —según me aseguró— respetar la voluntad del emperador que decidió que permanecierais viuda.

—O sea que el rey no aprobaría el matrimonio —dice Urraca.

—Por supuesto que sí. Nos daría su bendición. Lo que no haría sería obligaros a contraer matrimonio conmigo. Sin embargo, si vos lo queréis, seguro que acepta encantado. Todo depende de vos.

«Si pudiera hablar con doña Sancha —piensa la reina—. Mi tía me aconsejaría bien».

—Permitidme al menos que pueda visitaros tres veces por semana —pide don Álvaro.

—Compruebo que sois muy tenaz —admite ella con una sonrisa.



La Iglesia y la nobleza asturianas habían acogido la visita del nuevo rey de León, Fernando, con respeto y simpatía. El monarca se mostró generoso en su primera visita como soberano, donando a la catedral de Oviedo la parroquia de Felechés. También hizo entrega de unos terrenos en el Monsacro a Rodrigo Sebastiániz y a la comunidad religiosa que allí vivía.

Urraca se había preocupado personalmente de supervisar todos los actos y visitas programadas durante la estancia de su hermano en Asturias. Era la anfitriona, y como tal, deseaba que Oviedo causara una buena impresión en el monarca.

La amplia sonrisa de Fernando, su gesto afable para con todos, constituían la mejor prueba de que todo estaba resultando bien.

Urraca se sentía muy satisfecha y especialmente reconocida en su cargo, después de escuchar como el rey en las escrituras de sus donaciones hacía especial mención de ella: «*Ego regis Fredenandus et ermana mea regina domna Urraca a tibi frater Rodericus...*».

Aunque era lo correcto, también podía haberla omitido. La relación personal con su hermano, cuatro años más joven que ella, era cordial. Siempre habían simpatizado

y ahora al volver a estar juntos, Urraca se da cuenta de que es persona agradable. Tal vez excesivamente dadivosa, sobre todo con las instituciones eclesiásticas.

—Don Álvaro, vos que conocéis muy bien a mi hermano, que creéis que persigue al ser tan generoso con la Iglesia, ¿aliados o futuros apoyos económicos?

—Las dos cosas. Don Fernando tiene grandes proyectos.

Se encontraban sentados en una de las galerías de palacio. Caía la tarde, la primera tarde de septiembre. La temperatura era muy suave y en el ambiente flotaba un olor a romero que a Urraca le encantaba.

—Señora, ¿os sirvo ya la merienda?

—Sí, Sol, ya puedes traerla.

—Don Álvaro, ¿será verdad lo que cuentan sobre lo sucedido a la familia que se apoderó de una heredad que no les pertenecía y que era del obispado?

—Es verdad que falleció uno de los cuatro que intervinieron en el robo, porque no se le puede calificar de otra forma. Ahora la interpretación que ellos han dado pienso que tiene su origen en su mala conciencia.

Aquel año de 1158, cuatro hermanos se habían apropiado de una heredad de la mitra, utilizando la violencia. Al morir uno de ellos de forma inesperada, los otros tres creyeron que era un castigo del cielo y decidieron entregar lo sustraído al episcopado.

—Doña Urraca, estos bollos están buenísimos. Creo que no los he tomado mejores en mi vida —dice don Álvaro.

—Es una receta que Constanza trajo de Pamplona, y la verdad es que al hacerlos aquí con la harina de escanda saben mejor. Os voy a proponer que hagamos un pequeño viaje al Monsacro. Desde que sor Aldara me habló, siendo yo niña, de que en este monte habían estado guardadas las santas reliquias de la Cámara Santa, quiero conocerlo. Creo que es un lugar especial.

—Pues a vuestra disposición. Cuando queráis vamos. La comunidad religiosa que allí vive os recibirá con todos los honores. Lo haría siempre, y más ahora que les habéis donado todos los terrenos y pastos de la zona.

—Yo creo, si no os viene mal, que la próxima semana podríamos ir, antes de que los días se hagan más cortos —dice Urraca ilusionada.

—¿Os acordáis de nuestro viaje a Covadonga?

—Imposible olvidarlo.

—No sabéis, señora mía, lo que daría por volver a besaros.

Urraca también lo está deseando. Se encuentran solos en la galería...

—¿Cuánto estaríais dispuesto? Ponedme un ejemplo —dice ella sonriendo.

—Lo que vos dispongáis.

—Acercaos, que os lo susurraré al oído —pide Urraca.

El caballero junta el sillón al de ella y adelanta su cuerpo. Los brazos de Urraca abrazan su cuello y sus bocas se encuentran dichosas fundiéndose en un beso que sobresaltados interrumpen al escuchar que alguien se acerca. La reina dispone de

tiempo para decirle:

—Os amo, don Álvaro.

—Soy el hombre más feliz del mundo —exclama él.

Por la galería camina Sol, seguida de un caballero cubierto de polvo. Urraca nada más verlo sabe que algo grave ha sucedido y sin pensar en nada toma la mano de don Álvaro y susurra:

—Dios mío, que no le haya ocurrido nada a mi tía doña Sancha.

—Perdón, doña Urraca —dice Sol—, este hombre llega de León enviado por la infanta-reina doña Sancha y desea comunicaros algo con urgencia.

Urraca respira aliviada.

—Gracias, Sol, puedes retirarte. ¿Cuál es vuestro mensaje? —pregunta al emisario.

—La infanta-reina doña Sancha me envía para comunicaros que vuestro hermano, el rey don Sancho de Castilla, ha fallecido ayer en Toledo. Os ruega que no os desplazéis porque será enterrado al lado de su padre, el emperador, en la catedral de dicha ciudad.

Urraca no reacciona, su hermano Sancho era casi un año más joven que ella o sea que tenía veinticuatro. Piensa en Blanca, su mujer, que se murió con dieciocho. Qué pena, formaban un matrimonio ejemplar donde el amor era primordial. La voz del mensajero la devuelve al momento actual.

—¿Señora, disponéis alguna cosa?

—No. Podéis iros.

—Lo siento mucho —dice don Álvaro.

—Es terrible. Es como si hubiera caído una maldición sobre nuestra familia. El heredero al trono de Castilla es Alfonso, un niño que aún no ha cumplido los tres años. ¿Qué pasará ahora?

—La situación es muy complicada, doña Urraca. Serán varias familias las que lucharán por ser las preceptoras del futuro rey.

—Algo habrá dejado dispuesto mi hermano.

—Puede que sí, aunque muchas veces sirve de poco. Si me autorizáis, podría desplazarme a León, saludar a la infanta e informaros de cómo sigue todo.

—Os lo agradezco.

—Puede que don Sancho haya pensado como preceptor del príncipe en un miembro de la familia a la que pertenezco, los Castro.

—¿Cómo reaccionará mi hermano don Fernando? —pregunta Urraca.

—En el tema de las familias, posiblemente se inclinará por la mía, pues sabe que le somos fieles.

—Tal vez por ello en Castilla prefieran a otra.

—Sí, es posible. Al venir para Asturias, como estaría cerca de vos que era cuanto me interesaba, no dejé a nadie encargado de enviarme mensajes por medio de mis palomas.

—¿Pero las habéis traído?

—Sí, aunque me he olvidado de ellas. En todo este tiempo han estado inactivas. Mañana antes de salir enviaré a unas cuantas. Desde León os mantendré informada. Uno de mis criados os pasará los mensajes.

—Me parece una idea excelente. Cuidaos mucho, don Álvaro. Os entregaré un mensaje escrito para mi tía.

El placer de la música

Año de 1159

«**M**enos mal que ya han pasado las fiestas navideñas —piensa Urraca, tomando el salterio en sus manos—. Que este nuevo año nos dé un respiro». El sonido emitido por aquellas cuerdas amigas va calmando su pena.

A la muerte inesperada de su hermano el rey Sancho se había sumado otra también inesperada. Constanza, su doncella de siempre, la persona a la que más quería fuera de su familia, había perdido la vida en un desgraciado accidente en el jardín.

Al dolor por la desaparición de los seres queridos se sumaba ahora la incertidumbre y preocupación por lo que pasaría en Castilla.

Como sospechaba don Álvaro, la persona elegida para encargarse de la educación del rey niño pertenecía a la familia de los Castro. Antes de morir el rey Sancho III había nombrado a don Gutierre Fernández de Castro como tutor de su hijo, el futuro rey Alfonso VIII.

Era la designación lógica, ya que Gutierre Fernández de Castro había sido el encargado de formar al difunto rey Sancho III. Personaje muy importante en la corte, Fernández de Castro había desempeñado también el cargo de mayordomo mayor del emperador y jugado un papel importante en la conquista de Almería.

El cargo de regente se lo encomendaba a Manrique Pérez de Lara, perteneciente a otra familia importante en el reino, los Pérez de Lara.

Lo cierto es que ni unos ni otros ven con buenos ojos aquella situación y tratarán en un principio de forma pacífica y conciliadora cambiarla.

—Seguid, por favor, no quiero interrumpiros. Me gusta tanto escucharos —pide don Álvaro, que acaba de entrar en la sala.

—Os agradezco mucho vuestra visita. Tengo ganas de hablar. Sospechando que podríais venir, le comenté a Sol que si llegabais pasarais directamente.

—Pero doña Urraca, por qué si necesitáis hablar no me mandáis aviso. Sabéis que no deseo más que serviros.

—Y yo os lo agradezco. Decidme, ¿habéis tenido noticias? ¿Conseguiré la casa de Lara hacerse con la tutela de don Alfonso? —pregunta Urraca.

—No sé nada nuevo. En cuanto a lo que me preguntáis, puede que sí, aunque entonces el resto de la familia de los Castro reaccionará —responde don Álvaro.

—¿Creéis que habrá guerra entre ellos? —pregunta Urraca.

—De momento, no. Es verdad que las presiones cada día son mayores.

—Esperemos que el tiempo los vaya calmando. Qué hermoso lo dispuesto por don Sancho sobre la lámpara de la tumba de la reina Blanca.

En las crónicas de aquellos días quedó escrito que Sancho III, antes de morir, dejó dicho cómo se debía sufragar el mantenimiento de la lámpara de plata que perpetuamente iluminase el sepulcro de su esposa.

—Yo he estado antes de venir en Nájera y he visitado Santa María. El texto de la lápida de la tumba de doña Blanca es emocionante.

—¿Lo recordáis? —quiere saber doña Urraca.

—Solo las primeras líneas: «Aquí descansa la noble reina que mereció llamarse Blanca. Bellísima de aspecto, más blanca que la nieve, capaz de subir el precio de la pureza».

—Cuánto amor. Algún día me gustaría acercarme a su tumba —dice Urraca, y agrega—: Me cuesta tanto asumir que la muerte puede sorprendernos en cualquier momento. Cada vez que pienso en mi queridísima Constanza... No me hago a la idea de que no está y que no la voy a ver nunca más.

—Sentí mucho no poder acompañaros en esos difíciles momentos —dice don Álvaro—. ¿Su hija seguirá aquí con vos?

—Sí. Ya os conté que su marido se fue. Precisamente esta tarde nos vamos a ir al convento de la Vega, donde, con la autorización de mi madre, la abadesa doña Gontrodo, la hemos enterrado.

—¿Puedo acompañaros? —pregunta don Álvaro.

—Sí. Iremos sobre las cuatro.

Llamada en la noche

Un día del mes de mayo de 1167, muy cerca del río Aller

Atrás dejan a la pareja y siguen caminando. Unas margaritas llaman su atención. Urraca se agacha y toma unas cuantas en su mano.

—Querida Ana, ¿te acuerdas de la primera visita que hicimos a la tumba de tu madre?

—Sí, señora. Nunca había hablado con don Álvaro hasta ese día. Fue muy cariñoso conmigo.

—Le habría encantado acompañarnos en este viaje. Pero resultaría más peligroso. No debíamos desaparecer los dos durante varios días. Ello despertaría las sospechas. Los reyes, querida Ana, tienen ojos por todas partes.

—Sabéis, doña Urraca, nunca olvidaré la expresión de tristeza de don Álvaro aquella noche que se presentó en palacio.

—La recuerdo muy bien. Llovía torrencialmente. Aquellos aldabonazos quedaron grabados en mí para siempre.

La muerte de doña Sancha

Urraca se despierta sobresaltada. Hace un rato que se ha quedado dormida. No tiene ni idea de la hora que puede ser. Es totalmente inhabitual que nadie vaya a palacio en plena noche. Oye a los criados que acuden a abrir las puertas y luego los pasos hacia el primer piso. Se levanta y busca algo que ponerse. Escucha el caminar ligero de Sol que se acerca a la habitación.

—Señora, perdonad, ha llegado don Álvaro y desea veros.

Urraca sin decir nada sale como una exhalación.

—Don Álvaro, ¿qué pasa? Decidme por Dios.

—Es doña Sancha, no se encuentra muy bien.

—¡Dios mío! Quiero la verdad, ¿ha muerto?

—No. En el mensaje recibido hace unos minutos me comunican que lleva un tiempo en cama y que se teme lo peor, aunque, según dicen, no parece inminente.

—¿Cuándo se supone que os lo han enviado? —pregunta nerviosa Urraca.

—Como mucho, ayer. Puede que el mal tiempo haya retrasado la llegada de la paloma.

—¿Ha pedido doña Sancha que me avisen?

—No. Ella no sabe nada. Cuando estuve hace unos meses en la corte, la encontré muy envejecida y como sé lo unida que estáis a ella, encargué a una persona de mi confianza que, si en algún momento la veía empeorar, me avisara.

—No sabéis cómo os lo agradezco. Debo salir inmediatamente para León —dice Urraca.

—Me lo imaginaba, por ello he venido para que podáis organizarlo cuanto antes. Creo que deberéis partir a primera hora.

—Qué bien que puedo contar con vos. Me llevaré conmigo solo un reducido grupo de servidores, los imprescindibles.

—Podéis ir tranquilos, yo me quedo al cargo de todo. Ahora os aconsejo que volváis a acostaros y descanséis unas cuantas horas antes de partir. El viaje es largo y muy complicado en esta época del año.

—Don Álvaro, rezad para que encuentre a mi tía con vida. Muchísimas gracias —dice la reina, dándole un beso en la mejilla.

Él la rodea con sus brazos y la besa apasionadamente. Ella hace amago de rechazarlo, pero lo desea tanto como él. Las fuertes manos de don Álvaro acarician suavemente su espalda. Aquel contacto le produce un placer desconocido que recorre todo su cuerpo.

—¡Ay, doña Urraca! Daría mi vida por poder pasar la noche con vos.

Separándose a duras penas, porque a ella también le seduce la idea de dormirse en sus brazos, exclama:

—No digáis eso, no vaya a ser que algún duende os tome la palabra. Y yo no

quiero una, sino muchas noches a vuestro lado. Todas las que la vida nos depare.

—Os quiero, doña Urraca, mañana vendré a despediros.

—Buenas noches, don Álvaro.



Para desesperación de Urraca, cuando llegaron a León ya había pasado más de una semana desde la salida de Oviedo. El viaje había sido penosísimo. Hubo momentos en que creyeron que no podrían seguir. Al final, la nieve los había respetado permitiéndoles continuar. En el fondo, habían tenido mucha suerte porque realizar aquel viaje en pleno mes de enero resultaba arriesgado.

Urraca temía no llegar a tiempo, aunque algo en su interior le hacía confiar. Era como si tuviese la seguridad de que su tía esperaba por ella para morir.

Al ver a Blanca, la eterna doncella de su tía, Urraca se da cuenta de que el tiempo es despiadado y no perdona. Hace mucho que no la ve. Blanca era una mujer alta y fuerte, muy vistosa. Ahora es delgadísima, encorvada y con una cara surcada de arrugas. Parece una anciana, claro que tendrá más de cincuenta años, porque es más joven que doña Sancha y esta sobrepasa los sesenta.

—¿Doña Urraca, cómo os habéis enterado? Qué alegría para mi señora.

—Dime, Blanca, ¿se encuentra mejor doña Sancha?

—No. Algunos días se anima un poco. A pesar de ello, ya no se levanta del lecho. Parece cansada de vivir. Las fuerzas la han abandonado —dice entre lágrimas la fiel sirvienta.

—¿Puedo pasar a verla ahora?

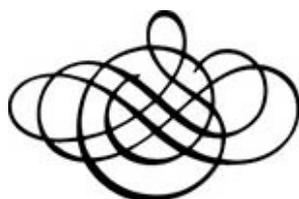
—Permitidme que la prepare —pide la doncella, auténtica celadora de la intimidad de la infanta-reina.

—Por supuesto, aquí espero —dice Urraca.

—¿No preferís pasar a vuestra habitación a descansar un rato? El viaje tiene que haber sido horroroso.

—Gracias, Blanca. Deseo verla cuanto antes.

—Está bien —asiente la vieja doncella, alejándose con paso cansado.



Urraca se dirige nerviosa hacia la habitación de doña Sancha. Se ha preparado interiormente para no dejarse influir por el aspecto de debilitamiento que pueda

presentar después de tantos días en la cama y sin tomar apenas alimentos, como le ha contado la fiel Blanca.

—¡Urraca! —exclama doña Sancha nada más verla. ¡Ay, la voz! La voz de su tía no parece la misma. Vibrante y clara, antes, es ahora tenue y apagada—. Queridísima Urraca, ¿cómo te has enterado? Se lo he pedido tanto a Dios. Le he suplicado constantemente a San Isidoro que intercediera por mí para que el Señor me concediera este favor de verte antes de irme de este mundo.

Urraca no puede contener las lágrimas y emocionada se abraza a su tía.

—Si supierais, querida doña Sancha, cómo os quiero —musita.

—Claro que lo sé. Ven, siéntate cerca de mí. Me conviene hablar bajito.

A Urraca le parece una buena señal que su tía haya pedido que la arreglen. Su aspecto no es tan malo como esperaba, aunque su extrema delgadez hace que sus ojos resalten de forma alarmante.

—Siéntate de este lado, Urraca, quiero verte bien. Te encuentro muy hermosa. Seguro que estás enamorada. Qué expresivos son tus ojos.

Urraca hace todo lo que le pide mientras la mira dulcemente. Doña Sancha se encuentra recostada sobre amplios y mullidos cojines que la hacen aparecer sentada. «Gracias a Dios —se dice Urraca—, no está tan mal como pensaba y en su comportamiento parece la de siempre».

—Os encuentro animada; si durante estos días que estaré con vos —dice Urraca—, coméis un poco más, seguro que dentro de nada podréis levantaros.

—No, querida, mi fin ha llegado, y me siento tan feliz de poder verte y hablarte. Deseaba decirte muchas cosas.

—Tiempo tendremos de charlar con calma.

—Sí, pero escucha —dice, tomando las manos de su sobrina entre las suyas—, supongo que me lo habrás oído más de una vez pero quiero repetírtelo ahora: estoy orgullosa de ti. Jamás nos has creado ningún problema. Y sobre todo, mi pequeña Urraca, me has ayudado a vivir.

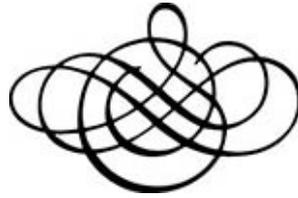
—Por favor, tía, yo soy quien os da las gracias. Fuisteis una madre para mí. Vos me educasteis y supisteis inculcar en mí el sentido del deber. Me habría gustado parecerme a vos en todo —replica ella emocionada.

—Soy tu tía y en algo te pareces. No sabes lo feliz que me hace que algo mío viva en ti, yo que no tuve hijos.

—Todo lo inmortal que hay en vos seguirá vivo en mí —asegura Urraca con la voz quebrada.

—Nada de ponerse tristes. Todavía nos quedan unas pocas tardes para charlar. Y ahora, deja que te abrace —pide la infanta.

Urraca percibe que su tía apenas si tiene fuerza para levantar los brazos. La besa con cariño y la deja reposar.



Doña Sancha Raimúndez murió a finales de febrero siendo enterrada, cumpliendo sus deseos, en el Panteón de los Reyes de San Isidoro de León.

Aquella mañana de comienzos de marzo hace un frío intenso en la ciudad. Urraca camina despacio hacia San Isidoro. Dentro de unas horas saldrá para Asturias. León le resulta un lugar muy triste sin la presencia de su tía, sin la esperanza de poder volver a verla en cualquier momento.

Las pinturas del Panteón de los Reyes son aún más hermosas de como las recordaba. Es un buen sitio para esperar la vida eterna, aunque ella, a pesar de poder hacerlo cerca de su tía, prefiere ser enterrada en Oviedo.

Urraca se acerca a la tumba de la infanta. Da gracias a Dios por haber podido acompañarla en los últimos días de su vida. Hablaron mucho. Doña Sancha no le ocultó la gran preocupación que la embargaba por el futuro de los reinos de Castilla y León. Todo lo acordado en Sahagún se había desbaratado con la muerte del rey Sancho. Las familias rivales peleaban por la custodia del pequeño Alfonso, un niño de tres años, que no sería rey hasta alcanzar la mayoría de edad. Ella le había pedido consejo sobre lo que debía hacer en relación con don Álvaro. Su tía había sido categórica: «Si estás enamorada, cástate con él. Es bueno tener cerca a alguien con quien compartir las penas y las alegrías».

El recuerdo del caballero ilumina sus ojos. Está deseando verlo. Durante el tiempo que lleva en León, él ha enviado varios mensajes interesándose por ella.

Lo cierto es que la ilusión que le produce la realidad de don Álvaro esperándola en Oviedo le hace más llevadero el inmenso dolor producido por la desaparición de su tía.

Una autorización que no llega

Siempre le han gustado las flores y desde que se ha muerto doña Sancha, Urraca se ocupa personalmente del pequeño jardín. Lo hace porque es una forma de mantener viva en ella una actividad a la que su tía se dedicaba en la intimidad. Nadie conocía ni aquella ni otras facetas de la infanta-reina. Solo los más íntimos sabían de los rasgos más humanos de su personalidad.

El tiempo pasa a una velocidad vertiginosa. En Asturias, la vida es bastante tranquila a pesar de que hasta ella llegan los ecos de la complicada situación en Castilla y en los demás reinos. Ha sido necesario enviar refuerzos a don Fernando, así como ayuda económica. Urraca sigue notando la ausencia de su tía y se alegra de que no vea lo que está sucediendo.

El rey de Pamplona, su querido Sancho el Sabio, había decidido olvidarse del vasallaje jurado al difunto rey Sancho intitulándose rey de Navarra. También se ha apoderado de Logroño y de algún otro lugar aprovechando las luchas internas de Castilla por tutelar al rey niño. Su hermano Fernando rey de León ha entrado en la lucha librada por las dos familias, tomando partido, como era previsible, del lado de los Castro. En su lucha, Fernando se había apoderado no hacía muy poco de la ciudad de Burgos. No resultaba extraño que en aquella complicada situación por la que atravesaban, su hermano no hubiese leído el pergamino que le había enviado solicitándole autorización para poder celebrar el matrimonio con don Álvaro.

Ha visitado a su madre en varias ocasiones y se alegra de encontrarla feliz en el convento. Doña Gontrodo ha llorado la muerte de doña Sancha por la que sentía un gran afecto. Urraca no le ha contado nada a su madre de los proyectos de boda. Cuando fuera inminente se lo comunicaría. Sí se lo ha dicho a sor Aldara, a la que prometió presentarle a don Álvaro.

—Señora —llama Sol que se acerca—, perdonad, quería saber si se mantiene la cena de esta noche.

—Sí, solo seremos tres. El señor obispo, don Álvaro y yo.

—Muchas gracias, ¿necesitáis algo?

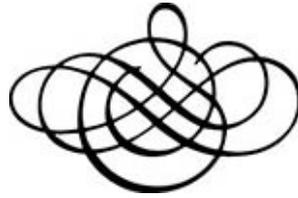
—No, gracias. Ah, una cosa, Sol. ¿Cómo se porta Ana? ¿Es trabajadora?

—Sí, señora. Su madre se sentiría orgullosa si la viera.

—Mi querida Constanza, qué pena de vida truncada —dice Urraca con dolor, recordando a su doncella—. No te entretengo más, Sol, que Ana te acompañe en los preparativos de la noche para que se vaya acostumbrando. Me gusta tenerla cerca.

—Como mandéis, doña Urraca.

No sabe cuántos años tendrá Sol, es posible que sea más o menos de su misma edad. Siempre le tendrá un cariño especial porque aquella noche terrible, la primera con su marido, había sido para ella una auténtica tabla de salvación.



—¿Qué os ha parecido el obispo? —pregunta Urraca.

El nuevo obispo de Oviedo, nombrado hacía unos meses, era don Gonzalo Menéndez.

—Bien. Tal vez excesivamente entregado a los intereses de vuestro hermano el rey —dice don Álvaro.

—Deduzco que no os gusta demasiado —apunta sonriente Urraca.

—Ya veremos, aún es pronto para juzgarlo. La cena ha sido perfecta. Y vos estáis preciosa.

—Gracias, don Álvaro.

Urraca lleva un hermoso traje azul con una sobrefalda forrada en color berenjena. El tocado en forma de red hace juego con los colores del vestido e hilos de oro.

—¿Os apetece que nos quedemos un rato de conversación o preferís retiraros? —le pregunta don Álvaro.

—Es temprano. El señor obispo se ha marchado muy pronto.

Con unos suaves golpes en la puerta, las doncellas Sol y Ana anuncian su entrada.

—¿Os servimos alguna cosa? —preguntan.

—¿Os apetece un poco más de vino, don Álvaro?

—Como queráis.

—Traednos una jarra de vino y después podéis retiraros. Yo acompañaré a don Álvaro cuando se vaya —dice Urraca.

—Está bien, señora.

—¿De verdad estáis dispuesto a ir a ver a mi hermano el rey?

—Creo que es la única posibilidad que tenemos, si queremos casarnos cuanto antes.

—Tendréis que buscarlo en el campo de batalla y don Fernando igual os pide que luchéis a su lado.

—Si me lo pide, obedeceré.

—Casi mejor, entonces, que no vayáis. Me horroriza pensar que os puedan herir.

—Mi señora doña Urraca, os amo. Sabré mantenerme con vida para vos —dice mientras le besa las manos.

—Además, los enfrentamientos no terminarán hasta que el infante don Alfonso alcance la mayoría de edad y tome las riendas del reino de Castilla o de lo que quede de ella.

—Bien decís, porque Toledo ya está en manos de don Fernando. Mas debo deciros que en una cosa os equivocáis: la guerra continuará porque cuando el pequeño Alfonso sea rey de Castilla, querrá recuperar lo que le pertenecía a su padre

don Sancho.

—Será porque soy mujer por lo que me gustaría vivir en un mundo en el que no fuese la guerra la única realidad. Entiendo que se luche y arriesgue la vida por arrebatar terrenos al islam, pero ¿también entre los propios reinos cristianos?!

—El poder y la ambición casi nunca conocen límites.

—Pues si yo fuera reina efectiva de Asturias no la desangraría con guerras entre hermanos.

—¿Y si os atacaran?

—Me defendería. Convendréis conmigo en que es distinto. Don Álvaro, creo que debemos retirarnos. Os acompaño —dice, poniéndose en pie.

—Tenéis razón.

El caballero se pone en pie y la mira de una forma que hace que Urraca baje los ojos. Antes de que pueda decir nada, se encuentra rodeada por los brazos del hombre al que ama, que muy bajito le susurra:

—No puedo más, doña Urraca. La pasión me consume, ¿hasta cuándo seguiremos sacrificándonos? Somos adultos y nuestra intención es casarnos.

Urraca le besa. A ella también la recorre el deseo. De repente una idea toma cuerpo en su mente y la asusta. ¿Y si don Álvaro se ve obligado a ir a la guerra y no regresa? Urraca mira el rostro amado que acaricia con sus manos. Quisiera fundirse en él.

—Don Álvaro, no esperemos más. Ha llegado el momento.

Juntos caminan hacia los aposentos de la reina.



Ni un solo día al acostarse ha dejado de pensar en don Álvaro. Ha sido tan dulce la noche que han pasado juntos. Qué razón tenía su querida doncella Constanza cuando le decía que una de las mayores felicidades del mundo era poder tener relaciones íntimas con la persona a la que quieres.

Le ha pedido perdón a Dios, aunque su propósito de enmienda no es muy consistente, porque si él estuviera cerca no sabría cómo resistirse, pero aún no ha regresado. Afortunadamente, según el último mensaje recibido —benditas palomas mensajeras— llegará dentro de unos días y, gracias a Dios, vuelve con la autorización real para celebrar el matrimonio.

A Urraca le parece un sueño poder casarse y vivir siempre con el hombre amado. La boda será en la intimidad. Nada de alharacas ni festejos. Esperará a que llegue don Álvaro para comunicárselo a los más íntimos y al servicio.

Se alegra de que su hija se encuentre con ella esta temporada. Tenerla cerca

facilitará las cosas. Sancha ya tiene quince años y pronto la casarán. De momento, ha tenido suerte porque en el panorama político no coincidían muchos reyes solteros, a excepción del rey de León que ya tiene veintiséis años y aún no se ha desposado.

Hace unos días, acompañada de su hija, visitó Tineo, tierra de sus antepasados maternos. Hacía mucho tiempo que habría querido hacerlo y ciertamente le compensó la espera, porque así pudo disfrutar de la compañía de Sancha, que se mostraba feliz de conocer aquella parte de Asturias.

Tineo era la tierra del conde Suero Bermúdez, fallecido hacía años y que siempre había sido fiel a la monarquía, y del que tanto le había hablado su tía.

En el contacto que había mantenido durante su estancia con algunas de las personas destacadas de la zona le hablaron del obispo Pelayo y la autoridad con la que actuaba, que, según ellos, redundaba en el bien de la comunidad.

Ya le ha pedido a su ayudante, don Rodrigo, que nada más llegar a Oviedo se entere de lo sucedido exactamente. Comentaban que, con mano enérgica, el obispo Pelayo había hecho desaparecer determinadas acciones delictivas que dañaban a los tinetenses.

El monasterio de Obona y su iglesia fue otro de los lugares a los que acudieron de visita.

—¿Y decís que no se sabe cuándo fue fundado? —pregunta Urraca al fraile que les acompaña.

—Existe un documento, que no parece auténtico, en el que se dice que fue fundado por Adalgaster, hijo del rey Silo, en el año 871.

—El rey Silo y la reina Adosinda no tuvieron hijos —exclama Urraca.

—Se rumorea que era ilegítimo. Puede que sea una leyenda, al igual que la fecha de su fundación. Lo que sí parece seguro es que el siglo pasado, en el XI, el monasterio sí existía.

Siempre que Urraca se encuentra con este tipo de leyendas o manipulaciones históricas siente una viva curiosidad por conocer las razones que movieron a los autores de las mismas. Es posible que ese hijo del rey haya existido y que nunca fuera reconocido. Tal vez por ello quiso pasar a la historia al fundar el monasterio. En ese aspecto ella ha tenido suerte. Su padre siempre la ha querido.

Está desando que llegue don Álvaro. Puede que en dos días se encuentre ya en Oviedo. Es curioso observar la rapidez con la que discurre el tiempo cuando no lo deseas y lo lento que va si esperas ansiosa ese momento.

Recuerdos felices

Un día del mes de mayo de 1167, muy cerca del río Aller

Doña Urraca y su doncella están llegando a la carreta.

—Qué pronto ha pasado el tiempo. Parece que acabáramos de llegar y ya tenemos que irnos —exclama Urraca.

—Disculpad, señora, llevamos varias horas.

—Ya lo sé. Suele suceder que cuando uno se siente feliz, el tiempo vuela. Recuerdo que hubo un momento en mi vida dominado por la sensación de que el tiempo se había parado. Deseaba tanto casarme con don Álvaro.

—Perdonadme, señora, sois el matrimonio más enamorado que conozco.

—Somos felices. Me sigue pareciendo una suerte poder compartir la vida con don Álvaro, por ello le doy gracias a Dios todos los días.

Lo más parecido a la felicidad

Urraca le da gracias a Dios por los momentos que está viviendo. Se ha casado con don Álvaro Rodríguez de Castro, el hombre del que está enamorada. La vida a su lado está llena de matices. Es feliz al despertarse cada día junto a él. Son un matrimonio atípico porque, aunque siguen manteniendo sus habitaciones privadas, casi todas las noches utilizan la de ella. No sabe cuánto durará esta felicidad y es consciente de que no es eterna y que puede truncarse de repente, aun así habrá merecido la pena.

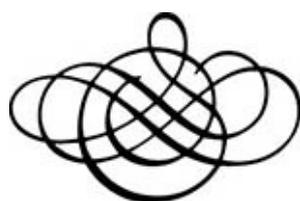
La situación política no va pareja a la personal. Continúan los enfrentamientos entre los Lara y los Castro y la participación de su hermano el rey a favor de estos últimos cada día resulta más evidente. A Urraca le duele la postura de su hermano porque piensa que en el fondo lo que quiere es apoderarse del reino que le corresponde a su sobrino.

—Doña Urraca —dice su doncella Ana desde la puerta—, ha llegado la visita que esperaba.

—Gracias, hazla pasar por favor.

Desde hace unos días siente un ligero malestar y piensa en un posible embarazo. Puede que sea una falsa alarma. Ella no parecía tener gran facilidad para quedarse embarazada. Claro que ahora era distinto.

Ha llamado a una comadrona de la que le han hablado muy bien. Le ha pedido que pase a visitarla aprovechando que don Álvaro se encuentra en una visita por la zona de Pravia. No quiere decirle nada mientras no esté segura. Desea tener un hijo, pero teme por su edad, ya ha cumplido los treinta años.



—Querida esposa mía, este es el momento más feliz del día. Los dos solos, en este ambiente caldeado por el fuego de la chimenea, y escuchando vuestra música. Jamás le presté la menor atención al salterio, y ahora me parece una delicia.

Urraca sonríe agradecida. Casi todos los días después de la cena alargan la velada escuchando música, charlando, cambiando las impresiones de la jornada. Aparte de quererse, se llevan muy bien. Ella diría que son amigos. Duda si contarle que está embarazada. La comadrona parece segura. Ha tenido dos faltas y sus ojos, como le diría su querida Constanza, se han oscurecido. Es probable que se lo diga esta noche, un poco más tarde.

—¿Todo tranquilo en Pravia? —se interesa Urraca.

—Sí. Creo que es una zona en la que habría que fomentar el cultivo porque puede dar excelentes resultados al estar bañada por los ríos Nalón, Narcea y el más pequeño que no recuerdo su nombre.

—Aranguín —señala Urraca riendo—. ¿Os habéis acercado a Santianes? ¿Sabéis que está considerada la segunda iglesia más antigua de Asturias?

—¿Cuál es la primera? —pregunta interesado don Álvaro.

—No puedo creer que la hayáis olvidado, si la visitamos juntos en nuestro viaje a Covadonga. ¿No recordáis la pequeña iglesia de la Santa Cruz en Cangas de Onís?

—Ahora que lo decís, sí. Es la que mandó construir el rey Favila.

—Exacto.

—Soy un desastre —dice pesaroso don Álvaro—, tendría que haber pensado antes de preguntaros, porque si en Santianes están enterrados los reyes Silo y Adosinda, en la Santa Cruz reposan los reyes Favila y Froiluba, que fueron anteriores, y eso sí lo sabía.

—No le deis más importancia de la que tiene —comenta riendo Urraca.

—A vos que os gusta la historia —le dice don Álvaro—, ¿será verdad que el Beato de Liébana y Elipanto de Toledo mantuvieron un debate en la iglesia de Santianes sobre el adopcionismo?

—Creo que con exactitud no se sabe, aunque sería muy posible porque el Beato era muy amigo de la reina Adosinda y en aquellos tiempos aún eran frecuentes las disputas sobre esta doctrina. ¿Adónde habéis previsto el próximo viaje? —pregunta Urraca.

—Aún no lo he decidido. Os comentaré unas propuestas para que me deis vuestra opinión. Pienso que ha sido una buena idea que vayamos visitando poco a poco los distintos lugares de Asturias, para conocer de primera mano sus problemas e intentar solucionarlos.

—En efecto. La gente necesita sentirse segura y nuestra presencia cerca de ellos les ayuda.

—En los próximos desplazamientos podríamos ir juntos —comenta don Álvaro.

—Sí, es posible. Quisiera hablaros de un tema, pero no sé si dejarlo para mañana.

—No, querida. Decídmelo ahora. ¿Queréis que me pase toda la noche sin dormir pensando en qué puede ser?

—Espero que os haga tanta ilusión como a mí. Estoy casi segura de que vamos a ser padres.

—¿De verdad? —exclama emocionado don Álvaro—. Es la mejor noticia que podíais darme.

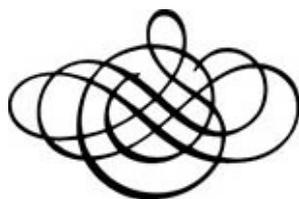
—Sí, querido, un hijo de los dos. Un hijo nacido en Asturias.

—A partir de ahora tendréis que cuidaros mucho. No podréis realizar viajes. ¿Qué deseáis que haga yo? —pregunta don Álvaro nervioso.

—Nada —responde sonriendo Urraca, que rectifica diciendo—: La tarea que os encomiendo es la de quererme, la de quererme mucho. Esa es la mejor medicina y el

mejor tratamiento.

—De eso podéis estar segura. Nunca os fallaré.



Eran muy hermosas las voces de las monjas del monasterio de San Pelayo. «En realidad, casi todas las monjas entonan bien —piensa Urraca—. Son voces limpias, claras, preservadas para cantarle solo al Señor».

Escucharlas en el silencio de la iglesia hace que por unos momentos el espíritu cobre protagonismo y con aquellas voces angelicales vuela a ámbitos celestiales para sentirse más cerca de Dios.

A pesar de su estado, no ha querido dejar de asistir al responso que todos los años la comunidad dedica al rey Alfonso el Casto. Es hermoso que después de tanto tiempo se sigan acordando de él. Fue un gran benefactor del monasterio que en sus orígenes llevaba el nombre de San Juan Bautista.

Si a Urraca le fuera concedido el don de poder conocer alguno de los monarcas asturianos, el elegido sería precisamente este. Le parece que fue un buen rey que había convertido a Oviedo en una hermosa capital del reino. Le intriga mucho que el rey no se hubiera casado nunca, aunque existían leyendas que hablaban del matrimonio con una princesa franca. Él había sido el primero en peregrinar a la tumba del apóstol Santiago.

La ceremonia ha terminado y sor Aldara camina hacia ella muy sonriente.

—Me alegra que hayáis venido. ¿Cuándo salís de cuentas? Tenéis todo el aspecto de estar a punto de parir.

—No lo sé, creo que será cuestión de días. No más de una semana.

—¿Me prometéis que en cuanto podáis, me traeréis a vuestro hijo para que lo conozca?

—Lo haré, sor.

—Se os ve muy bien. ¿Sois feliz, doña Urraca?

—Creo que la felicidad completa no existe en este mundo. Pueden existir momentos sublimes que se pasan.

—Afortunadamente —dice la monja riendo—. Qué sería de nosotros viviendo siempre en estado sublime. ¿Os lo imagináis?

—Mejor no. Respondiendo a vuestra pregunta, me considero persona afortunada, y sí, puedo decir que soy feliz. Con preocupaciones, con algún problema, sintiéndome bien conmigo misma. Con un hombre a mi lado al que quiero y me quiere. Y ahora con la llegada de un nuevo ser, fruto de nuestro amor. ¿No os parece que tengo que darle gracias a Dios?

—Por supuesto. Me gusta veros así.

—Y vos, sor Aldara, ¿sois feliz?

—Sí. También lo soy. He elegido el mejor de los esposos, el que nunca falla ni deja de amarnos. Aunque a veces se nos oculte sumiéndonos en la duda.

—A mí también me gustaría amar a Dios de esa forma.

—Lo amáis a través de don Álvaro, doña Urraca.



Muchas personas quieren felicitar a la reina doña Urraca y a su marido don Álvaro Rodríguez por el nacimiento de su hijo. Las visitas a palacio son intermitentes. El ayudante de la reina, don Rodrigo, es el encargado de anotarlas todas para luego pasárselas a ella.

El parto no ha sido complicado, pero no tan sencillo como el primero. Urraca recuerda con amor a Constanza y todos los cuidados que le practicó. Se recupera con cierta lentitud y cada día se encuentra un poco mejor. Ha tenido un precioso niño al que le han puesto el nombre de Sancho.

Al igual que le había sucedido con su hija, Urraca no puede alimentar al pequeño, que ya tiene una joven y robusta ama de cría.

Aquella mañana, después de dar un corto paseo, Urraca decide comer con su esposo, si es que este vuelve a casa, porque se le ha olvidado preguntarle. Antes pasará a ver al pequeño Sancho.

Al entrar en el cuarto, ve que su marido está allí mirando embobado al niño. Su rostro refleja felicidad, tanta que a Urraca le da pena interrumpir. Después de unos minutos, dice:

—¿Por qué no lo tomáis en brazos?

—¡Estáis aquí! Es precioso nuestro hijo. Tengo miedo de que se me caiga. Es tan pequeño.

Urraca se acerca. Levanta al bebé y lo coloca en los brazos de su marido.

—Debéis sostenerle la cabeza, él aún no puede —le aconseja.

—¿Así? —pregunta nervioso.

—Perfecto. Parece que no habéis hecho otra cosa en la vida.

—Y más que aprenderé. Muchas gracias, querida esposa, por traer un niño tan maravilloso al mundo. Soy el hombre más dichoso de la tierra.

—Sin vos nada hubiese sido posible.

—No os he preguntado por vuestra salud, ya veo que os sentís más animada. Comeremos juntos, ¿verdad?

Van uno al lado del otro. Don Álvaro la lleva agarrada de la cintura como si

tuviera miedo de que su mujer fuera a caerse. Caminan en silencio...

Doña Urraca y don Álvaro forman una pareja en la que los silencios no pesan como losas, incluso ni se perciben, porque su complicidad les permite aislarse en pensamientos distintos que luego saben que compartirán.

—Doña Urraca, estoy preocupado y no quiero ocultároslo por más tiempo. Porque terminaréis enterándoos.

—¿Qué pasa?

—Hace unos días ha fallecido Manrique Pérez de Lara, el jefe de la casa de los Lara. Ha muerto en la batalla de Huate.

—Eso empeora la situación.

—Sin duda. Su familia querrá vengarse y seguirá luchando por el joven rey Alfonso.

—¿Es verdad que mi hermano pretendió que su sobrino, futuro rey de Castilla, le jurara vasallaje? —pregunta un tanto incrédula Urraca.

—Dicen que sí, y que fueron los Lara quienes lo impidieron.

—Pues me alegro de que no lo hayan permitido. Ya sé que sois de la familia de los Castro, y también que no os ofende que sea sincera, creo que mi hermano se ha excedido. ¿Dónde se encuentra ahora mi sobrino Alfonso?

—En la ciudad de Ávila.

Tristeza

Un día del mes de mayo de 1167, muy cerca del río Aller

La carreta situada en las inmediaciones del río Aller se dispone a iniciar su viaje. Los dos hombres ya están sentados en el pescante. De repente, uno se baja como si se le hubiera olvidado algo y se dirige a la parte de atrás.

—Doña Urraca, ¿deseáis hacer alguna otra parada?

—Ninguna hasta el puerto de Pajares.

Las dos mujeres van sentadas rodeadas de unos mullidos cojines bajo aquel rústico toldo que las protege de miradas curiosas.

—¿Señora, queréis comer algo?

—No, pero puedes hacerlo tú, Ana.

—¿No os apetece aunque solo sea una manzana? —insiste la doncella.

—Está bien, dámela.

Urraca la toma en sus manos y la mira. Es una hermosa manzana roja. También aquel día había manzanas en la mesa del obispo Gonzalo.

Malas interpretaciones

Urraca había asistido sola al almuerzo con el obispo. Su marido se encontraba fuera de Oviedo. Creía que acudirían varias personas, de ahí su sorpresa al ver que ella era la única.

—Siento mucho que don Álvaro no pueda acompañarnos —comenta el obispo.

—También él lo lamenta. Intentó aplazar el viaje y no pudo conseguirlo por los encuentros previstos.

—Hubiese disfrutado con su compañía, pero en realidad vos sois la reina y por tanto la interlocutora válida para lo que quiero comunicaros. Disfrutemos antes de la comida —pide el obispo, que añade—: Decidme, ¿cómo se cría vuestro hijo?

—Muy bien. Es un niño tranquilo, que duerme y come mucho.

El almuerzo ha resultado muy agradable. Platos exquisitos y amena charla. Urraca no se sorprende, ya conoce lo buen conversador que es don Gonzalo, aunque tiene la sensación de que se está esmerando por resultar agradable. ¿De qué querrá hablarle? Desde hace unos minutos el prelado manosea una roja manzana sin decidir qué hacer con ella.

—¿Doña Urraca, habéis tenido noticias del grupo de personas que sé os abordaron hace un tiempo en vuestro viaje a Tineo?

—No. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué tendrían que ponerse en contacto conmigo? ¿Cómo sabéis vos que un grupo de tinetenses se reunieron conmigo?! —pregunta Urraca un tanto molesta.

—Es muy sencillo, uno de los sacerdotes de la zona me lo comentó. Y como también me informó del tema de conversación, he pensado en ellos, al considerar que podrían ser integrantes de ese grupo de revoltosos que parece ser quieren soliviantarse en contra del rey.

—Perdón, ¿qué decís? Primero tendrían que rebelarse contra mí, que soy la reina. Ejercí el poder en nombre de mi hermano, pero la reina de Asturias soy yo, y no sé nada.

—Puede que a vos os quieran y os vean más cercana.

—Señor obispo, ¿qué estáis insinuando?

—Nada en absoluto. Todo son conjeturas. Puede que esos rumores que hasta mí han llegado sean falsos. Y entonces todos felices —dice sonriendo, a la vez que hinca sus dientes en la crujiente y manoseada manzana.



Aquella no era la hora apropiada para ir de visita al monasterio de San Pelayo, aunque Urraca, con el estado de ánimo en el que se encuentra, no quiere regresar a casa. Necesita hablar, desahogarse. Al no estar don Álvaro, solo existe una persona a la que puede contárselo todo, sor Aldara.

—Volved a llamar —pide Urraca a uno de los sirvientes que la acompañan.

—Sí, señora.

Ya están a punto de marcharse cuando el sonido del cerrojo les detiene. Una sonriente muchacha, criada de alguna de las religiosas, abre la puerta. Al ver a la reina, dice un poco apurada:

—No nos imaginábamos que podíais ser vos. Pasad, doña Urraca.

Mientras espera la llegada de sor Aldara, Urraca no sale de su asombro. ¿Qué pretendía el obispo? ¿Creía que ella podía alentar a los rebeldes? ¿Existirían de verdad algunos focos que ella desconocía?

—Doña Urraca, ¿sucede algo? —pregunta sor Aldara desde la puerta.

—No os alarméis, no es nada.

Sor Aldara escucha con atención el relato de la reina, que no omite detalle y que adorna con sus apreciaciones personales.

—Un poco sorprendente sí que resulta —comenta sor Aldara—. ¿Y decís que no quiso daros ningún dato sobre la información recibida?

—No. Me aseguró que no había más. Que estuviera atenta para sofocar cualquier movimiento que pudiera surgir. La verdad, sor Aldara, tuve la sensación de que sospechaba de mí.

—No, eso no. Ni el señor obispo, ni nadie debe hacerlo. Vuestro comportamiento es ejemplar.

—Muchas gracias, sor.

—No os preocupéis, seguro que el señor obispo ha tenido un mal día.

—A mí sí que me ha dado un mal día —asegura Urraca—, y lo que resulta evidente es que no se fía de mí. ¿Cómo puede pensar que yo esté en el conocimiento de la supuesta sublevación? Y si lo estuviera, ¿por qué tendría que decírselo a él? Mi misión es comunicárselo a mi hermano y decidir qué hacer.

—No le deis más vueltas, doña Urraca. Tranquilizaos. Ya veréis esta noche cómo don Álvaro os dice que no tiene importancia. Para que os calméis y para que yo pueda presumir un poco, os voy a tocar la cítara. Veréis lo bien que lo hago ya —dice riendo sor Aldara—. Por favor, acompañadme.



En más de una ocasión en su vida ha comprobado cómo la luz del día disipa las

tinieblas de la noche. Los problemas y preocupaciones se suavizan y sobre todo con el renacer de un nuevo día las fuerzas se renuevan. Así es cómo se siente Urraca al día siguiente de la entrevista con el obispado.

Su marido la ha tranquilizado bastante, aunque sabe que el tema le preocupa tanto o más que a ella.

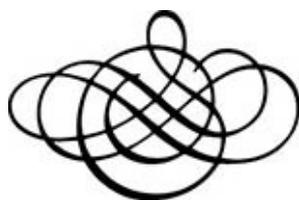
En la cena, que se ha prolongado hasta muy tarde, han hecho mil conjeturas posibles para analizar el comportamiento del obispo. Los dos están de acuerdo en que algo sucede y que don Gonzalo no va a inventar la existencia de un grupo rebelde.

Deciden encargar de inmediato una investigación a unos cuantos hombres de confianza. Necesitan conocer la verdad.

Tal vez porque los dos disimulan intentando quitarle dramatismo a lo sucedido, tal vez porque necesitan resarcirse de sus preocupaciones, aquella noche se aman con una entrega total hasta que sus cuerpos resisten.

El sol madrugador los ha encontrado abrazados y durmiendo profundamente. Urraca es la primera en despertarse y, mirando a su marido que aún duerme, se siente feliz y segura.

Hace un rato que don Álvaro se ha ido a despachar algunos asuntos por la ciudad. Ella no tiene prevista ninguna audiencia ni visita. Pasará la mañana con el pequeño Sancho.



Alrededor del mediodía, Sol, su doncella, con cara muy seria acude a comunicarle que un grupo de caballeros solicitan verla.

—¿Te han dicho quiénes son?

—Sí, señora, perdonadme, me he puesto muy nerviosa y he olvidado los nombres.

—Está bien, no te preocupes. Hazlos pasar al salón.

Son cinco hombres bien vestidos, que la saludan educadamente. Algunos le resultan caras conocidas. Sus nombres no le dicen nada, ocupan cargos representativos en sus respectivas zonas y acuden a verla, según le dicen, en un gesto de confianza hacia ella. Le cuentan que el malestar es general, que están hartos de que Asturias atienda a las necesidades del reino de León sin que nada repercuta en ella. Que no se toma ni una sola medida para sacarla de su postración. «Cada día aparece más abandonada a su suerte —le aseguran— y somos muchas las personas que estamos dispuestas a luchar para conseguir hacerla salir de esa situación».

Urraca los escucha y tiene que reconocer que está de acuerdo con la mayoría de las reivindicaciones que le están presentando; sin embargo, guarda un prudente silencio. Les pide que no hagan nada. Que no realicen ningún tipo de manifestación.

No deben intentar separarse del reino de León.

—No conseguiréis nada. Pronto el rey don Fernando os dominará. Y yo tengo que defender los intereses del reino.

—Sí, señora. Nos consta que vos queréis a esta tierra nuestra. Sois asturiana y sabéis de lo que os hablamos. Es posible que no sirva para nada, pese a ello debemos intentarlo.

Urraca trata de calmarlos. Después de largas deliberaciones, los convence para que no hagan público su malestar atentando contra instituciones oficiales, a cambio les promete hablar con su hermano para tratar de solucionar algunos temas puntuales.



Cuando don Álvaro conoce el tema se muestra muy preocupado.

—No vais a conseguir nada.

—Creo que si se lo explico bien al rey, tendrá que entender que si a nosotros nos da mayores atribuciones redundarán en beneficio de la población asturiana.

—Mi queridísima esposa, ¿de verdad pensáis que a don Fernando le interesan los asturianos? Quiere a esta tierra por los beneficios que pueda obtener de ella.

—Sí, ya sé —admite Urraca con pena—. ¿Qué creéis que va a pasar?

—Nada bueno.

—Les he dado mi palabra.

—Pues cumpliréis lo prometido. Yo siempre estaré con vos.

—No le he dicho nada al obispo don Gonzalo de la visita que he tenido. Y no pienso contarle nada. La reina soy yo.

—Estoy convencido de que lo sabe. Incluso apostaría que no ignora el contenido de la conversación. ¿No os habéis dado cuenta de que los hechos han seguido el mismo desarrollo que él os planteó en la comida?

—¿Queréis decir que puede tener algún infiltrado en el grupo de los rebeldes?

—Es lo más fácil.

—Una mala idea cruza por mi mente —dice Urraca— y quiero comentárosla. Si mi hermano el rey Fernando lucha por arrebatarle Castilla a su sobrino, sabiendo que su padre el emperador decidió que fuera Sancho el rey de Castilla, y en caso de muerte, su heredero, ¿por qué yo no puedo luchar contra mi hermano para que Asturias sea independiente y yo su reina?

—Claro que podéis. Pero no contáis con ayuda suficiente. La Iglesia, de momento, no os apoyaría —dice su esposo.

—Aunque contara con apoyos —asegura ella—, no me enfrentaría a mi hermano. No lo haría porque ni mi padre ni mi tía lo aprobarían y por no iniciar una guerra en

la que morirían muchos asturianos.

—Me parece bien. Decidme la verdad, ¿creéis que tanto el emperador como doña Sancha aceptarían el comportamiento de don Fernando?

—Claro que no. Tened en cuenta que yo no soy como él. Quiero lo mejor para Asturias y trataré de convencer a mi hermano.

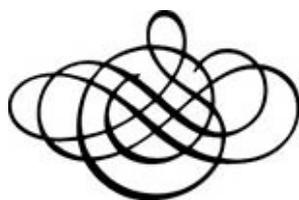
—Yo os acompañaré. Es posible que vuestro hermano no se encuentre en León.

—No, será mejor que os quedéis aquí en Oviedo. Esto es algo que me compete a mí personalmente.

—De acuerdo, mejor salir cuanto antes.

—Mañana por la mañana. ¿Os apetece que demos un paseo hasta San Salvador?

—Perfecto.



Rodeados de un pequeño grupo de criados salen de la catedral donde le han pedido ayuda a Dios para solucionar el difícil momento por el que están atravesando.

Doña Urraca y don Álvaro pasean como tantas veces en aquellos encuentros casuales, en los que se buscaban sin querer reconocerlo, solo que ahora, ella se apoya amorosa en el brazo de su marido.

La tarde está tranquila y ellos, aunque preocupados, parecen felices disfrutando de la contemplación de aquellos edificios de Oviedo, la ciudad escenario de su amor.

Once años hace que llegó a Asturias como reina. Los más felices de su vida.

Urraca espera seguir siendo reina muchos años y mantiene la esperanza de que algún día conseguirá dar mayor esplendor y protagonismo a esta ciudad a la que ama.

El dolor del adiós

Atardecer de un día del mes de mayo de 1167 en el puerto de Pajares

Ana, la doncella, va completamente dormida. Urraca, con la mirada perdida en el paisaje piensa que no quiere recordar más. Lo sucedido después del paseo con su marido prefiere olvidarlo, no por triste —que lo fue, y mucho—, sino por injusto y por no alcanzar a comprender exactamente qué pasó.

La inesperada presencia en Oviedo del rey Fernando cuando la reina doña Urraca estaba a punto de salir para León a entrevistarse con él. La detención de unas cuantas personas. El no darle importancia a lo que su hermana le contaba y prescindir de sus servicios, desterrándola junto con su esposo a Castilla. El intitularse a partir de ese momento rey de León, Galicia y Asturias. El agradecimiento público que el rey hace al obispo don Gonzalo, por haberle ayudado a controlar una sublevación... Todo ello son indicios de la valoración que el soberano hizo del comportamiento de su hermana en aquel conflicto. Pero ¿por qué no la detuvo? ¿Por qué la historia no habla del cese de la reina Urraca y de su salida de Asturias? El silencio es total.

Solo una pequeña pista sobre lo sucedido ha sido localizada bastantes años después, en un documento conservado en el monasterio cisterciense de Santa María de Otero de las Dueñas, en la provincia de León. Un documento ajeno a los devenires políticos de la época. Un simple manuscrito en el que se alude, de forma casual, a lo ocurrido en Asturias. Es un escrito en el que el conde Nuño Meléndez deja a otros dos personajes cuanto poseía en Villacedré y Almunia de Iuso, como garantía de préstamo que estos le habían hecho. Lo curioso viene cuando, al intentar recordar el año en el que se hizo la transacción, al no acordarse de la fecha exacta dice: «*Quando domina Urraca regina et dominus Alvares Roderici voluerunt quod perdisse dominus rex Fernandus Asturias*». «Cuando la reina doña Urraca y don Álvaro Rodríguez quisieron que el rey Fernando perdiese Asturias».

Urraca vive ahora en Palencia donde su marido tiene unas propiedades. Su hija se ha casado y su pequeño Sancho se cría sano. Su vida discurre tranquila, aunque ha querido volver a Asturias aun a riesgo de ser descubierta. Ha querido regresar a los lugares cercanos a su corazón. Lamenta no haber podido volver a ver ni a su madre ni a sor Aldara.

La carreta se detiene.

—Señora, hemos coronado el puerto de Pajares.

—Gracias, solo serán unos minutos —dice, apeándose de la carreta.

Ana, que se ha despertado, se dispone a bajar. Urraca le pide que no lo haga. Prefiere estar sola.

Se queda extasiada mirando las montañas que aquella hora de la tarde se visten de un azul misterioso. Recuerda la emoción de la primera vez que las vio al lado de su tía doña Sancha. Entonces se sintió parte de esa tierra agreste y hermosa, igual que ahora que las mira por última vez.

Ha querido que Asturias brillara con luz propia, y ha fracasado. No sabe en qué se equivocó. Se siente tranquila con su conciencia. No ha traicionado ni a la monarquía ni a los asturianos. Ha intentado buscar una línea de concordia, que fue mal interpretada. Nadie, a excepción de su marido, la ayudó. Urraca piensa que si en vez de Gonzalo I, el obispo fuera Pelayo, nada habría sucedido.

Camina despacio hacia la carreta. Antes de subir se gira para mirar de nuevo las montañas asturianas. «Aunque jamás la vuelva a ver —se dice—, siempre amaré a esta tierra a la que pertenezco».

Qué pasó con

URRACA ALFONSO. Hija natural del emperador Alfonso VII y de la dama asturiana doña Gontrodo Petri. Fue reina de Pamplona por su matrimonio con el rey García Ramírez con quien tuvo una hija: Sancha Garcés.

Viuda tras seis años de matrimonio, su padre, el emperador, la nombra reina de Asturias. En Oviedo se casa con don Álvaro Rodríguez de Castro con el que tiene un hijo: Sancho Álvarez de Castro.

Urraca vivió los últimos años de su existencia en el más absoluto anonimato.

Se desconoce la fecha exacta de su muerte, existiendo discrepancias entre los historiadores. Mientras que unos datan su fallecimiento al poco de irse de Asturias en 1164, otros, apoyándose en los *Anales Toledanos*, señalan el año 1179. Y para algunos Urraca Alfonso viviría hasta 1189.

Según las últimas investigaciones, 1164 parece descartarse como fecha de su muerte, ya que su nombre aparece en un documento localizado en el monasterio de Santa María de Sandoval, fechado el 25 de febrero de 1178. En él, Urraca hace donación al convento de unas cuantas granjas situadas en los alrededores.

Lo que sí se conoce es que fue sepultada en la catedral de Palencia, incumpliendo su última voluntad de ser llevada a la catedral de Oviedo reflejada en un documento fechado el 24 de febrero de 1161 en el que pedía ser enterrada en la capilla del rey Casto. Se supone que una de las razones por las que se eligió la catedral palentina fue porque doña Urraca vivía en Palencia y también porque miembros de la casa de los Castro, a la que pertenecía su marido, don Álvaro, gobernaban en la ciudad.

En el siglo XIX fueron estudiados los restos de Urraca, reina de Asturias. Según esos exámenes, la momia de la soberana medía un metro sesenta y tres centímetros y tenía los brazos cruzados sobre la cintura. Sus manos eran pequeñas y las piernas largas y rectas, apreciándose que en los últimos tiempos pudo verse afectada por obesidad. Una obesidad que, aunque grande —afirma el escrito de la comisión investigadora—, no es deforme, sino simétrica y ordenada, y que encaja bien en la aventajada estatura, en la esbelta rigidez de una dama cuyo espinazo tuvo muy pronunciada la curvatura lumbar, los hombros anchos y rectos, el pecho saliente, las caderas amplias. De los análisis realizados se deduce que contaría entre cuarenta y cinco y cincuenta años cuando falleció.

En la actualidad, el arca que contiene los restos de la reina doña Urraca Alfonso se encuentra en la capilla del Sagrario de la catedral de Palencia. En el epitafio se puede leer:

*HIC REQUIESCIT DONNA URRACA REGINA NAVARRE
UXOR DOMINI GARSIE RAMIRI REGIS NAVARRE, QUE FUIT
FILIA SERENISIMI DNI [DOMINI] ALFONSI IMPERATORIS
HISPANIAE QUI ALMERIAM OBTINUIT, QUE OBIIT XII
OCTOBRIS ANNO DOMINI IU CLXXXIX*

AQUÍ YACE DOÑA URRACA, REINA DE NAVARRA,
ESPOSA DE DON GARCÍA RAMÍREZ, REY DE NAVARRA,
QUE FUE HIJA DEL SERENÍSIMO DON ALFONSO,
EMPERADOR DE ESPAÑA, QUE CONQUISTÓ ALMERÍA,
QUE FALLECIÓ EL CUARTO DÍA DE LOS IDUS DE
OCTUBRE DE LA ERA MIL DOSCIENTOS VEINTISIETE^[1].

ÁLVARO RODRÍGUEZ DE CASTRO. Tercer hijo de Rodrigo Fernández de Castro el Calvo y de Elo Álvarez. Desempeñó el cargo de mayordomo mayor del rey Fernando II de León. Fue señor de Chantada, gobernador de Asturias, de Sarria y de las Torres de León.

Se convertiría en el segundo esposo de la reina Urraca Alfonso, con quien tuvo un hijo: Sancho Álvarez de Castro.

Se apunta como posible fecha de su muerte la de 1187, aunque se desconoce el lugar en el que fue enterrado.

SANCHA GARCÉS. Hija de los reyes de Pamplona, Urraca Alfonso y García Ramírez. Contrajo matrimonio en 1165 (con diecisiete años) con Gastón V, vizconde de Bearne, que al poco tiempo ingresó como monje en la orden de San Juan, muriendo cinco años después, en 1170, lógicamente sin descendencia.

Sancha se casó en segundas nupcias con el conde Pedro Manrique de Lara, segundo señor de Molina y Mesa y decimotercer vizconde de Narbona, con el que tuvo dos hijos: García Pérez de Lara y Almerico o Manrique Pérez de Lara.

Sancha Garcés murió en 1176, antes que su madre doña Urraca, y como infanta de Navarra está enterrada en Santa María la Real de Nájera.

SANCHO ÁLVAREZ DE CASTRO. Casi nada se sabe del hijo de Urraca Alfonso y su segundo marido Álvaro Rodríguez de Castro, a excepción del año de su nacimiento en 1164 y que falleció después de 1196 porque en este año, el 23 de julio, figura en

un documento localizado en el monasterio de San Pelayo, como «*dominante Asturias Sanctus Alvari filius regina Urrace*».

GONTRODO PETRI. Dama asturiana de la que se encaprichó el emperador Alfonso VII. Gontrodo estaba casada con Gutierre Estébaniz y tenía tres hijos. Su estado no constituyó ningún impedimento para que el monarca pudiera satisfacer su pasión. De aquella relación nació Urraca Alfonso, que sería educada en la corte de León como una infanta más.

Gontrodo nunca dejó de vivir en Asturias con su familia. Al quedarse viuda, decidió profesar en religión y fundar un monasterio en las afueras de Oviedo. En él discurriría su vida hasta su fallecimiento en junio de 1186, siendo enterrada en el presbiterio en un precioso sarcófago tallado con motivos animales y vegetales. En la actualidad, el edificio y los terrenos pertenecientes al monasterio ya no existen, pero el sarcófago se encuentra en el Museo Arqueológico de Oviedo. También la lápida funeraria con un hermoso epitafio escrito en latín. Esta es la traducción:

¡OH, MUERTE JUSTA, QUE A NADIE SABES PERDONAR! SI HUBIESES OBRADO CON MENOS RECTITUD, HUBIERAS PARECIDO MÁS JUSTA, PUES IGUALANDO A GONTRODO CON LOS DEMÁS MORTALES, CON QUIENES NO ERA IGUAL POR SUS MÉRITOS, HAS QUITADO, CON MENOS JUSTICIA, LA VIDA, A QUIEN NO DEBÍAS QUITARLA. MAS NO MURIÓ GONTRODO, PASÓ POR MEDIO A UNA NUEVA VIDA, Y ES TODAVÍA LA ESPERANZA DE SU FAMILIA, LA HONRA DE SU PATRIA Y EL ESPEJO DE LAS MUJERES. NO MURIÓ, SE NOS ESCONDIÓ SOLAMENTE, PORQUE HABIÉNDOSE HECHO CON SUS MÉRITOS SUPERIOR A LOS DEMÁS MORTALES, NO DEBÍA ESTAR EN ESTE MUNDO. TROCÓ LA VIDA DE ESTA TIERRA CON LA DEL CIELO EL AÑO DE LA ERA 1224^[2].

FERNANDO II DE LEÓN. Rey de León. Hijo del emperador Alfonso VII y de la emperatriz Berenguela de Barcelona, hermano de padre de Urraca Alfonso. Siguió en su lucha por apoderarse de Castilla en la minoría de edad de su sobrino Alfonso VIII y también cuando este fue proclamado rey de Castilla en 1170. Los enfrentamientos entre tío y sobrino no cesarían hasta 1180, año en el que firmaron un tratado de paz

en Tordesillas.

Fernando contrajo matrimonio en 1165 con su prima Urraca de Portugal. Viéndose obligado cinco años más tarde a repudiarla por el grado de parentesco entre ellos. De esta unión nació un varón, Alfonso.

Fernando se casó dos veces más, una con Teresa Fernández de Traba, de la que enviudó, y la última con Urraca López de Haro, con la que tuvo varios hijos y que consiguió que desterrara a Alfonso para favorecer el acceso al trono al primer hijo habido con ella.

A la muerte de Fernando II, que tiene lugar en Benavente en 1188, su esposa manda que sea sepultado en el Panteón de los Reyes de León, incumpliendo así la última voluntad de su esposo que deseaba ser enterrado al lado de su madre y de su abuelo en la catedral de Santiago. A pesar de su empeño en colocar en el trono a su hijo, quien sucedió, con apoyo del arzobispo de Compostela, a Fernando II fue su primogénito Alfonso IX, que años más tarde ordenaría el traslado de los restos de su padre a la catedral compostelana.

SANCHO VI DE NAVARRA. Hijo del rey de Pamplona García Ramírez y de Margarita de l'Aigle. Reinó durante más de cuarenta años. Él consiguió cambiar definitivamente el título de rey de Pamplona por el de rey de Navarra. Fue el suyo un reinado fructífero consiguiendo una duradera estabilidad, aunque sus enfrentamientos con Castilla y Aragón fueron frecuentes.

Cuenta la historia que la inteligencia, habilidad y sentido de la justicia de las que dio muestras el monarca, junto con su formación cultural y sentimiento religioso, le hicieron acreedor del apelativo de Sabio.

Sancho se casó con Sancha, hija del emperador Alfonso VII y de la emperatriz Berenguela, hermana de padre de Urraca Alfonso. Fueron padres de seis hijos. La mayor de ellos, Berenguela, sería la esposa de Ricardo Corazón de León.

Sancho VI el Sabio murió en 1194, siendo enterrado en Santa María la Real de Nájera.

SANCHA DE CASTILLA, REINA DE NAVARRA. Hija del emperador Alfonso VII y su esposa la emperatriz Berenguela, hermana de padre de Urraca Alfonso. Se convirtió en reina de Navarra por su matrimonio con Sancho VI, con el que tuvo seis hijos. Muerta en 1179, está enterrada en Santa María la Real de Nájera.

MARGARITA DE NAVARRA, REINA DE SICILIA. Tercera de los hijos del rey de Pamplona García Ramírez y de Margarita de l'Aigle. Fue reina de Sicilia por su matrimonio con el entonces príncipe Guillermo de Sicilia. Años más tarde, al

quedarse viuda, se ocuparía de la regencia en la minoría de edad de su hijo.

Algunos historiadores italianos dicen de ella que «a edad avanzada todavía era hermosa, orgullosa y ligera».

Fue el suyo un matrimonio de conveniencia. Ninguno de los dos se tenía ni siquiera afecto. Dicen que ella mantuvo relaciones con Mayón de Barl, uno de los almirantes más cercanos al rey y que este la ignoraba.

Pero a pesar de que el rey no contara con ella, Margarita poseía una personalidad mucho más acusada que la de su marido y siempre conseguía doblegar la voluntad del monarca.

Tuvo cuatro hijos. Falleció en 1183, siendo enterrada en la catedral de Monreale, localidad cercana a Palermo.

ALFONSO VIII DE CASTILLA. Hijo del rey Sancho III de Castilla y su esposa Blanca Garcés de Pamplona, fue proclamado rey en 1170, al alcanzar la mayoría de edad, en las Cortes celebradas en Burgos.

Nada más hacerse cargo del gobierno, su primer objetivo fue el de recuperar los territorios que le fueron arrebatados a Castilla en su minoría de edad. Fue el gran perdedor de la batalla de Alarcos, pero se resarciría de esa derrota venciendo a los almohades en batalla de Las Navas de Tolosa.

Se casó con Leonor Plantagenet, que era hija de Enrique II de Inglaterra y de Leonor de Aquitania. Tuvieron diez hijos. Fueron abuelos de dos reyes que alcanzarían la categoría de santos: San Luis de Francia y Fernando III el Santo. Este último fue precisamente el que unió para siempre los reinos de Castilla y León, gracias a la inteligencia y buen hacer de su madre, la reina Berenguela.

Alfonso VIII, que fue creador del primer estudio general español (origen de la universidad), murió en 1214 siendo enterrado en el monasterio de Santa María la Real de Las Huelgas de Burgos, que había fundado a instancias de su esposa Leonor, que deseaba una abadía similar a la de Fontevreud en la que esperar la vida eterna. A los veintiséis días del fallecimiento del monarca, murió su esposa siendo enterrada a su lado en Las Huelgas. Llevaban cuarenta y cuatro años casados. Ninguno había cumplido los sesenta años.

Agradecimientos

Muchas gracias a Javier F. Conde.

A la comunidad benedictina del monasterio de San Pelayo.

A Josefina Barbas, amiga y lectora incondicional.

A Berenice Galaz, magnífica asesora literaria.

Y a Ymelda Navajo por haber confiado en mí.



MARÍA TERESA ÁLVAREZ nació en Candás (Asturias) el 27 de octubre de 1945. Licenciada en Ciencias de la Información, fue la primera mujer cronista deportiva en la radio asturiana y la primera presentadora del programa regional de TVE en Asturias.

En 1987 se trasladó a Madrid para conducir la Subdirección de Cultura y Sociedad de los telediarios de TVE. Un año más tarde dejó la información diaria para realizar documentales histórico-divulgativos. En esta línea ha dirigido: *Viaje en el tiempo*, dedicado a desvelar los enigmas e incógnitas sobre Cristóbal Colón; *La pequeña española, Viena 1791-1991*, que recreaba la vinculación de Mozart con España; *Sefarad, la tierra más bella*, sobre el pasado y el presente de los judíos sefarditas; y *Mujeres en la Historia*, un tema que siempre le ha interesado y sobre el que, además de escribir, da cursos y conferencias.

En 1999 publicó su primer libro, *La pasión última de Carlos V*. A Este le han seguido: *Isabel II. Melodía de un recuerdo*, *El secreto de Maribárbola*, *Madre Sacramento*, *El enigma de Ana*, *Ellas mismas. Mujeres que han hecho historia contra viento y marea*, *La comunera de Castilla*, *Catalina de Lancaster*, *La infanta Paz de Borbón*, *Margarita de Parma* y *La indiana*.

Notas

[1] Fecha de la era hispánica, instituida en el reino visigodo y vigente en Castilla hasta el año 1389. Comenzaba en el año 38 a. C., por lo que el año 1227 corresponde al 1189. <<

[2] Año de la era hispánica. Corresponde al 1186. <<